

*La balada
del
Mississippi*

*"Caundo encuentras el amor
al otro lado del océano"*

SILVINA TRESOLDI

La balada del Mississippi

Silvina Tresoldi

2017, Silvina Tresoldi

ISBN 978-987-42-5931-8

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.

Primera edición sólo en digital: octubre 2017.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de la titular de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

*Dedico este libro a todas las personas que
van en busca de nuevos sueños,
nuevos desafíos.
A las que se atreven a ser diferentes.*

Primera parte

Lena

Capítulo 1

Londres 1812

Lena estaba sentada en el amplio sillón bordó, que se encontraba a un costado de la entrada del estudio de su padre.

Con sus doce años, era alta para su edad, su cuerpo de adolescente recién se estaba empezando a desarrollar, pero sus emociones y sentimientos eran aún los de una niña.

Con nerviosismo se retorció una de sus largas trenzas trigueñas, aguardando saber qué era lo que ocurría detrás de las puertas cerradas.

Nadie le decía nada, pero notaba la tensión en el ambiente.

Levantó sus ojos verdes hacia la araña de velas que colgaba del techo. Dos gárgolas parecían sostenerla, y ella siempre tenía la sensación que esos bichos la soltarían y caería sobre su cabeza, cada vez que pasaba por debajo de ella.

Lo cierto era que odiaba ese aparato. Su tía, Clare, la había comprado al poco tiempo de mudarse con su tío Charles a la casa; porque decía que una familia tan bien posicionada tenía que tener estilo y hacer inolvidable la mansión en la cual vivían.

Lena estaba segura que nadie podría olvidar la mansión, porque seguramente medio Londres tendría pesadillas con esa cosa.

Su mirada volvió a la puerta del estudio. Hacía días que ella presentía que su padre no estaba bien. Aunque hacía tiempo que no eran cercanos, los signos estaban por todas partes para que ella los viera.

Su salud se había ido deteriorando desde unos meses atrás, lo veía cada día más ojeroso, cansado y pasaba mucho tiempo en su cuarto.

Nunca hablaban mucho, su relación había cambiado drásticamente, dos años atrás, luego de la muerte de su madre por unas fiebres de las que no se pudo recuperar.

Recordaba aún los días en que los tres eran felices; cuando su padre aparecía a mitad del día para llevarlas a un picnic sorpresa en Hyde Park, o cuando les enseñó a patinar sobre hielo cuidando que no cayeran, o cuando le había comprado su primer pony.

Pero todo eso parecía haber pasado en otro siglo.

Después de la muerte de su madre, ese hombre amoroso y generoso, había desaparecido.

Él se había encargado de borrar todo recuerdo que hubiera de ella, como si de esa forma el dolor pudiera disminuirse. Había quitado el retrato que estaba sobre la chimenea; toda su ropa, sus joyas y sus efectos personales habían sido guardados bajo llave, incluso el hermoso camafeo esmeralda en forma de flor de lis, que era de su abuela paterna, y que su madre le mostró un día diciéndole que sería suyo al cumplir dieciocho años.

Su padre quería hacer como si su madre nunca hubiera existido y a Lena eso le producía una profunda tristeza.

Por eso, para no olvidarla, cada noche antes de dormir, dibujaba en su mente el rostro de su madre, la entonación de su voz, su sonrisa y hasta intentaba recordar sus caricias.

Se dormía cantando bajito la canción de cuna que ella solía entonar:

*Duerme mi pequeña
que yo velaré tu sueño.
Levanta poco a poco el vuelo
para alcanzar los castillos en el cielo.*

*Yo te cuidaré toda la noche
para que tu sueño sea bello.
Mientras tu ángel de la guarda
te va alumbrando con destellos.
Y cuando decidas regresar
yo estaré aquí esperando,
para que me cuentes de tu viaje
mientras te sigo amando.*

*Duerme mi pequeña
mamá cuidará tus sueños.
Ella sabe que se hacen realidad
porque el suyo está aquí durmiendo.*

Pero el tiempo había ido borrando, poco a poco, esos recuerdos y ella tenía temor que un día dejaran de estar en su memoria.

La historia de amor de sus padres era digna de una novela romántica.

Su madre, Jane, era una heredera americana huérfana, que había llegado a Londres con su tío, quien ambicionaba casarla con un inglés que tuviera un título nobiliario.

Pero el destino tenía otros planes.

En uno de los bailes de la sociedad londinense, conoció a su padre, Richard, un diplomático bien posicionado que trabajaba en relaciones exteriores del gobierno.

Cuando sus miradas se cruzaron en el salón de baile, ninguno de los dos tuvo dudas, su padre cruzó todo el salón de baile mientras ella quedaba petrificada mirándolo mientras se acercaba. Llegó a su lado y luego de presentarse, fuera de todo protocolo, simplemente tomó su carnet de baile y reservó los tres vales de la noche, sin importarle que era uno más de lo permitido por las buenas costumbres.

Y desde ese día, como le había contado su madre, nunca más se habían separado. Ella decía que había encontrado su príncipe azul y Lena, viéndolos juntos, así lo había creído. Veía el amor con el que se miraban, el respeto al dirigirse el uno al otro, como su padre escuchaba las ideas liberales de su madre y como ella se adaptaba a las normas de una sociedad estricta, sólo por acompañarlo.

Pero el príncipe azul se destiñó cuando su madre partió, ya no había vida en sus ojos, que una vez fueron del mismo verde intenso que los de su hija; su voz y su risa ya no se escuchaban y era como un visitante fantasma en vez de un residente de esa casa.

Casi no le hablaba, salvo un buenos días o buenas noches y ella lo seguía como un perrito faldero ansiando tener su atención, aunque fuera sólo un momento. Lo espiaba en su estudio y obligaba a Kate a acompañarla al parque cada vez que él salía a cabalgar para simplemente

observarlo.

Pero él parecía no percibir su presencia.

Inspiró profundamente y luego exhaló, en un suspiro prolongado, para deshacer el nudo que se le había formado en el estómago. “Aire que sobra por algo que falta” le solía decir Kate cuando suspiraba.

Kate era su niñera desde que era una bebé. La cuidaba, la amaba, se preocupaba por ella; se había convertido casi en una segunda madre desde que la verdadera falleció.

Lena lo había intentado todo, estudiaba mucho para ser la mejor, se arreglaba cada día al detalle por si se encontraba con él para que la viese linda y se sintiese orgulloso de que estuviera a su lado. Pero nada funcionaba. Había llegado a pensar que había algo mal en ella que hacía que él no la amara; pero Kate, con su amor, había desterrado esos malos pensamientos y se ocupaba que su autoestima estuviera en su lugar. No quería que ese padre ausente la terminara destruyendo como estaba haciendo con su propia vida.

-Aunque nos duela, mi niña- solía decirle Kate- el corazón y el alma de tu padre se fueron al lugar donde tu madre se marchó, y por más que te afanes en hacerle volver, no encuentra el camino de vuelta. Es un lugar oscuro para aquel que no quiere ver. Esa oscuridad lo está consumiendo y no voy a permitir que tu quedes atrapada en ella también.

No entendía muy bien lo que Kate le quería decir, pero sí podía entender que quería cuidarla y que no terminara tan triste como su papá.

El ruido de una puerta al abrirse la trajo de vuelta al presente.

-Lena- dijo su tía, con ese tono condescendiente e impaciente que utilizaba con ella siempre, como si fuera tonta o tuviera que repetir las cosas para que entendiera- tu tío y yo queremos hablar contigo. Ven al estudio.

Se levantó para obedecer a su tía con todo su cuerpo alerta, ya que la cara de satisfacción que ella tenía, no auguraba buenas noticias.

Su tío estaba sentado detrás del escritorio.

A pesar de ser hermano de su padre, eran muy diferentes. Su padre era un hombre alto y de buen porte con el cabello castaño y ojos verdes como los suyos. Su tío era más bien bajo con el pelo rubio casi blanco y ojos de un azul lavado.

La miró, y en su cara vio cansancio y resignación.

-Vamos, Charles, dile a Lena lo que se ha decidido-dijo su tía impaciente

-Querida- dijo su tío- ¿te gustaría sentarte?

-No, gracias tío, estoy bien así. - contestó Lena con ansiedad.

- Pues verás, como habrás notado tu padre ha estado bastante desmejorado desde hace un tiempo; el médico dice que necesita mucho reposo y tranquilidad para poder recuperarse y debemos crear un ambiente propicio para ello. - le informó su tío, con un tono un tanto titubeante.

-Claro, tío, puedo hasta caminar en puntas de pie para que no haya ruido. Sólo quiero que papá esté bien. - aseguró Lena.

- Si, bueno- interrumpió su tía, yendo directo al tema- eso no es suficiente, tu presencia lo altera. Está claro que lo sigues a todos lados y le recuerdas a tu madre- siguió en un tono destinado a hacerla sentir culpable- Así que pensamos, que, dada la situación, es una excelente oportunidad para que intensifiques tu educación en un prestigioso colegio para señoritas. Eres la

hija de un diplomático, con gran status social y una fortuna envidiable, y ya es hora que te prepares para el futuro que te espera.

Lena quedó atónita, ella no alteraba a su padre, no era así. No quería llorar frente a su tía, y se mordió la lengua hasta sentir el sabor de la sangre en su boca, para evitar hacerlo.

¡Querían deshacerse de ella! Alejarla de él.

Cinco años atrás, cuando su tío había perdido todo en un gran negocio; ellos se habían mudado a su casa, y luego de fallecida su madre, Clare había querido tomar las riendas de la casa. Pero su padre había sido firme en que fuera Kate quien se encargara de todo. Su tía la odiaba, pero no podía hacer nada, así que descargaba su frustración en la más débil: ella.

No perdía ocasión para hacerla sentir como una intrusa en la casa; la hacía callar a menudo, le dirigía frases hirientes o simplemente ignoraba sus pedidos. Ahora con su padre enfermo, era el momento perfecto para convertirse en la señora de la casa.

-No quiero irme-dijo Lena mirando a su tío con desesperación- tengo que cuidar a papá, él me necesita para salir de la oscuridad...

-No te estamos pidiendo tu opinión, te estamos informando lo que pasará, te guste o no-sentenció su tía irritada.

-Quiero ver a mi papá...

-No, está enfermo y no es conveniente que tenga visitas; cuando mejore, harás el viaje para visitarlo.

-Pero...-trató angustiada

-Basta! Quiero que te comportes como una niña obediente, ya está todo planificado, mañana partes para tu nueva escuela- informó su tía con fastidio evidente.

-Pero es muy pronto, yo...-trató de seguir Lena mirando a su tío suplicante, tratando de encontrar un aliado; pero él permanecía con los ojos fijos en unos papeles del escritorio.

-No seas malcriada, vete a tu cuarto ahora y ayuda a Kate a hacer tu equipaje. Le diré a tu padre que le dejas tu cariño- terminó su tía, dirigiéndole una mirada fría.

Lena se quedó un minuto inmóvil, y luego se obligó a moverse hacia la puerta, no iba a llorar, porque no lo hacía desde la muerte de su madre, y se había prometido no volver a hacerlo.

Subió las escaleras hacia su cuarto, donde encontró a Kate que ya estaba preparando sus cosas. Corrió hacia ella y se abrazó a su cintura, mientras sentía el beso que ella le daba en su cabeza y la abrazaba.

-Tranquila, pequeña, tal vez esto sea mejor que quedarse en esta casa llena de pena y envidia. Ten fe. - la consoló. Ella, realmente creía, que lo mejor para Lena era no seguir viviendo en esa casa.

-Pero ¿qué pasará contigo? ¡Mi tía no te quiere, va a hacerte la vida imposible!

-No te preocupes por mí, no me quedaré aquí cuando te vayas. He hablado con la Señora Morton, mi antigua jefa, y me ha ofrecido trabajo como pastelera y un cuarto en su pensión. Estaré bien y esperando ansiosa tus cartas. He puesto en tu valija un sobre con la dirección, y si no me llegan, soy capaz de ir allí a hacerte un escándalo- le dijo, bromeando para distraerla.

La niña rio bajito contra el vestido de Kate.

-Yo te esperaré, Lena, estaré aquí, para ti, cuando vuelvas.

La pequeña levantó la mirada y le sonrió.

-Voy a extrañarte, pero te voy a escribir muchas cartas – dijo, más resignada con las palabras

de Kate.

-Eso espero, ahora ayúdame a guardar tus cosas, lo que no te lleves lo guardaré oculto en el altillo, para que nadie lo encuentre y lo tengas cuando regreses.

Todo estaba en silencio en la mansión; el reloj del recibidor dio las doce y Lena se incorporó en su cama.

Había aguardado a que todos en la casa durmieran para llevar a cabo una última jugada. Puso sus pies en la alfombra, se cubrió con la bata rosa y encendió la vela que Kate siempre le dejaba en la palmatoria al lado de su cama.

Sigilosamente salió de la habitación, miró a ambos lados del pasillo para asegurarse que no hubiera nadie, y se encaminó de puntillas a la habitación de su padre.

Tocó tres veces, pero nadie respondió, así que decidió entrar.

La vela iluminó la ahora austera habitación donde ella en tantas ocasiones había jugado con su madre a ser maestra de sus muñecas. Él la había vaciado, no estaban los cuadros, ni los adornos, ni una cómoda, sólo la gran cama con dosel, el armario y una pequeña mesa de luz. Las cortinas negras cubrían las ventanas.

Todo allí transmitía luto y duelo.

Apoyó la vela en la mesa y se quedó parada mirando a su padre dormido en la cama.

Se veía más viejo de lo que ella recordaba, aunque no tenía más de treinta y seis años, estaba pálido y su barba crecida.

Acercó una silla a la cama y se sentó como le había enseñado Kate que correspondía a una señorita; con la espalda recta y las manos juntas en su regazo, quería que él la viera perfecta si lograba despertarlo.

-Papá- llamó- Papá- volvió a llamar, una y otra vez, pero no recibió respuesta.

Permaneció en silencio, pensando que era necesario que él estuviera despierto para que escuchara lo que tenía que decirle, pero al final decidió que hablaría igual.

-Te extraño- balbuceó - y también extraño a mamá tanto como lo haces tú. Ella se fue, pero me tienes a mí para cuidarte. – le recordó con congoja, mientras esperaba una reacción en él- Mañana me envían a un internado y sé que puede ser una tontería, pero siento aquí- y se tocó el pecho- que no te volveré a ver. Háblame, dime qué quieres que haga y lo haré. Sólo deseo que vuelvas a estar feliz.

El silencio de la habitación sólo era interrumpido por el sonido de las respiraciones de ambos.

Lena permaneció sentada velando el sueño de su padre por casi diez minutos, sin obtener una contestación.

Divisó la manta que estaba a los pies de la cama, se levantó, la tomó y subió a ella acostándose al lado de su padre. Apoyó la cabeza en su hombro y entrelazó los dedos de su mano con la suya. Volvió a mirarlo, cerró los ojos y se quedó dormida.

Se despertó con la leve luz del amanecer, que se filtraba apenas, por las negras cortinas.

Se incorporó y miró a su padre mientras que la pena la invadía. Él no se había despertado.

-Adiós, papá- dijo bajito y le dio un beso- Te amo.

Sabía que no había nada más que hacer.

Luego bajó de la cama, llevando la manta con ella, al salir de la habitación.

Una vez que la puerta se cerró, su padre abrió los ojos, y acarició la mejilla donde ella lo besó. Una lágrima cayó, mientras miraba la puerta por la que ella se había ido, pero no se movió.

Lena, ya en su habitación, observaba como los lacayos iban retirando las cosas del lugar que había sido hasta ese día su refugio. Allí había compartido momentos felices con su madre y Kate. Necesitaba aferrarse a esos recuerdos para llevarlos consigo.

Kate entró y le extendió la mano.

-Vamos, pequeña, ya es hora y te esperan.

Lena arrastraba los pies mientras se dirigía a la escalera. Apretó la mano de Kate y frenó su marcha para mirar hacia atrás. Todavía albergaba la esperanza de que su padre viniera a despedirse de ella.

Kate no sabía cómo aliviar la desdicha de la niña y sentía como si ella misma la estuviera sufriendo. Sabía que él no vendría.

Cuando ella había llegado a esa casa, era un hombre muy diferente el que había conocido; alegre, confiado, lleno de sueños, pero la muerte del amor de su vida lo había dejado ciego para poder percibir a esa otra personita que tanto lo amaba. Si su mujer lo pudiera ver... estaría furiosa con él. No era lo que ella hubiera querido, que se descuidara y abandonara así a la hija de ambos.

-Él no va a venir, Lena, no lo sigas esperando, eso sólo conseguirá entristecerte más.

Ella se volvió a mirarla, asintió, y siguió caminando.

Al pie de la escalera se encontraban sus tíos. Su tío se veía compungido y la miraba como tratando de hacerle entender que no había tenido chance contra la decisión de su esposa. Su tía la miró y esbozó una sonrisa que a ella le dio escalofríos.

-Ahhh! -dijo- aquí estás al fin. Tardaste mucho, será mejor que te despidas y subas cuanto antes al carruaje para no llegar tarde. En el colegio te esperará la Señorita Schmeier quien se encargará de tu educación.

Kate se arrodilló y abrazó a Lena muy fuerte, en voz baja, para que sólo ella pudiera escucharla, le dijo: "Lena, quiero que recuerdes que fuiste y eres amada, que el dolor pasa; que no siempre podemos entender a las personas que amamos, pero tú eres fuerte y no hay nada que no puedas superar. Yo siempre estaré esperándote. Te quiero, pequeña".

Lena la abrazó aún más fuerte y le respondió turbada por la emoción: "no lo olvidaré, yo también te quiero".

Ella recordaría muchas veces esas palabras de Kate, a lo largo de los años siguientes, como un mantra que le permitiría seguir adelante.

Miró a sus tíos, a quienes sólo les hizo una correcta reverencia, y se subió a su transporte sin mirar atrás.

Kate se quedó en la calle hasta que vio desaparecer el carruaje, aunque lo intentó, no pudo evitar las lágrimas. Dios cuidaría a Lena, ella se encargaría, con sus rezos, de recordárselo todas las noches.

-Kate! - llamó Clare muy ufana- no te quedes ahí parada, hay muchas cosas que hacer en la casa. Por supuesto, yo estaré a cargo ahora. He decidido que tú te ocupes de la colada y el lavado

de pisos y retretes. Bajaremos tu sueldo ya que, claramente la tarea es distinta, pero sabes lo generosos que somos y te conservaremos el empleo.

Kate, que seguía de espaldas a ellos, suspiró audiblemente. Contó hasta diez antes de darse vuelta para enfrentarlos.

-Por supuesto, señora. Alguien tiene que hacer la colada y lavar pisos y retretes, pero le sugiero que vaya aprendiendo a hacerlo Ud. o que contrate a alguien para hacerlo, porque sólo si estuviera loca me quedaría trabajando aquí. Tome mi carta de renuncia, y le aconsejo que utilice su plata para pagar parte de una nueva conciencia, porque la que tiene ahora, deja mucho que desear. Sir Charles, mi más sentido pésame, nada puede ser peor que estar casado con esta mujer. - le dijo Kate, sin tomar aire, para evitar que la interrumpiera

Clare se quedó con la boca abierta si poder articular palabra; Charles trató de reprimir su risa, pero no con suficiente disimulo, y recibió un codazo de su esposa en el costado.

Kate tomó la valija que había dejado a un costado y se dirigió calle abajo hacia su antiguo trabajo en la pastelería de la Señora Morton.

Capítulo 2

El carruaje en el que viajaba Lena había tomado velocidad. Ella miraba por la ventana las abarrotadas calles de Londres. Al cruzar el Támesis sintió que pasaría un buen tiempo para volver a ver ese río, tan odiado por algunos y tan amado por otros.

Siempre sintió fascinación por la dualidad que advertía en el agua. Podía ser una aliada en el momento en que estaba en calma; relajando el cuerpo cuando uno se sumergía en ella, o una enemiga, cuando estaba agitada, llevando a cuestras todo lo que había a su paso.

En la forma en que ella se presentaba, mirar y escuchar el agua, la calmaba.

Se adentraron en la campiña y el verde dominó el paisaje. Las colinas suaves arropaban los árboles vestidos de rojo, amarillo y naranja, con que el otoño los había pintado. Pasaron por coquetos pueblecitos de casas bajas con tejados de dos aguas y paredes de piedra, donde la gente trabajaba y se afanaba en distintas tareas, había sonrisas en sus caras, y Lena sintió un leve pinchazo de envidia.

Luego de un tiempo que pareció demasiado largo, llegaron finalmente al pueblo de Bilbury.

Mientras el carruaje traqueteaba por las calles, Lena comenzó a ser consciente de todo lo que la rodeaba y se incorporó en el asiento para mirar por la pequeña ventana. Se escuchaba el susurro del río Coln. La transparencia del agua permitía ver en algunos lugares las piedras del fondo, cubiertas con musgo. El canto de los pájaros, que hacía tanto que no oía, sonaba como una melodía. Las casas con tejados en V estaban rodeadas de flores de distintos colores: rosa, rojo, blanco y violeta, que le daban un aspecto de un pueblo salido de un cuento de hadas.

Lena miraba fascinada, no era para nada como lo había imaginado, el lugar transmitía magia, las casas de piedra gris tenían pequeños jardines adelante.

Pasaron por una pequeña panadería que aromatizaba el aire con el olor de pasteles recién horneados y especias exóticas.

Sacó la cabeza por la ventanilla y divisó Calbury, la escuela a la que estaba destinada.

Era una casa de dos plantas, con una enredadera de un verde intenso, que subía por la fachada hasta la mitad. Tenía pequeñas ventanas de un pulcro blanco y estaba rodeada de altos árboles. Un puente la unía al pueblo, por debajo del cual circulaba el río, y frente al edificio había una glorieta de piedra con finas sillas, algunas de las cuales, conjuntamente con bancos celestes, estaban distribuidos en el gran parque.

Inspiró profundamente para poder reconocer el perfume: lavanda, percibió y su vista conectó con las pequeñas plantas que estaban por todo el lugar.

A lo lejos, en el parque, divisó un grupo de niñas acomodadas en mantas, escuchando atentamente a una maestra sentada en uno de los bancos celestes. No llegaba a ver bien, pero parecían interesadas y concentradas en lo que la mujer decía.

No conocía cuál era la reputación del lugar, pero dudaba que, si había sido una elección de su tía, ésta la hubiera mandado a un buen sitio. Sabía que le había pedido por carta la sugerencia a la señora Danbury, una urraca chismosa y maliciosa que se deleitaba con la desgracia de los otros, pero era reconocida por su abolengo y fortuna. Ninguna recomendación que viniera de esa mujer podía ser algo que ella disfrutaría.

Un hombre se afanaba en el jardín, era alto, casi de un metro noventa de altura y se notaba su

cuerpo fuerte por el trabajo físico. Estaba luchando por sacar la raíz de un arbusto caído sólo con sus dos manos y, a pesar de lo enterrado que estaba, él parecía estar ganando la partida.

Levantó la mirada cuando el coche paró frente a la gran puerta de roble y Lena bajó del carruaje.

Unos ojos oscuros como la obsidiana, pero cálidos, la miraron desde un rostro bronceado; que no se podía decir que era lindo, pero sí interesante. No creía que hubiera llegado a los treinta años. Cuando le sonrió, su cara se transformó increíblemente, mientras le guiñaba un ojo y la saludaba con una voz profunda

-Bienvenida, hay que quitar esa cara tan seria, las niñas de tu edad deberían sonreír siempre. No te preocupes, aquí cuidaremos bien de ti. Soy Robert, pero todos me llaman Bob, y me encargo de que todo ser viviente, que no sea un humano, esté bien cuidado en este lugar. – le informó, con una voz tan amistosa que hizo que Lena sonriera, aunque no tenía ganas.

La puerta de roble, que tenía intrincados grabados de flores y hojas, se abrió, y una mujer bellísima salió por ella. Su pelo era de un rubio dorado, peinado en trenzas que rodeaban su cabeza en un perfecto recogido. Su cara, un perfecto corazón, enmarcaba unos ojos azules, una pequeña nariz y unos labios delicados.

Por un momento, ella desvió su mirada a Bob y ambos parecieron suspendidos en un momento muy personal, pero ninguno de los dos dijo nada.

Su atención volvió a Lena y se acercó a ella con una sonrisa y extendiendo las manos.

-Tú debes ser Lena, bienvenida a Calbury, soy la Señorita Isabella Schmeier, pero puedes llamarme Señorita Bella.

Lena estaba desconcertada. Esa forma de recibirla no era normal para la escuela que se había imaginado. Entornó los ojos con confusión y entonces Bella soltó una de las carcajadas más lindas que ella hubiera escuchado.

- ¿Te sorprende esta forma de recibimiento? ¿Esperabas otra cosa? -dijo Bella todavía sosteniendo sus manos- supongo que no debería asombrarme luego de la descripción que tu tía hizo de ti. Yo también me pregunto, luego de las misivas que intercambié con ella, ¿cómo puede ser que eligiera este lugar? Pero eso no importa, ya estás aquí y quiero que sepas que eres muy bienvenida. Vamos.

Mientras la seguía al interior, Lena entendería, mucho después, que su guardiana había intervenido para que terminara allí. En un lugar que impediría que el dolor se le fuera extendiendo como gangrena con el tiempo y la prepararía para lo que tendría que enfrentar más adelante.

Todo el lugar irradiaba una sensación de hogar, era más parecido a una casa que a un colegio.

La recepción tenía una pequeña mesa de madera; sobre la que había un florero de pequeños lunares color verde con un ramo de lavanda y jazmines que perfumaban la estancia.

El gran salón tenía sillones de tres distintos colores: violeta, verde y marrón con almohadones mullidos y mantas; todos situados alrededor de la gran chimenea sobre la cual había una colección de campanillas de todos los tamaños. Las paredes no eran blancas sino de un color arena que le daba calidez al ambiente.

Parecía un lugar usado a menudo y no algo que no se pudiera tocar. Los cuadros en las paredes eran todos de paisajes, y al mirar mejor, Lena se dio cuenta que eran como distintas vistas de la escuela.

Pasando el salón, había un comedor con una mesa como para veinte personas, con sillas de madera tapizadas en color verde, frente a un ventanal que daba al parque de atrás por el que entraba gran cantidad de luz, ya que las cortinas, de un pulcro blanco, estaban totalmente abiertas.

Ese lugar era diferente.

Mientras la Señorita Bella le iba contando del lugar, ella miraba todo cautivada.

-Colecciono campanillas- dijo Bella viendo que Lena inspeccionaba con atención la colección- tengo una debilidad por ellas. Su sonido me trae alegría porque me recuerda a mi infancia en el campo, cuando mi abuela la hacía sonar para llamarnos a comer. Fueron días muy felices. - le contó, antes de seguir su descripción - Sólo tenemos cupo para quince chicas en la escuela, se quedan aquí y se van a casa en vacaciones... bueno, no todas. Enseñamos además de lo básico de otras escuelas, francés y español y tienes una clase que es opcional, de cocina, jardinería o tejido. Son clases que nos permiten aprender a concentrarnos. Te acompañaré arriba para que conozcas tu cuarto y a tus compañeras.

Lena sabía que ella sería una de las no todas que mencionara la Señorita Bella, ya que estaba segura que su tía no le permitiría pasar un solo día en su casa, hasta que su padre mejorara.

Subieron las escaleras al pasillo del primer piso, tapizado con una alfombra color vino, a lo largo del cual había puertas a ambos lados.

-Al final del pasillo tenemos los baños, hay turnos anotados en la puerta de los mismos donde te puedes apuntar para bañarte. Contamos con un sistema de canillas, con lo cual no es necesario traer agua de otro lado, y dentro tienes todo para bañarte salvo que prefieras utilizar tus propias cosas. - siguió caminando mientras hablaba- Y este es tu cuarto, cada uno tiene el nombre de un color, el tuyo es Violeta.

Abrió la puerta de la habitación y Lena sintió la misma calidez que en el resto de la casa.

Estaba decorada en distintos tonos de violeta, salvo las paredes, que eran blancas. La alfombra que cubría el piso era de un violeta oscuro, con cortinas lila claro en la gran ventana que iba de punta a punta y daba a un balcón. Había tres camas con edredones blancos y con flores violetas, pero los tres tenían distintos motivos florales.

Había dos niñas en la habitación, una sentada en el suelo al lado de la ventana con un libro entre las manos, las piernas cruzadas en una posición muy poco femenina; y la otra, estaba sobre la cama, bordando unas flores en una bastilla.

Ambas alzaron la vista cuando Lena entró.

-Michelle, Cassandra, les presento a su nueva compañera de cuarto, ella es Maddalena, pero me han dicho que prefieren que la llamen, Lena-dijo Bella, mientras señalaba a las niñas al tiempo que decía su nombre para que Lena las identificara.

-Hola- dijeron ambas al mismo tiempo.

- Soy Michelle, pero todos me llaman Elle- dijo la rubia, de ojos color violeta, que estaba sentada sobre la cama - Las camas que están sobre la ventana las tenemos Cassie y yo, así que la que está al lado del armario es tuya. Bienvenue!

La muchacha sentada en el suelo la miró de arriba abajo, pero sin hacerla sentir incómoda, era como si estuviera tratando de descifrar algo.

- ¡Eres inglesa- dijo Cassandra, brindando a Lena la respuesta de qué era lo que quería descubrir- Genial! esta será la habitación internacional, tenemos una francesa, una inglesa y a mí, que soy americana. - el entusiasmo se reflejó en su voz.

A Lena ambas le cayeron bien y sabía que se convertirían a lo largo de los años en grandes amigas. Al final a las tres las habían dejado allí solas.

Dos años después

- ¿Estás segura que desde aquí nadie podrá escuchar los disparos? – Lena escudriñó a uno y otro lado del bosque preocupada; no sabía cómo Cassie las había convencido a ella y a Elle para hacer esto tantas veces.

-Claro que sí – dijo Cassie mientras cargaba la pistola con la seguridad de una experta.

Quién hubiera pensado que esa chica a la que le fascinaban los libros, además podía montar a pelo y disparar armas y flechas como un varón.

Criada en un rancho ganadero de América, y siendo hija única, su padre le había enseñado todo lo que un hombre debía saber; y Cassie había sabido combinar su amor por los libros, su rata de biblioteca interna como ella solía decir, con las cosas que amaba hacer su padre y cuyo amor había heredado.

No era de una belleza que dejaba con la boca abierta como Elle, pero irradiaba una energía y calidez que la hacía más atractiva aún. Podías ser arrasado por su espíritu aventurero sin darte cuenta. Más alta y delgada que la mayoría de las muchachas de su edad, sus ojos y su cabello competían para ver cuál era más negro y su piel, aunque blanca, siempre tenía un leve tono dorado.

Cassie estaba apuntando con un ojo cerrado a un lienzo blanco que estaba colgado bajo un árbol. Su esbelto brazo se extendía seguro y su concentración era increíble.

-Mon Dieu! Baja esa pistola, vas a hacer que nos descubran-Elle hablaba desde cinco metros de distancia con las manos en la cintura.

Hija de una cantante reconocida, le habían enseñado desde pequeña que la vida se trataba de una puesta en escena. Su presencia nunca pasaba desapercibida, no sólo por su belleza, sino porque sabía exactamente la forma de hacer que toda la atención se centrara en ella cuando ingresaba en una estancia. Su belleza física encantaba. Su pelo de un rubio claro se complementaba con unos ojos que variaban de violeta a lavanda según el día. Aunque pequeña en estatura, su figura curvilínea era atrayente ya a edad temprana. y su piel color marfil, relucía al sol.

Por una carta de Kate, Lena se enteró de que fue su mano la que hizo que terminara allí. Kate había investigado las distintas escuelas y había decidido que, dada la peculiaridad de la misma, esa sería la que ella necesitaba, y no se había equivocado. Así que había imitado la letra de la señora Danbury y había cambiado su carta por la de ella, asegurándole a su tía que en esa escuela se impartía disciplina y buenas costumbres, con castigos si era necesario. Claro, su tía ni había dudado en enviarla allí.

Kate la había salvado una vez más. La Señorita Bella era estricta con las clases y tareas, pero todo estaba humanizado, como si supiera las raras piezas con las que trataba y buscara sacar lo mejor de ellas.

Sonó un disparo que sobresaltó a Elle y a Lena. Pese a que las dos protestaban, siempre

acompañaban a Cassie a sus prácticas y ella les había enseñado a ambas a disparar.

La muchacha decía que su padre le había inculcado que toda mujer debía poder defenderse, y a pesar de la reticencia de Elle, al principio, las dos practicaban con el arco y las pistolas para aprender a utilizarlas.

Lena se había convertido en una gran tiradora y Elle se destacaba con el arco.

-Ven Lena, es tu turno, vamos cinco a tres con los aciertos- apremió Cassie, eufórica por la competencia.

-Lena, Cassie, Elle ¿dónde están? - sintieron la voz de Bob llamándolas y Cassie corrió rápido a sacar el blanco del árbol y metió las pistolas en su morral.

Bob apareció entre los árboles del bosque.

- No sé qué están haciendo aquí y creo que no voy a querer saberlo, pero, vamos, que la Señorita Bella necesita hablar contigo Lena- las llamó Bob con una seriedad no común en él.

Bob trabajaba de sol a sol para poder comprar la granja que lindaba con los terrenos de la escuela, ese había sido su sueño desde siempre; pero el secreto a voces que todos sabían, era que parte de sus ahorros se los había prestado a Bella para que pudiera saldar las cuotas de la hipoteca que pesaba sobre la propiedad.

Esos dos eran una pareja extraña, surgían chispazos entre ambos cada vez que estaban cerca, pero nunca se aproximaban más de lo debido, aunque siempre estaban ahí el uno para el otro cuando había problemas.

Las chicas habían llegado a la conclusión que era Bob el que se negaba a acercarse. Muchas veces lo habían escuchado decir que Bella se merecía lo mejor, a pesar de que su familia había perdido hace mucho su fortuna y sólo le quedaban estas tierras. Él la seguía viendo como la dama de alta cuna inalcanzable.

Las tres siguieron a Bob casi corriendo para poder igualar sus zancadas, en la puerta de la escuela estaba la Señorita Bella. Hizo un gesto de agradecimiento a Bob que continuó hacia los establos.

-Lena, necesito hablar contigo a solas. Niñas suban por favor a su cuarto- dijo mientras se dirigía hacia la que era su oficina.

- Siéntate, por favor- la invitó mientras cerraba la puerta. Su cara reflejaba incomodidad.

Lena sabía que no eran buenas noticias, a lo largo de los años todas las noticias importantes se habían dado en aquel lugar.

-Querida, hemos recibido hoy un mensaje de tu tía, no hay una forma correcta o mejor de decir esto. ¿Sabes que tu padre estaba bastante enfermo desde que viniste aquí? - comenzó la Señorita Bella con tristeza en su voz.

Sí, Lena lo sabía, desde la noche que se había despedido de él, la perseguía esa sensación extraña de que no lo volvería a ver. Le había escrito cada semana como a Kate, pero él no le contestaba nunca. Las cosas que se enteraba era por lo que Kate averiguaba y le contaba en sus cartas. Ella era la única persona con la que podía contar en su vida.

La puerta del estudio se abrió y dándose vuelta vio a Kate entrar.

-Él se ha ido ¿no? -preguntó Lena mirándola con desdicha.

Kate asintió y abrió los brazos; la niña-mujer se refugió en ellos como cuando era pequeña, con la cara más triste que le había visto, pero sin derramar una sola lágrima.

Le dio un beso a Kate y separándose de ella, le dijo que iría a hacer las maletas, saliendo tan

rápidamente de la habitación que no les dio oportunidad a las dos mujeres de decir nada.

Subió corriendo las escaleras y entrando en el cuarto, fue hacia el ropero, sacó su valija, la tiró sobre la cama y se puso a meter cosas dentro.

Elle y Cassie la observaban sin entender y se miraban la una a la otra sin atreverse a hablar. La cara de su amiga reflejaba dolor.

Kate y Bella entraron en el cuarto. Kate avanzó hacia Lena y la tomó de la mano para que frenara de ir de un lado a otro llevando ropa.

-Pequeña, siéntate conmigo en la cama un minuto- pidió.

-Pero Kate tengo que hacer las maletas para volver a casa, y además ir al funeral de mi padre, asegurarme que todo estará como él quería, mi tía no sabría cómo hacerlo-protestó tirando suavemente de su brazo.

- Ven- dijo sentándose y señalando el lugar a su lado. Cuando Lena se sentó, tomó sus manos en las suyas y siguió hablando- Tu padre ya fue enterrado, falleció hace una semana y tus tíos han decidido que te quedes aquí a completar tus estudios. Ellos son ahora tus tutores legales y los de tu fortuna hasta los dieciocho, de acuerdo a lo que estipula el testamento.

La cara de Lena se transfiguró.

- ¿Lo enterraron sin mí? ¿Sin ni siquiera avisarme? - ella había elevado el tono de voz hasta casi gritar- pero si soy su hija!, ¿cómo permitieron que no estuviera presente? ¡No me dejaron siquiera despedirme bien de él! - clamó con profunda congoja en su voz.

Kate comenzó a derramar las lágrimas que Lena no dejaba salir, la última crueldad de su tía, había sido como un golpe de gracia.

-Te hubiera avisado, Lena, pero vine en cuanto me enteré, y ya era tarde.

- ¿Tampoco me dejarán ir a ver su tumba ahora? - preguntó, aun cuando sabía la respuesta.

Fue Bella la que esta vez meneó la cabeza con pesar.

-Lo siento, pero no han dado autorización para que lo hagas y no puedo dejarte ir- le dijo, sabiendo que la hería aún más, si eso era posible.

La niña dejó que sus hombros cayeran, como si claudicara ante la realidad.

-Bien- dijo Lena con desdicha en su voz - haré lo que hago mejor, esperar. Sólo faltan cuatro años ¿verdad? Y entonces seré libre para hacer lo que quiera.

Kate pasó su brazo alrededor de sus hombros en un intento inútil de consolarla.

-Si quieres escribir algo, yo lo llevaré junto con las flores a su tumba.

Lena asintió y luego se deshizo del abrazo para dedicarse, en silencio, a deshacer la maleta.

Elle y Cassie, entendiendo el desconsuelo de su amiga, sin decir palabra, se unieron a ella en la tarea.

Capítulo 3

Cuatro años después. Londres 1818.

Lena se acomodaba el sombrero color lavanda en su cabeza frente al espejo. Hacía cuatro días que había celebrado su cumpleaños número dieciocho y ya estaba preparada para volver a su “casa”.

Nadie sabía que volvía, sólo Kate.

Un día después de su cumpleaños una carta proveniente del estudio Sullivan & Cain, le había informado que ellos eran los encargados de la herencia de su madre.

La herencia había sido administrada por ellos todos estos años, separada de la de su padre, ya que así lo habían dispuesto ambos.

Lena se sorprendió al recibir la misiva ya que no sabía que la fortuna de su madre hubiera quedado intacta, pero Kate le contó que, al casarse, su padre no había querido la dote de su madre ni nada de su fortuna y acordaron que ese dinero quedara reservado para sus futuros hijos.

Se miró una vez más al espejo que ahora le devolvía la imagen de una mujer. Su cabello largo hasta la cintura y con ondas, había adquirido algunos reflejos rojizos y estaba recogido en un elegante moño en la nuca.

Sus rasgos se habían afinado en una cara ovalada donde resaltaban sus rasgados ojos verdes, su boca grande y carnosa, con una nariz fina y armoniosa.

Su belleza era exótica, pero la endurecía su mirada, que, por momentos, se tornaba fría.

Había construido, a lo largo de esos cuatro años, una muralla a su alrededor. Dejaba que las personas se acercaran hasta cierto punto, y luego se topaban con una pared. Sus sentimientos estaban sólo visibles, a veces, pero su sentido de la justicia se había agudizado.

Kate había notado su cambio, sus cartas eran menos extensas, se limitaban a contar lo que pasaba y a preguntarle cómo estaba ella, pero sin ninguna emocionalidad. Esto la preocupaba porque no quería pensar que esa pequeña tan alegre y dulce hubiera sido enterrada con la muerte de su padre.

Elle y Cassie entraron en la habitación.

- ¿Estás segura que quieres que vayamos contigo? -preguntó Cassie- ¿No se enojará tu tía si llegues con una comitiva?

Ella se giró hacia sus amigas con una dureza en su rostro que no estaba dirigida a ellas sino a Clare.

-Me tiene sin cuidado lo que ella piense, soy la dueña de todo ahora y no puede opinar sobre lo que puedo o no hacer. Si quiero llevar personas o hacer una fiesta no es algo que tenga que avisarle a nadie.

Sus amigas de miraron entre sí y Elle hizo un encogimiento de hombros.

Ellas vivieron el cambio en su amiga cuatro años atrás, no pudo nunca cerrar la herida después de la muerte de su padre y fue construyendo, conjuntamente con su carácter fuerte, una determinación inquebrantable por hacer lo que consideraba correcto y justo.

Era atenta, buena y se preocupaba por las personas, pero siempre sin involucrar sentimientos y como si estuviera realizando una tarea sistemática.

Bajaron hacia el salón donde Bob, Bella y las otras chicas, las estaban esperando para

despedirse.

Lena recordó que aquel día en que ella se enteró de la muerte de su padre, Bob le había pedido casamiento a Bella. Él le había dicho que no quería alejar a la persona que amaba y luego un día arrepentirse. Y claramente Bella le dijo que sí.

Al menos de todo ese dolor, alguien, sí había tomado conciencia.

Los pequeños, Brandon y Emily, fruto de su amor, estaban en los brazos de su padre y de la mano de su madre respectivamente; y los cuatro conformaban un cuadro que a Lena le hacía desear cosas que sabía que nunca tendría.

Había sido testigo cómo el amor había transformado la vida de esas dos personas, pero en su mente, seguía en carne viva el recuerdo de lo que el amor le hizo a su padre y a ella misma.

Bella y Bob luchaban cada día por pagar los gastos de la hipoteca y seguir ahorrando para la granja, pero lo hacían siempre con una sonrisa y un optimismo envidiable.

“Estoy agradecido por el regalo que Dios me ha dado”, solía decir Bob, mirando a su esposa y sus hijos,” cada día que me levanto y mi cuerpo responde para poder trabajar e ir avanzando un paso más hacia nuestro sueño, es un día en el que me siento bendecido”.

Ella confiaba, que, de una u otra forma, ellos lo lograrían.

-Estos momentos son al mismo tiempo felices y tristes, porque sé que comienzan una nueva etapa en sus vidas que será maravillosa. Quiero que sepan que he disfrutado cada momento que he compartido con Uds. y para lo que necesiten estaremos aquí siempre- les animó Bella en la despedida.

-Yo también voy a estar aquí -dijo la pequeña Emily haciendo reír a todos.

Lena se acercó a Bella y la abrazó.

-Gracias, Bella- dijo y miró también a Bob- por haber cuidado de mí, y por todo lo que me han enseñado. Los haré sentir orgullosos y jamás me olvidaré de lo que han hecho más allá de su deber.

Los demás también se despidieron emocionados, con besos y abrazos, y subieron al carruaje que las llevaría a Londres.

Lena pensaba, mientras avanzaban por el pueblito, que hoy dejaba el lugar que por seis años la mantuvo protegida de sus fantasmas.

Allí aprendió que las heridas podían cicatrizar y que no permitiría que nadie volviera a hierirla de nuevo. Sabía lo que tenía que hacer y sería muy disciplinada para lograrlo.

El viaje a Londres fue bastante silencioso ya que las tres estaban ensimismadas en sus pensamientos.

Elle había recibido una carta de su madre diciéndole que fuera a Francia, finalmente iba a revelar la identidad de su padre. Con su habitual control, sus amigas no podían adivinar lo que pasaba por su cabeza, pero no debía ser fácil recibir esa información después de dieciocho años.

Cassie, por su lado, estaba esperando noticias de su padre. Este le había avisado que tenía una sorpresa para ella que le encantaría, aunque conociéndolo, podía tratarse de cualquier cosa y eso la tenía más alborotada de lo normal.

Ambas habían acordado quedarse con Lena mientras llegaba el momento de partir.

Cuando arribaron finalmente al frente de su casa, Lena sintió que un hormigueo le recorría el cuerpo al bajar del carruaje.

Allí ya la estaba esperando Kate, quien enseguida la abrazó.

- ¿Estás lista para enfrentar esto? - le preguntó tratando de leer su cara.

Lena la miró como si su pregunta le hubiera molestado.

-Hace cuatro años que espero este momento, creo que estoy más que lista-contestó segura y tocó la puerta.

El viejo mayordomo abrió y pidió sus tarjetas de visita para anunciarlas.

-Reardon, no creo que la dueña de casa necesite una tarjeta- anunció Lena mirándolo fijo.

Los ojos del mayordomo se abrieron grandes y sonrió.

- ¿Señorita Fairchild?, mis disculpas, no la había reconocido, por favor pasen. ¿Desea que la anuncie?

-No será necesario- dijo Lena cortante- ya me anunciaré yo misma. Por favor prepare mi habitación y tres más para mis invitadas. ¿Dónde se encuentran mis tíos?

-En el estudio, Señorita- respondió encaminándose a cumplir sus órdenes y anunciar a los demás que había llegado.

Lena se dirigió con paso firme al estudio, seguida por las demás, abrió la puerta sin tocar y miró a sus tíos que la observaban sorprendidos, él desde detrás del escritorio y ella desde el sofá.

-Querida!! qué alegría verte, ¿cómo es que no te han anunciado? - su tía hablaba mientras se dirigía a ella, como si su presencia fuera lo mejor que le pasara en la vida.

Lena la paró levantando su mano enguantada.

-No hace falta que nos andemos con falsedades, tía; ni a ti te da gusto verme ni a mí tampoco, no hace falta que nos saludemos. Sólo he venido a decirles que mañana leeremos lo que queda por abrir del testamento de mi padre y el de mi madre. Los espero puntuales a las once de la mañana.

Su tía y sus amigas habían quedado mudas ante su actitud tan grosera y cortante, sólo su tío parecía mirarla con admiración solapada. No atinaron a reaccionar cuando ya el mayordomo anunció que estaban listas las cuatro habitaciones.

- ¿Cómo cuatro? - preguntó Clare indignada, mirando a las muchachas- si Uds. son tres, ¿no pretenderás poner a esa sirvienta en un cuarto de huéspedes?

Lena se dio vuelta, ya que se estaba dirigiendo hacia la puerta, y ladeó la cabeza al mirarla.

-Kate es mi invitada también y se quedará en donde yo quiera que se quede. Te recuerdo Clare que, si bien mañana será oficial, desde que cumplí dieciocho años, soy la dueña de esta casa y puedo hacer y decidir lo que quiera. No necesito tu aprobación para nada.

Y sin aguardar respuesta, salió de la habitación, con Kate siguiéndola.

Elle y Cassie, tratando de salvar el momento, se presentaron y saludaron, pero con una rapidez asombrosa. Y salieron de la habitación también.

-Charles, por Dios, haz algo! ¿Has visto cómo me ha tratado esa niña? ¿Piensas quedarte ahí sentado? - reclamó Clare irritada

Él se reclinó en el sillón y tomó un sorbo del whisky que tenía en la mano.

-Por si no te has dado cuenta, querida, no es una niña la que ha vuelto, sino toda una mujer. Nada podemos ya hacer; las cartas las barajamos hace tiempo tú y yo. Estamos a punto de cosechar lo que sembramos- le contestó resignado a un destino que sabía no sería lindo.

Claire salió airada de la habitación en un revuelo de faldas verdes.

-Por tu hija, hermano, a la que no supe cómo cuidar y abandoné. Ahora nos cobrará la cuenta – brindó Charles y vació la copa.

A las once en punto de la mañana se juntaron.

Estaban en una gran sala de reuniones que los abogados del estudio de su padre le cedieron para la lectura de ambos testamentos.

Una vez hechas las presentaciones, el abogado de su padre, Philip Tremaine comenzó a explicar el detalle de lo que quedaba de la herencia.

A lo largo de los años, por lo que Lena podía escuchar, se habían gastado grandes cantidades de dinero, mayores a las que habían entrado, las acciones y propiedades habían sido vendidas y había sumas grandes invertidas en joyas y casas de moda, accesorios y delicatessen de la ciudad.

Mientras el abogado hablaba y levantaba de vez en cuando la vista hacia ella, permaneció impassible sin que un músculo de la cara se le moviera.

Por dentro la ira aumentaba, no sólo la habían abandonado y evitado que estuviera presente cuando enterraron a su padre, sino que además la habían dejado casi sin nada.

Su tío estaba, como ido, mirando a la ventana y su tía estaba sentada tiesa como una tabla y la barbilla hacia arriba con aire desafiante.

- ¿Cuál es la situación entonces? – preguntó Lena.

- La plata que queda en el banco debe utilizarse para abonar los pagarés pendientes que tiene firmado su tío, luego de eso lo único que queda es la casa en la cual están viviendo Uds. y todo lo que hay en ella. Lo siento- concluyó el abogado

- Gracias, Señor Tremaine, le comunicaré luego cómo procederemos de aquí en adelante. Si es tan amable, le solicito si puede dejarnos ahora con los abogados de mi madre.

-Por supuesto, los haré pasar.

A Kate la sorprendía la sangre fría con que estaba manejando todo Lena, ella ya se habría puesto a increparlos a ambos. Habían dilapidado la fortuna de los Fairchild y ni atinaron a esgrimir una disculpa.

La tensión iba in crescendo.

Los abogados de su madre entraron, se presentaron y comenzaron a dar lectura a sus disposiciones.

-Señorita Fairchild, no sé cuánto esté al tanto de los asuntos de su madre, pero cuando sus padres se casaron, ellos decidieron que nada de la dote o de lo que había heredado su madre, sería gastado o utilizado y quedaría para sus hijos. La dote, solamente, asciende a las quinientas mil libras, después tiene acciones importantes en fábricas de jabón, ferrocarril, aserraderos, y manufactura que dejan los dividendos que están detallados en estos papeles – informó el abogado extendiéndolos hacia ella- Además hay una extensión de plantaciones en Mississippi, América, que era donde vivía su madre antes de venir a Londres. También existen valores, como joyas de familia y varias propiedades en Boston, Filadelfia y Nueva York que hoy se encuentran alquiladas.

Su tía exhaló audiblemente y cambió su posición recta a una más relajada, como si le estuvieran diciendo que esa herencia la recibía ella.

-Gracias a Dios- dijo- que tu madre ha dejado todo eso resguardado para que podamos seguir adelante, aunque me pese decirlo, parece que mi marido no ha hecho un buen trabajo.

Lena hizo como si no la hubiera oído, su cabeza daba mil vueltas, el patrimonio de su madre había sido toda una revelación. Nunca había imaginado la fortuna que ella tenía, siempre fue una mujer sencilla que no se daba lujos excesivos y era muy generosa con todos

-Además de los informes, que me gustaría revisar, ¿hay un administrador que haya llevado

todo esto adelante durante este tiempo? - preguntó.

-Sí, el Señor Elías Wright, es americano. Le daremos los datos para que de ahora en adelante pueda tratar todo con él. Estos papeles ya establecen su propiedad sobre toda la herencia.

Lena tomó los papeles y les agradeció la gestión realizada. Terminadas todas las formalidades, salieron a la calle para tomar el transporte de vuelta a la casa.

-Ve tú a la casa, Kate, necesito caminar un poco sola-dijo Lena pensativa- luego tomaré un coche de alquiler.

- ¿No quieres que te acompañe?

-No, necesito pensar y estar sola.

Capítulo 4

Lena comenzó a caminar, sabía que necesitaba ver el Támesis, el agua siempre la calmaba, su ruido, sus olores, su arrullo.

Se quedó parada en el puente mirando hacia abajo, como si en el reflejo del agua estuviera viendo su propia vida. Su madre la había salvado una vez más, se había encargado de mantenerla a salvo aun después de haberse ido, como lo hizo cuando estaba viva.

Se preguntaba cómo seguir. Nada la había preparado para lo que se encontró, sus tíos despilfarrando su dinero y ahora pretendiendo que vivieran juntos como si nada pasara. No había ido a ver la tumba de su padre, no quería, el dolor a lo largo de los años se había transformado en rabia.

Miró nuevamente hacia las aguas y vio la respuesta en ellas, sabía exactamente lo que debía hacer si quería cambiar el rumbo que hasta ahora había tomado su vida. Compró unas rosas a una vendedora ambulante que por allí pasaba, las besó y las tiró al agua.

-Gracias, mamá, por venir en mi rescate.

Cuando Bob entró en el estudio vio que Bella estaba pensativa parada frente a la ventana, se acercó silenciosamente, y la abrazó por la cintura desde atrás, ella se recostó contra su cuerpo y se relajó.

- ¿Qué pasa cariño que estás tan pensativa? – preguntó.

- He recibido carta de Lena.

- ¿Está bien?

- Ha sido siempre difícil contestar esa pregunta cuando se trata de ella. Aunque trataba de acercarme, ella me mantenía a una distancia prudente. Por eso... esto me sorprende.

-Me estás asustando- dijo Bob tensándose.

Ella sonrió, se dio vuelta en sus brazos, y le tendió la carta.

Vio las emociones que pasaban por la cara de su marido mientras la leía.

- ¿He leído bien lo que dice aquí? – inquirió Bob.

-Sí, pagó la hipoteca de la escuela y compró la granja para ti. Parece que la fortuna de su madre era impresionante.

- Estoy confundido, es nuestro sueño, pero ¿es correcto aceptar esto?

- Lee el último párrafo en voz alta.

- Dice “por favor, no lo rechacen, nunca el dinero que he tenido en mi vida me ha dado felicidad. Permítanme cumplirle un sueño a dos personas que han cuidado de mí como si fueran mi familia. Tómenlo como el regalo de bodas que nunca pude hacerles”

-Creo que es su forma de decirnos algo que todavía no es capaz de decir con palabras.

Bob se levantó y la abrazó, veía una pena enorme reflejada en sus ojos, pena por esa niña de doce años que abandonaron y que seguía sufriendo.

Bella apoyó la cabeza en su pecho.

-Espero que ella encuentre el camino- deseó.

-No cariño, primero tiene que saber qué busca, sino, no importa el camino que tome, no llegará a ninguna parte. Ella va a encontrarlo, Kate no la dejará perderse.

Kate estaba tratando de saciar la curiosidad de Elle y Cassie que escuchaban atentas en el salón de té todos los detalles que les contaba. Sabía que podía confiarles a ellas lo acontecido en la reunión, ya que aprendió por las cartas de Lena, la confianza que tenía en sus amigas.

-Es impresionante una fortuna así, no sé cuánto será lo de mi padre, pero no creo que lo iguale. ¿Y qué más dijo Lena? ¿y su tía? -preguntó Cassie metiéndose el tercer pastelito de fresa en la boca y mirando expectante.

-Por favor, Cassie, esto no es una de tus novelas, es la vida real y no entiendo cómo puedes comer esos pastelitos antes del almuerzo, luego el almuerzo entero y no engordar- protestó Elle.

-Me preocupo por mi amiga y lo otro es porque me muevo mucho- le indicó como si estuviera diciendo algo verdaderamente obvio.

-No me digas, no lo había notado, habiendo vivido contigo siete años y viéndote ir y venir corriendo una y otra vez.

-Muy graciosa- le dijo sacándole la lengua.

-Niñas-interrumpió Kate-necesito que se concentren, les digo que la vi diferente, estoy preocupada...

Antes de que alguna pudiera contestar, Lena entro al saloncito, se quitó el sombrero, se sentó y tiró sobre la mesa unos papeles.

-Te sugiero, Kate, que los leas, por si no lo quieres hacer- dijo jadeante como si hubiera venido corriendo.

Kate tomó los papeles y al leerlos, abrió la boca en una O silenciosa y la miró incrédula.

- ¿Son pasajes para América?

- ¿Queeeeeeeee????- exclamaron al unísono sus amigas, pasmadas.

- Sí, eso son, he decidido que no hay nada para mí aquí; los recuerdos felices que he tenido de este lugar se han ido borrando poco a poco. Quiero empezar de nuevo con algo que yo haya decidido hacer. Hasta ahora todos han decidido sobre mí y a nadie le importó lo que yo pensaba o quería, ahora decido yo. - empezó con resentimiento reflejado en su tono- Quiero conocer la tierra de mi madre, de la que ella hablaba con tanto cariño, la casa donde se crio. Uds. tienen planes, Elle tu irás a Francia y Cassie a donde quiera que te diga tu padre, y este es mi plan. Kate lo que tu decidas estará bien, ten por seguro que te dejaré a resguardo

-Te dije que aquí estaría esperándote para ayudarte en lo que quisieras hacer, voy contigo, pequeña. - le dijo sin un dejo de duda.

-Perfecto, entonces tengo que dar algunas instrucciones que me faltan y arreglar todo para irnos, salimos en una semana- informó sin dejar traslucir la alegría que le produjeran las palabras de Kate.

- Programaré mi viaje para la misma fecha, aunque me sorprende que emprendas esta aventura tan pronto, te entiendo amiga, tenías razón, esta casa ha quedado impregnada de luto- dijo Elle mirando a su alrededor apesadumbrada.

-Pues a mí no me sorprende. Va a encantarte mi país. Por mí no te preocupes, si no llegan noticias de mi padre antes de esa fecha, reservaré una habitación en el Ritz, me dijeron que sirven unos pasteles deliciosos- la aminó Cassie con su habitual entusiasmo.

Todas rieron ante el comentario, relajando un poco el clima.

Esa misma tarde Lena organizó una reunión con todo el servicio de la casa, no eran muchos, dado que las deudas de su tío habían hecho mermar la posibilidad de pago.

Estaban Reardon y Anna, la cocinera, que era su mujer. Ambos ya mayores y al servicio de la casa desde que sus abuelos vivían; dos lacayos; George, jardinero histórico también y tres muchachas que se encargaban de las tareas de limpieza.

Todos estaban nerviosos y expectantes, nunca habían tenido una reunión así y su señorita se veía muy seria.

-Quiero comenzar agradeciéndoles a todos por estos años al servicio de mi tía, solamente gente de bien podría soportar a un ser humano “tan especial”- agradeció estirando las últimas palabras con ironía.

Unas risitas ahogadas se escucharon en el salón, que frenaron bruscamente ante una mirada de Anna.

-He decidido vender la casa, ya que me estaré trasladando a las tierras de mi madre dentro de una semana.

Reardon, Anna y George se miraron con desesperación, sabían que, a pesar de su experiencia, su edad era un impedimento para que alguien los contratara.

-Por eso he tomado algunos recaudos que me pareció importante comunicarles- siguió Lena- A quienes desempeñáis tareas de lacayos y doncellas, ya los he ubicado con trabajo en otras casas de amigas mías del colegio que se instalarán en Londres y necesitan personal-les anunció, entregándoles unos sobres con las direcciones de su nuevo empleo.

Murmillos de agradecimiento se escucharon mientras miraban con tristeza a las otras tres personas no nombradas.

-Como podrán suponer- dijo mirando al matrimonio y al jardinero- no los he ubicado en estas casas. Mi madre y Kate siempre han hablado con cariño de Uds., me contaron que los tres eran de Devonshire y habían venido aquí para tener una vida mejor y regresar algún día.

-Su madre y Kate son dos ángeles, Señorita, era fácil servirles y tomarles cariño- dijo Anna entre sollozos.

-Sé que ella hubiera querido que yo cuidara bien de Uds. también. Esto- señaló tendiendo unos papeles a Reardon y George- son títulos de propiedad de dos casitas en Devonshire a su nombre, y las órdenes para una renta vitalicia que les permitirá dedicarse a lo que elijan.

Anna se abrazó a su marido llorando audiblemente, mientras él la envolvía con su brazo, pero permanecía tan rígido y compuesto como siempre; George, la miraba sin poder creer lo que oía.

-Señorita-dijo turbado-no tengo palabras.

-No hace falta, soy de las que piensan que la lealtad debe ser recompensada y esto era lo justo.

Reardon asintió y se colocó una mano en el pecho a modo de agradecimiento porque sus palabras no salían. Mientras, Lena, dejaba la habitación tratando de evitar que la emoción de esas personas se apoderara de ella.

Necesitaba aire fresco.

-Ayyyy por Dios! no le he agradecido de tanto llorar- exclamó Anna tratando de ir a la puerta,

pero Reardon la frenó.

-No lo hagas querida, creo que con lo que hicimos le ha bastado, es obvio que no quiere emotividad.

-Esa niña está herida, John, lo puedo sentir- dijo mirando a su marido conmocionada.

-Sí- dijo Reardon- pero no rota cariño, ella necesita sanar sus heridas, su padre no pudo hacerlo; espero y ruego a Dios que ella sí. Lo que ha hecho por nosotros, demuestra que su corazón está intacto y en el lugar correcto.

Lena regresaba de su paseo por el parque cuando vio que su tía bajaba como una tromba las escaleras, visiblemente alterada, seguida por un Charles hastiado.

-Al fin te dignas regresar! - reclamó indignada- ¿a ver si nos quieres explicar qué significa que tenga a dos doncellas haciendo mi equipaje en el cuarto y que se me informe que cerramos la casa?

-Como querer explicar, no querría, pero voy a hacer una excepción. - contestó con sarcasmo- He tomado la decisión de trasladarme a América, ya no hay nada para mí aquí y voy a vender esta casa que es lo último que me ata a Londres.

- Pero ¿qué...?

- Tío, he pagado todos tus pagarés, tus deudas están en cero, pero las que contraigas de aquí en adelante son todas tuyas. Hay una suma en el banco que les servirá para mantenerse un año, dependen de su trabajo de allí en adelante. - le informó Lena. Era su último acto de misericordia con ellos.

- ¿Nos estás dejando en la calle?????? ¿Cómo puedes ser tan desagradecida con todo lo que hemos hecho por ti?

-Estoy tratándolos con el mismo cariño con el que Uds. me trataron, devolviendo favores tía. Puedes quedarte con todas las joyas y cosas que te compraste con mi dinero, pero las cosas de mi madre- dijo arrancándole de un tirón el camafeo de esmeralda en forma de flor de lis que llevaba en su cuello- se quedan conmigo. Tienes dos horas para empacar. Te aviso que revisaré cada valija para asegurarme que no te lleves algo que no es tuyo..., por error por supuesto.

-Mocosa, maleducada, ¿cómo te atreves? - gritó Clare levantando la mano para darle una bofetada.

Pero antes que Lena pudiera reaccionar, su tío detuvo la mano de su tía, bajándola.

-No, ya no es una mocosa, es una mujer y esta casa es de ella, Claire, nosotros siempre fuimos invitados, ahora debemos marcharnos.

Su tío la miró y ella pudo vislumbrar arrepentimiento y culpa en su mirada, pero no la conmovió ni un ápice.

Su tía dio media vuelta y volvió a subir las escaleras.

-Quiero pedirte perdón por todos estos años en que te alejamos tanto- intentó su tío.

-Tu perdón llega tarde, tío, no quiero ni puedo aceptarlo- dijo con una voz que sonó demasiado dura.

-Lo entiendo, no lo pretendía tampoco, pero tenía que decirlo, aunque sea para sacarlo de mi conciencia y para que lo escucharas.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre sellado.

-Esta carta la dejó tu padre antes de fallecer, para ti, yo querría al menos no fallarle en esto

que me pidió antes de irse.

Lena miraba el papel, ya amarillento, y sólo un leve temblor en su labio demostraba que lo que decía la tocó, mientras su cuerpo mantenía una rigidez extrema.

-No quiero nada de él, como él no quiso nada de mi desde que mi madre se fue. Puedes tirarla o quemarla, porque no pienso leerla.

Se dio la vuelta y se encaminó al estudio a un paso extremadamente veloz, como si quisiera escapar de aquella escena.

Kate, que había permanecido en las sombras observando todo por si Lena necesitaba su ayuda, se acercó a Charles que parecía haber sido golpeado fuertemente por algo.

-Yo la guardaré para ella y cuando esté lista la leerá. Ahora no es el momento, pero si no lo hace se arrepentirá y no permitiré que eso suceda- dijo Kate extendiendo su mano.

Charles pareció aliviado y le tendió la carta. Se pasó la mano por el pelo y suspiró.

- ¿Qué mal lo hice, no Kate? - preguntó mortificado.

-Hace mucho que me abstengo de juzgar a las personas, señor Fairchild, cada uno es responsable por las decisiones que toma y debe vivir con sus consecuencias. Pero cuando uno lastima a otros con sus actos, puede pedir perdón, pero nunca esperarlo. Ustedes la abandonaron, ahora Lena los abandona.

-Ojalá que no la hayamos lastimado tanto que no pueda superarlo. Tú siempre has sido su guardiana. Aun cuando no estabas obligada- le reconoció, mirando a esa bella mujer que la había cuidado mejor que ellos.

-Por supuesto, no sólo porque se lo prometí a su madre, sino porque la quiero.

Kate miró la puerta cerrada del estudio y recordó la frialdad con la que Lena había tratado todo el asunto... y sintió miedo. Veía a la oscuridad acecharla, esa que congelaba el corazón. No quería que se convirtiera en algo que no era. Ella se iba a encargar que la pequeña que vivía dentro de ella, regresara.

El día de la partida llegó, la salida de sus tíos se había dado sin problemas, salvo las protestas de su tía cuando Lena cumplió con su promesa de revisar sus maletas.

Había ordenado desenterrar a sus padres, los llevaría a América, sabía que a su madre le gustaría volver a donde nació, y que querría a su padre con ella.

Despedirse de esa casa le suponía sentimientos encontrados, había vivido momentos muy felices cuando sus padres estaban vivos, sueños que la niña, que una vez fue, había tejido.

Pero luego todo había cambiado y era como si la tristeza hubiera tomado posesión de aquella casa y fuera imposible desterrarla. Al venderla, la entregaba para que otros pudieran limpiarla de todo aquello. La niña que una vez fue, ya no estaba, la movían los sentimientos de justicia y lealtad ahora, pero el apego era algo que no se podía permitir; en esa decisión radicaba su fortaleza y estaba comprometida a defenderla y mantenerla intocable, porque eso la mantendría a salvo.

Estaban en la puerta de la casa a punto de irse y se volvió a ver la lámpara de las gárgolas que colgaba en el techo y que siempre había odiado.

-Cassie-llamó- ¿traes las pistolas en el morral?

-Sí. ¿por qué?

- Las necesito.

Cuando su amiga se las pasó sin cuestionar nada, todos los que allí estaban vieron con horror como Lena apuntaba a las sogas que sostenían la lámpara.

El primer disparo, rompió una soga, y el segundo otra. En un instante toda la lámpara cayó al suelo con gran estrépito y partes saltaron por todos lados. Se escucharon gritos de horror ahogados.

Lena se dio vuelta y sonrió.

-Ahora si podemos irnos a América, ya he terminado con todo lo que tenía que hacer aquí.

El muelle era un hervidero, con personas que iban y venían de un lado a otro, corrían hacia los barcos de carga y de pasajeros. Dentro de poco se embarcarían a América en el Nautilus II.

Lena había reservado boletos de primera clase a pesar de las protestas de Kate que decía que ella debía viajar en otra clase.

Cassie había recibido carta de su padre. La nueva extravagancia, era que había adquirido una hacienda en un lugar de América llamado Patagonia y quería que ella se reuniera con él allí. Se iría en una semana más. No había dudado en decirle que sí a su padre, de las tres era la que mejor se llevaba con su familia; a pesar de la muerte de su madre y de las cosas de muchacho que su padre le había enseñado, se notaba en las cartas, el amor que ambos se tenían.

Elle había partido el día anterior a Francia, para tener esa charla con su madre sobre su origen.

-Me quedaré esperando aquí hasta que el barco zarpe y las estaré saludando desde Tierra, será un lindo cambio estar en un lugar diferente ya que la última vez mi padre me saludaba desde abajo- avisó Cassie entusiasmada.

El barco era impresionante, Lena miró a Kate que miraba concentrada y parecía ¿estar contando?

-Querida, ¿crees que habrá botes salvavidas suficientes para todas las personas que viajan, no creo contar que alcancen?

Lena y Cassie rieron.

-No te preocupes, he escuchado que el capitán de este barco estuvo en la guerra e hizo llegar a tierra a un barco que casi se hundía, porque nunca fallaba en las misiones.

-Más que haya llegado, me preocupa que se le estuviera hundiendo el barco en algún momento, es como si ya tuviera un antecedente de eso- contestó Kate no muy convencida.

Las muchachas rieron otra vez, ganándose una mirada de enfado de Kate a la que no le parecía nada gracioso su planteo.

-Bien, ya tienen que subir-dijo Cassie – mirando la gran rampa que estaba colocada sobre el muelle. Recuerda escribir y mandar las cartas al Ritz que allí dejaremos la dirección a las que deben ser reenviadas. Espero que nos volvamos a ver.

Lena la abrazó, sabía que las volvería a ver, se habían cuidado mutuamente durante seis años.

-Te escribiré, Cassie, cuídate y me cuentas cómo es esa Patagonia cuando llegues.

Lena caminó hacia la baranda y Kate la miraba absorta.

¡Cómo había crecido aquella muchacha! Balanceaba las caderas de su cuerpo exuberante con mucha femineidad y el suave bamboleo era seguido por las miradas del puerto; la belleza exótica

por la que siempre se había destacado, estaba aún más acentuada, aunque ella parecía no estar al tanto del efecto que producía.

-Haz alegrado el día de algunas personas del puerto-le dijo Kate.

Lena se dio vuelta y le sonrió mirando hacia ambos lados.

-Yo creo que no soy la única que los ha alegrado- le retrucó divertida.

Kate bufó, como si le resultara extraño atraer miradas, sin embargo, era una de las mujeres más bellas que ella conociera.

Tenía sólo treinta y seis años y una figura esbelta que muchas mujeres envidiarían, una elegancia natural al moverse, y aunque siempre llevaba su largo pelo rubio atado en un moño bajo, resaltaba su hermosa cara angular, su nariz pequeña y su boca grande, pero de labios no tan gruesos.

Un marinero las recibió en la cubierta y les dijo que las acompañaría a su camarote.

Los pasillos del barco estaban alfombrados en color vino y las elegantes lámparas con tulipas iluminaban el camino. Al llegar a su camarote, encontraron que parte de los baúles ya habían sido trasladados allí.

Era todo un verdadero lujo. En la primera parte del camarote estaba la habitación con dos camas y el baño, todo decorado en tonos verdes en degradé que daban la sensación de una naturaleza sutil. La cómoda con un espejo grande, tenía una pequeña cesta de bienvenida con perfumes y jabones muy solicitados por las grandes señoras. Lena sonrió al ver la marca, ya que era una de las empresas en las que sus abogados le habían dicho que tenían acciones.

La otra parte del camarote era como una sala de estar, con un sillón color chocolate y dos sillas del mismo tono, había una pequeña biblioteca con varios libros y una mesa con flores.

Lena salió al balcón donde había reposeras en color blanco y una mesa con bebidas.

Respiró hondo pensando en el camino que la había llevado allí y en lo que le esperaba por ver. Insólitamente, se sentía más en paz que antes.

Escuchaba a Kate que estaba en la habitación abriendo uno de los baúles que habían dejado allí.

-Me parece que hace un poco de frío, voy a sacar un chal del baúl- dijo desde lejos- ¡Ayy, Dios mío!, creo que se han equivocado de baúl, estas no son mis cosas. Alguna señora debe haberse llevado una gran sorpresa al ver mis vestidos en el que creyó su baúl.

Lena sonrió levemente y volvió a entrar dirigiéndose hasta donde ella se encontraba.

-Es tu baúl Kate, he regalado todos esos vestidos viejos que tenías y te he ordenado un guardarropa nuevo, te lo mereces. Sugiero que te pongas el vestido azul y blanco de día que va perfecto con ese chal azul.

-Pero esto es mucho, el dinero que debes haber gastado...

-Al menos esta vez lo he gastado yo en lo que he querido y no otra persona. Es mi regalo para ti, acéptalo, por favor.

-Gracias, son hermosos- dijo movida por el detalle.

Ella hizo un gesto de asentimiento y volvió al balcón.

Poco después salían a cubierta para zarpar.

Divisaron a Cassie que ondeaba un pañuelo rojo despidiéndolas y la saludaron vivazmente sintiendo como el barco se movía.

La mente de Lena fue surcada por un pánico fugaz al tomar conciencia de lo que estaba haciendo, dejaba Londres y su mundo conocido para internarse en el Nuevo y desconocido mundo, donde no sabía qué iba a encontrar.

Sentía que a medida que se alejaban de la costa, dejaban algo atrás. Como en un sueño, le pareció ver a esa niña de doce años despidiéndose de ella desde el muelle. La dejaba allí para seguramente no volver. Algo nuevo empezaba y ella ansiaba iniciar el camino.

Kate apretó su mano, al reconocer la primera emoción en sus ojos verdes desde que regresara de la escuela; y ella le devolvió el gesto.

Ahora estaban solas, pero como siempre unidas, ambas con vidas y sentimientos diferentes, pero buscando encontrar un poco de serenidad para sus corazones y América era la esperanza.

Segunda Parte

Alex

Capítulo 5

Jacksonville, América, 1810

Alex siempre se preguntó cómo hubiera sido crecer en una casa diferente. A sus catorce años, hacía nueve que había perdido a su madre, cuando esta sufrió un accidente en las escaleras de esa misma casa.

Era el segundo hijo de Albert Coleman, un magnate de las telas, que había duplicado la fortuna familiar, luego de que su abuelo muriera.

La primera esposa de Coleman, había fallecido de viruela trece años antes, pero había llegado a darle a su primogénito, Andrew, un año antes de morir.

Albert había conocido a Lucinda, la madre de Alex, en uno de sus grandes almacenes, cuando compraba telas con su familia. Le había fascinado su belleza y se propuso conquistarla. Quería volver a casarse porque necesitaba a alguien que le diera otro heredero.

Lucinda vivía con su madre y su hermano menor. Su padre había fallecido y su hermano Benjamín, que había heredado su cabeza para los negocios, se había hecho cargo a edad temprana de los mismos.

No le fue fácil cortejar a Lucinda, por un lado, porque ella no parecía interesada y por otro, porque su hermano constantemente ponía piedras en el camino de su relación. Él no le gustaba como pretendiente y se lo hacía notar.

Albert consiguió que una de las doncellas de la casa le pasara información sobre los gustos y actividades de su señora y, poco a poco, con esos datos y su habilidad, consiguió que Lucinda se enamorara de él o más bien del hombre que creía que era.

Se casaron y ella quiso asumir de la crianza de Andrew, pero Albert decía que él debía hacerlo ya que era su primogénito y el principal heredero.

Al año de casados nació Alexander Coleman, y entonces Lucinda pudo volcar todo su amor a su propio hijo.

Alex aprendió de distintas maneras lo que era ser el segundo hijo en esa casa. Sin el amor de una madre y con una crianza estricta, Andrew se resentía día a día y ostentaba el precario poder que un niño podía tener. Alex era culpado de todas las cosas malas que él hacía, del incendio de la lavandería, de la rotura de toda la cristalería de su abuela...

Hablaba con su madre haciéndole saber que él no era el autor de las fechorías, pero en cuanto ella trataba de defenderlo frente a su padre y Albert, la ignoraban y le decían que las cosas ocurrían porque ella lo malcriaba demasiado.

Así se hizo la fama de ser la oveja negra de la familia y las cosas no hicieron más que empeorar cuando su madre falleció.

Sabía que su tío y su abuela habían intentado llevárselo de esa casa, con la excusa de empezar a instruirlo para dirigir los negocios que heredaría de su madre, pero su padre se negó.

Alex trataba de mantenerse lejos de su hermano, pero lo suficientemente cerca para evitar que hiciera el daño, que sabía, era capaz de hacer. Su madre, a quien le encantaba conocer el significado de los nombres, le había dicho que el suyo era “protector de hombres” y por ello siempre estaría en su vida como parte de su misión. Él nunca lo había creído así, pero se daba

cuenta de la profecía. Había salvado animales y personas de la crueldad de su hermano, pero eso siempre le había costado caro.

A medida que fueron creciendo, el nivel de crueldad de las actividades de Andrew aumentaba. Una muestra de eso la tuvo un día en que llegó por la tarde a su casa.

Alex había ido a buscar un vaso de leche a la cocina cuando escuchó los sollozos amortiguados.

-Por favor, señor, no, no lo haga, no quiero, no quiero- seguido de un desgarrador quejido.

- Estate quieta y evitarás que te lastime o podemos hacerlo duro también si es lo que te gusta- dijo una voz de hombre que él reconoció como la de su hermano.

Alex dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió por el pasillo hacia donde provenían las voces, abrió la puerta de la despensa que estaba entornada, y se quedó petrificado.

Anne, una de las muchachas que ayudaba en la cocina y que no tenía más de trece años, estaba bajo el cuerpo de su hermano que tenía los pantalones bajos.

El rostro de la muchacha estaba magullado y lleno de sangre, la parte de arriba de sus ropas desgarradas y luchaba contra su hermano que metía la mano bajo sus faldas bruscamente.

-Andrew, deja a la chica en paz – dijo bajo y apretando los dientes con rabia contenida.

-Vete ahora mismo- dijo él sin mirarlo siquiera.

La muchacha volvió sus ojos aterrorizados e implorantes hacia él y sintió que un ramalazo de odio le surcaba todo el cuerpo.

Sin pensarlo, tomó a su hermano de la camisa y lo estampó contra una de las paredes. A pesar de tener sólo dieciséis años y su hermano veinte, su contextura y sus movimientos eran fuertes, su tío se había encargado de introducirlo en las artes del boxeo y él había sido un buen alumno.

- ¿Qué diablos te pasa? ¿Te volviste loco? Vuelve por donde viniste, esta chica y yo necesitamos privacidad para pasarla bien- le recriminó su hermano furioso.

- Esta chica se llama Anne y no parece estar pasándola bien de ninguna forma, ¿sabes que tiene solo trece años? ¿Qué crees que estás haciendo?

-Disfrutando de lo que pago.

- ¿Le pagaste para que haga esto?

-No, idiota, me refiero a que, si trabaja en esta casa y tiene un sueldo y comida, debe mantener contento a sus patrones ¿no?

-No es una prostituta, Andrew, es una niña que hace las labores de la casa- objetó, sintiendo que sus puños volvían a cerrarse y querían volver a golpearlo.

-Bah, es lo mismo- dijo levantándose y amagando ir de vuelta hacia la niña que, mientras se producía el intercambio, había permanecido acurrucada en un rincón sosteniendo la ropa contra su cuerpo

La pequeña se estremeció al verlo acercarse.

Alex se puso en el camino y poniendo una mano en el pecho de su hermano dijo: Dije que no es una prostituta, y si intentas dar un paso más hacia ella voy a golpearte tanto que no podrás levantarte en una semana.

Andrew se rio fuerte, pero sopesó la amenaza. Aunque era cuatro años mayor el estado físico de su hermano era diez veces mejor al suyo, gracias a ese tío entrometido que tenía.

-Vete a buscar a alguien a quien puedas pagar y que acepte esos servicios tan especiales que tú quieres-ordenó.

Andrew recogió sus ropas y al pasar al lado de su hermano para irse le susurró: que la disfrutes, hermanito.

Alex cerró los ojos conteniendo las ganas de molerlo a golpes, miró a la muchacha preguntándose cómo seguir, cuando ella se levantó del suelo y corrió hacia él abrazándolo por la cintura.

Era el llanto más angustiante que había escuchado en su vida. Con cuidado se sentó en el suelo con la muchacha todavía abrazada a él y dejó que descargara su angustia. Estaba muy golpeada y temblaba con fuertes espasmos, no sabía si había sido violada o no, ¿cómo haría esa pequeña para quitar esas imágenes de su mente?

Así los encontró Beth, la cocinera, que al verlos tapó su boca para contener un grito.

Al oírla entrar, Anne la miró sin dejar de abrazarlo.

-Me ha atacado, no lo he visto y me ha empujado dentro de la despensa, me he defendido lo mejor que pude- dijo con la voz entrecortada.

- Él te ha ...? – preguntó Beth, haciendo la pregunta que Alex no se había animado a hacer.

-No, el Señor Alex ha llegado a tiempo, sólo ha podido golpearme.

Alex exhaló fuerte el aire contenido, al menos había llegado a tiempo.

-Hay que curar sus heridas Beth, no puedo saber cuán graves son.

Levantó a la muchacha en sus brazos, que insólitamente no rehusó su contacto. Se dirigió a las habitaciones de servicio seguido por Beth. La acostó en una de las camas con mucho cuidado.

-Debes sacarla cuanto antes de esta casa, Beth, él no se quedará tranquilo.

Beth asintió, sabiendo ambos, sin nombrarlo, de quién hablaban. Era irónico pensar que todos sabían del monstruo y nadie lo nombraba.

Alex había escuchado rumores entre los criados y había visto ir y venir doncellas, pero nunca lo había visto con sus propios ojos y ahora sabía que no lo podría olvidar.

-La mandaré con mi hermana, ella trabaja en una de las mansiones cercanas y está buscando una ayudante, pero necesitará referencias.

- No te preocupes tendrá las referencias y algo más, yo me encargo, tú cuida de ella.

Alex estaba saliendo de la habitación cuando escuchó la voz débil de Anne.

-Gracias, Señor Coleman, me ha salvado.

Él la miró y esbozó lo que intentó ser una sonrisa. Se alejó por el pasillo preguntándose a cuántas no había podido salvar.

Esa misma noche, mientras estaban sentados a la mesa, Alex miraba a su hermano esperando el momento adecuado.

-Anne, la ayudante de Beth, nos deja esta noche-dijo al fin.

-Desde cuándo te encargas de informarme de las idas y vueltas del servicio, ese es el trabajo de Beth, que se vaya si es lo que quiere-le recriminó su padre.

-Ella ha sido atacada, padre- dijo mirando a su hermano que seguía comiendo sin atisbo de reconocimiento de algo en su cara- Necesita plata y una carta de referencia.

-No tenemos por qué darle nada si quiere irse- negó su padre.

-Sí, que tenemos, ¿verdad Andrew? -siguió

Su hermano se dignó levantar los ojos del plato y luego de limpiarse la boca con la servilleta, lo miró fijamente.

-Creo que debemos hacerlo, padre, parece que mi hermanito tiene unos gustos que podrían dejarnos en evidencia- dijo Andrew sonriendo.

Alex agarró fuerte los bordes de la silla hasta que los nudillos se le pusieron blancos para evitar saltar y golpearlo.

-Bien, arregla lo que sea necesario, pero no voy a estar tapando tus estupideces siempre Alexander, para evitar que arrastres por el lodo el nombre de esta familia.

Alex se levantó sin terminar de cenar y salió del salón, era inútil iniciar cualquier defensa. Su único consuelo es que esa noche Anne se fue con una generosa suma de dinero y una carta de referencia, para empezar de vuelta en otro lugar.

Dos años después, Jacksonville, 1812.

Alex miraba a su hermano por sobre la mesa de juego. Lo había acompañado hasta allí como tantas veces para evitar que hiciera estragos, pero esa noche no había podido evitar que se sentara en la mesa más peligrosa del club.

El Centauro era el club más prestigioso de la ciudad, conocido por las grandes sumas de dinero que se jugaban en sus mesas.

Sólo admitía a personajes influyentes y de dinero, no importaba su origen sino el dinero que tenían en sus cuentas bancarias. Sin embargo, las mesas tenían un sistema donde los bajos fondos no se mezclaban con la alta sociedad, lo que hacía que no se generaran disturbios en el salón.

Esa noche su hermano había roto las reglas, pidiendo estar en una mesa que nada tenía que ver con su origen, y lo habían aceptado.

Como siempre, Andrew, había tomado de más y ya estaba borracho. En su mesa, James Drummond estaba perdiendo grandes cantidades de dinero y ello estaba incidiendo fuertemente en su ánimo.

Drummond no era de la alta sociedad como ellos, sino que era un comerciante de dudosa legalidad que se dedicaba al mercado de las pieles. Tenía compañías pesadas que siempre lo acompañaban y que se encargaban de los trabajos sucios por él. Se sabía que casi siempre ganaba en su mesa y si perdía alguna vez, no se enojaba, si era en buena ley.

Su hermano era hábil con las cartas y siempre jugaba fuerte. Se sospechaba que hacía trampa y era muy bueno en ello, porque nunca lo habían detectado. Presumía de hacerlo, con su círculo íntimo, sin que nadie pudiera acusarlo.

Andrew terminó la última jugada y al ganar, pegó un fuerte puñetazo de alegría en la mesa, invitando a todos los presentes una copa. Los mirones del juego lo saludaban felicitándolo, pero la mirada de Alex estaba fija en Drummond, que destilaba cólera por cada uno de sus poros.

Todos sus sentidos estaban alertas, lo conocía y sabía que no le dejaría pasar la humillación. Alex puso una mano en el hombro de su hermano para que se calamara y le hizo una seña para que tomara en cuenta la mirada del otro hombre.

Andrew rio sin disimulo.

-No seas aguafiestas hermano, he ganado una gran suma y quiero festejarlo, me lo merezco, la suerte está conmigo esta noche, ¿o no Drummond? - dijo dirigiéndose al hombre y tirando tres monedas sobre la mesa en su dirección.

Drummond bajó la vista a las monedas, pero no las tocó y luego lo miró muy fijo.

-La suerte no dura para siempre y a veces sólo un rato, menos para lo que hacen trampa-

contestó.

A Alex le corrió un escalofrío por la espalda, no le gustaba lo que veía en los ojos del hombre y su estúpido hermano no se daba cuenta del peligro.

Tiró de la manga para arrastrarlo a la salida.

-Vamos, ya es hora de irnos, hemos tenido suficiente por esta noche- instó Alex.

-Pero si quiero disfrutar con alguna....

-Ahora- volvió a insistir y cabeceó hacia la puerta.

Su hermano pareció darse cuenta de la situación. Drummond hablaba con sus hombres mientras lo miraba con furia. Nervioso recogió sus ganancias y acompañó a su hermano a la puerta.

-Big John, ¿Podrías hacer que acerquen los caballos, por favor? – pidió al portero del lugar y le dio una moneda- Esperaremos afuera.

Salieron a la calle en donde el aire fresco los despabiló un poco, luego de tanto alcohol.

-Deberías ser más cuidadoso con las posiciones en las que te colocas, Andrew, entender dónde meterte y dónde no, es una de las facultades indispensables en el mundo de los negocios y un día tu dirigirás las fábricas, no deberías haber aceptado jugar con Drummond.

-Nunca había jugado con él, pero es la mesa en donde mayores sumas de dinero se juegan, quería probar suerte y no me equivoqué, no sé por qué te pones a sermonearme.

-No has notado acaso que en esa mesa nunca hay escándalos ni gritos, nunca se sabe quién gana; porque si Drummond pierde no lo hacen saber, ellos tienen códigos y tu acabas de humillar al hombre con toda esa algarabía. Y has hecho trampa, además. -le hizo ver Alex, sin preguntar y dándolo como un hecho.

- Los caballos están en la esquina- dijo Big John, asomando la cabeza fuera de la puerta del club.

-Gracias.

Caminaron en silencio hacia la esquina. La calle estaba apenas iluminada por los faroles y al dar la vuelta, vieron como un cigarrillo se encendía iluminando la cara de Drummond.

-Caballeros, parece que la suerte ha estado de su lado hasta ahora- dijo tomando una pitada.

Alex trataba de distinguir la cantidad de sombras en la oscuridad, sólo pudo contar cuatro incluyendo a Drummond. No sabía si habría más y estaba seguro que nada andaría bien, ya que claramente sus caballos no estaban allí.

Trataron de retroceder, pero las sombras se movieron impidiéndoles el paso.

-Vamos, Drummond, no perdamos el tiempo, les invito a todos un trago y las mujeres corren por mi cuenta, no es para hacer un lío de esto- dijo Andrew tratando de eludirse de la amenaza.

-Yo decido aquí qué hacer y qué no, los dandis no deberían jugar juegos para los que no están preparados. Me he criado en las calles, conozco cada timador de esta ciudad, pero nunca me había cruzado con uno tan estúpido que me desafiara de esa forma. Todos saben lo que haces, pero en las mesas en las que juegan lo perdonan porque tienen sus códigos, la mía también tiene los suyos y es que no hay perdón para el que roba- expresó con una voz llena de ira.

-Bien, si es así como piensa, como un gesto de honorabilidad, estoy dispuesto a devolverle el dinero que apostó y quedamos a mano- dijo Andrew, con voz firme, como si el temor le hubiera quitado la borrachera.

Drummond lanzó una carcajada fuerte que resonó en el callejón.

-Verás, eso estaría bien si yo pensara que existe la honorabilidad o me importara de alguna manera, pero no es así. Mi reputación es la que me ha traído hasta aquí, y es por ello que no dejo nunca que nadie me robe. No sólo voy a tomar todo el dinero, sino que además voy a darles una lección que servirá para que a otros no se les ocurra intentar lo mismo.

Alex sabía que Drummond, no los mataría, no se arriesgaría con la gente de la alta sociedad, pero les daría una buena golpiza. Se preparó para defenderse lo mejor posible, llegarían golpeados, pero ambos practicaban boxeo y sabían algunos trucos. Tenía una navaja en el tobillo, pero al colocarse los hombres a la luz vio que no estaban armados. Comenzaba a sopesar las opciones para defenderse, cuando sonó un disparo.

Vio caer a Drummond y la pistola en manos de su hermano, cuando un gigante se abalanzó sobre él. Dos disparos más sonaron, pero él trataba de quitarse al hombre de encima que lo golpeaba salvajemente en la cara y el estómago. Sintió un dolor agudo en las costillas por los golpes y dando un empujón con su rodilla, tiró al hombre al suelo delante de él. Un disparo más se oyó y todo quedó en silencio.

Podía oír el agitado ritmo de su respiración, pero ningún otro sonido. Veía los cuerpos tirados en el suelo.

- ¿Andrew? - llamó temiendo lo peor, pero sin obtener respuesta.

Trataba de ver por entre sus heridas, pero tenía el ojo hinchado y el pelo le caía sobre la frente.

- ¿Andrew? - insistió más fuerte.

-A... aquí estoy- tartamudeó su hermano.

- ¿Estás bien?

-Los he matado, los he matado a todos – dijo con agitación trasparenteada en su voz.

Alex, miró hacia atrás y vio que sus caballos estaban en la calle, algunas personas habían comenzado a salir del club, pero como todo estaba oscuro, no podían ver nada.

Luchando contra los dolores en su cuerpo y las costillas lastimadas, Alex se levantó y fue a donde estaba su hermano.

-Vámonos antes de que salga más gente y vea esto.

Andrew estaba petrificado y miraba hacia abajo a los cuerpos, ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad podían al menos ver más.

- ¿Qué voy a hacer? me van a matar-balbuceaba angustiosamente.

-Vamos, debemos llegar a casa, papá sabrá qué hacer – y empujó a su hermano hacia los caballos, lo que le provocó una punzada de dolor en todo el cuerpo.

Andrew sacudió su cabeza como saliendo del trance y siguió a su hermano. Ambos montaron rápidamente y se alejaron ante las miradas de los primeros curiosos que ya se dirigían al callejón.

Mientras cabalgaban hacia su casa, Alex pensaba qué diría su padre ahora de su precioso hijo que había asesinado a uno de los hombres más peligrosos de la ciudad. Tenían que llegar rápido para que él pudiera ayudarlos a salir de este lío antes que algunos de los amigos de Drummond tomaran la justicia en sus manos.

Llegaron cabalgando a gran velocidad a la mansión como si el mismo diablo los persiguiera, no habían cruzado ni palabra ni mirada en el camino, y luego de dejar a los caballos en los

establos, se dirigieron al estudio.

Jeffers, el mayordomo, que los había escuchado llegar apareció con unas velas. Si estaba sorprendido por las heridas de Alex, no se notó porque permanecía impassible esperando órdenes.

-Por favor, Jeffers- dijo Alex sirviendo al mismo tiempo dos vasos de whisky y tomando el primero de un solo trago- necesito que despiertes a mi padre y le avises que lo esperamos en el estudio.

-Señor, no creo que...

Alex se dio media vuelta y lo fulminó con la mirada, no necesitó decir nada más para que Jeffers hiciera lo que le había pedido.

Andrew estaba sentado en el sofá y le temblaban las manos cuando su hermano le ofreció el whisky. Alex se sirvió otra copa y volvió a tomarla entera.

- ¿De dónde demonios sacaste esa pistola, no sabía que tenías una?

-No tengo, era el arma de papá, pensé que sería bueno ir armado si pensaba jugar con Drummond.

- ¿Tenías planeado el juego? - preguntó enojado.

-Tengo deudas, Alex, grandes deudas, y sólo en la mesa de Drummond había sumas que valían la pena y no me equivoqué-dijo tocando el bolsillo donde todavía tenía el dinero.

- ¿Podrías haberle pedido a papá?

-Ja, si como no, él no sabe que tengo deudas, ni tiene que saberlo- manifestó echando una mirada elocuente a su hermano- aquí el hijo perfecto soy yo.

- ¡Podrías haber disparado al aire y eso los hubiera frenado! No estaban armados, iban a darnos una paliza, pero podríamos haber resistido. Drummond sabía con quien se metía.

- No iba a permitir que ninguna de esas escorias me pusiera una mano encima, no lo vieron venir y está bien que estén muertos. Además, no sabes si no tenían armas, no iba a arriesgarme. Ahora tengo que pensar cómo solucionar esto para que no me vengán a buscar. Tendrías que estar agradecido.

-Sí, claro, en todo momento pensaste en mí, siempre tan generoso.

Alex, no podía creer que hubiera matado a cuatro personas y permaneciera impassible. Iba a decir algo más, pero se cortó al ver entrar a su padre enfundado en una bata de color negro y con cara de pocos amigos.

-Espero que haya muerto alguien para que me despierten a esta hora de la madrugada- dijo mirando a sus hijos.

Viendo que ninguno de los dos respondía, se dirigió al lado de Alex y se sirvió una copa.

-Dios!!!- exclamó- ¿qué has hecho esta vez, Alex?

Alex giró hacia su padre lentamente y luego miró a su hermano, esperando que este hablara, pero como el silencio se extendía respondió.

- No he sido yo, fue Andrew que mató a Drummond y sus hombres.

Alex dio un respingo cuando la copa de su padre se estrelló contra la pared.

- ¿Drummond? ¿Drummond? - gritó- ¿Cómo diablos has terminado involucrado con ese tipo?

Andrew hablaba apresuradamente para no perder el valor, explicando a su padre lo sucedido desde su llegada al club, diciendo que había jugado con Drummond porque en sus mesas se movían sumas de dinero que le permitirían comprar un semental que quería.

Era asombrosa la capacidad de su hermano para mentir sin que se le moviera un músculo de la

cara a pesar de estar nervioso.

Su padre permanecía de pie escuchando impertérrito el relato de su primogénito.

-Y luego- continuó Andrew, en una actuación digna de un aplauso- cuando vi que los hombres que estaban armados con pistolas y cuchillos se lanzaban contra Alex, no me paré a pensar, saqué la pistola y disparé, tenía que proteger a mi hermano, la familia para mí siempre ha sido lo más importante. Él dependía de mí.

Alex permanecía callado, había aprendido a los golpes, que, decir algo diferente a lo que decía su hermano era inútil, su padre no lo escucharía.

Su padre avanzó lentamente hacia la chimenea y se quedó absorto allí. Finalmente habló.

-Tenemos que pensar los pasos que daremos. Está claro que los amigos de Drummond querrán venganza y van a venir por quien lo haya matado. Debemos actuar rápido. Tu tío está en la ciudad y tiene contactos, a ver si una vez el hermano de tu madre sirve para algo. Jeffers!!!! Mande a alguien al Richmond a buscar a mi cuñado en forma urgente. Alex, ve a lavarte esa cara y a cambiarte que pareces un delincuente y luego vuelve aquí.

Alex asintió y salió del estudio dejando sólo a su hermano y su padre. Ni siquiera al ver toda la sangre y su estado, le había preguntado si estaba bien.

Mientras subía las escaleras pensó en su tío. Él era lo que se llamaba un alma libre. Había sido capitán en otra época, se había dedicado luego al comercio marítimo y había amasado una gran fortuna. Era un soltero empedernido y obsesionado con vivir la vida. Muchas habían tratado de atraparlo, pero no habían podido. Sabía por qué su padre lo había llamado. Su tío tenía todo tipo de contactos, desde los más bajos hasta los más altos, y ellos serían muy convenientes en este momento.

Cuando terminó de lavarse, bajo nuevamente, y al entrar en el estudio le asombró la cara serena que tenía su hermano. Su padre no lo miraba y tenía la vista fija en su copa de whisky.

Un instante después su tío, Benjamin Henderson, entraba por la puerta.

-Bien, Albert, ¿quiero saber qué es eso tan importante para sacarme de los brazos de una hermosa dama a estas horas? -preguntó su tío sentándose relajadamente en el sillón con las piernas estiradas y cruzando sus tobillos.

-No sabía que ahora en el Richmond dejaban entrar mujeres de mala vida- dijo su padre.

-Yo nunca tuve que pagar por las atenciones de una mujer, Albert, las mujeres en mi cama siempre han venido voluntariamente, pero si quieres averiguaré si aceptan en el hotel a este tipo de mujeres para que puedas llevar a las que tú pagas.

Alex sabía que su tío y su padre se odiaban, desde la muerte de su madre, apenas cruzaban palabra y siempre era porque su tío tenía algunos negocios con su padre o porque venía a visitarlo a él.

Todo el mundo le decía lo mucho que se parecía él a su madre, pero mirando bien a su tío pudo reconocerse en él. Llevaba el pelo rubio largo hasta los hombros y despeinado, sus ojos color miel miraban expectantes y curvaba su sensual boca en una sonrisa. Su físico en el que se notaba trabajo duro, exudaba dureza y presencia. Alex podía entender por qué las mujeres morían por él.

-No tengo tiempo para tus tonterías, tenemos un problema y necesito que me ayudes

-Deberías ser más amable, si llamas a alguien para pedirle un favor. Tienes suerte que una de las personas que más me importa en la vida se encuentre en esta sala, sino ya me habría marchado.

Tú dirás de qué se trata.

Albert Coleman le explicó toda la situación tal cuál como la había contado Andrew y cuando terminó el relato, Benjamín lo miraba con una ceja levantada.

- ¿Me estás diciendo que todos esos hombres estaban armados y que tu hijo ha logrado dispararles a los cuatro antes que ellos lo hicieran y sin recibir un solo rasguño? -preguntó con sorna, mirando a Alex, que bajó la mirada.

- No vamos a ponernos a examinar detalles que no resuelven el problema. Tenemos que poner en marcha el plan y ver si podemos salir de este embrollo lo más ilesos posible.

-Bien, ¿y cuál es el plan? - preguntó entre impaciente y fastidiado.

- Los hombres cercanos a Drummond van a querer justicia por su muerte, por lo cual debemos asegurarnos de haberla hecho antes que ellos. Yo me encargaré que reciban una suma considerable que “calme el dolor de la pérdida”- dijo esto último irónicamente- Nadie sabe quién fue el que mató a esos hombres.

-Pero, padre, las personas que salían del salón de juego nos vieron, saben que fuimos nosotros- retrucó Alex sin entender lo que pretendía.

-Cállate, Alex. El tema es que no saben quién de los dos fue. Andrew es mi primogénito y siempre ha tenido una conducta perfecta. Por otro lado, Alex, siempre ha sido el inquieto; diremos que fue él quien lo hizo tratando de defender a su hermano. Que al llegar aquí yo le dije que lo entregaría a las autoridades y él huyó. Informaré que frente a esta situación lo he desheredado y que no creo que sobreviva mucho sólo y sin plata. Por supuesto, que independientemente de ello, haré depositar una gran suma de dinero para que puedas vivir holgadamente y volver algún día cuando este tema se olvide- informó su padre, como si lo que estuviera diciendo fuera una idea brillante y totalmente lógica.

Alex tardó en reaccionar, tratando de asimilar las palabras de su padre ¿Él debía cargar con la culpa otra vez? Toda su vida había asumido los errores su hermano, pensando que podía ganarse un lugar con él y su padre. Pero cargar con un asesinato, era algo totalmente distinto.

-No voy a hacerlo!!, no voy a dejar mi vida, vivir como un fugitivo y hacerme cargo de un crimen que no cometí-gritó Alex rojo de ira.

Su padre, que mientras hablaba, no se había volteado a mirarlo, ahora lo hizo y lo fulminó con la mirada.

-Me importa un rábano lo que tú quieras hacer o no, tu opinión no cabe aquí, está decidido-dijo alto y con rudeza.

-No. No está decidido si yo digo lo que en realidad pasó, nunca van a declarar que fue en defensa propia cuando vean que esas personas no tenían armas. ¿Por qué me sacrificas a mí y no a él, otra vez?

-Porque él vale más para mí- dijo su padre sin dejar de mirarlo- Si no haces esto, haré de tu vida un infierno, me encargaré de que te encierren y serás desheredado sin un centavo.

Alex se dirigió a su hermano y comenzó a sacudirlo por los hombros.

-Dile, dile lo que pasó, dile que no podré volver, que van a culparme de a...

Pero no pudo terminar la frase porque su hermano comenzó a golpearlo antes de poder reaccionar.

Benjamín se levantó de un salto y lanzó a Andrew contra el sillón, separándolo de Alex.

-Ya basta- dijo- creo que he visto y oído suficiente como para hacerme una idea de lo que

pasó.

Ayudó a Alex a levantarse y lo empujó hacia la puerta.

-Mi sobrino se viene conmigo. Ahora necesito alejarlo de aquí. Siempre me he preguntado Albert que fue lo que mi adorable hermana vio en ti para enamorarse como lo hizo, pero doy gracias a Dios que ese imbécil al que llamas primogénito no es nada mío. Un día todo se sabrá y te arrepentirás de haber alejado al hijo que verdaderamente vale la pena.

Andrew trató de lanzarse contra Benjamin, pero su padre lo detuvo.

-Deja que se vayan, tenemos cosas más importantes con las que lidiar.

Ben no estaba de acuerdo con que acusaran a Alex de asesinato, pero vio una oportunidad de sacar a su sobrino de aquel lugar. Tenía los contactos y el dinero suficiente para mantenerlo a salvo.

Alex que había salido del estudio resignado, se dirigía a las escaleras para subir a buscar sus cosas.

-Sigue derecho, sobrino, hacia las puertas. No tenemos tiempo para recoger tus cosas, salvo que haya algo de esta casa que te quieras llevar.

Alex negó con la cabeza.

-Bien, entonces desde ahora-dijo su tío- somos sólo tu abuela, tú y yo.

Capítulo 6

6 años después, Nueva Orleans

Alex sintió como una mano delicada se deslizaba hacia arriba y abajo por su espalda, mientras que las primeras luces de la mañana se colaban por la ventana de la habitación que daba al río.

Fingió seguir durmiendo, hasta que la mano, más atrevida, se cerró alrededor de su miembro que respondió al instante, y entonces la cubrió con la suya.

-Cuidado, Allie, te estás metiendo con mi parte más sensible- advirtió risueño.

-Es que necesito que haga unas cosas para mí esta mañana- respondió sensualmente la voz femenina a su espalda.

Alex se dio la vuelta y se puso encima de Allie.

-Antes de ello tengo que saciar mi hambre- susurró Alex.

Comenzó a recorrer el cuerpo exuberante de Allie, muy despacio, con sus manos. Ese cuerpo que le había dado placer muchas noches.

Bajó su dorada cabeza hacia uno de los pechos, dando besos alrededor, mientras escuchaba los suaves jadeos que ella emitía. Se metió el pezón en la boca lamiéndolo y succionándolo con pequeños toques de su lengua, mientras su mano se movía hacia abajo para separar los pliegues de su sexo, coronado por unos rizos rojos, masajeando el centro de su placer sin tregua.

-Ya estoy preparada, Alex, ahora- jadeó tratando de alcanzarlo con las manos.

-No, primero quiero que te vengas para mí – dijo introduciendo dos dedos en su sexo y volviéndolos a sacar.

Allie se arqueaba contra esa mano, su pelo ensortijado y rojo como el fuego, se desparramaba a un lado de su cabeza, mientras que él implacablemente seguía chupando sus pechos. Aumentó el ritmo y su masaje, y cuando ella gritó, él sintió los espasmos del orgasmo de ella, cerrarse sobre sus dedos.

Sonrió con satisfacción ante el logro. Como su tío, nunca había necesitado pagar a ninguna mujer para que fuera a su cama.

Allie era una mujer independiente, dueña de una taberna-posada y tan libre como él, después de haber quedado viuda. Se habían dado placer mutuamente durante varios años y su relación era clara para ambos, sin que tuvieran que hablarlo.

-Ahora sí es mi turno- dijo penetrándola completamente mientras comenzaba a moverse rítmicamente dentro de ella.

Una hora después, Allie observaba, recostada sobre un brazo, el bello trasero de su amante. Siempre le había gustado el cuerpo de Alex, alto y fuerte, sus músculos estaban cincelados por el trabajo marino, llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y sus músculos se movían mientras se lavaba.

- ¿Podrías quedarte para otra vuelta? - preguntó expectante.

Él se dio la vuelta sonriendo, mostrando la parte delantera de su desnudez y mirándola con esos ojos grandes del color miel, mientras comenzaba a vestirse.

-Por mucho que me gustaría, mi tío me espera abajo y zarpamos a un destino que aún no me ha notificado, no puedo hacerlo esperar.

-Entonces te vas- dijo ella con nostalgia- quien sabe cuándo nos volveremos a ver.

- ¿Te pones melancólica, Allie?

-No, todo siempre estuvo claro entre nosotros, es que me había acostumbrado a tenerte aquí. No me refiero sólo a lo físico, aunque no me quejo por ello, eres mi mejor amigo. Te extrañaré.

Alex se sentó en la cama y acarició la mejilla de Allie con ternura.

-Eres mi amiga por sobre todas las cosas y quiero que estés bien. Deberías buscar un hombre para compartir tu vida y que te cuide.

-El único tipo de relación que me interesa es del tipo que tengo contigo. Ya conocí al amor de mi vida, fue mi marido y sé que no volveré a amar así. Cuando has conocido esa clase de amor, no te conformas con menos. Hoy prefiero tener mi libertad y hacer lo que me plazca si él no está.

Alex miró a Allie, siempre la veía segura con lo que quería, nunca sonaba triste cuando hablaba de su difunto marido, sino que había amor en su voz. Se preguntó cómo sería sentir y tener lo que ella había tenido, pero luego descartó el pensamiento.

-Si me necesitas, vendré, sabes cómo encontrarme - y diciendo eso le dio un fugaz beso en los labios y salió de la habitación.

Allie lo miró salir y pensó que su amigo era el que debería encontrar una mujer que sanara esa alma errante.

Alex llegó al salón de la taberna justo cuando su tío entraba. Todo aquel que los veía juntos pensaba que eran padre e hijo y así lo habían sido durante nueve años.

Su tío lo había salvado no sólo de la cárcel sino de la existencia inútil que hubiera tenido junto a su padre y a su hermano. Le había enseñado lo que era tener a su lado una persona en la que confiar, con la que contar en todo momento y lo que era sentirse querido. Siempre le había dado el mejor regalo de todos: la libertad de elegir.

Habían navegado en los barcos comerciales de su tío casi por todo el mundo, buscando nuevas mercancías y aumentando las arcas ya grandes que su familia tenía. El dinero que su padre había enviado, quedó sin tocar en el banco en el que lo habían depositado. Nunca quiso saber ni tener nada de él y tampoco su padre se había preocupado por cómo estaba. Al cumplir sus veintiún años había tomado el apellido de su madre y el nombre de Alexander Henderson, era ya muy conocido en el mundo del comercio.

-Buenos días. Alexander. ¿Qué es esa cosa brillante que tienes en tu oreja? - dijo su tío, sentándose a la mesa que siempre tenían reservado cuando estaban allí y que ya estaba preparada para que desayunaran.

-Es un aro tío- dijo Alex sonriendo- un regalo de Samir en nuestro viaje a Arabia.

-Pues es horroroso, pareces un pirata y ni quiero pensar cuando tu abuela te vea con eso puesto, puede ser que te quedes sin oreja. Nunca entendí la necesidad que tienen las mujeres de perforar sus orejas para colgarse esas cosas. Infligirse dolor a uno mismo no es mi idea de placer.

Su tío hablaba mientras untaba un croissant con miel como cada mañana. Parecía más joven de lo que era, conservaba el porte de galán y levantaba suspiros de las mujeres a su paso. Siempre vestía impecable a pesar de que seguía a la par de sus hombres el trabajo duro, lo que hacía que su cuerpo se mantuviera atlético y fuerte.

Al principio le había seguido a Alex en el ritmo de sus conquistas, pero en el último año, parecía haberse hastiado de esa vida y sospechaba que con eso tenía que ver su sorpresa.

- ¿Vas a decirme o no cuál es el gran misterio que nos hace salir tan temprano?

- Si, a eso iba- dijo dando un largo trago al café que estaba tomando- he decidido dejar de viajar tanto, quiero establecerme en un lugar por un tiempo. Tu abuela se está haciendo mayor y quiero que venga a vivir conmigo, no quiero arrepentirme de no haberla disfrutado el tiempo que pude. - Lo miró a los ojos- Perdí dos personas que amé mucho en mi vida, Alex, primero mi padre y luego mi hermana y siento que no pasé el tiempo suficiente con ellos, por eso mi proyecto también te incluye a ti. He comprado una finca en las riberas del Mississippi, he restaurado la casa para poder habitarla. Hay otra finca que linda con la mía y es mi regalo para ti.

-Tío, yo no soy de los que se quedan, me he convertido en un nómada y me gusta cómo se siente despertar en lugares distintos- replicó, entendiendo de todas formas la decisión de su tío.

-No lo decidas ahora, Alex, sólo te pido que te quedes conmigo un tiempo y veas cómo se siente. La última palabra será la tuya. Sólo tú puedes saber qué es lo mejor para ti. - le pidió.

Alex miró a su tío y asintió, no sabía que lo había llevado a tomar esa decisión. Ben se había criado en una buena familia, donde el amor y el respeto habían prevalecido. Su abuela era una gran mujer, que los amaba a ambos y los apoyaba en todas sus decisiones, retándolos, a veces, como si nunca hubieran crecido. Él había tenido un atisbo de eso en estos nueve años que habían compartido, pero se sentía a gusto y seguro con su vida.

Le gustaban los desafíos, así que se dejó llevar como muchas veces en su vida.

Tenía confianza en que su tío lo dejaría marchar si así lo decidía.

Alex miraba a su tío que conversaba amigablemente con el capitán de la barcaza en la que se estaban trasladando, haciéndole preguntas sobre Arlington y su gente como si fuera un niño en una nueva aventura.

Mirando alrededor veía las riveras de ese río que desembocaba en el océano, con distintos matices de verde en los árboles frondosos, intercalados por pantanos llenos de lodo que parecían esconder grandes secretos, no por nada los primeros habitantes de esas tierras lo habían llamado “Meschacebé”, que significa padre de las aguas, su caudal y potencia era imponente y el sonido de sus aguas parecía esconder un arrullo desconocido que uno trataba de escuchar.

El Mississippi subyugaba a quien lo navegaba.

Había conocido muchos lugares, pero este era diferente como si escondiera un misterio que descubrir, algo nuevo para él que no había visto jamás.

El barco fue acercándose a la orilla para atracar en un pequeño embarcadero que se encontraba en el pueblo de Arlington.

Pasaron entre los puestos de pescado que estaban diseminados en el muelle y al entrar en el pueblo los colores les llamaron la atención. El verde de los pinos se mezclaba con los rojos, naranjas y marrones de los carteles y frente de las tiendas.

El pueblo se extendía con varias calles colaterales, coronado al fondo por una hermosa Iglesia y una pequeña elevación de pastos verdes.

Las calles se encontraban embarradas por las recientes lluvias y se habían colocado tablones de madera sobre ella para que las carretas no quedaran atascadas. Les comentaron que la cantina quedaba en una de las calles laterales, por decisión del pueblo cuando se fundó, ya que querían preservar un poco la moralidad, pero no tanto como para que no hubiera una.

Los carteles de Mercantil Stein, Hotel Stein y Stein & Son, le dieron una idea de que había una especie de rey allí que acaparaba la mayoría de los negocios, pero el pueblo parecía muy

próspero.

-Me ha dicho el capitán que, si queremos incluirnos en los negocios, Stein es nuestro hombre a conocer- mencionó su tío que ya había comprado pan de jengibre en uno de los puestos. Y lo estaba devorando ávidamente.

-Tengo una mala predisposición hacia las personas que crean monopolios, tiendo a querer romperlos.

-No es necesario, tus recursos, y no me refiero a tus encantos, son mucho mayores que los de este hombre, con lo cual creo que él estará encantando de conocernos. Veamos si podemos conseguir habitaciones en el hotel para refrescarnos y luego visitar las fincas.

El hotel tenía una gran recepción todo en madera color caoba, con un comedor muy bien adornado en tonos ocres en un costado. El portero los recibió indicando que luego que se refrescaran el Señor Stein los esperaba en el comedor para almorzar y darles la bienvenida.

- ¿El mismo rey en persona nos recibe? Debe estar preocupado por nosotros ¿no? - dijo su tío mientras se dirigían a sus cuartos.

Luego de haberse bañado, bajaron al comedor del hotel. Aunque varias mesas estaban ocupadas reconocieron a Stein al instante.

Era un hombre corpulento de casi dos metros de altura, su cabello estaba teñido de canas blancas mezclado con mechones negros. Vestido elegantemente de un azul oscuro, con una fusta al lado de su silla, su rostro era duro, de cara angular, y ojos de un azul lavado y frío, coronado por una nariz larga y grande y unos labios finos y rígidos.

Se levantó cuando ellos se acercaron, tendiéndoles la mano.

-Bienvenidos a Arlington, me alegra que hayan podido almorzar conmigo porque me gusta darles la bienvenida a los nuevos integrantes del pueblo y conocerlos.

Alex miraba fijamente a este hombre que, sin decirlo, les indicaba que era él quien mandaba allí. Él sabía, cómo señalara su tío, que la fortuna de ellos era mayor que la de Stein, pero éste quería dejar claro que eso no le importaba y que este era su territorio.

Stein les explicó, mientras comían, el funcionamiento del pueblo. Tenían una asamblea mensual en la que se reunían para resolver temas que proponían los vecinos y en los que la comunidad tenía que ponerse de acuerdo. Los votos estaban dados por las personas propietarias de tierras o comercio en la zona y unas selectas autoridades del pueblo.

Tenían una feria cada tres meses, donde los comerciantes vendían sus productos a otras personas de la zona que se acercaban, pero además era bastante agitada la vida diaria ya que había muchas personas que pasaban por allí camino a otros lugares.

A Ben le sorprendió la organización de todo lo que le contaba, pero sospechaba que atrás de la prosperidad del pueblo había cosas que no le estaban diciendo. Como comerciante avezado, conocía cuáles eran las ganancias que se podían obtener y las propiedades y los gustos de este hombre, como su reloj de oro y el zafiro que tenía en su dedo medio derecho, no se pagaban así nomás.

Sabía del contrabando que se daba a lo largo del río y en los pequeños canales que se internaban en el continente. Por suerte sus tierras no lindaban con el agua y no tendría el problema de cruzarse con ellos.

Stein hablaba con seguridad, dejando entrever su autoridad en el pueblo, pero ubicándose frente a dos personas que sabía que tenían contactos. Dejaba deslizar, sutilmente, que mientras no

se cruzaran en su camino todo estaría bien.

A Alex le sorprendía la capacidad de ese hombre para amenazarlos sin realmente hacerlo.

Era un hombre que había comenzado desde muy abajo, siendo un simple changador de pieles para un comerciante, puso su negocio en Arlington haciéndolo crecer y poniendo al pueblo en el mapa, por lo cual seguramente había logrado el apoyo de muchas personas que vivían de él.

Era viudo y tenía un solo hijo que estaba sentado en esa mesa con ellos, parecido en todo a su padre, con el cabello color caoba, menos sus ojos que eran de un azul más profundo y que denotaban cierto desprecio hacia los extranjeros.

Cuando Alex y su tío salieron, ambos siguieron sentados en la mesa.

- ¿Vamos a tener problemas con esos, padre? - preguntó Adam.

-No, mientras no vean nada- contestó prendiendo un puro y exhalando el humo- Debemos extremar los recaudos, avisa a los muchachos y pon a alguien para que siga sus pasos disimuladamente. He trabajado mucho por todo esto y no pienso arriesgarlo ahora.

Ben y Alex tomaron los caballos que alquilaron después del almuerzo y fueron a visitar las fincas.

Los caminos estaban muy bien cuidados, a los costados se extendían campos de algodón y tabaco en donde se veían trabajando a muchos esclavos, algunos demasiado pequeños para estar haciendo tareas de ese tipo, pero gracias a esa mano de obra gratuita, a la que sólo se le daba comida y no un salario, muchas personas habían hecho sus fortunas.

Se dirigían primero a la finca de Alex, ya que su tío estaba entusiasmado por mostrarle su regalo.

Se detuvieron frente a un gran letrero en el que se leía “La Mer “en grandes letras y su tío le hizo señas para que entrara.

-Cuando vi el nombre que tenía la finca supe que tenía que ser para ti- le iba comentando mientras ingresaban por la gran avenida de arcos plateados perfectamente alineados, que dejaban un gran espacio abierto para ver el cielo entre ellos. El destello de las hojas al moverse con el viento recordaba al oleaje de un verde mar y su tío le explicó que de ahí venía su nombre.

Al final del camino había una gran mansión de dos pisos, con cinco ventanas frontales en el piso superior y tres en la planta baja. Parecía haber sido recientemente pintada de un celeste gastado que recordaba al cielo. Una gran puerta doble de arce, a la que se llegaba subiendo tres escalones, daba la bienvenida.

Contra su voluntad a Alex le gustaba el lugar, sentía la mirada de su tío tratando de interpretar sus reacciones a su regalo.

-No me mires más, tío, me gusta, tú sabes que me gusta. - dijo en tono burlón frente a la ansiedad de él.

Ben sonrió y dándole una palmada un poco demasiado fuerte en la espalda dijo: ¡Lo sabía!!! ¡Sabía que te gustaría! Espera a ver los establos y el riachuelo que corre por detrás.

En un costado de la casa se encontraban los amplios establos en los que Alex divisó varios animales con los que su tío los había llenado. Dejando los caballos, se dirigieron hacia el riachuelo que surcaba la propiedad.

-Es el cristal, un riachuelo que comienza en mis tierras, sigue por las tuyas y luego se interna

en el río en Lumière que es la finca de al lado. Lo llaman así por la transparencia de las aguas.

Recorrieron caminando parte de la gran extensión de tierra viendo los cultivos y los distintos recovecos, durante un par de horas.

-La tierra es próspera, la mayoría de la finca tiene plantaciones de tabaco que se vende muy bien en el mercado. Los galpones para la cosecha se encuentran en el fondo y también las barracas de los esclavos, se ve que el anterior dueño los quería tener lejos. Contraté al Señor Higgins, viene recomendado por un amigo mío, se quedó sin trabajo en Texas cuando su antiguo jefe vendió las tierras y él y su familia se han trasladado a la vivienda del capataz que hay detrás de la casa. Es un hombre bueno y eficiente.

Alex estaba tentado de risa con el entusiasmo que ponía su tío al explicarle todo lo que había hecho.

-Ahh!!! Y también elegimos con el Sr Higgins a las personas que se estarán encargando de la casa y de asistirte.

- ¿Algo que no hayas previsto tío? ¿O que no esté perfecto? ¿Alguna otra sorpresa de la que me tenga que enterar? -preguntó enarcando una ceja divertido.

-Si-respondió su tío mirando su reloj de bolsillo- Más vale que nos apuremos porque tu abuela nos espera en mi finca para tomar el té.

Alex se quedó mudo mirando a su tío que se dirigía a los caballos. No podía creer que hubiera convencido a su abuela para que viniera a vivir allí, seguramente entre ambos le iban a hacer una encerrona para que se quedara, pero sabía que con lo que veía no les iba a costar mucho convencerlo. Esa tierra tenía algo especial que invitaba a quedarse.

Ni bien traspasaron la puerta de la casa de su tío, sintió la conocida voz de su abuela.

-Hannah, por favor, avísame en cuanto lleguen mi hijo y mi nieto y asegúrate de que estén listos el pan de jengibre y las galletas de chocolate. El café deber ser bien negro o esos dos no lo tomarán.

Una hermosa muchacha mulata salió del lugar de donde provenía la voz y se quedó mirándolos a los dos sin saber si volver a avisarle a su señora que habían llegado o ir a hacer lo que le habían ordenado.

-Sigue tu camino Hannah, que ya nos ocupamos nosotros de anunciarnos, y agrega un poco de miel al pedido- ordenó su tío guiñándole un ojo.

La muchacha sonrió tímida y se dirigió a cumplir con el encargo.

-Espero que no estés seduciendo a todas las mujeres de aquí, tío.

-Tengo un dilema moral con el tema de acostarme con esclavas, siempre he tenido a las mujeres en forma voluntaria en mi cama, pero cuando un hombre tiene un poder de propiedad sobre una persona, no creo que la mujer sienta que tiene libertad para decidir- le indicó con cierta contrariedad.

Alex contempló a su tío. Sabía que él tenía ideas muy liberales respecto de los esclavos, apoyaba las corrientes de abolicionismo y a pesar de ser un mujeriego reconocido, sus palabras le hicieron recordar por qué admiraba tanto a ese hombre, sus valores y su corazón siempre lo llevaban a actuar de la forma más adecuada.

-Madre, qué hermosa te ves esta tarde- aduló Ben, entrando en el salón.

-Oh!!! Guarda eso para tus conquistas, a mí no hace falta que me adules, ya me conquistaste el día que naciste- le reprendió poniendo su mejilla para que le diera un beso y arreglando un pelo rebelde que le caía sobre la frente- ¿Dónde está mi nieto?

-Aquí estoy, abuela- saludó alzándola para darle un beso. No existía entre ellos el convencionalismo. Su familia era afectuosa abiertamente.

Ella tomó su cara entre las manos y lo observó por un minuto como si quisiera leer algo en sus ojos.

-Te ves bien- dijo al fin, dándole una palmadita en la mejilla- menos por esa cosa que te cuelga de la oreja. Pareces salido de un cuadro de piratas- se quejó y Alex recibió un te lo dije articulado, de su tío.

- ¿Cómo te ha convencido mi tío para que vengas aquí?

-Primero, no fue muy difícil convencerme cuando me dijo que los dos hombres de mi vida, vendrían a vivir aquí.

Alex se había sentado en unos de los sillones y miraba hablar a su abuela. Le sorprendía que era la única persona que conocía, que expresaba sus sentimientos abiertamente. Aunque siempre disfrutó de una posición privilegiada, ella tenía sus propias opiniones acerca de la educación, y parecía más una joven de veinte años, por sus ideas, que alguien de su edad. Había fundado un orfanato a la muerte de su abuelo, que ayudaba a muchos niños a tener una educación y un trabajo cuando salían de allí.

-Segundo, me pareció muy interesante el tema de que aquí hay esclavos, nunca entendí como las personas han llegado a este tipo de posesión, pero es la sociedad involucionada en la que vivimos. Así que se me ocurrió un nuevo proyecto: hacer una escuela para esclavos.

- ¿Escuela para esclavos? ¿Y cuántas maestras conseguiste que estén dispuestas a enseñar? - preguntó Alex receloso.

-Una- dijo sirviendo el café que discretamente había dejado Hannah en la mesita- yo.

Alex miró a su tío que degustaba el pan con miel y se encogía de hombros.

- ¿Y crees que alcanzará?

- Ese siempre ha sido tu problema, Alex.

- ¿Cuál? - dijo curioso.

-Tu falta de fe. Empezaré yo enseñando y formaré maestros para que ellos sigan haciéndolo. Un gran viaje empieza siempre con un primer paso. Y tú, ¿has decidido que vas a hacer con tu vida?

-No, abuela, todavía no, pero por ahora lo que vi en mi finca y que tú estés aquí, me han convencido para que me quede un tiempo. Luego veremos.

-Bien, con eso me basta-dijo su abuela sonriendo- mientras tanto podremos ver si juntos le conseguimos una buena mujer a tu tío para que me dé un nieto de una vez.

Alex lanzó una carcajada mientras veía cómo su tío se atragantaba con el pan que estaba comiendo.

- ¡Por Dios, madre! ¿estás buscando matarme? ¿De dónde viene esa idea? - preguntó Ben tosiendo.

-Hay querido, mi fe incluye también creer en milagros- retrucó guiñando un ojo a su nieto.

-Cuenta conmigo para eso, abuela- dijo, mientras esquivaba la servilleta que le lanzaba su tío.

Tercera parte
Mississippi

Capítulo 7

América, 1818

Lena estaba inclinada con su sombrilla sobre la baranda del gran barco, observando mientras atracaban en el puerto de Nueva Orleans. Le sorprendía ver la enormidad del lugar y no podía dejar de compararlo con Inglaterra.

Los colores eran diferentes, más vívidos, y los hombres que iban y venían por el muelle, eran más disímiles entre si de lo que había visto jamás.

Le habían hablado en el viaje de todas las personas que habían emigrado desde sus países para venir a América, pero recién viendo esto se dio cuenta de la magnitud de ello.

Los sonidos eran diferentes, más intensos, incluso en el tono de las voces, lo único que era igual, eran los olores, esa mezcla entre agradable y desagradable que le recordaba donde estaba.

Habían dejado atrás su país, cambiaba el Támesis por el Mississippi.

Allí empezaría de nuevo, eso al menos la entusiasmaba

Había contactado a Elias Wright, de acuerdo con lo que su estudio de abogados le aconsejara.

Él había administrado las propiedades de su madre; por lo que le había contado, todo iba viento en popa, menos la finca que tenían cerca de Arlington que estaba en manos de un capataz desde hacía muchos años. La explotación era de cultivo del tabaco y de algodón y por alguna razón no era tan rentable como sus otros negocios.

Había aprovechado el viaje para instruirse con libros de administración y manejo de cultivos y ganado. Quería al menos tener conocimiento de aquello con lo que lidiaba.

Aunque sus abogados le aseguraron que Wright era de confianza, ella quería entender por sí misma cómo eran sus negocios, una mujer sola era una presa fácil de timar.

-Dios mío, aquí el barullo es peor que en Londres y pensé que eso no era posible- se quejó Kate colocándose a su lado- ¿crees que nos estarán esperando después de tanto tiempo de viaje?

-Claro, Kate, soy su mejor cliente. Por lo que vi de los papeles, el sueldo que se le paga a Wright es más que considerable, y seguramente querrá entender si pienso seguir dejándolo a cargo de todo.

-Sí, he visto que te entretenías en el viaje estudiando mientras yo acabé leyendo todos esos libros de la biblioteca, incluso el tratado de la cría de abejas, si necesitas ayuda con eso, estaré feliz de instruirte.

Lena rio y a Kate se le alegró el corazón. Durante el viaje le había parecido tan seria. Tenía sólo dieciocho años, pero la frescura de su edad estaba dormida.

Era bueno estar aquí, tal vez la distancia en millas, de aquello que tan mal la tratara, pudiera apartar las nubes negras de su alma.

Bajaron por la explanada hacia el muelle mientras los marineros llevaban sus baúles.

Un hombre enjuto de unos cincuenta años, bien vestido y con un traje immaculado se les acercó a pasos rápidos.

-La Señorita Maddalena Fairchild, si no me equivoco-dijo haciendo una reverencia que a Lena le pareció graciosa.

-Así es ¿Sr Wright? Le presento a Kate Smith, mi dama de compañía.

El hombre esbozó una tímida sonrisa y tomó la mano que ella le ofrecía.

-Bienvenidas a ambas, he hecho las diligencias para que se queden dos días en el Hotel Carlton y luego se trasladen en barco hacia Arlington de acuerdo a sus indicaciones. Si les parece bien, luego que descansen, sería un placer para mí invitarlas a cenar-explicó solícito y un poco tímidamente.

- De acuerdo, así podremos ponernos al día, ya que hay varias dudas que se me han generado leyendo los papeles que Ud. ha enviado- aceptó Lena, poniendo un tono profesional a la charla.

El Señor Wright enrojeció y asintió nerviosamente. A Lena le dio pena y sintió que debía explicarse.

-No se preocupe, nada grave, es que son dudas de principiante- lo tranquilizó.

Él pareció relajarse y las condujo al hotel.

Por la noche, mientras terminaba de arreglarse, Lena se colocó el colgante de su madre que caía perfecto entre sus senos, enmarcados por un vestido ceñido de color bronce que le daba un aire sensual.

Revisó nuevamente si su peinado estaba correcto y se dio cuenta que Kate la observaba atentamente.

- ¿Tengo algo fuera de lugar?

-No, pequeña, es que estás muy bella. Todavía me sorprende verte como toda una mujer.

-Hace rato que dejé de ser pequeña, Kate- le recriminó con una sonrisa.

-Para mí no, siempre serás mi pequeña, así que vete acostumbrando-le retrucó.

Lena movió la cabeza sonriendo y tomó los papeles que necesitaba, siguiendo a Kate fuera de la habitación.

Bajaron la escalera y entrando al comedor, fue cuando lo vio.

Un pirata, pensó, observando a ese hombre sentado en una de las mesas con la silla tirada hacia atrás y las piernas estiradas.

Tenía el pelo recogido en una coleta, de un color rubio con distintas tonalidades y la barba crecida de varios días. Iba vestido con una camisa blanca abierta, unos pantalones ajustados y botas altas. Su cuerpo era imponente y Lena no sabía por qué, pero no podía apartar la mirada. Un destello en su oreja le llamó la atención y se dio cuenta que llevaba un brillante redondo y pequeño en ella. Todo en él gritaba ¡peligroso!

Como si él la hubiera sentido, volteó su mirada hacia ella y se encontró con dos hermosos ojos casi del mismo color de su pelo, que la recorrieron de arriba abajo con descaro. Eso la hizo reaccionar, y rompiendo la conexión, fingió estar inspeccionando el salón, mientras sentía que él la seguía mirando.

Divisó al Sr Wright ya poniéndose de pie en una de las elegantes mesas y se dirigió con más prisa de lo normal hacia allí. Mientras Kate, que no se había perdido detalle del intercambio, le enviaba una mirada de reproche al intruso, que, contra todo pronóstico, le guiñó un ojo.

El salón era precioso, el color de las lámparas en tonos caramelo les daba una calidez especial a los muebles color verde seco. Había floreros con jazmines de varios colores en cada mesa, que perfumaban el ambiente.

-Buenas noches- saludó el Señor Wright – mientras movía la silla para que Lena se sentara y un mozo hacía lo propio con la de Kate- ambas se ven muy bellas. Espero que hayan podido descansar un poco.

- Si, gracias, nos ha sentado bien refrescarnos.

-No sabía que conocían a alguien aquí-señaló, mientras miraba al extraño que no había apartado la vista de Lena.

Sin girarse a ver de quien le hablaba, Lena le aclaró que no conocían a nadie.

-Entonces tienen un admirador- dijo risueño.

-No, simplemente llamamos la atención porque nuestra forma de vestir es diferente, somos demasiado inglesas. - dijo tratando de justificarse- Si no le importa que sea directa, me gustaría pasar a temas más formales para que pudiéramos revisar todas mis dudas. - le pidió, tratando de poder poner su atención en otra cosa que no fuera aquél hombre.

El Señor Wright asintió, se abocó a contarle de todas las inversiones existentes al momento y a responder las preguntas eficientemente. Había fábricas de jabón con grandes rentabilidades, acciones en compañías ferroviarias y metalúrgicas, fábricas de tela y curtiembres.

Mientras lo escuchaba, Lena supo que no sería suficiente una vida para gastar todo lo que su madre le había dejado y que el Señor Wright, como buen administrador designado, había logrado incrementar muy bien su fortuna.

Se tomó el tiempo en el barco para leer los informes financieros, tratando de entender en la medida de lo posible lo que ponían. Todos ellos mostraban la pericia de Wright en el aumento de sus ingresos y en la honradez en el manejo de las cuentas. Sólo la finca era un misterio.

-Ha quedado todo muy claro y quiero agradecerle todo el trabajo que ha hecho durante este tiempo. Los abogados de mi madre hablaron muy bien de su desempeño y veo que estaban en lo cierto. Ellos me aconsejaron que en ciertos casos se otorgan bonos especiales a los administradores que han permanecido tanto tiempo. Pero yo quería conocerlo antes de tomar una decisión y ya la he tomado. -comentó Lena tendiéndole un sobre de cuero negro.

Wright abrió el sobre y no pudo disimular la emoción y su cara de sorpresa.

- ¿Señorita Fairchild, me está dando acciones en sus compañías?

-Así es, constituyen un bono al trabajo que ha estado realizando tan honestamente, pero me gustaría que usted me siguiera acompañando y aconsejando en todos mis negocios como mi mano derecha y como un accionista más.

Wright estaba tan conmovido que solo asentía nerviosamente mientras miraba a Lena.

-Para mí será un honor seguir trabajando con Ud., y le agradezco muchísimo su generosidad; poder dejar bien a mi familia y llevarles tranquilidad es algo que me produce gran felicidad.

-Valoro la lealtad, Señor Wright, ya que no la he tenido mucho en mi vida, y la recompenso. Por eso espero que usted me diga la verdad de lo que pasa en la finca Lumière.

El nerviosismo de Wright aumentó, pero aclarándose la garganta comenzó a hablar.

Les contó que desde el principio había sido un infierno poder hacer algo en la finca. Como él residía en Nueva Orleans y la finca era la inversión que menos dinero generaba, no le había dedicado mucho tiempo, hasta que empezó a ver que los números no estaban bien.

Eso sucedió un año atrás, aproximadamente, cuando el antiguo responsable designado por su madre, había fallecido, y el hijo se había hecho cargo. Él decidió viajar directamente a la finca y cuando llegó vio que los campos estaban sembrados y se estaba recogiendo la cosecha, la casa

estaba en bastantes buenas condiciones.

No le dejaron ingresar en la zona donde estaban los trabajadores, ya que le informaron que muchos estaban enfermos y podía contagiarse. Según le explicaron, el responsable anterior había contraído muchas deudas, en nombre de la finca, con Vincent Stein, uno de las personas más influyentes y ricas de Arlington y, por lo tanto, parte de las ganancias iban para él. Supuestamente las cosechas anteriores no fueron tan buenas y como había que mantener toda la propiedad, los préstamos fueron la única salida.

Lena analizaba la cara del Señor Wright mientras hablaba y cómo se frotaba las manos en un gesto de intranquilidad que no le había visto hasta ahora. Algo no le cerraba de lo que le contaba, siendo una persona tan eficiente en la gestión de los negocios, no creía que hubiera dejado pasar algo así.

- ¿Qué es lo que no me está contando? – preguntó Lena, tocando suavemente sus manos para que cesara con el gesto.

Él paró el movimiento y la miró como con desazón.

-El Señor Stein estuvo durante toda la jornada que pasé allí. Parecía más el dueño de la finca que un acreedor, en un momento en que se descuidaron, traté de ver las barracas, y fue tremendo, Señorita- se atragantó y tomó un sorbo de agua- esas personas, todos esclavos, los tenían viviendo como animales, el olor era insoportable y sus caras, es algo que nunca olvidaré. Decidí encararlos a ambos, pero me dijeron que era por la enfermedad, y que no me debía meter porque sabían lo que hacían, que allí las cosas eran así. Stein dijo que con gusto dejaría las deudas de lado y pagaría lo que restaba para hacerse con la propiedad, ya que su finca era lindera y él quería ampliarla. Les dije que de ninguna manera la vendería sin su autorización y me hicieron entender que eso era una mala decisión. Esa misma noche, al regresar a la posada donde me hospedaba, unos hombres me atacaron antes de entrar, además de robarme lo que tenía, me golpearon y me dijeron que, si me importaba mi familia, me mantuviera al margen. Nunca mencionaron a Stein, pero no hizo falta.

El Señor Wright hizo una pausa para inhalar, ya que estaba agitado por lo rápido de su relato.

-Eso me asustó. Así que decidí que siendo que faltaba sólo un año para que Ud. se hiciera cargo, esperaría, para decidir los pasos a seguir. Le ruego que no me juzgue por ello, pero mi familia es lo más importante que tengo en mi vida.

Kate estaba azorada escuchando y se estremeció de sólo pensar que en dos días estarían allí. Su pequeña, era joven para meterse con esa clase de gente, eran dos mujeres solas.

Lena mostraba una serenidad alarmante, tomó un bocado del pastel de chocolate que estaban comiendo de postre antes de darle su opinión.

- Ha hecho Ud. bien- confirmó, llevando tranquilidad a todo el cuerpo de Wright- Veré cómo están las cosas y cómo seguir. ¿Ha dicho que hay esclavos? ¿Se refiere a personas que trabajan como si fueran una posesión del dueño, sin paga?

-Sí, aquí en el sur es una práctica habitual y consensuada. Sé que tal vez de donde proviene no, pero lo entenderá mejor habiendo pasado un tiempo en este país.

-Entiendo, me cuesta creer que, en el país de las oportunidades, las personas se esclavicen entre sí -dijo Lena- ¿es tan alta la deuda que tiene la propiedad?

-Para que se pague si tuviera sólo esas tierras sí, pero para el patrimonio que Ud. tiene, no, podemos hacerle frente sin que siquiera lo note. Ellos no lo saben, nunca hablé con ellos de las

otras inversiones que tiene. Pero Señorita, le convendría vender y no meterse en ese problema, esa gente no me gusta nada.

- ¿Tiene Stein más dinero que yo?

-Por lo que he podido averiguar, ni se le acerca.

-Entonces no hay de qué preocuparse, he descubierto que el hombre responde muy bien al dinero. Esa es la casa en donde se crio mi madre, mi legado real, lo que ella amó, no voy a entregarlo tan fácilmente. Quiero que haga los arreglos necesarios para contar con el dinero que me permita pagar el total de la deuda.

- Muy bien, pero debo agregar que sospecho que la mayoría de las deudas no son reales. Hice las averiguaciones necesarias y no hubo ni un año de malas cosechas, todo es muy turbio.

-No importa, cancelaremos la deuda, de esa forma rompemos el vínculo. Quiero que inicie una investigación exhaustiva de cómo se contrajeron las deudas. ¿Cuenta con la información?

-Sí, claro, los libros y papeles fue lo único que me pude llevar sin que se dieran cuenta, en cuanto llegue a la oficina mañana me pongo en ello.

-Si piensa que su familia corre algún tipo de peligro, no dude en contratar seguridad para ellos y todo a mi costo, por supuesto.

-Se lo agradezco, pero no es mi familia la que me preocupa ahora, Ud. no sabe cómo son esas personas. Son peligrosas, sin escrúpulos, se creen los dueños del pueblo y con el poder para decidir quién se queda y quién no.

-Señor Wright, más de una persona en mi vida me ha apartado del lugar dónde quería estar, no voy a permitir que vuelva a suceder.

Kate sabía que no era el lugar delante de este hombre, pero tendría que tratar de convencerla para vender esa finca, no eran esos problemas lo que necesitaban en esos momentos, sino tranquilidad para empezar de nuevo.

Terminaron de comer hablando de las compras que harían en los próximos días para llevar a la finca en base a las cosas que el Señor Wright había detectado que faltaban, y se despidieron cordialmente.

Mientras se retiraban del salón, Lena no pudo evitar desviar su mirada hacia el lugar donde había visto a ese hombre que tanto la intrigó, pero encontró la mesa vacía. Movi6 la cabeza como si así pudiera despejar el interés, tenía cosas más importantes de qué ocuparse que en un extraño que no volvería a ver.

Cuando entraron en el cuarto, Lena comenzó a desvestirse, mientras Kate hablaba.

- ¿Por qué no vendes esa finca? Has escuchado lo que ese hombre ha dicho sobre esas personas, son peligrosos, Lena, no te has enfrentado nunca a gente así, te estás poniendo en un peligro innecesario cuando podríamos quedarnos aquí, viajar por el país e ir conociendo todas esas empresas donde tienes acciones, para decidir después en qué lugar afincarnos.

-Ya tengo decidido donde quiero estar, y es en la que fue la casa de mi madre, eso es mío, ella me lo dejó a mí, no voy a permitir que nadie decida por mí. Si no quieres venir conmigo, lo entenderé, pero necesito hacer esto.

-Donde tú vayas, yo voy, sabes que así será siempre- respondió Kate resignada.

-Bien, entonces partimos en dos días- respondió aliviada y desapareció en la otra habitación.

Capítulo 8

Alex estaba parado en el muelle para abordar el barco que lo llevaría de vuelta a Arlington. Acababa de comprar los cigarrillos que a su tío tanto le gustaban y unos chocolates con cerezas que su abuela devoraba.

Un comerciante se le acercó ofreciéndole unas telas, y una seda de color verde le hizo recordar unos ojos rasgados que lo habían mirado fijamente.

Hacía dos días que no se podía sacar esos ojos de la cabeza. Conoció muchas mujeres bellas en su vida, pero esta le había llamado especialmente la atención.

Sonrió para sí, lo que le pasaba era que hacía rato que no compartía con una mujer y eso le estaba afectando, cuando llegara a su destino, debía buscar a la viuda Hendricks y se acabarían esos desvaríos.

Subiendo al barco, saludó al capitán y subió a la parte más alta. En sus años de viajes se había acostumbrado a sentir el viento en la cara cuando navegaba, eso lo hacía sentir libre.

Su tío logró hacer que él se quedara más del tiempo que hubiera querido en Arlington.

La finca que le regalara, fue un desafío interesante para poder sacarla adelante y la compañía naviera, que construyeron, se manejaba sola con las grandes sumas de dinero que entraban y las personas competentes que contrataron.

Pero había sido el desafiar a Stein lo que más lo motivó a quedarse. Quiso deshacerse de ellos desde el mismo momento en que llegaron, pero los contactos de su tío lo amilanaron y aprendieron a convivir tolerándose sin meterse en los asuntos del otro.

Todos estaban al tanto, sin decirlo, de las actividades ilegales de Stein, y circulaban rumores de su crueldad con los esclavos, muertes en el río; pero nadie pudo demostrar nunca nada y como no se metieron con las personas que dependían de ellos, prefirieron mantenerse al margen, a menos que descubrieran algo.

Estaba verificando que todas las mercancías subieran a bordo, cuando las divisó entre la multitud bajando de un carruaje. Se dio cuenta que no eran de la zona porque iban vestidas demasiado elegantes como para navegar por el Mississippi.

Si bien la más joven era la que llamaba la atención, no pudo dejar de apreciar la belleza de quien la acompañaba. Una rubia y otra morena, hacían una estampa de lo más agradable. Vio como los marineros se disputaban ayudarlas a subir al barco y el capitán se movió rápidamente para despejar el camino. Las acompañó a la proa donde estaban dispuestas mesas para refrigerios y se podrían sentar mientras cruzaban el río.

Alex se acercó al capitán para saciar su curiosidad. Eran antiguos conocidos de tantos años de hacer negocios juntos. Jim era un hombre honrado que trabajaba a todo lo largo del Mississippi con su barco, y era feliz, como él solía decir: siempre permanezco en casa.

-Oye, Jim, ¿quiénes son las Señoritas? -preguntó con la vista puesta en ellas.

- ¿Quieres saber quiénes son o quién es la de los ojos verdes? -preguntó Jim risueño ya que había seguido la mirada de su amigo y notado su interés.

-Siempre me gusta apreciar una linda vista- le contestó dándole una palmada en la espalda- ¿Entonces?

-Lo único que sé es que son inglesas, que han pagado todo por adelantado, lo cual ya hace que me agraden, la más joven es la Señorita Fairchild, heredera de la finca Lumière y la otra su dama

de compañía.

Alex frunció el ceño pensando qué venía a hacer una muchacha como esa en una finca. Las tierras lindaban con las de él, pero sabía que Stein estaba tras ellas, ya que eran las que daban al río, y debía usarlas y cruzarlas para poder seguir adelante con su negocio del contrabando.

Todavía había dudas de que el viejo que antes se encargaba de ellas hubiera muerto de causas naturales, porque, según le habían contado, siempre se había enfrentado a Stein que lo molestaba, pero su hijo corroboró la muerte natural y ese había sido el fin de la investigación.

-Me parece conveniente presentarme si van a ser mis vecinas, ¿no lo crees? - preguntó ahora más interesado que antes.

-Sí, claro, sería una descortesía si no lo hicieras- confirmó Jim dando un empujón a su amigo para que fuera.

Kate y Lena se sentaron en una de las mesas que estaban al lado de la baranda del barco. Les había encantado la embarcación desde que la vieron, toda de color blanco con pasillos y barandales en azul, combinaba perfectamente su tamaño para el traslado de pasajeros y de mercancía, notaban por qué el Señor Wright se las había recomendado.

Las aguas del río ya se iban moviendo bajo el barco, Lena inspiró los aromas tan diferentes a los que sintieron cuando arribaron, El perfume dulzón de las magnolias impregnaba el aire, haciéndolo refrescante y embriagador.

-Señoritas, buenas tardes, me he enterado que seremos vecinos así que vine a presentarme- saludó Alex con entusiasmo.

Lena y Kate usaron las manos de viseras, ya que, a pesar de los sombreros, el sol no les permitía ver la cara de quien saludaba. No era propio en Londres que alguien se presentara sin más, generalmente se acercaba con alguien conocido de la familia, pero parecía que aquí eran otras las costumbres.

Lena estaba extendiendo su mano y se quedó a medio camino cuando pudo ver la cara del hombre. El pirata, dijo para sí, sin poder apartar la vista o mover más su mano.

Él no perdió el tiempo y tomó su mano inmediatamente, besando por sobre el guante sus nudillos.

-Alexander Henderson, a su servicio, no deje que él aro la engañe- le indicó viendo donde estaban puestos sus ojos- es un regalo de un amigo en uno de mis viajes y no he podido rechazarlo.

- Soy Maddalena Fairchild y esta es mi dama de compañía la Señorita Kate Smith. Perdón, pero nunca había visto a un hombre con un aro. Entiendo que los regalos no deben rechazarse, por supuesto, pero no es necesario usarlos si no nos gustan. - le retrucó, tratando de atacarlo de alguna forma, por el enojo que sentía porque él la inquietaba. - ¿Dijo Ud. que era nuestro vecino?

A Alex le gustó que a ella no le gustara su aro y se lo dijera sin reserva. Notó que su voz melodiosa contrastaba con la rigidez en su postura. Sí, ella le gustaba.

-Si Ud. es la propietaria de Lumière, así es. Mis tierras lindan con las tuyas y las de mi tío también. Por su acento deduzco que son inglesas, me encantaría que contaran conmigo y con mi familia para sentirse bienvenidas. Seguramente mi abuela disfrutará mucho teniéndolas de invitadas en su casa cuando deseen- le dijo, mencionando a su abuela como anzuelo.

Alex estaba desplegando todos sus encantos, pero estos no parecían funcionar ya que luego del primer saludo, su ninfa había vuelto la vista al río, lo que no había pasado con su acompañante que lo miraba con los ojos entornados como analizándolo.

-Y dígame, Señor Henderson, qué es lo que sabe de Lumière que nos pueda contar-preguntó Kate más interesada.

Alex estaba corriendo la silla para sentarse aprovechando la curiosidad de Kate, pero no llegó a hacerlo.

- Kate, ya tendremos tiempo de enterarnos de todo cuando lleguemos, seguro que el Señor Henderson tiene mejores cosas que hacer mientras nosotras disfrutamos del paisaje. Le agradezco que se haya venido a presentar y tendremos en cuenta su ofrecimiento- lo cortó Lena, sin mirarlo ni una vez y poniendo fin a la conversación.

Él entendió la indirecta y volvió a colocar la silla en su lugar. Nunca en su vida una mujer lo había tratado así, pero le gustaban las peleas, y este era sólo el primer round. Con esta idea en mente dio su próximo golpe.

-Le diré a mi abuela en cuanto llegue que organice una cena para que conozcan a varias personas de Arlington. Le hará una gran ilusión tener a damas como Uds. de invitadas, ya que sale poco de la casa - dijo centrándose en Kate que seguía mirándolo fijamente.

Dejar a su abuela como una dulce anciana con ilusión y recluida, le causó gracia hasta a él mismo. Cuando la conocieran verían la mentira que acababa de inventar.

-Por supuesto, nos encantará conocer nuevas personas-contestó Kate por ambas, observando el gesto hosco de Lena frente a su respuesta.

-Perfecto, nos veremos el Arlington, Señoritas- dijo tocando su sombrero y retirándose escaleras arriba.

- ¿No crees que has sido un poco grosera? - amonestó Kate

-Los hombres como él están acostumbrados a que todas las mujeres caigan rendidas a sus pies por su apariencia. No tengo tiempo para boberías y además no quiero que me cuenten cosas de Lumière, prefiero formarme mi propia opinión cuando llegue allí- se defendió Lena.

-Creo que las cosas serán peores de las que creemos y te puedo asegurar que querrás tener a alguien como el Señor Henderson cerca y no precisamente por su cara bonita- le recriminó Kate, que estaba más enfocada en lo objetivo que ella.

Lena se quedó pensando en las palabras de Kate, no quería a ese Alexander cerca, él la inquietaba y ella no podía permitirse distraer su atención y tampoco quería hacerlo. Cualquier cosa que la esperara en Lumière, ella podría afrontarlo sola porque no tenía nada que perder y ahora poseía los medios necesarios para solucionar cualquier problema.

Capítulo 9

La llegada a Arlington las sorprendió.

Acostumbradas a una ciudad como Londres, y a pesar de que Lena había pasado parte de su infancia recluida en un pequeño poblado, el pueblo les parecía diminuto.

Les llamaba la atención el bullicio de actividad con gente que transitaba de un lado a otro.

Un hombre alto y muy delgado se les acercó en el muelle con pasos presurosos.

-Señorita Henderson, permítame presentarme, soy el capataz de su finca, George Cook y he venido a recogerlas. - se presentó con una inclinación de cabeza- El Señor Stein que es el hombre más influyente del pueblo me ha pedido que le transmita que agradecería, que antes de dirigirse a la finca, aceptara tomar un refrigerio con él.

Alex que se encontraba esperando que desembarcaran sus cosas, meneó la cabeza sonriendo. Stein no perdía tiempo, se aseguraba de dar la bienvenida a las personas influyentes que se incorporaban al pueblo, para hacerles saber disimuladamente que él era el que mandaba, pero sospechaba que esta vez no sería tan fácil y no se equivocó al escuchar la respuesta.

-Gracias, por venir a recibarnos. Puede decirle, luego, al Señor Stein que será en otra ocasión, en este momento sólo queremos llegar a la finca cuanto antes, hemos viajado mucho y estoy ansiosa por verla- respondió Lena ante un perplejo capataz que tardaba en reaccionar.

-Por supuesto, Señorita Fairchild, pero déjeme aconsejarle que sería conveniente que Ud. se reuniera con el Señor Stein...

-Señor Cook, no suelo aceptar consejos que no he solicitado, nos dirigiremos directamente a la finca. ¿Nos indica dónde está el transporte? -lo paró ya fastidiada por la insistencia.

El capataz estaba rojo como un tomate, sobre todo, cuando escuchó unas risas ahogadas de algunas de las personas de alrededor que estaban escuchando el intercambio.

-Sí, claro, por aquí, por favor- dijo finalmente.

Kate miraba a Lena sorprendida.

-Lena- dijo en voz baja para que no la escucharan mientras seguían al capataz- no creo que sea conveniente que empieces la relación con tu empleado de mayor rango de esa forma.

-No me ha caído bien este hombre. Parece más preocupado por Stein que por nosotras, y debe recordar que soy yo quien le paga el sueldo.

-Maddalena! - escuchó que alguien gritaba a su espalda – si necesita algo no olvide que somos vecinos.

Lena se dio la vuelta indignada porque había reconocido la voz. Lo vio parado con una sonrisa, y una pierna apoyada sobre una de las cajas de madera.

-Es Señorita Fairchild y no se me ocurre nada que pueda llegar a precisar de Ud. Gracias- respondió indignada.

Al darse la vuelta no pudo evitar ver la mirada de desprecio que el capataz le dirigía a Alex, quién lo saludó con un movimiento de su sombrero.

Por un momento, al presenciar el intercambio, creyó entender que el saludo no había sido para molestarla a ella sino para hacerle saber al capataz que se conocían. Lena se preguntaba qué era exactamente lo que pasaba allí para que Alexander representara esa escena.

El viaje no fue muy largo.

Lena se sorprendió, cuando luego de pasar por debajo del letrero donde se leía el nombre la finca, entraron en un túnel de árboles cerrados que parecía salido de un cuento de hadas.

Los destellos del sol que se colaban, parecían hacer un camino de luz dorada que señalaba la entrada a un lugar mágico. Inspiró hondo el perfume de las magnolias que había sentido a lo largo del Mississippi y sintió que algo vibraba en su interior, como si ese lugar le estuviera dando la bienvenida.

- ¿Cómo se llama esto? - preguntó Lena señalando hacia arriba.

-Se le suele llamar callejón de robles. Este es famoso por esta zona ya que es el único que hay. Debería verlo en la noche de luna llena, las luces que entran por entre las ramas realmente forman sombras increíbles- les contaba el capataz mientras lo recorrían.

La mansión con la que se encontraron era impresionante.

De un color arena intenso, en el centro de la misma, había un techo redondo con cuatro columnas y a derecha e izquierda la construcción era rectangular con dos plantas y cuatro ventanas a cada lado.

Una escalinata llevaba a una puerta grande de un color ocre intenso. A lo largo de la escalinata, estaban paradas varias personas de color, que supuso era el personal que trabajaba en la casa.

El capataz ayudó a ambas a bajar del carruaje y colocándose delante de la fila fue señalando los nombres y las funciones de cada una de las personas.

Lena se fijó que todos eran esclavos, miraban al suelo y hacían una reverencia cuando ella pasaba por delante. La forma en que estaban vestidos le llamaba la atención, las mujeres con vestidos ligeros y pañuelos envueltos en la cabeza y los hombres con pantalones que no llegaban a los tobillos y camisas sin botones.

La ropa era pobre, con roturas y remiendos en varias partes y ella no podía dejar de compararlo con los uniformes impecables que llevaba en Londres el personal de servicio. Las personas se veían demacradas y además en un estado físico muy malo.

Lena se dio vuelta hacia Kate que las miraba compasivamente, notando lo mismo que ella.

Le extrañaba que la finca no estuviera bien financieramente, y a pesar de ello, el edificio se veía sumamente cuidado, resaltaba también la calidad de los caballos y el carruaje. Sólo el personal parecía descuidado.

Inmediatamente luego de las presentaciones, desaparecieron raudos en distintas direcciones como si ya hubieran tenido indicaciones y sin que Lena pudiera decir una palabra.

Entraron en la mansión y sus dudas se agudizaron. Todo estaba impecablemente adornado, en tonos tierra, con cortinas verde claro. La escalera de mármol blanco llevaba a la planta superior.

Le gustaba la decoración porque era sobria, con detalles caros como los candelabros que se encontraban en las distintas mesas y que señalaban el camino a un gran comedor. En el medio del gran pasillo había una alfombra con dibujos en distintos tonos de marrón, que se entremezclaban.

El Señor Cook le iba indicando dónde quedaban las distintas partes de la casa. Supo que las habitaciones de servicio estaban todas disponibles ya que las personas que trabajaban en las tareas de la residencia, dormían en las barracas.

- ¿O sea que Ud. tampoco tiene su habitación aquí? -preguntó Lena.

-La tenía, pero considero que, al haber ahora dos mujeres solas en la casa, es conveniente que me mude a la casa cerca de las barracas. He hecho que preparen una de las habitaciones de

servicio para su dama de compañía.

-Pues desármela- ordenó Lena- Kate se quedará en una de las habitaciones de invitados, el que sea mi dama de compañía es sólo una formalidad, ella es como de mi familia y así espero que sea tratada.

-Como ordene Señorita, sólo déjeme advertirle que por aquí las personas son bastantes estrictas en cuanto a determinadas normas y podría no verse bien que su dama de compañía ocupara esas habitaciones.

- ¿Y quién va a decírselo? Porque no creo que las personas que Ud. me ha presentado como parte del servicio vayan a emitir un solo sonido. ¿O es usted quién cuenta a otros lo que pasa aquí? - lo encaró Lena enfadada, más por lo mal que le caía que por lo que decía.

El capataz tragó saliva.

-No, claro que no soy...

-De todas formas-interrumpió Lena- debería saber que somos dos mujeres que hemos cruzado solas el océano, a un país desconocido para hacernos cargo de una herencia y una finca de la que no tenía conocimiento, dejando atrás todo lo que era conocido para nosotras. ¿Cree que me importa realmente lo que las personas piensen o digan?

La pregunta no requería una repuesta, era simplemente una forma de establecer su posición allí.

Lena intuía que él nunca había estado en las habitaciones de servicio, sino que había dormido en las habitaciones reservada para los señores.

Había logrado que él no volviera a hablar.

-De ahora en adelante, yo me ocuparé de organizar el servicio de la casa, Ud. puede dedicarse al resto de las tareas de la finca. Nos refrescaremos un poco y dentro de una hora me gustaría dar una vuelta por las barracas.

- ¿Las barracas?

-Sí, quiero ver cómo viven las personas que trabajan para mí y quiero mañana a primera hora revisar los libros de la finca. Me interesa ver esa deuda que se ha incrementado con los años. Llame a una de las empleadas para que nos acompañe y nos enseñe nuestras habitaciones.

Mientras se dirigía a la cocina, George consideró que esa joven no era lo que había esperado.

Pensó que sería más fácil manejarla. Tendría que hablar con Stein, debían andarse con cuidado para seguir manteniendo las cosas como hasta ahora. Vería la forma de deshacerse de ella para que regresara a Londres. Él había ganado un lugar allí, dirigiendo todo desde que se deshiciera del viejo y no pensaba perderlo ahora.

Kate y Lena terminaron de instalarse en sus habitaciones. Una pequeña muchacha, muy tímida, llamada Naomi, las asistía llevando agua para que se refrescaran y deshaciendo parte de los baúles.

Lena observaba la forma en que la niña, que no debía tener más de catorce años, tocaba la tela de sus vestidos y los trataba como si fueran porcelana. Seguramente era la primera vez que ella veía ese tipo de cosas y pensó qué diferente podía ser la vida de las personas, lo que para algunos era normal, para otros resultaba extraordinario.

- ¿Cuánto hace que trabajas aquí, Naomi? – preguntó Lena mientras se lavaba.

-Desde siempre, ama.

- ¿Tienes familia?

-Sí, mi padre trabaja en los campos con mi hermano menor; mi hermana y mi madre aquí en la casa y mi abuela cocina también.

- ¿Y son felices aquí?

La niña detuvo por un momento sus movimientos, como si la hubiera sorprendido la pregunta.

-Es mi hogar, ama...- contestó sin responder lo que realmente le había preguntado- si no necesita nada más voy a seguir con mis tareas abajo.

Lena supo que se apresuró en preguntar, pero eso le daba alguna pista.

-Puedes irte, Naomi- le confirmó.

Las cosas eran diferentes aquí y debía ir acomodándose, por ahora, que le dijeran ama, era una de las cosas que más le incomodaba.

Una hora después, bajaban hacia la entrada donde el Señor Cook ya las estaba esperando. Se habían vestido en forma sencilla, con botas, para poder caminar por los campos.

Se dirigieron hacia uno de los costados de la casa. A menos de cincuenta metros, tapadas por algunos árboles, estaban las barracas.

Eran pequeñas construcciones derruidas, hechas con tablones de madera que estaban llenas de moho o tierra, con telas colgadas en vez de puertas. Todo el lugar destilaba una pobreza demasiado visible y Lena se preguntaba cómo serían las condiciones dentro.

Entraron en una de las casas y se encontraron solamente con pisos de tierra, mantas tiradas en el suelo, como improvisadas camas, y algunos utensilios para tomar agua y cocinar. Había troncos grandes puestos como banquetas y algunos hatillos acumulados en un rincón. Las chozas no tenían más que tres por tres metros cuadrados.

- ¿Cuántas personas viven aquí? - preguntó Kate, que miraba horrorizada las habitaciones pensando en personas viviendo así.

-En cada choza entre cinco y siete personas. Depende de las familias, y los solteros sin familia ocupan habitaciones todos juntos separados por mujeres y hombres.

- ¿Y los baños?

-No hay baños, se lavan en el río y el bosque sirve para lo demás – contestó el Señor Cook con una pequeña risilla, que no fue correspondida, y que se apagó en cuanto vio la cara seria y poco feliz de ambas mujeres.

- ¿O sea que tenemos personas viviendo en lugares en donde ni siquiera pondríamos a animales y sin condiciones de higiene? Ni quiero preguntar de qué se alimentan- dijo Lena con irritación.

-No son personas, son esclavos Señorita, ellos están acostumbrados a vivir así, tal vez en Inglaterra esto no se vea, pero aquí las cosas siempre han sido de esta forma.

-No, Señor Cook, las cosas no son así, se hacen así porque son los hombres quienes lo deciden, y si al decir aquí se refiere a esta finca, desde ya le digo que las cosas serán como yo diga que sean, de ahora en adelante. Quiero que al terminar la jornada reúna a todos los trabajadores, quiero verlos y hablar con ellos. Ahora, sigamos viendo el resto de la finca. - le indicó.

Pasaron por los establos para buscar unos caballos y el enojo de Lena fue en aumento.

Era una construcción sólida, impecablemente mantenida, con caballos espléndidos que tenían

boxes llenos de comida y agua limpia. Todo estaba en perfecto estado y con elementos que reconoció como de alto valor económico. Mejor sería para las personas dormir allí que en donde lo estaban haciendo.

Salieron a cabalgar por la finca, las plantaciones eran prósperas, campos sembrados con tabaco y algodón, zonas con ganado. Las personas estaban trabajando en ellas. Niños, estaban también en los campos, a la par de sus padres. Cruzó una mirada significativa con Kate que meneó la cabeza con tristeza. En Londres veían de vez en cuando los niños pidiendo en la calle y sabían que utilizaban a los pequeños como deshollinadores, porque cabían por las chimeneas, pero nunca había pasado con personas de las que ellas fueran responsables.

Llegaron a la orilla del río que discurría a un costado de la finca y se encontraron con una brisa distinta; el aroma de las magnolias mezclado con la fragancia de la hierba mojada endulzaba aún más el aire, y se acompañaba con el suave arrullo del agua.

Lena sintió que una paz la invadía y que todos los sonidos formaban una música apenas audible. Buscó alrededor con la mirada pensando que tal vez hubiera alguien tocando música y no vio nada. Al observar a sus acompañantes, no notó que ellos hubieran escuchado nada, ya que el Señor Cook seguía hablando y explicando.

- Me gustaría que traslade los ataúdes de mis padres aquí. Me parece el lugar correcto. - dijo señalando un pequeño espacio rodeado de árboles pequeños.

-Al lado del río- señaló Kate con nostalgia- a tu madre le encantaba el agua, igual que a ti.

-Sí, creo que a ella le gustaría estar aquí, por eso siempre hablaba con tanto cariño de la finca, esta tierra tiene algo especial. - concordó Lena cerrando los ojos e inspirando fuerte.

-Tiene Ud. suerte Señorita Fairchild, es una de las pocas fincas que da directamente al río y por lo tanto está revalorizada. Seguramente conseguirá un muy buen precio cuando decida venderla, varias personas estarán interesadas en comprarla, pero el Señor Stein le dará el mejor precio.

Lena se quedó mirando fijamente al Señor Cook saliendo de su ensoñación.

- ¿Y quién le dijo que yo voy a vender la finca?

-No lo tome a mal, es que yo había pensado que una Señorita como Ud. preferiría vivir en la ciudad que en el medio del campo.

- Ud. no me conoce Señor Cook y no está ni de cerca en mis planes vender mi propiedad. - dijo con un tono que mostraba cómo había cambiado su humor. Ese hombre la enervaba con su poca sutileza.

-La deuda es grande señorita.

-Depende para quién, quiero ver los libros y yo determinaré cuán grande es.

Y dicho esto, dio vuelta a su caballo y se dirigió a la casa dejando al Señor Cook indignado y a Kate tratando de seguirle los pasos.

Algo raro había en todo esto, desde su llegada el Señor Cook le había insinuado varias veces la conveniencia de vender la finca y el nombre de Stein resonaba por todos lados. Debía hacer dos cosas al instante, conocer al tal Stein y tomar los recaudos necesarios para pagar la deuda sin importar el monto. Después averiguaría todo lo demás y si había algo extraño o ilegal en esa deuda, pero creía que cuanto antes se desvinculara de las conexiones con ese hombre, mejor sería para ella.

Kate estaba en la cocina anotando en su cuaderno todas las cosas que debían comprar. Lena le pidió que la ayudara para poder relevar todo, por lo cual había empezado por la casa, revisando los cuartos de servicio y la alacena. Se dio cuenta que eran muchas las cosas que faltaban y que alguien estaba pasándola muy bien, porque había encontrado licores y vinos caros en la bodega que no estaban cubiertos de tierra y parecían haber sido traídos hacía poco.

Lucille, que era además de la cocinera, la madre de Naomi, estaba sentada con ella, y miraba fascinada como el lápiz se movía rápidamente en la mano de Kate realizando trazos en el cuaderno.

- ¿Hay algo que crees que debo agregar a lo que ya he escrito? - preguntó mostrándole el cuaderno.

-No lo sé, ama, yo no sé lo que escribe, no sé leer, pero nunca vi a nadie escribir tan bonito. - dijo sonrojándose.

Kate sonrió. Lucille era alegre, le gustaba. Tenía comentarios sinceros que le había lanzado mientras recorrían la casa. Sin que lo mencionara directamente se dio cuenta que el Señor Cook había estado viviendo en ella y no precisamente en las habitaciones de servicio. Tuvieron que cambiar muebles de la habitación en donde ahora dormía Lena.

Lucille estaba casada con Tom y tenían a Naomi y dos hijos más, Jenna que era la mayor de diecisiete años y Vince de doce.

Kate se había levantado para servirse un vaso de agua, cuando vio que alguien se acercaba a pasos enérgicos hacia la casa, bajando el médano verde que separaba su finca de la de al lado.

Se había quedado prendada de la figura que todavía no veía nítidamente, era el movimiento de su andar seguro, lo que la tenía absorta.

A medida que se iba acercando, vio que se trataba de un hombre de cabellos rubios al hombro, despeinado por el viento. Vestía un traje de montar que se ajustaba a su perfecto cuerpo.

-Ahhhhh!!! ¡Qué visión verdad! - dijo Lucille apareciendo por atrás- ese hombre despierta suspiros en muchas mujeres. Él y su sobrino tienen las fincas que lindan con esta además de la del Sr Stein. Dicen que las mujeres hacen fila para estar con él, pero que no se ha metido nunca con alguna de sus empleadas o sus esclavas.

-Lucille!!!! Por favor, no es una información que me interese saber, conozco los hombres como él, con dinero y poder, toda mujer es una conquista.

-Ayyyyy!!! Si no fuera porque amo a mi Tom, a mí no me importaría tenerlo cerca, ejemplares como ese no pueden desperdiciarse. - dijo con un suspiro.

Antes que Kate pudiera recriminarle algo, se dio cuenta que el hombre la había visto y una sonrisa asomó en su hermosa cara. Ahora entendía por qué las mujeres caían a sus pies. Sintió que el color subía a sus mejillas, cuando, sin dejar de mirarla, él se dirigió a la puerta principal.

Escuchó que Naomi hablaba con él dándole los buenos días. Su voz sonaba firme y sensual, escuchó para su asombro que le preguntaba a la niña cómo seguía su abuela.

Kate se dirigió a la puerta a pesar de la inquietud que el hombre le provocaba, si era una de las personas influyentes del pueblo, le podría ser útil en lo que tenían que emprender.

Al ir acercándose percibió que el hombre era aún más impresionante de lo que le había parecido y le resultaba levemente familiar.

Ella sólo había amado a un hombre en su vida, Edward, y lo había perdido.

Él despertó el amor en ella y se lo había llevado cuando murió. A lo largo de su vida, muchos

hombres se le habían acercado, algunos con buenas intenciones y otras no tanto, pero ninguno había logrado cautivarla. Ella pensaba que un amor verdadero sólo se tiene una vez en la vida y ella ya lo había experimentado.

Le incomodaba que ese hombre le hubiera movido algo, pero se tranquilizó pensando que ninguno de los hombres que había conocido eran tan guapos como él.

Estaba hablando con Naomi y se acercó a verla llegar.

-Señorita Smith, es un placer conocerla- dijo tomando su mano sin guantes y posando sus labios sobre su piel - soy Benjamin Henderson, su vecino, y he venido a darles la bienvenida.

- ¿Cómo es que sabe quién soy? - dijo Kate, aturdida más por el roce de sus labios que por qué conociera su nombre.

-Mi sobrino ha tenido la suerte de viajar con Uds. en el barco que las trajo aquí y me ha dado una descripción pormenorizada de nuestras nuevas vecinas, que debo añadir, no le hace justicia.

Kate ahora entendía de dónde le resultaba familiar, a pesar de saber que se había sonrojado, aparentó indiferencia y se quitó de la frente un mechón de pelo inexistente, ya que todo el pelo estaba junto en un apretado moño.

-Sé que son recién llegadas y les gustará instalarse, pero dado que mañana tenemos un almuerzo en mi finca para muchas personas del pueblo, me gustaría que nos acompañaran y será un buen momento para conocerlos y que las conozcan.

-Bueno, tendremos que ver...

-No acepto un no como respuesta, mi madre es quien lo organiza y me ha encargado esta tarea, créame si vuelvo con un no, la tendrán aquí en seguida y no se irá hasta que acepten. - le pidió, sin dejarla pensar demasiado.

Se la quedó mirando con una sonrisa y una de sus cejas levantadas aguardando su respuesta y ella parecía haberse quedado sin excusas que le llegaran a la mente.

-Muy bien, le diré a la Señorita Fairchild lo relevante que sería que estuviésemos allí mañana.

-Su presencia será muy apreciada- dijo, acercándose para tomar su mano nuevamente en despedida.

Pero Kate no se la dio y se encaminó rápidamente a la puerta, casi empujando a Naomi que no se perdía una sola palabra del intercambio, ahora elegía la niña el momento para volverse perspicaz, ¡estaba sonriendo!

-Veré qué puedo hacer, que tenga buenas tardes- dijo instándolo a salir y cerrando la puerta enseguida

¡Por Dios! Se estaba comportando tan grosera como Lena con Alexander. ¡Qué le pasaba!

Naomi seguía sonriendo y mirándola.

- ¿Le gusta a Ud. el Señor Benjamin? Él es bueno. - dijo Naomi con inocencia.

Antes que Kate pudiera refutar algo, la niña se encaminó a la cocina casi corriendo.

Ben bajaba las escalinatas de la casa sonriendo. Cuando Alex le contó de las dos mujeres, tuvo curiosidad y decidió invitarlas, era algo nuevo con qué entretenerse, tener dos inglesas con las cuales charlar. Ahora su interés era mayor.

Su sobrino se había equivocado, no había conocido a la morena, pero estaba seguro que esa rubia era la más linda.

Había visto su sonrojo y le encantaba. A pesar de su austera forma de peinarse, su belleza era impresionante.

Hacía mucho que no sentía la adrenalina de la conquista, las mujeres venían fáciles a él, pero esta era diferente y él quería lanzarse a la caza y ver en qué terminaba.

Aceleró el paso para volver a su casa, debía avisarle a su madre que tendrían dos invitadas inesperadas a su almuerzo de mañana.

Capítulo 10

A la tarde, tal como había pedido Lena, todos los trabajadores se habían reunido al lado de las barracas.

Un total de cincuenta personas eran las que pertenecían a la finca, nueve eran niños menores de doce años y sólo una mujer mayor, a la que llamaban Mamma Joy, que era la abuela de Lucille.

La estampa era triste cuando uno la observaba. Las ropas en todos los casos colgaban holgadas de cuerpos flacos, con rostros macilentos y cansados, que miraban sin expectación a la nueva ama, salvo por la de un hombre grande y fornido que le señalaron como Tom, el esposo de Lucille.

Lena había preparado un discurso y lo había ensayado varias veces, porque no tenía conocimiento de lo que era “poseer personas” y qué se le decía a alguien que en realidad estaba privado de su libertad.

Ella había vivido en su niñez esa imposibilidad de decidir lo que quería y se sentía identificada con ellos. Kate estaba un paso atrás de ella como respaldándola en lo que viniera, como siempre, mientras que el Sr. Cook se encontraba a un lado recostado contra un árbol, en una pose muy poco considerada, como si no fuera importante lo que ella tenía que decir, pero Lena no iba a dejar pasar la oportunidad de mostrar quien mandaba.

Él la desafiaba, solapadamente, a cada instante, estaba segura que no se hubiera comportado de la misma forma si ella fuera un hombre. Eso hacía que cada vez deseara tratarlo peor.

-Señor Cook, le pido que venga a aquí, lo que voy a decir le concierne a Ud. también, ya que será el encargado de cerciorarse que lo que pido se lleve a cabo.

Él se levantó altanero mirando a los esclavos, en los que por primera vez se veía una cierta curiosidad.

- Soy la Señorita Maddalena Fairchild y esta es la Señorita Kate Smith, mi mano derecha. Esta finca me ha sido otorgada en herencia. Procedo de Inglaterra y no estoy familiarizada con las costumbres americanas, pero mi madre nació aquí y se crio en esta finca y espero poder realizar, lo que ella hubiera querido. De acuerdo a los números que me ha pasado el administrador, no tenemos rendimientos buenos y creo que debemos hacer algunos cambios para solucionarlo.

Pudo ver la sonrisa sardónica del capataz y la desesperación en las caras de las personas.

Fue en ese momento cuando tomó conciencia que las vidas de esas personas dependían de ella. Cada decisión, cada orden, cada palabra, determinaban cómo seguirían sus días y ellos no podían hacer nada más que dejarse llevar. Eso la angustió y la envalentonó al mismo tiempo, y tomando una gran bocanada de aire prosiguió.

-No considero que sean correctas las condiciones en las que se trabaja en este lugar, desde las barracas en las que viven hasta el trabajo que se realiza en los campos.

La cara de Cook se fue transformando y quedó pálido, mientras que atisbaba interés en las caras que ahora la observaban detenidamente.

-Las barracas serán reconstruidas con materiales más adecuados y con dimensiones e implementos acorde a las personas que las habitan. Añadiremos los baños que sean necesarios y estableceremos un suministro de provisiones óptimas para que la alimentación sea conforme al trabajo que realizan.

-Creo que será mejor...- comenzó Cook, pero se calló al ver la mirada paralizante de Lena.

-Kate será la encargada de todo el personal de la casa y de realizar junto con el Señor Cook la lista de las cosas que necesitamos. En cuanto a las tareas, una vez que compremos los materiales necesarios, parte de su jornada la dedicarán a la reconstrucción de las barracas y la otra al trabajo en los campos.

Sintió que la incredulidad se mezclaba con la esperanza en la mirada de las personas, y tragó saliva. Quería terminar rápido, toda esa energía humana estaba penetrando capas que quería mantener aisladas.

Comenzó a irse, pero se volvió.

-Una cosa más, ningún niño menor de trece años trabajará en los campos, pueden ayudar aquí con tareas menores en la casa o en los establos. No quiero niños que hagan tareas de adultos. Buenas tardes.

Se volvió nuevamente y pudo oír el gemido sofocado de algunos, mientras apresuraba su paso hacia la casa y sentía los de Kate y el Señor Cook, siguiéndola.

Cuando entraron, ya lejos de los esclavos, él estalló en un tono por demás elevado para la persona a la que se dirigía.

-Señorita Fairchild, Ud. no puede hacer eso, no debe tratarlos como personas ni darle más de lo que tienen, debemos mantenerlos a raya, sino holgazanearán y no podremos controlarlos. Las cosas funcionaron así hasta ahora y no creo que debamos cambiarlas. Está cometiendo un error.

Kate iba a hablar para recriminarle su impertinencia, cuando fue Lena quién colocándose frente al él lo paró en seco.

-El error lo debe haber cometido Ud. porque da la casualidad que las deudas comenzaron en la época en que se hizo cargo de la finca y eso hace que deba abonar al Señor Stein una suma por demás obscena. Cuando quiera saber su opinión, se lo haré saber; lo que quiero ahora es que haga lo que he mandado, si no se cree capaz de cumplir mis órdenes, sólo tiene que hacérmelo saber. – lo ubicó Lena con un tono de autoridad por demás claro.

Luego de un incómodo silencio, Cook indicó que se haría como lo había pedido y salió por la puerta.

Kate apoyó la mano en el hombro de Lena, a la que notaba muy tensa, y sintió que se relajaba.

-Hay que tener cuidado con ese hombre, querida, no me gusta nada la mirada que te ha echado. Piensa que él era el amo y señor de este lugar hasta que llegaste y no va a estar tan dispuesto a dejar ese poder.

-Pues que se acostumbre, aunque, te soy sincera, no creo que dure mucho, ese hombre no me agradó desde un principio y creo que sólo hemos visto una parte de lo que es capaz de hacer- dijo Lena sentándose, porque su arrebató le había aflojado las piernas, aunque no lo admitiera con Kate.

George salió hecho una furia de la casa, dirigiéndose a las barracas.

Esa muchacha malcriada lo había hecho quedar mal y encima quería cambiar las cosas. No había hecho todo por nada y tenía que mostrar quién mandaba.

Al llegar, se encontró con que aún se encontraban todos reunidos, hablando de lo que había pasado.

-No se hagan muchas ilusiones, sólo es cuestión de tiempo para que la señorita se canse de este nuevo proyectito, y luego seré yo el que quedará aquí. Naomi, ven aquí que necesito que

hagas una cosa por mí- dijo mirando lascivamente a la pequeña y con una sonrisa dirigida a su padre.

La niña temblaba mientras daba los primeros pasos, pero la mano de su padre la detuvo.

-Tom, le dije a tu hija que venga, necesito que haga un encargo- ordenó el capataz enojado.

-No- dijo Tom, sin bajar la mirada y reteniendo a su hija-la nueva dueña dijo que la ama Kate era la encargada del personal de la casa, si hay que hacer algo será ella quien lo ordene.

La rabia surcó las facciones del capataz.

- ¡Siéntanse fuertes ahora, pero pronto se van a arrepentir! - gritó alejándose.

Naomi se abrazó a su padre que le devolvió el gesto, sabía lo que ese hombre quería con su pequeña. No había podido salvar a Jenna, pero no le iba a pasar lo mismo con su hija menor.

-No te va a salir gratis ese desafío- le dijo Lucille uniéndose al abrazo.

-Hoy no me importa, amor, las victorias se dan día a día y a veces minuto a minuto. Hoy lo hemos logrado, mañana, Dios proveerá y creo que él ya lo ha hecho con nuestra nueva ama.

-Los vientos hablan de cambios, de batallas por luchar y de demonios a vencer, sus ojos son verdes, el color de la esperanza. Ella traerá nuevas ideas, pero no será fácil.

Mamma Joy era quien hablaba y miraba hacia la casa. Ya todos estaban acostumbrados a sus mensajes cifrados, muchos decían que tenía el don de ver el futuro y rara vez se equivocaba.

Al mediodía siguiente, mientras se dirigían a la finca de al lado en el carruaje, Lena pensaba que no había visto desde la tarde anterior al capataz. Había designado al hijo de Tom para que manejara el carruaje y el muchacho estaba saltando de alegría y excitación.

Cuando llegaron a la finca, las miradas se centraron en ellas mientras descendían y vieron como ambos hombres, tío y sobrino, se acercaban a saludarlas.

Les ofrecieron los brazos mientras caminaban y las condujeron al lugar donde estaba sentada una señora mayor con un rostro sumamente amigable.

La mujer llevaba un vestido de campo con pequeños lunares azules y su pelo platinado recogido en un moño suelto y sencillo. Sus ojos azules se iluminaron al saludarlas y Lena reconoció en ella la sonrisa de su nieto.

-Les presento a mi madre la Señora Emma Henderson, ellas son la Señorita Maddalena Fairchild y la Señorita Kate Smith- las presentó Ben con galantería.

La mujer se acercó enviando una mirada suspicaz a su hijo y su nieto, parecía que aquellas mujeres habían acaparado la atención de los hombres de su vida.

-Bienvenidas a Arlington, qué bien que a Ben se le haya ocurrido el detalle de invitarlas a nuestra reunión- dijo con una amplia sonrisa.

Kate miró hacia Ben, que parecía absorto en la contemplación de las nubes del cielo, sabiendo que le había mentado cuando les dijo que la invitación era de su madre.

-Me encanta hacer estos almuerzos campestres en esta época del año, donde el clima nos acompaña. Tengo entendido que son inglesas.

- Sí, somos inglesas, pero mi madre era americana y su niñez la pasó aquí, así que he decidido volver. Por favor, llámeme Lena y muchas gracias por la invitación, no conocemos a casi nadie aquí y esta será para nosotras una perfecta oportunidad. – agradeció sinceramente.

-Es un lugar duro para mujeres solas, pero todo se reduce a que puedan contar con el personal adecuado para llevar todo adelante y cuentan con mi hijo, mi nieto y conmigo para lo que

necesiten.

-No creo que necesitemos ayuda, pero lo tendremos en cuenta- le contestó Lena, mirando a Alex que le puso los ojos en blanco, haciendo que tuviera que reprimir una sonrisa involuntaria.

-Bueno, bueno- se oyó decir a una voz grave con mordacidad – si Mahoma no va a la montaña, supongo que la montaña debe trasladarse.

-Ahhh!! Señor Stein, ya me parecía raro que no se hubiera acercado antes aquí, siendo que me ha preguntado cómo cien veces cuando llegaban las señoritas- exclamó la Señora Henderson dejando en evidencia la ansiedad del hombre.

Stein emitió lo que pareció ser un gruñido de disgusto por el hecho que lo hubieran puesto en evidencia, pero no dijo nada, ya que sabía de la verbosidad picante de la Señora Henderson, y no estaba seguro de ganar si entraba en ese juego.

-Claro, mi Señora, sabe que mi impaciencia es excesiva. Señoritas, permítanme presentarme, soy Vincent. Stein a su servicio y bienvenidas a Arlington. He tratado de reunirme con Uds. pero su capataz me indicó que querían instalarse primero.

- Así es, quería que estuviéramos instaladas y sobre todo informadas, antes de reunirme con mi principal acreedor- le dijo Lena marcando el terreno.

Stein emitió una risa forzada antes de responder.

-Por favor, Señorita Fairchild, eso ni estaba en mis planes para que hablemos, cada vez que alguien nuevo llega a Arlington me gusta conocerlo y tratar de integrarlo a nuestras costumbres. Lo otro puede esperar.

- ¡Qué atento! y ¿cuántas personas nuevas han tenido en los últimos años? - preguntó con ironía.

-Touche, Señorita Henderson- dijo Alex con una sonrisa, porque al menos otro era ahora el blanco de ese carácter volátil- sólo nosotros y Uds., parece que no viene mucha gente nueva por aquí.

-Es mejor así, que vengan a comerciar y dejen la tranquilidad para nosotros- manifestó Stein minimizando la pregunta.

Lena sabía que estaba siendo un poco mordaz con sus dichos, pero no podía evitarlo, a pesar que no había pruebas, ella estaba segura que parte de la deuda que tenía con él, era inventada.

Pero no conseguiría nada comportándose de esa forma, si quería conocer mejor a quien consideraba en cierta forma su rival.

-Por supuesto, Señor Stein, sólo bromeaba, pero a veces el humor inglés puede resultar extraño para quien no lo escucha siempre. Lo que es gracioso para nosotros no lo es para otros- dijo sonriendo y tratando de cambiar el tono de la conversación.

Stein pareció disipar un poco la tensión de sus hombros ante la disculpa.

- ¿Me haría entonces Ud. el honor, ya que es el anfitrión oficial del pueblo, de presentarme a las demás personas? – pidió Lena enlazando su brazo con el de él y adulándolo en cierta forma.

La cara de Alex se transformó y trató de tomar el brazo de Kate para seguirlos, pero su tío se le adelantó.

-Yo seré, su anfitrión, Señorita Kate. - informó y tomó su mano para que rodeara su brazo.

Alex los vio alejarse y sentía que una vena en el cuello le latía violentamente cuando veía que Stein se acercaba a Lena más de lo estrictamente necesario, para hacerle un comentario o presentarle a alguien, y como ella mantenía la atención o le sonreía.

Era una tontería, recién conocía a la muchacha, no era normal la posesividad que ella le despertaba.

-Querido, cambia esa cara que se te nota todo- dijo su abuela llamando su atención.

-No sé de qué estás hablando- dijo tomando un vaso de una de las bandejas que circulaban.

-Te gusta la chica.

-Abuela...- dijo en un tono de advertencia

-No es una pregunta, es una afirmación. - dijo ella sin hacerle caso- No creo que te vaya a ser fácil, creo que le gusta su independencia y tú te has vuelto un alma libre. Si logran hallar un punto de encuentro, puede ser maravilloso, de lo contrario, una pesadilla- sentenció volviendo a sentarse.

Lena y Kate fueron paseando con ellos entre la gente. Los dueños de las otras fincas eran más reservados, las extensiones de las mismas eran pequeñas comparadas con la de Stein, Lena y los Henderson. Se notaba que ellos, al igual que las personas influyentes del pueblo, eran leales a Stein, para asegurarse que todo marchara bien.

Conocieron al párroco del pueblo, el Señor Sims, un hombre corpulento y poco agraciado de aspecto duro y acartonado, muy diferente a su esposa, una mujer pequeña y tímida que apenas hablaba.

El abogado, el Señor Carson, de porte aristocrático y refinado, era un hombre serio pero agradable y su hijo, Jeff, resultó ser el más simpático y amable de las personas que le presentaron. Lo mismo su prometida, que era la hija de quien llevaba la mercantil, el Señor Carvan que estaba junto a su esposa.

El comisario Miller, era el encargado de mantener el orden en el pueblo y sólo tenía un alguacil a cargo, ya que, según él, no necesitaban más porque Arlington era un pueblo tranquilo.

Resultaba obvio por qué se consideraba una especie de dueño del lugar, todos parecían rendirle pleitesía. Lena pensó que cuanto antes se deshiciera de la deuda, mejor sería para no tener que seguir una relación cercana con aquél hombre. Aunque él no le inspiraba confianza, fue su hijo quien le provocó un rechazo absoluto cuando la saludó, su mirada resultaba impertinente y sólo la cambió frente a una de advertencia de su padre.

Se habían acercado a la mesa donde estaban dispuestas las viandas y algunos refrigerios. Lena no veía a Kate y a Ben que los habían estado siguiendo en las presentaciones.

-Sin que lo tome como un atrevimiento, déjeme decirle, ¿puedo llamarla Maddalena? - comenzó Stein.

-Sí, claro

- Como le decía, si en algún momento Ud. quiere ir a vivir a Nueva Orleans y dejar su finca, estaría dispuesto a comprarla. Siendo como es, anexa a la mía y con salida al río, para mí sería muy buen negocio y tenga por seguro que le pagaría cada centavo que vale.

Lena lo miró intentando sonreír, y sin que se le notara el enojo que sentía por el hecho de que no había tardado ni dos minutos en manifestar el interés por sus tierras.

-Si en algún momento surge ese deseo en mi mente, será Ud. el primero en saberlo, por ahora no tengo ninguna intención de moverme de dónde estoy. - dijo intercalando el mensaje de que no se iría, pero dándole la importancia que sabía le encantaría.

Mientras comían, Stein se palmeó mentalmente por su torpeza, no debería haber mostrado tan pronto su interés por esas tierras, no era inteligente para su plan.

Él siempre era cuidadoso, pero hacía un tiempo que le estaba costando controlar a su hijo, quien se había vuelto descuidado. La amenaza que en su momento le hiciera a Wright no le gustó y menos no estar enterado. Debía vigilarlo de cerca si quería que las cosas salieran bien.

- ¿Dónde me lleva? -preguntó Kate cuando Ben con una mano en la espalda la guiaba hacia una zona de arboledas.

-Quiero un poco de privacidad para que podamos hablar.

Kate iba a protestar, pero se distrajo con la vista que tenía delante.

Los árboles formaban una glorieta natural, como un suave techo entrelazado de ramas con flores que perfumaban el ambiente, Era hermoso.

Ben aprovechó la distracción para colocar una pequeña manta en el suelo y las cosas que un sirviente le traía en ese momento. Cuando terminó de acomodarlo todo, y miró hacia Kate para invitarla a sentarse, quedó prendado de la imagen.

Ella estaba mirando hacia arriba y unos rayos de sol que se colaban entre las flores, sacaban pequeños destellos de su cabello rubio. Su perfil era delicado y Ben se detuvo en la curva de su cuello, quería posar sus labios allí y sentir su pulso, recorrer esos labios entreabiertos con su lengua y besarla hasta dejarla sin aliento. Hacía tiempo que una mujer no le despertaba el interés que ella avivaba. Su inocencia y sensibilidad le llamaron la atención el primer día que la conoció. Era una de esas personas tan transparentes, que se la podía leer en un instante. Y él no había tenido ninguna de ese tipo en su vida.

-Este lugar es bellissimo- dijo Kate dándose vuelta y descubriendo el pequeño festín -Parece que lo ha pensado todo.

Ben se acomodó en el suelo, tratando de disimular la erección que le había dejado el derrotero de sus pensamientos.

Desde que era un adolescente no le pasaba que un simple pensamiento lo pusiera de esa manera, y eso lo inquietó. Le ofreció la mano a Kate para que se sentara y eso no hizo más que empeorar la situación.

Conversaron mientras comían, pero fue Ben el que más habló contándole de sus negocios y su vida en el mar. Aunque trataba de indagar sobre la vida de ambas mujeres, se dio cuenta que Kate era reservada en sus dichos y sólo pudo averiguar que nunca había estado casada y que Lena era huérfana.

La estaba pasando muy bien cuando Kate pegó un pequeño grito de alegría.

-Ohhh!!!- dijo mordiendo con deleite un pastelillo de limón con merengue mientras cerraba sus ojos- me encantan los pastelillos de limón, son mi debilidad, no puedo resistirme a ellos.

Ben debía parecer un bobo con la boca abierta, pero gracias a Dios ella tenía sus ojos cerrados. Estaba resistiendo la tentación de pasar su lengua por el labio inferior de Kate, donde una línea de merengue reposaba.

Kate abrió los ojos, y sin moverse, vio como él estiraba la mano y pasaba su dedo pulgar por su boca. Sin dejar de mirarla se lo metió en la boca y lo chupó lentamente.

Kate sintió que todo el calor sofocante del Mississippi subía por su cuerpo y se instalaba en una parte que había estado dormida mucho tiempo.

Ben captó la reacción de ella, sintiéndose feliz, y comenzó al estirar su cuerpo hacia ella, que permanecía inmóvil observándola hipnotizada.

-Kate!!

La voz de Lena, los sobresaltó.

Kate dio un pequeño gritito y Ben cayó sobre los pastelillos de limón, con una maldición murmurada. Ella se paró presurosa sin prestar si quiera atención a que el hombre con el que estaba trataba de limpiarse el merengue de la camisa.

-Nos vamos a casa- señaló Lena, mirando suspicazmente a Ben que levantó la mirada hacia ella.

-Si me dan un minuto para que me limpie, me encantará acompañarlas a su carruaje.

-No será necesario, Señor Henderson, yo acompañaré a las señoras, dado la especial relación que Ud. está teniendo con esos pasteles. - dijo Stein, que salió de detrás de Lena con cara de estar pasándolo fantástico con su apuro y con la certeza de haberle arruinado su conquista a Ben.

Ofreciendo sus brazos a las damas, se retiró de allí luego que ellas se despidieran adecuadamente.

-Maldito imbécil pretencioso- murmuró Ben.

-Espero que no sea para mí el insulto- dijo Alex que llegaba por el otro lado-Pensé que Lena estaría aquí, dijo que venía a buscar a Kate.

-Stein se las ha llevado a ambas, ya se iban.

Alex se daba la vuelta para despedirlas cuando Ben lo detuvo.

-No vayas, no creo que en estos momentos seamos las personas que quiere ver. Puede que se la agarre contigo delante de todos con el humor que debe traer.

- ¿Qué has hecho? - le recriminó Alex

-Que quisiera haber hecho, mejor dicho, no hice nada, tu chica me interrumpió.

-No es mi chica, me gusta, eso es todo, sé admirar la belleza cuando la veo. Eres tú el que está más interesado en su dama de compañía.

Su tío lo miró con una cara que denotaba preocupación y Alex dejó de sonreír.

-No, es peor, estoy en problemas, serios problemas con esa mujer. Y no me gusta nada- manifestó y se alejó a grandes pasos hacia el lugar donde estaban los otros invitados.

Alex observó a su tío y pensó que en todos los años que habían compartido juntos, lo vio disfrutar de muchas mujeres hermosas, pero nunca lo había visto “preocupado” por una mujer. Al menos, pensó, él no caería en la misma trampa.

Caminaban hacia el carruaje, luego de despedirse de su anfitriona y Stein decía cosas que Lena no escuchaba, tenía la vista fija en Kate que caminaba sin mirarla.

No sabía definir qué había sentido al verla a ella y Ben en esa escena, tenía la idea que él estaba a punto de besarla, pero no podía decirlo con seguridad.

O si sabía lo que había sentido: celos. Celos de compartir a la única persona en su vida que siempre estuvo sólo para ella, de compartir el amor de Kate. Celos de perder esa exclusividad.

Su egoísmo la sorprendió, Kate nunca le había pedido nada, siempre estuvo allí para ella y no podía esperar que eso siguiera eternamente. No obstante, ella se había imaginado que siempre serían ellas dos solas. Movi6 su cabeza para despejarla, estaba haciendo una novela de algo que ni siquiera sabía que era.

Vince que se encontraba recostado, se levantó raudo cuando las vio acercarse.

- ¿Lista para irnos, ama?

-Sí, Vince.

El niño iba a ayudarlas a subir, pero Stein lo empujó para hacerlo él. El niño ni se mosqueó ante el empujón, sonrió a las damas y subió al pescante.

-Señoritas, ha sido un placer pasar esta tarde con Uds., si le parece bien, mañana por la tarde pasaré por su casa para que hablemos de negocios.

-Me parece bien, lo espero Señor Stein. - respondió Lena cordial.

-Llámeme Vincent.

-Bien, pues Vincent, nos vemos mañana.

Cuando el carruaje tomó el camino, Kate sacó de su monóculo algo envuelto en su pañuelo que tendió a Vince.

-Toma Vince, son unos pastelitos por lo bien que lo has hecho hoy.

- ¡Gracias, ama!!!! – dijo alegre, colocando un pastelito en su boca mientras guiaba los caballos y guardaba los otros para compartir con su familia- Nunca en mi vida probé nada tan rico, ni siquiera la tarta de Mamma Joy.

Kate rio ante el entusiasmo del muchacho y empezó a hablar con él haciéndole preguntas sobre el trabajo que hasta ahora venía haciendo en los campos, para no tener que hablar de la escena que Lena interrumpió.

Sentía la mirada de Lena y sabía que ella quería preguntarle por lo que había pasado con Ben, pero no lo haría delante del niño. De todas formas, no sabía que iba a contestarle cuando lo hiciera, porque no quería pensar en lo que sentía; miedo era el sentimiento predominante pero solapadamente otra emoción también asomaba, una que no estaba preparada para reconocer

Capítulo 11

Stein llegó temprano a la mañana siguiente, y Lena decidió recibirlo en su estudio para darle más formalidad a la reunión.

Había optado por llevar todos sus asuntos con un Banco de Nueva Orleans y que mensualmente se transfiriera una suma al banco de Arlington para los gastos, sabía que este hombre tenía ojos en todos lados y quería que supiera lo menos posible.

Kate se hallaba sentada en un rincón fingiendo estar absorta en su tejido.

-Maddalena, me parece que sería bueno que tratáramos este asunto en privado- dijo mirando a Kate de reojo.

-Oh, no se preocupe por Kate, ella no intervendrá en nada y es de lo más discreta. La costumbre en Inglaterra es que una joven decente no puede estar a solas con un hombre sin una carabina y no verse comprometida. – mintió, cuando a ella nada podía importarle menos que los convencionalismos.

-Querida, nadie lo sabría, porque yo sería incapaz de divulgarlo-trató de convencerla.

-Yo lo sabría, y soy muy respetuosa de las costumbres que involucran mi reputación. – sentenció, no dejando lugar a que la contradijera.

Stein se dio por vencido capitulando.

La charla al principio pasó por alinear los papeles que Lena tenía y los de Stein, para entender que el valor de la deuda era la misma para ambas partes.

-Es difícil pensar que con lo que he visto de la finca, se haya generado esa deuda tan grande

durante estos años.

-Bueno, algunos años no anduvo bien la cosecha y había que seguir adelante.

- Pero si a los trabajadores no se les pagaba porque eran esclavos y sólo se tenía que pagar los impuestos y las semillas para volver a sembrar, los montos de gastos resultan altos.

Stein permanecía impávido como buen negociador ante los embates de Lena, que se guardó para sí decirle que de la charla que había tenido con algunas de las personas del pueblo, nadie recordaba que hubiera habido años malos.

-En fin, no vale la pena ahora que lo incomode a Ud. con ciertas cosas, será a mi administrador a quien tenga que pedirle cuentas de esto- dijo Lena, con una falsa sonrisa y mostrando una tranquilidad que no sentía.

-No se preocupe, lo entiendo, los negocios son difíciles para quien no ha estado toda su vida trabajando en ello, pero tienen sus altibajos y hay que saber sortearlos. Es como un barco, si uno no cambia el rumbo cuando corresponde puede encallar o hasta hundirse.

Ella sintió que él le estaba enviando un mensaje y trataba de acobardarla, pero contraatacó.

-Debe ser como Ud. dice, por eso tengo trabajando para mí a los mejores asesores financieros, que han llevado adelante exitosamente todos los negocios en el legado de mi madre, salvo, misteriosamente, esta finca, así que he decidido que voy a resolver personalmente el tema.

La tos de Kate, nada disimulada, los interrumpió. Lena se dio cuenta que el resentimiento se había traslucido en su voz y por eso ella intervino para que se diera cuenta.

Stein la miraba ahora con rabia contenida, extraño, ya que era él quien le había robado a ella.

-Podemos hacer un acuerdo de pagos si Ud. quiere, porque entiendo que la suma es elevada, o como ya le dije estoy dispuesto a comprar la finca si decide vender.

-Gracias Vincent, no voy a vender y quiero resolver este asunto cuanto antes- dijo Lena, sacando un sobre grande de uno de los cajones- Aquí está el pago del total de la deuda y este es un papel para que firmemos los dos estableciendo que no queda nada pendiente de pago. Cuento el dinero para ver si está completo.

Stein estaba perplejo. Cómo podía ser que la muchacha tuviera esa suma en efectivo. No investigó lo suficiente y seguramente su fortuna era más grande de lo que pensaba. Pero no importaba si no podía comprar la finca, tendría que ver otra forma de sacarla de allí.

Contó el dinero y luego de leer el documento lo firmó. Lena le entregó una copia y guardó la otra.

-Bien, Señorita Fairchild, su deuda ha quedado saldada, pero espero que podamos hacer otras transacciones que resulten beneficiosas para ambos- dijo levantándose.

Lena sonrió pensando que había pasado de ser Maddalena a Señorita Fairchild

-Seguramente Señor Stein, ya que pienso hacer fructífera la finca nuevamente.

Lo acompañó a la salida y volvió al estudio para encontrar a Kate caminando de un lado a otro.

-No me gusta ese hombre, Lena, deberías haber visto su cara cuando le diste el dinero. Él está de alguna forma obsesionado con tener esta finca y no creo que se quede tranquilo. - dijo Kate alterada.

-Lo sé, Kate, tendremos que tener más cuidado, pero creo que el enemigo lo tenemos adentro. La finca nunca estuvo en problemas y varias personas del pueblo me lo confirmaron sin saberlo, con lo cual alguien se llevó ese dinero. Sé que te preocupa que estemos solas, pero podemos

hacerlo, sólo tenemos que encontrar la forma.

Kate se la quedó mirando mientras ella retomaba su puesto detrás del escritorio.

No estaba segura que pudieran lograrlo solas, podía pedirle consejo a Benjamin que conocía el pueblo por un poco más de tiempo; él y su sobrino parecían buenas personas, pero la sola idea de volver acercarse a él después de lo que casi pasaba, le daba temor.

Todavía no se ponía a analizar lo que le provocaba ese hombre y cuanto más lo pospusiera mejor, pero Lena era para ella más importante que sus propios recelos.

Pasaron dos semanas en que las cosas se fueron sucediendo tranquilamente. Habían empezado a reconstruir las barracas con los materiales que habían comprado y avanzaban rápidamente con el entusiasmo de los esclavos por tener sus nuevos hogares.

Naomi y Jenna se habían mudado a las habitaciones de servicio, ya que eran personal de la casa, pero Lucille y Vince prefirieron quedarse en las barracas junto con Tom.

Los Henderson aparecían de vez en cuando a saludar, pero Lena se encargaba de que no se quedaran mucho.

Kate estaba preocupada, parte del ganado que tenían había ido desapareciendo, no eran muchos, faltaban uno o dos, y según el capataz esto podía ocurrir porque los animales caían en el río cuando estaban tratando de tomar agua o se perdían.

No tenían explicación, sin embargo, para la falta de parte de la cosecha desaparecida, que por orden suya no le informaran a Lena.

Pero ella no compraba esas explicaciones, y temía que eso fuera a empeorar, así que había enviado a Vince con un mensaje para Benjamin, pidiéndole que se encontraran en la arboleda que quedaba entre ambas propiedades. Necesitaba otra visión y un consejo para seguir.

Cuando llegó allí, él ya la estaba esperando, se apresuró a acercarse al caballo para ayudarla a descender. Sus manos tomaron su cintura y la hizo bajar lentamente, rozándola demasiado cerca con su cuerpo.

-Me alegré muchísimo con su mensaje para que nos viéramos -dijo sin soltarla.

Kate tomó sus manos para sacarlas de su cuerpo y lo rodeó poniendo distancia.

-No quiero que se confunda con este llamado, no es por mí, necesito su consejo Señor Henderson sobre cosas que pasan en la finca y me preocupan. Somos dos mujeres que no tienen experiencia en esto y Lena no va a dar su brazo a torcer en irse de aquí. No confío en el capataz y luego de que Lena pagara la deuda a Stein, han empezado desaparecer algunos animales, pero temo que esto empeore y sea sólo el primer paso.

Ben pareció decepcionado, pero enseguida se acercó a ella nuevamente. Algo es algo, ella acudía a él por ayuda.

-Llámame, Ben, por favor, puedes contar conmigo, Kate, para lo que pueda ayudarte. En principio, te aseguro que Stein no está contento con la situación actual. Con Alex y conmigo no se ha metido, hubo varias ocasiones en las que trató de amedrentarnos, pero no lo consiguió. Nuestras fincas no son las que él quiere y hay un acuerdo tácito: nosotros no nos metemos con sus negocios y él nos deja tranquilos. Por alguna razón él está obsesionado con esas tierras y si eso involucra ganancia de dinero para él, no parará hasta conseguirlas. ¿Hay algo más que las haya alertado?

Kate le explicó que además de la misteriosa desaparición del ganado, ella no le había dicho a

Lena, pero muchas noches escuchaban ruidos provenientes de los alrededores y también había tabaco y algodón desaparecido de donde lo tenían almacenado. Tom le avisaba través de Lucille los faltantes, para que la información no llegara a la muchacha.

Ben la miraba mientras caminaba nerviosa, quería realmente concentrarse en lo que ella le estaba contando, pero le era difícil.

Notaba algo diferente en ella, así que fue recorriendo su cuerpo con la mirada, hasta que lo descubrió. Su pelo ya no estaba en el moño apretado de siempre sino en una larga trenza rubia que le caía por la espalda. Sin poder evitarlo se acercó por detrás y levantó su trenza llevándola hasta su nariz. Ella paró sus movimientos y vio como él cerraba los ojos y olía su pelo.

- ¿Qué haces? -preguntó con voz casi estrangulada.

-Hueles a limón- dijo él, haciendo una inspiración profunda.

-Ehhh, si-le confirmó, tratando de sacar la trenza de sus manos, pero él no se lo permitió y la usó para acercarla a él, sin encontrar mucha resistencia.

- ¿No has escuchado nada de lo que te conté? - preguntó más enfadada por las sensaciones que su cercanía le producía, que por la distracción.

-Cada palabra, y no te preocupes, hablaré con Alex, daremos una vuelta en las noches por la finca y haremos que nuestros esclavos hablen con los vuestros para averiguar todo lo que podamos. Mientras tanto tienen que asegurarse que todas las puertas estén cerradas por la noche y nadie entre o salga de la casa.

La atrajo más hacia sí, todos sus instintos lo instaban a protegerla, le decían que esa mujer era suya, quería que olvidara su miedo, que sonriera.

-Te mantendré informada de lo que averigüemos, pero ahora me gustaría que hablemos del pago- dijo en un tono juguetón y bajo, rodeándola con sus brazos.

- ¿Quieres que te pague dinero por esto? ¡Qué descaró! - dijo tensándose y tratando de separarse de él.

-Me ofendes Kate, no quiero dinero- le contestó poniendo cara de injuriado.

- ¿Entonces de qué hablas? - preguntó confundida.

-De esto- dijo y bajo su boca a la de ella antes de que pudiera reaccionar.

La boca de Ben fue suave, dando pequeños besos en los labios de Kate, que se fue relajando poco a poco, después de la primera impresión.

Ella comenzó a subir las manos que estaban en su pecho y poniéndose de puntillas, rodeo su cuello y comenzó a devolverle los besos. Él hizo que su lengua se encontrara con la de ella, en un beso apasionado que los tomó a ambos por sorpresa.

Kate empezó a seguir los movimientos de Ben con su propia lengua, se agitaron en un instante. Ella interrumpió el beso, colocando la cara en su hombro y él aprovechó para besar la línea de su cuello y morder suavemente el lóbulo de su oreja.

-Basta, por favor- suplicó en un susurro Kate.

Ben separó los labios de su cuello, pero no la soltó.

La miró un instante, le dio un último beso y tomándole la mano se dirigió al caballo y la ayudó a montar. Kate pensó que lo había enojado, pero ese beso la había descolocado totalmente.

- Lo siento, yo no soy así, no me dejo llevar por los impulsos y beso hombres que apenas conozco. No quiero que pienses... ¿Estás enfadado conmigo? ¿Por eso quieres que me vaya? - preguntó tratando de darle un orden a todo lo que le quería decir.

Él le sonrió dulcemente y acarició su mejilla.

-Kate, se nota a una legua la mujer decente que eres. Vuelve a casa, me encargaré de cuidarlas- dijo y estiró su brazo para bajar su cabeza hasta que estuvo a unos centímetros de su cara- No estoy enfadado, pero si te quedas un minuto más, voy a sacarte toda la ropa y hacerte el amor sobre la hierba, y no creo que sea algo para lo que estés preparada en este momento, ¿o sí?

-No! -casi gritó y vio como él volvía a sonreír. Dio la vuelta al caballo y enfiló para Lumière, pero no pudo evitar que su corazón se disparara con el mismo ritmo que el galope.

Ni bien entró en la casa vio que Lena salía hecha una furia del estudio, llevaba una sencilla falda marrón y una blusa blanca. Con los movimientos, varios de sus cabellos se habían salido de la coleta en la que precariamente ataba su pelo.

Se paró en seco cuando la vio.

-Tú lo sabías! - gritó

Por el rabillo del ojo pudo divisar a Naomi compungida que balbuceaba un lo siento silencioso mientras salía con el servicio de té.

-No es necesario que grites de ese modo, ven, charlemos tranquilas y me cuentas qué es lo que se supone que yo sabía. Naomi, trae té y esos pasteles tan ricos que hace tu madre- le dijo Kate tomándola del brazo, sin que Lena opusiera resistencia.

¿Qué bicho le había picado? Kate estaba rara, llevaba una trenza en vez del moño y se notaba una tranquilidad excesiva en su voz.

-Resulta que me entero por un descuido de Naomi, que hace semanas que además de faltarnos ganado, se han estado robando algodón, tabaco y otros suministros, y que se sienten ruidos por la noche. Todas las personas que trabajan para mí lo sabían, aunque dudo que el inútil del Señor Cook se haya dado cuenta. ¿Cuándo pensabas decirme todo esto? - le recriminó con disgusto.

-Cariño, entiendo que estés enojada porque no te lo haya dicho, pero la verdad es que has estado estresada, levantándote todos los días al salir el sol para ir a las plantaciones, supervisar la construcción, recorrer y buscar el ganado perdido, no paraste un minuto. Cuando me enteré, yo les pedí que no te dijeran nada, no quería llevarte otro problema si podía resolverlo antes pero no me ha sido posible. - le explicó asumiendo toda la culpa para que no se enojara con alguien más.

Lena sentía que la furia se iba desvaneciendo, de todas las personas que conocía la única por la que siempre pondría las manos en el fuego era Kate. Sabía que lo hacía para evitarle un mal momento, pero si les faltaba lo que Naomi había dicho, iba a tener que sacar plata de otros de sus negocios para ciertos gastos y ella quería que la finca funcionara por sí sola. Quería demostrarle a Stein y a todo el mundo que podía hacerlo.

-No quiero que nadie me oculte nada, quiero estar al tanto de todo, sea lo que sea. - le dijo como si fuera un mandato.

-Bien, pero si te tienes que enojar no te enojas con los demás, yo les di la orden.

-No lo haré.

Naomi entró con el servicio de té y Kate pensó que ya le estaba mintiendo otra vez por omisión.

No le diría que le pidió ayuda a Ben porque entonces sí que estallaría.

Cada vez que los Henderson habían intentado acercarse, Lena los había espantado, sobre todo a Alex, el muchacho no era tan insistente como Ben, y se alejaba inmediatamente, en cambio su

tío, volvía una y otra vez sin importarle en absoluto cómo era tratado.

Mordió un pastelito de limón, mientras miraba las ojeras que Lena tenía bajo los ojos, parecía extraño que esa fortaleza estuviera en el cuerpo de una joven de dieciocho años. Sobre sus espaldas pesaba el hecho de querer rescatar la finca que había sido importante para su madre, una de las pocas personas que realmente la amó.

Tal vez ella no podía frenarla, pero si buscar la ayuda necesaria para que no acabara enferma en el camino.

Hacía pocos minutos que el reloj del salón marcara las doce de la noche cuando sintieron los gritos y los pasos de las personas corriendo.

-Fuego! ¡Fuego!!! ¡Se queman!!!

Lena se levantó de un salto y miró por la ventana el fuego que se extendía en el campo donde estaba sembrado el tabaco. Ató la bata celeste fuertemente y se calzó las botas antes de salir corriendo y casi tropezar con Kate.

Cuando salieron, sintieron el calor infernal, se veían grandes llamas en los campos y aunque todavía estaban lejos de las barracas y la casa, no tardarían mucho.

Vio que Vince se estaba encargando de sacar a los animales de los establos y, para su sorpresa, los esclavos estaban organizados llevando cubos de agua y tierra para apagar el fuego.

Por un momento pensó que el Señor Cook al final de cuentas no era tan inútil si lograba organizar así a los trabajadores. Lo raro era que no lo veía por ningún lado.

Empezó a gritar su nombre llamándolo mientras se dirigía hacia donde estaban las mujeres, al lado de la bomba llenando los baldes de agua y empapando las mantas.

- ¿Dónde está el Señor Cook? - preguntó a Lucille que tenía toda la cara tiznada.

- No lo he visto, ama.

- ¿Pero entonces quién está dirigiendo a los hombres?

Antes que pudiera contestar, vio que Tom salía de entre las llamas, dando órdenes que eran seguidas por todo el mundo sin cuestionarlo. Él estaba comandando a los hombres.

-Ama- dijo jadeante-ya hemos frenado el fuego para el otro lado de los campos, pero debemos tratar de frenarlo de este lado para que no llegue a la casa. ¿Qué quiere que hagamos?

Lena sintió las miradas puestas en ella, no sabía que responder y gracias a Dios no tuvo que hacerlo, porque en ese momento irrumpieron a caballo los Henderson con más manos para ayudar.

- ¿Están bien? - preguntó Ben saltando del caballo antes que parara y mirando sólo a Kate.

Ella asintió y negó luego, con la cabeza, cuando vio que iba a acercarse y tocarla, lo que lo detuvo en su lugar.

- ¿En qué ayudamos? - dijo Alex acercándose a Lena.

Lena se dijo que ese era el momento para probarse a si misma, que podía con esto, tomando la decisión correcta.

-Tom está a cargo, confío en que él es quien sabe qué debemos hacer, ya ha frenado parte del fuego. ¿Cómo seguimos? - y dejó que Tom les indicara como seguir,

Tom miró a esa muchacha. Había pensado que no duraría ni dos días en esas tierras, pero desde el primer día les hizo sentir que no veía en ellos meras posesiones sino personas y ahora, en un acto de confianza, ponía esa tierra en sus manos, en vez de en sus amigos blancos.

-Claro, ama. Sé lo que tenemos que hacer- y Tom empezó a dar órdenes y hasta Alex y Ben se pusieron a obedecerlas. Cargando agua y tierra, les llevó un tiempo frenar el avance del fuego. Hicieron zanjas alrededor para encerrarlo. En el medio de las cuatro franjas, las llamas ardían fuertes. Estaban mirando como seguían ardiendo las llamas cuando el grito de Naomi los alarmó.

-Vince, Vince!!! No ha salido del fuego- gritó desesperada.

Tom corrió hacia su hija y la sacudió

- ¿Cómo que no ha salido? ¿Dónde está tu hermano?

-Entró siguiendo al potro blanco que, asustado, corrió hacia uno de los lados en los que no había llamas. Vince dijo que no podía dejar que muriera porque era el favorito de la ama, pero no lo he visto salir y ahora ese lugar ha quedado dentro del fuego- respondió entre lágrimas.

Lena sintió que la garganta se le cerraba, el muchacho estaba en el fuego por ella, tenía que hacer algo, se dirigió a tomar una de las mantas mojadas pero una mano fuerte se la quitó.

-No, yo iré- dijo Alex empapando la manta con agua- tengo más experiencia en esto que tú.

-Gracias, Señor Henderson, entre los dos podremos encontrarlo mejor- agradeció Tom mientras mojaba otra manta

-Los acompaño- dijo Ben

-No tío, necesito que te quedes aquí y coordines para ir apagando el fuego hacia adentro para abrir camino.

-Bien, yo me encargo, pero ten cuidado porque si te pasa algo, tu abuela va a matarme- dijo bromeando.

Lena veía a Alex y a Tom internarse en el fuego y sintió miedo, ese hombre insufrible que estaba empeñado en aparecer en su vida, estaba arriesgando su vida por un esclavo.

En un lugar en donde todos veían normal esclavizar seres humanos, él estaba valorando la vida de uno de ellos. Pasaron quince minutos en los que Ben sin desconcentrarse seguía dirigiendo a los hombres para apagar el fuego.

De repente, vieron una sombra que cargaba a otra y salía de entre las llamas para caer en el suelo. Alex había arrastrado a Tom que estaba ahogado por el humo, éste trató de levantarse, pero se desmayó.

Alex hizo señas a su tío que volvió a empapar la manta.

-Déjame ir a mí- le pidió Ben ante la mirada horrorizada de Kate al escuchar su ofrecimiento.

-No, yo iré- luego miró a Lena un instante – Traeré al muchacho con vida- le dijo como si pudiera leer en su cara la culpa que sentía porque el muchacho estuviera en peligro por ella.

Se internó en el medio de la humareda mientras los esclavos seguían tratando de apagar el fuego de a poco, y Lucille y Kate trataban de reanimar a Tom.

Lena reemplazó a Jenna bombeando el agua, ya que la muchacha parecía agotada. No sabía cuánto tiempo pasó y los esclavos se miraban entre sí con la tristeza de la esperanza perdida. Tom volvió en sí tosiendo y desconcertado, mirando a su alrededor.

-Mi hijo- murmuró, tratando de levantarse sin demasiado éxito. Volvió a intentarlo y empezó a caminar hacia donde seguía ardiendo el fuego. Hicieron falta tres hombres para poder detenerlo.

-Déjenme, mi niño está ahí adentro, tengo que encontrarlo- dijo con la voz entrecortada y cansada.

-Tom, por favor- lloraba Lucille colocando su mano en el brazo de su esposo-No vayas, el Señor Henderson está allí.

Lena vio la desolación en la cara de Tom.

Lucille lo abrazó y Naomi corrió a hacer lo mismo, sólo Jenna permanecía quieta como una estatua mirando el fuego.

Parecía que tampoco Alex saldría vivo de allí.

Ella sintió que se sofocaba, que le faltaba el aire. No podía haberse vuelto importante para ella, lo había evitado y rechazado muchas veces, por qué entonces sentía que su garganta ardía.

Un relincho se oyó fuerte y como una aparición, el potro blanco surgió de entre la humareda con dos jinetes encima.

Tom, que se encontró suelto frente a la perplejidad de los otros por lo que pasaba, corrió hacia el potro y bajó a su hijo que estaba consciente. Lo alzó y abrazó fuerte contra su pecho casi asfixiándolo.

-Pa' si no me asfixié por el humo me parece que ahora sí voy a hacerlo- dijo el pequeño.

Se oyó la risa ronca de Tom que colocó a su hijo en el suelo mientras Ben ayudaba a Alex a bajar.

-Ama-llamó Vince- hemos salvado al potro para Ud. ¿Está feliz? Es su favorito.

Lena se arrodilló al lado del niño que había arriesgado su vida sólo por algo que era importante para ella.

-Estoy feliz porque tú estás bien, Vince, tu vida es más importante para mí que la de cualquier potro- dijo Lena mientras le acariciaba la cabeza.

El niño le regaló una enorme sonrisa. Mientras Tom y Lucille se emocionaban por las palabras de la muchacha, sin poder creer lo que escuchaban. Ella se levantó para ver cómo estaba Alex. Él estaba tirado en el suelo con los ojos cerrados.

- ¿Está inconsciente? - preguntó

Un bello ojo color miel se abrió para mirarla y unos dientes blancos aparecieron en la cara negra.

-No princesa, es que después de ser el héroe, he decidido tomar una siesta.

Lena bufó muy poco femeninamente, aliviada por saber, que, si bromeaba, estaba bien.

-Voy a buscar un ungüento para poner en las quemaduras, tiene varias en su cuerpo. Hay que ir humedeciendo allí donde su ropa está pegada y limpiarle un poco la piel para poder ver el daño. Ben quieres...- fue indicando Kate.

-Yo lo haré-interrumpió Lena, sorprendiendo a Kate y a Ben.

-Entonces voy a ayudar a terminar de apagar el fuego- informó Ben- ya que mi sobrino está en mejores manos que las mías.

Lena se sentó en el suelo detrás de Alex y levantó su cabeza suavemente para ponerla en su regazo.

Jenna se acercó para dejarle un balde con agua y paños al lado. Comenzó a limpiar suavemente su cara sacando la suciedad de allí y de su pelo, casi como si fueran caricias.

-Tendría que tener una conversación muy seria con Dios sobre su humor. Cuando finalmente te tengo con poca ropa y dispuesta a tocarme, yo estoy tan maltrecho que apenas puedo moverme-bromeó Alex.

Lena rio sin poder evitarlo y Alex supo que era la primera vez que escuchaba ese sonido.

-Gracias por salvar a Tom y a Vince, arriesgaste tu vida. - le dijo agradecida.

-Es que sabía que un acto así me haría ganar tu admiración, y no me equivoqué, de qué otra

forma podría encontrarme en tu regazo y contigo acariciándome.

-No te estoy acariciando, te limpio. -lo corrigió.

-Un tecnicismo, ¿ahora ya puedo llamarte Lena? - preguntó con los ojos cerrados

-Sí, te lo ganaste- dijo ella, contenta porque él estuviera bien.

Lena seguía limpiando suavemente su cara y su pelo sin aventurarse a ir más abajo, cuando se dio cuenta que se había quedado dormido. Su cara relajada era más linda de lo que recordaba, tenía por primera vez a un hombre en sus brazos y se sentía extraña.

-Se ha quedado dormido- señaló Kate.

-Creo que esto está controlado- dijo Ben acercándose- será mejor que lo lleve a mi casa, mi madre debe estar como loca esperándonos y es capaz de aparecerse aquí en cualquier momento.

-Llévate el ungüento, hay que aplicarlo en las quemaduras y venderlo- le indicó Kate dándole el frasco.

Le prestaron un carro para que se llevaran a Alex, y antes de irse Ben le dio un breve beso en los labios a Kate, mientras que ella le daba las gracias.

Sólo Lucille vio el beso y sonrió.

Viendo que los esclavos se disponían a recoger las cosas y ver cómo estaba el campo, Lena se adelantó.

-Vayan a descansar, mañana temprano podremos ver a qué nos enfrentamos. Gracias a todos por haber salvado la finca. - les ordenó cansada y complacida por el compromiso de ellos.

Los esclavos asintieron y se dispersaron hacia las barracas. La familia entera de Tom se dirigía allí también, sospechaba que necesitaban estar todos juntos esa noche luego de lo que pasaron.

Por primera vez en la noche, vio a Mamma Joy parada frente a las barracas y abrazando a su bisnieto. La miró sobre la cabeza del muchacho y luego sus labios se movieron formando una frase: Dios te bendecirá.

Lena sintió como si una ráfaga de brisa fresca le llegara a la cara e inspiró fuerte. Esa mujer era un enigma y la hacía sentir rara siempre que estaba cerca.

Al que no veía por ninguna parte era a su capataz que debería haber estado allí, pero ya se encargaría de él luego de descansar un rato.

Capítulo 12

A la mañana siguiente Kate se había levantado muy temprano y decidió acompañar a Lucille con café fuerte.

Aunque prefería el té, las emociones de la noche anterior la tenían turbada y confundida, y necesitaba activar su cuerpo con ese líquido caliente y dulce que preparaba tan bien.

-Qué bueno, ama, que haya decidido darle una oportunidad al amo Ben. - le dijo Lucille entusiasmada.

Ella que estaba parada sirviendo el café tensó toda su espalda y dándose vuelta encaró a la esclava.

-No sé de qué estás hablando-mintió.

-Lo vi cuando la besaba rápidamente ayer. - dijo sonriendo.

Kate se tensó aún más y se sentó en la mesa.

-No tiene que preocuparse- dijo Lucille, mirando su cara de espanto; quería verla feliz y no preocupada-yo no le voy a decir a nadie.

-Eso espero, Lucille- dijo sonriendo apenas- y no he decidido darle a nadie una oportunidad, es sólo algo que pasó y no debería haber sucedido. No puedo involucrarme con un hombre como él. Seguramente ha tenido muchas mujeres en su vida, yo no voy a ser una más en su lista.

-No creo que Ud. sea una más en su lista, él la mira diferente.

- ¿Diferente cómo? – preguntó ahora intrigada.

-Cómo mi Tom me mira a mí- le respondió como si fuera lo más obvio.

Kate se alarmó con las palabras de Lucille, ella sabía cómo la miraba Tom, había ternura en su mirada, admiración, buscaba la mirada de su compañera cada vez que se cruzaban. A veces él le guiñaba un ojo y ese código secreto hacía que ella se sonrojara y sonriera con la cabeza baja. La miraba con amor. No, ella no tenía eso con Ben.

-Estás equivocada, no hay nada parecido a lo de Uds., entre Ben y yo.

-Los esclavos no tenemos oportunidad de hablar mucho, ama, a nadie le interesa lo que podamos decir e intentamos que nuestra voz no se escuche para pasar desapercibidos y no recibir a veces un castigo por un mal día del amo. Por eso aprendemos mucho a observar y escuchar, somos capaces de conocer mejor cómo son las personas, porque nos concentramos en ver si lo que dicen coincide con lo que hacen, eso nos da la idea de si podemos confiar o no. Todas las personas que trabajan para él dicen que es un buen amo, que cuida a su madre y a su sobrino con cariño. Cuando está cerca suyo es como si todo él cambiara, su cara está más feliz, su andar se vuelve protector y su mirada la busca. Él la mira como a una compañera. A todos nos llega alguna vez esa persona que elegimos sobre todas las demás. Yo creo que Ud. es esa persona para el amo Ben.

Kate estaba asombrada escuchando a Lucille, mientras trataba de contener las emociones. Una parte de ella quería creer que lo que decía era verdad y otra se negaba a verlo, porque reconocerlo sería tener que lidiar con ello y no se sentía preparada para eso.

-Pues en este caso, me parece que ese don maravilloso del que hablas ha fallado, así que te pido que no lo vayas mencionando por ahí y menos a Lena. -decidió decir al final.

-Lo siento, ama -dijo Lucille dolida-pero no soy una chismosa, ni a mi Tom le dije nada.

Kate no quería herirla.

-Lo sé, no te ofendas, confío en tu palabra, es que no quiero ser el centro de las habladurías, eso es todo. Iré a ver si Lena ya está despierta para que al menos tome algo de desayuno, porque esa muchacha es capaz de salir directamente sin comer - dijo encaminándose fuera de la cocina.

-Si no quiere que nadie lo sepa, debería tratar de dejar de mirarlo embobada cada vez que ese hombretón aparece- dijo Lucille cuando ella casi salía, sin poder resistirse.

Kate puso los ojos en blanco y suspiró audiblemente, esa mujer era incorregible y ella había estado preocupada por herirla.

-Aire que sobra por algo que falta, como dice Ud., ama- dijo riendo bajito la mujer.

Kate movió su cabeza y no pudo evitar sonreír.

Como había previsto, Lena ya estaba fuera, la encontró parada frente a los campos quemados, donde los esclavos estaban rastrillando el suelo para limpiarlo de las plantas quemadas.

Todavía se sentía el olor a humo en el aire, aunque estaba despejado y era triste ver cómo había quedado todo.

No sabrían cuánto de la cosecha se había perdido hasta que no inspeccionaran el campo.

Sin darse vuelta, Lena percibió la presencia de Kate.

-Tom todavía no está seguro, pero dice que tiene la sospecha que el incendio fue intencionado, está revisando todo para finalmente verificarlo.

-Por Dios!, ¿quién haría una cosa así?, poniendo en riesgo tantas vidas. Si no hubiera sido por la pericia de Tom, el fuego podría haber llegado a las barracas y hasta la casa.

-Alguien que quiere asustarnos Kate, y no le importa la vida de esclavos y de dos mujeres blancas que nadie extrañará. Es más raro aún que uno de nuestros vecinos no haya visto el fuego y viniera a ayudar- contestó Lena, refiriéndose a Stein

Kate veía su espalda recta y la cabeza en alto. Sus conclusiones habían sido frías, pero, aunque sonaba duro, tenía razón, nadie esperaba por ellas, nadie las extrañaría. ¿Lo haría Ben? ¿Se acordaría alguna vez de sus besos? ¿Por qué pensaba en él ahora? Esa charla con Lucille la había perturbado.

Sin que lo pudiera impedir una lágrima se deslizó por su mejilla. Por primera vez en mucho tiempo sintió la soledad. La secó justo a tiempo para que Lena no la viera cuando se dio vuelta.

- ¿Has visto al Señor Cook? He ido a su casa, pero nadie contesta y desde ayer nadie le ha visto. Otro que desaparece en el momento justo.

- ¿No le has preguntado a los esclavos?

-Sí y nadie lo ha visto desde ayer a la tarde temprano.

Ambas se volvieron al oír los cascos de caballos que se acercaban rápidamente.

Como si lo hubiera invocado, advirtió que el capataz venía detrás de Stein y su hijo, también divisó al párroco, al sheriff y otras personas que le presentarían en el almuerzo al que habían asistido.

Su vista se desvió a dos figuras a caballo que llegaban desde un costado y reconoció a los Henderson. Se quedaron mirando el espectáculo ya que ambos grupos azuzaron sus caballos para llegar primero.

Ben y Alex ganaron la competencia, los sementales resoplaron cuando los hicieron frenar frente a ellas, pero no habían llegado a bajar cuando el segundo grupo los alcanzó. Stein se les adelantó y antes que Lena reaccionara, tomó sus manos.

-Señorita Fairchild, acabo de enterarme lo ocurrido anoche, lamento mucho no haber estado aquí, estaba pasando unos días en Nueva Orleans y he venido en cuanto me he enterado. Lamento que se haya perdido su cosecha, pero esté segura que cuenta conmigo para lo que necesite.

Lena se soltó del agarre y se forzó a sonreír, a pesar de la furia que sentía por sus palabras.

-Le agradezco por haber venido tan diligentemente. No tiene que preocuparse, es sólo una pequeña parte la que se ha dañado, pero la mayoría sigue en pie gracias a la ayuda de nuestros buenos vecinos, los Señores Henderson y su gente, y por supuesto de mis empleados que se han portado como verdaderos héroes. Es raro que sólo ellos fueran capaces de ver el fuego cuando la intensidad del mismo era bastante grande- ironizó, mirando al resto de las personas que bajaron la mirada y no contestaron.

Lena vislumbró una leve sorpresa en el rostro de Stein que enseguida desapareció. Alex ya había llegado a su lado enfrentando a Stein.

-Muchas personas podrían haber muerto anoche, menos mal que nosotros sí vimos el fuego- dijo mirándolo directamente y acercándose más a Lena para mostrar su apoyo.

Lena por primera vez no sintió la necesidad de apartarse. Disimuladamente sin que nadie lo notara, el colocó la mano en su espalda. Antes que Stein pudiera contestarle, ella se acordó de la presencia del Señor Cook y avanzó hacia él.

- ¿Dónde estaba Ud.? - dijo con irritación, al tiempo que veía como su cara se teñía de rojo.

-Estaba en el pueblo, era mi noche libre.

-Ahh sí? ¿y la mañana también la tenía libre?

-No Señorita, perdón, me he quedado dormido, no volverá a pasar- se disculpó más con rabia porque lo estuviera retando delante de todos, que por culpa.

-Bueno, en vez de quedarse ahí parado, vaya a ver con Tom el campo, estamos determinando si ha sido un incendio intencional. - le ordenó con vehemencia.

El capataz se tensó al instante al escuchar las palabras.

-Puedo encargarme yo de verificar eso señorita, no necesitamos de un esclavo para ello.

-Da la casualidad que ese esclavo es el que logró detener el fuego mientras Ud. no estaba. Quiero que ambos verifiquen el tema- dijo desafiante.

Se hizo un tenso silencio, el resto de las personas que habían venido con Stein miraban expectantes, no sabiendo si admirar o reprochar el brío de la muchacha.

Kate vio el odio en los ojos del capataz e instintivamente se acercó más a Ben que estaba a su lado. Sólo la había saludado con un buen día sin tocarla y eso le había dolido. Al ver su turbación él también se acercó más a ella.

-Claro, Ud. es la que manda- contestó el capataz, que se dirigió al campo dando órdenes a los esclavos.

El resto de las personas que habían venido se fueron acercando, menos el hijo de Stein que se había quedado mirando algo a su derecha.

Kate vio que era a Jenna quien captaba su atención cuando sacaba la colada. La muchacha iba caminando cuando lo divisó, una expresión de terror se reflejó en su cara y fue retrocediendo sin mirar atrás. Adam comenzó a sonreír y articuló algo que Kate entendió como “pronto”.

La muchacha desapareció en la casa y el hombre volvió la mirada hacia ella manteniendo la misma sonrisa, que se borró, cuando se dio cuenta que Ben también lo estaba mirando amenazante.

- ¿De dónde lo conoces? - le preguntó Ben cuando el hijo de Stein dejó de mirarla.

Kate levantó la cabeza para mirarlo porque notó el enojo en su voz.

-Sólo lo he visto una vez, en el almuerzo de tu madre.

-No te relaciones con él, Kate, nunca me ha gustado ese hombre, tiene algo perverso y muchos piensan que no está bien de la cabeza.

-No pensaba hacerlo, a mí tampoco me gusta, él estaba mirando raro a una de nuestras esclavas, y quería entender por qué. Igual no tienes derecho a decirme con quién puedo relacionarme o no.

-Sí que puedo- dijo Ben acercando su boca a su oído- no me provoques, Kate, o pienso dejar clara la situación besándote delante de todos.

Kate quedó boquiabierta y se apartó un poco de él.

-No puedes hablarme así...

Ben se acercó muy serio hacia ella.

- ¿Quieres que tengamos esta conversación ahora, delante de todos? - la retó.

Kate negó con su cabeza. Era raro, al mismo tiempo que le molestaba que él le dijera que hacer, le gustaba su muestra de posesión sobre ella, porque era el mismo sentimiento de posesión que ella tenía por él.

Se alejó de Ben, acercándose al grupo reunido alrededor de Lena, se estaban ofreciendo a ayudarla y comentaban lo lamentable de la situación, mientras ella rechazaba delicadamente la ayuda.

-Sé que todos tienen buenas intenciones, pero por ahora puedo controlar la situación con mi personal y verificar los daños, si necesito ayuda extra tengan por seguro que los estaré convocando- dijo Lena, tratando de que esas personas se fueran de allí.

Stein había tratado de sonsacarle una estimación de los daños y no lo había logrado. Notaba que quería verla necesitada y le echaba miradas solapadas a Alex, que estando al lado de ella mostraba que, si había lucha, sería con él también.

-Bien, entonces nos retiramos, cualquier necesidad de dinero que tenga, sabe que cuenta con el préstamo del banco sin ningún tipo de requisitos. - volvió a ofrecerle.

-No necesitaré el préstamo, cuento con el dinero suficiente para hacer frente a los daños, pero agradezco la predisposición, por supuesto- dijo Lena, destilando veneno por dentro frente al ofrecimiento.

Stein sonrió de una forma que parecía más una mueca. Lena quería dar cuenta de su capacidad económica, pero él parecía no entenderlo, buscaba formas de que ella quedara en deuda con él y eso no iba a pasar.

Se fueron despidiendo y dirigiéndose a los caballos, mientras que los Henderson se quedaron dónde estaban, acompañando a ambas mujeres.

-Ya puedes irte, también- dijo Lena mirando a Alex que se encontraba a su lado.

Alex la miró sorprendido y luego la agarró de un brazo, arrastrándola hacia la casa.

- ¿Qué crees que haces? - dijo tratando de resistirse mientras pasaban por delante de Kate y Ben.

Kate trató de reaccionar, pero Ben la detuvo suavemente con una mano en su brazo.

-Déjalos, tienen que hablar, Lena tiene que entender que Alex está tratando de ayudarlas, no podrán con esto solas si es verdad que el incendio es intencional.

Kate asintió y se dirigieron hacia Vince que la llamaba para que pudieran chequear los daños

en los establos.

Alex siguió arrastrando a Lena dentro de la casa, pasando delante de una asombrada Naomi, que desapareció al instante.

Llegaron al estudio y la introdujo en él soltándola y cerrando la puerta.

- ¿Qué crees que estás haciendo? - dijo furioso.

-No tengo que darte ninguna explicación de nada a ti. Igual no sé de qué estás hablando.

-No puedes ir enfrentándote con descaro con Stein como si estuvieras a la par de él. Esto no es tu mansión segura de Londres.

-Tú no sabes nada de mi vida para hablarme así.

-No, pero veo lo que haces y no parece que estés utilizando mucho tu cerebro.

-Cómo...

Alex levantó una mano para callarla.

-Quiero que escuches lo que tengo que decirte antes que repliques nada. A los hombres en general no les gusta ser dominados por mujeres, queremos entender que tenemos el control en todo momento y no que pueden prescindir de nosotros. Stein es un hombre orgulloso, es dueño del setenta por ciento de Arlington y desde que llegaste has querido mostrarle que tu fortuna y poder es mayor que el de él. Por una cuestión lógica él no va a dejar que los demás piensen eso, porque es lo que lo mantiene fuerte y a todos brincando detrás de él. Si realmente creías que el incendio fue intencional, ni siquiera tendrías que habérselo dicho. Tienes que guardar información para ti, hacerle creer que necesitarás de él, aunque finalmente no utilices su ayuda, y más si medio pueblo está delante.

-Sé cómo tratar a Stein. - se defendió.

-No, no lo sabes, sino no tendrías parte de tu cosecha quemada. - le hizo ver Alex, quien se arrepintió, cuando vio el dolor surcar por un momento sus rasgos.

-No es justo que me digas eso- dijo poniéndose detrás del escritorio.

-Sí, es más que justo, desde que llegaste Ben y yo hemos tratado de ayudarlas, que entiendan que las cosas aquí no son como las que están acostumbradas, no importan tanto las leyes escritas sino las que no lo están. Cuanto más desafíes a Stein, más querrá mostrarte su supremacía.

Alex vio como Lena se lo quedaba mirando con esos maravillosos ojos verdes que lo atormentaban en sueños. Quería acercarse y besarla bruscamente hasta que se diera cuenta que tenía miedo por ella. No lo había visto, pero sabía las cosas que se decían de Stein, los métodos de persuasión que usaba, y ella no parecía darse cuenta que podría haber muerto la noche anterior si no hubieran apagado el fuego.

Lena finalmente se sentó en el sillón del escritorio y exhaló sonoramente antes de tomar su cabeza con las manos y quedarse unos segundos así.

-Esta tierra era de mi madre, ahora es mía y planeo que se mantenga así, eso es lo único que quiero. - le confesó con desilusión.

-Bien, te ayudaré.

-No te quiero aquí- casi gritó levantándose y yendo hacia él.

-Sí que me quieres y me necesitas aquí, pero no quieres necesitarme. Hasta podría decirte que, en el fondo, te sientes atraída por mí.

- Por favor..., no me hagas reír. - dijo ella haciendo un gesto despectivo con la mano.

-Olvidas, cariño, que estoy muy acostumbrado a lidiar con mujeres y sé reconocer perfectamente los síntomas.

-Pues estás equivocado conmigo, no hay ningún síntoma que muestre que me atraes.

-Ah no? - y se fue acercando a ella mientras Lena retrocedía y chocaba con el escritorio.

-No me toques- le advirtió.

Alex le regaló una sonrisa depredadora al notar que la ponía nerviosa su cercanía.

Tomó suavemente su mano y le besó levemente el dorso, con lo que ella pareció tranquilizarse, pero el nerviosismo volvió cuando vio como él daba vuelta su mano y comenzaba a besarle la palma con sus sensuales labios, en una caricia perezosa. Comenzó a ascender con la boca al interior de su muñeca y allí su lengua apareció en escena, lamiendo su sensible piel.

Sintió como el pulso de Lena se aceleraba. En ningún momento había apartado los ojos de los de ella y ambos permanecían conectados respirando más agitadamente.

Todo el cuerpo de Lena parecía haber despertado de un gran letargo, no podía entender como la boca en su piel podía producir esas sensaciones, ardía allí donde él posaba sus labios, su respiración estaba agitada y sentía latir su entrepierna.

Comenzó a preguntarse cómo se sentirían esos labios, en otras partes de su cuerpo, en su cuello, en su boca, en sus pechos... Fue ahí cuando se dio cuenta y reaccionó retirando bruscamente la mano y apretándola contra su pecho como si se hubiera quemado.

Él se levantó lentamente de su postura inclinada con una sonrisa y sin dejar de mirarla. Se dirigió a la puerta sin decir nada mientras Lena permanecía en su lugar. Pero antes de salir, se dio la vuelta.

-Creo que he demostrado mi punto de lo que provoco en ti, a menos que seas una muy buena actriz. Por si te interesa, ya que no has preguntado, mis heridas están mejor y no me duelen tanto. No es necesario que me agradezcas por ayudar a salvar tu finca. - y salió de la estancia, haciendo sentir culpable a Lena que contuvo un jadeo, por haber sido tan grosera de no haber preguntado por ellas.

Se encaminó a la puerta por donde vio entrar a Kate, de la que se despidió. Todo ese jueguito, le había provocado una erección difícil de disimular, esa muchacha iba a ser su perdición.

Encontró afuera a su tío esperándolo.

-Qué bueno que ya hayas terminado tu “charla”. Iremos al pueblo, a recoger algunas cosas para poder arreglar las barracas, lo he acordado con Kate.

-Uhummm.

- ¿Qué te pasa?, ¿estás bien? Te ves como dolorido.

- Antes de ir al pueblo necesito darme una larga zambullida en el río.

Su tío miró a sus pantalones y lanzó una carcajada que fue retribuida por una mirada furibunda de su sobrino

-Alex- dijo palmeándole la espalda- estas mujeres van a llevarnos a la muerte antes que podamos hacer algo.

Miró a su tío y no pudo evitar pensar que no le importaba salir lastimado, pero no quería era que Lena terminara herida por nada del mundo.

Lena y Kate pasaron el resto del día evaluando los daños que se habían producido por el incendio.

Las barracas no se habían visto afectadas salvo por algunas cosas que estaban más cerca del campo. El establo se llevó la peor parte ya que se había quemado toda una parte de las caballerizas.

Se encargaron de revisar a algunos de los esclavos que se encontraban más afectados, pero ninguno sufrió heridas graves, incluso Vince, estaba despierto desde la mañana con la misma energía de siempre.

Al finalizar la tarde, Lena le pidió al Señor Cook que se encontrara con ella en el estudio para que le diera su dictamen sobre el origen del fuego.

-He revisado todo el campo quemado. El fuego sólo ha afectado una parte pequeña de la cosecha, el haberlo detectado y parado con la zanja en cuadrado realizada, ha sido una buena idea- dijo sin contento en su voz. Lo decía como un mero informe.

- ¿Y respecto de la intencionalidad? -preguntó Lena expectante.

-He revisado el campo, los sectores más quemados, y no he encontrado indicios de que alguien haya comenzado el fuego, tuvo que ser otra cosa que lo provocó.

- ¿Cómo qué? no hay sequía ¿Qué piensa que lo provocó? - cuestionó Lena que quería encontrar una explicación que la convenciera.

-No lo sé, no pudimos dar con la causa- dijo sin mirarla directamente.

- ¿Qué dice Tom?

- ¿Perdón? -preguntó, ahora sí levantando sus ojos.

-Digo que qué dice Tom al respecto. - repitió Lena tratando de serenarse.

-Señorita, él es un esclavo ¿qué puede saber?

-No me importa si es un esclavo. Quiero saber qué opina.

-Iré por él. -dijo al fin, con fastidio contenido.

-No se moleste- dijo Lena tratando de evitar que le dijera a Tom que decir. Hizo sonar la campanilla para llamar a Naomi y que fuera a buscar a su padre.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Tom tocó a la puerta para entrar.

-Entra Tom, estamos evaluando los daños del incendio y el Señor Cook, me comenta que, de acuerdo a su experiencia y la revisión realizada, no ha hallado ninguna evidencia de que fuera intencional.

Tom que hasta ese momento había mantenido la mirada baja, levantó su cabeza mostrando su sorpresa, pero no dijo nada.

- ¿Es esa tu opinión también, Tom?

-Señorita, por supuesto que es su opinión también, es lo que le dije yo, no hay nada que nos dé un indicio que el incendio fue intencional. - se apresuró el capataz, evitando que Tom dijera algo.

Tom tenía una lucha interna compleja. Le había mostrado al capataz la señales que indicaban, sin lugar a dudas, que el incendio había sido intencional, pero parecía que él le mentía a su ama y eso no era bueno.

No quería mentirle a ella, pero temía lo que le esperaba si lo contradecía, no tanto por él, sino por su familia. Sabía de la crueldad de ese hombre. Se encomendó en silencio a Dios, pidiéndole que fuera correcta la decisión que estaba tomando.

-Ama, hemos revisado la zona del incendio, hay varias cosas raras allí, era como si hubiera cinco montículos donde el fuego fue más intenso, lo que da la posibilidad de que se hubieran prendido en ese lugar fogatas separadas para que se extendiera hacia distintas zonas, pero no hay

rastros de que alguien los prendiera- dijo Tom en un tono bajo y sin mirarla, cuidando las palabras para no mentir y al mismo tiempo alivianar las pruebas. La ira que emanaba del capataz, le llegaba muy fuerte.

-Lo ve, Señorita, no hay pruebas. - dijo satisfecho como si las palabras de Tom hubieran dicho eso.

-Pues a mí me parece de lo que dice Tom, que es evidente la intencionalidad. Pretendo hacer una denuncia con el comisario del pueblo basada en ello. Pudo morir mucha gente.

Lena estaba tratando de controlarse con todas sus fuerzas. Obviamente, el Señor Cook quería encubrir a alguien.

-Los montículos ya no están, ama, hemos rastrillado y dejado todo limpio como ordenó el Señor Cook. - le informó Tom

Lena sentía que la furia de la impotencia la invadía mientras veía el esfuerzo de Tom por no mentirle y al capataz que se había encargado de borrar todas las pruebas.

-O sea que tenemos a un incendiario suelto al que ahora no podemos culpar porque no hay pruebas. - dijo apretando los dientes.

-No había pruebas, Señorita. - insistió el capataz.

-Me hubiera gustado verlo por mí misma, creo que lo que dice Tom hace todo el sentido. Puedes retirarte Tom.

-Gracias, ama- dijo saliendo del estudio.

Cuando se aseguró que Tom estaba lo suficientemente lejos, Lena arremetió contra el capataz.

-Señor Cook, desde hace un tiempo nos hemos encontrado con falta de ganado, falta de implementos, falta de bolsas de la cosecha almacenada y el broche de oro, el incendio de anoche. Es el responsable de cuidar esta finca, para eso está contratado.

- ¿Ud. me está culpando de las cosas que pasan? - dijo visiblemente enojado.

-Por supuesto que no- contestó Lena y notó que él se relajaba con su respuesta.

-Lo culpo de no evitarlas, prevenirlas o al menos investigarlas- continuó duramente.

Lena vio la cólera, ahora no disimulada, en su mirada.

-Desde ahora quiero que haga los arreglos necesarios para aumentar la seguridad de la finca, será su responsabilidad.

-Muy bien, me encargaré de eso ahora mismo.

Se dirigió a la puerta para irse.

-Una cosa más, por cada cosa que falte, le descontaré un porcentaje de su sueldo- le anunció.

-Pero no puede...- protestó sin poder terminar la frase

-Eso es todo, puede retirarse.

El capataz salió hecho una tromba del estudio, mientras Lena sentía que se sacaba una carga de encima de sus hombros y su respiración volvía a ser normal.

La adrenalina le había hecho acelerar el corazón y se colocó la mano en el pecho para calmarlo. Querría haber seguido el consejo de Alex, pero no lo pudo evitar. Necesitaba tener el control de la situación, aunque no creía haberlo logrado.

No sabía cómo seguir, tocó el camafeo en su pecho y le pidió a su madre una señal para entender cómo hacerlo.

El capataz salió casi corriendo de la casa, se estaba cansando de esa situación, la mocosa lo

retaba como si él fuera uno de los esclavos y ahora quería sacarle parte del sueldo. Tendría que hablar con Stein, pero antes se encargaría de Tom. Ese negro se atrevió a ponerlo en evidencia haciéndolo quedar como mentiroso, o inútil en el peor de los casos.

Capítulo 13

-Deberías descansar un rato, pequeña- aconsejó Kate mirando a Lena, que estuvo encerrada toda la tarde revisando las listas de lo necesario para cubrir los gastos.

-Quiero terminar de calcular el monto de dinero que tendré que gastar.

-Estás preocupada por eso.

-No, sé que estamos seguras pase lo que pase, los informes del Señor Wright son excelentes, pero como te dije, no quiero sacar plata de otros negocios ni que Stein sepa que tengo tantos recursos. Creo que sus contactos no son tantos como para poder averiguar eso, pero sospecho que lo que mandamos por correo pueda ser abierto por ellos después que lo he desafiado varias veces.

-Ben, me ha dicho que un barco de Alex pasa cada quince días por aquí y lleva y trae cosas a Nueva Orleans, ¿podemos pedirles que nos lleven el correo?

Lena miró a Kate, sospechaba que algo pasaba entre ella y Ben, pero no sabía descifrar qué era, aún no veía nada sospechoso. No quería pedir ayuda a nadie.

-No sería pedir ayuda, sino un intercambio de favores- argumentó Kate conociendo los caminos que tomaba la mente de Lena- quieren solicitarnos poder atracar en el pequeño embarcadero que está en nuestra finca, para no tener que ir a Arlington a hacerlo, y a cambio se ofrecen a llevar y traer lo que necesitamos. ¿Te parece bien?

Lena asintió, hoy se sentía cansada y sin ganas de averiguar cosas que, presentía, no querría saber. Y era verdad, necesitaba un descanso.

-Vamos a la cocina a buscar una limonada y uno de esos pastelitos tan ricos que hace Lucille- dijo levantándose.

Antes de entrar a la cocina escucharon los sollozos de Naomi.

La niña estaba arrodillada frente a su madre llorando desconsoladamente y Lucille le acariciaba la cabeza mirando hacia adelante con lágrimas que surcaban su cara.

Jenna estaba parada delante del fogón rígida y casi sin expresión, como siempre que la veía. Dudaba que la muchacha mostrara emoción en algún momento.

- ¿Qué pasa Naomi? - preguntó Kate preocupada por la angustia de la niña.

Naomi miró a su madre, como pidiendo permiso, y ésta casi imperceptiblemente negó con la cabeza.

-Lucille, ¿qué pasa? - dijo Lena con impaciencia, viendo que nadie respondía.

-Que las cosas nunca cambian- comenzó a decirle, mirándola con una gran tristeza - somos lo que somos, esclavos, y debemos aceptar que eso nunca cambiará. Las personas pueden hacer con nosotros lo que quieran y es algo que no podemos evitar.

-Por Dios! - casi gritó Lena impaciente, sorprendiendo a Kate también- que alguien me diga que está pasando porque no entiendo nada!

El silencio seguía en la cocina, sólo interrumpido por los sollozos de Naomi que eran ahora menos audibles.

-El Señor Cook está dando latigazos a mi padre porque dice que le mintió a Ud. sobre el incendio y lo hizo quedar mal. Y como escarmiento, lo hará también con mi hermano Vince, dijo que de esa forma pensará muy bien antes de contradecirlo otra vez. – Jenna fue la que habló.

-Queeeee???? Pero quién se piensa ese hombre que es- gritó Lena indignada.

-Querida, creo que esto es más común de lo que crees- trató de hacerle entender Kate, también

irritada.

-No en mi casa- dijo Lena saliendo y dejando a las cuatro mujeres atónitas.

Kate corrió detrás de Lena, ella caminaba hacia el estudio y salió dos minutos después con una pistola en la mano.

-Lena, por el amor de Dios ¿qué vas a hacer? -preguntó asustada.

-Voy a terminar con esto de una vez.

Las esclavas que las habían seguido quedaron petrificadas mirándola, asustadas por lo que las palabras de Jenna generaron, pero entendiendo al mismo tiempo que Lena no sabía nada de la golpiza.

-Naomi, corre a la casa del Señor Ben, explícale lo que pasa y dile que lo necesitamos- pidió Kate, en voz baja, pero sin dejar de seguir a Lena.

Lena aceleraba mientras sentía que la rabia la recorría entera. Llegó a las barracas y detuvo sus pasos frente a la escena que se encontró.

Ahora entendía para qué servían esos palos que viera la primera vez que las visitara. Todos los esclavos se encontraban reunidos allí. Tom y Vince estaban atados en los palos en cruz, sin camisa. A Tom le sangraba la espalda por los golpes que le estaba dando el capataz, no se quejaba, pero seguía implorando que dejara ir a su hijo.

La espalda de Vince no tenía sangre, pero podía ver marcas de cicatrices anteriores marcadas en ella. Ya lo golpearon antes, pensó, y sintió que le dolía al tratar de tragar.

-Bastaaaaa!!!!- gritó y el látigo del capataz quedó a medio camino.

-Señorita, - dijo el capataz sorprendido- no le recomiendo que se quede, no es una imagen agradable para una dama.

-No es una imagen agradable para nadie. Deje ese látigo y desate a ambos. -ordenó, pero manteniendo la distancia.

-Son esclavos, el lenguaje que entienden es este, no deben desafiar a su amo. - la desafió.

Él se creía el amo de todo aquello, lo había sido por años.

-Yo soy la ama de esos esclavos y no pienso que me hayan desafiado. Tom expresó lo que consideraba su conclusión correcta sobre el incendio y, yo, no castigo a nadie por ser sincero. Así que quiero entender por qué está lastimando a dos personas.

-No son personas, eso es lo que Ud. no entiende- dijo acercándose con el látigo en la mano- son esclavos, deje que yo me encargue.

- Le ordené que les quite las ataduras a esos hombres ahora- repitió con impaciencia y enfado en la voz.

-No puedo hacer eso, no me respetarán si no les enseño quien manda. - se negó.

-La que manda soy yo- sentenció Lena. Veía que él iba enroscando el látigo para levantarlo otra vez, los ojos rojos le decían que había bebido y la tensión se reflejaba en su mandíbula, así que levantó el arma que llevaba, para sorpresa del hombre.

-No debería usar armas, Señorita, podría lastimarse. -le advirtió, sonando como una amenaza.

Lena apuntó a sus pies y disparó, haciéndolo saltar hacia atrás con cara de pánico.

-Ese ha sido su error desde que llegué; me subestima, piensa que no puedo manejar la finca, que no puedo manejar a los esclavos, que soy una muchacha malcriada que sólo se quedará un tiempo y luego se irá. Sepa que soy una excelente tiradora, aprendí a disparar a los trece años, sé cómo se debe tratar a los empleados y no pienso irme de aquí. Está despedido. -terminó con una

compostura estoica.

El capataz la miraba incrédulo y como un toro furioso a punto de embestir.

-Ud. no puede...- dijo avanzando, pero se frenó cuando Lena volvió a levantar su arma.

-Se va, ahora, junte sus cosas y máchese, vamos, lo sigo. - le ordenó mientras le señalaba la casa donde vivía con la pistola.

-Yo lo acompañaré- dijo Ben que había llegado dos minutos antes, esperando el momento perfecto para intervenir, no quería asustar a Lena y que disparara.

Lena volteó su cabeza sin dejar de apuntar y le dirigió a Kate una mirada de reproche que ella ignoró.

-Vamos Señor Cook, lo acompaño a recoger sus cosas – ordenó Ben, interponiéndose entre él y Lena.

-Esto no va a quedar así...

-Camine – ordenó Ben empujándolo suavemente y sacándole el látigo de las manos.

-Kate, saca su liquidación de mi escritorio para dársela- ordenó Lena sin mirarla.

Kate sentía que las piernas se le habían aflojado, no quería pensar en qué habría podido terminar eso.

Cuando Ben llegó silencioso, le tocó el hombro para avisarle de su presencia, sintió como ese simple toque la calmaba. Él acudía cuando lo necesitaba.

Todos los esclavos estaban inmóviles, mirando a Lena con una mezcla de incredulidad e incertidumbre.

Lena avanzó hacia donde se encontraba Tom y comenzó a tratar de desatar los nudos de la soga sin lograrlo.

Simon, uno de los esclavos jóvenes que siempre andaba atrás de Jenna, le ofreció un cuchillo que ella aceptó y terminó de cortar las sogas.

Lucille se acercó y cortó las ataduras de su hijo, abrazándolo y llorando en el proceso. Tom se levantó agarrándose de los palos. Lena llegó a tiempo para que el daño no fuera peor, pero se veía que había sido golpeado varias veces.

-Ama, yo no le mentí. -dijo con congoja.

-Lo sé, Tom- dijo Lena pensando que ese hombre estaba más preocupado porque ella le creyera, que por el hecho que su espalda estaba en carne viva.

En el fondo, ella lo entendía, cuando alguien tiene tan poco, su palabra es algo tan valioso como una joya.

-Mi hijo no merecía el castigo, era yo quién había contradicho al Señor Cook.

-Nadie merece que le den latigazos porque piensa o dice algo distinto. Sé ve que aquí es común, pero no mientras yo esté. Haz que te vean esas heridas. -le pidió Lena.

-Yo me encargo- anunció Lucille colocándose debajo del hombro de su esposo, mientras Vince hacia lo mismo en el otro.

-Ama, gracias- susurró Tom con timidez, como si no supiera si era eso lo que debía decir, nunca alguien había evitado que lo castigaran.

-No tienes que agradecer, Tom, sólo hice lo que consideré justo.

-Bueno, la justicia no es una palabra que se aplique a nosotros en estas tierras. Para mí es un regalo, así que gracias- le agradeció, caminando con su familia hacia las barracas, antes que Lena pudiera pensar en algo más que decirle.

-Vuelvan a las tareas que tienen asignadas, mientras decido cómo reemplazaré al capataz- ordenó a los esclavos que no se habían movido.

Se dirigió a la casa a tiempo para ver que el capataz se alejaba a caballo, vigilado por Kate y Ben. Se quedaron los tres ahí hasta que desapareció de la vista.

-Tendrán que tomar recaudos de ahora en más, ese hombre estaba furioso y es cercano a Stein- advirtió Ben.

-Gracias por venir ante el llamado de Kate, Sr Henderson- dijo Lena, dejando claro que el pedido de ayuda no vino de ella.

Ben le sonrió como si sus palabras le divirtieran.

- Llámeme Ben, por favor, para eso estamos los vecinos, hagan caso de lo que les digo, debe reforzar su seguridad.

-Me encargaré de eso mañana cuando decida cómo seguir. Salúdeme a su madre de mi parte, espero pronto poder devolverle la amabilidad que tuvo de invitarnos a su almuerzo- señaló Lena, despidiéndolo, no muy sutilmente, mientras se encaminaba hacia la puerta.

-Le daré sus saludos a mi madre y a mi sobrino- dijo Ben risueño, viendo que ella se detenía sólo un momento y luego continuaba, mientras que él recibía un codazo en el costado de parte de Kate.

-Auchhh!!!

-No la provoques, no tienes ni idea lo que le ha costado darte las gracias.

- ¿Y a ti te puedo provocar, preciosa? - susurró acercándose a ella.

Kate puso las manos en su pecho como para frenarlo, pero no sirvió de mucho porque enseguida comenzó a besarla, ella se olvidó de todo que no fueran esos labios que saqueaban su boca.

Esta vez no fue suave, fue salvaje, como si estuviera saciando una larga sed, su lengua recorría su boca, generando sensaciones increíbles en su cuerpo. Kate se encontró devolviéndole el beso con la misma necesidad, aferrándose a las solapas de su chaqueta. Él interrumpió el beso, súbitamente, a propósito, quería dejarla con ansias de más, quería que lo anhelara como él la anhelaba a ella.

Dándole un pequeño beso en la nariz, subió a su caballo.

-No me olvido que tenemos una charla pendiente. Dile a tu protegida que vendremos mañana con mi madre y mi sobrino a almorzar.

-Pero ella no va a ...

-Shhhh- pidió colocando dos dedos en sus labios- le diré a mi madre que ella la invitó. Respecto de su seguridad, será mejor si unimos fuerzas en las guardias, algo está pasando, no sabemos qué es y si resultamos molestos, no sé qué pueda suceder. Por alguna razón esa mujer tozuda le gusta a mi sobrino y quiere protegerla y a mí me gustas tú y no voy a dejar que nada te pase.

Kate asintió, besando los dedos de la mano que tapaban su boca. Ben gimió bajo y entrecerró los ojos.

-Vas a pagarme por eso la próxima vez.

Esperó a ver cómo se alejaba a caballo, retrasando el momento en que le tuviera que decir a Lena que se había invitado solo.

Lena no podía dormir, daba vueltas y vueltas en la cama tratando de conciliar el sueño que no llegaba. Trataba de ordenar sus pensamientos para poder entender cómo seguir, nunca pensó que todo sería tan difícil, a fin de cuentas, tuvo una vida en la que fue abandonada, pero siempre cuidó de sí misma, ahora tenía personas que dependían de ella, que confiaban en ella.

Decidió dar una vuelta por la finca e ir al lugar en la orilla del río que descubrió, donde alguien había colgado una rústica hamaca hecha de cuerda y madera.

Quería llegar al agua, era raro que ese elemento era el que más calma le daba, como si fuera un arrullo para ella.

Mientras caminaba hacia el río, sintió unos pasos detrás que se acercaban, se tensó pensando que era una tonta por no haber traído las pistolas, encima su bata blanca no ayudaba a que se pudiera esconder.

- ¿Ama, es usted?

Reconoció la voz de Simon y se dirigió hacia ella.

-Simon, ¿qué estás haciendo? Me has asustado.

- Vigilando, ama, para que no pase nada- respondió surgiendo desde la oscuridad con un asa en la mano- John está del otro lado de la finca. Siento haberla asustado.

Se habían organizado sin que ella se los pidiera. Las estaban cuidando.

-Bien, Simon, voy hacia el río a tomar un poco de fresco.

- ¿Quiere que la acompañe?

-No es necesario, sólo será por un momento.

-Bien, si ve algo raro, grite, que vendremos en seguida.

Lena asintió, divertida por la intensidad con que Simon habló como si fuera un hombre preparado para la guerra. Tenía casi su misma edad, pero sabía que seguramente las cosas que vivió eran diez veces peores que por las que ella había pasado. Lo vio desaparecer en la sombra y siguió su camino.

El aire del río la reconfortó, en ese momento se dio cuenta que ni zapatos se puso, necesitaba inconscientemente estar conectada de la forma que fuera con esa tierra.

Se sentó en la hamaca, cerró los ojos y comenzó a balancearse. Fue ahí cuando la volvió a escuchar, la música, había una letra susurrada, pero no entendía las palabras.

Trató de concentrarse y escuchar mejor, pero las palabras le eran esquivas y se perdían en el aire.

-Aún nos estás lista.

Se sobresaltó porque no escuchó ningún ruido, pero cuando abrió los ojos vio a Mamma Joy parada mirando hacia el Mississippi. Frenó su balanceo, pero se quedó sentada en la hamaca.

-La finca es mía, aprenderé a llevarla adelante- dijo en su defensa.

-No me refiero a la finca, hablo de la balada. - le aclaró Mamma Joy,

- ¿Qué balada?

-La balada que el Mississippi tiene para ti... Has venido porque de alguna forma has sentido su llamada. No estás loca, la música que escuchas existe. Es la letra que las almas que han habitado estas tierras tienen para ti, ellas te ayudan con tu destino, como antes alguien las ayudó a ellas. Algunos creen que es una leyenda porque sólo pueden oírla algunos elegidos. Tú has sido elegida pero aún no has abierto tu corazón lo suficiente para ser merecedora del mensaje. La fe es

algo poderoso, pero el amor es aún más fuerte porque es el que nos permite creer. -le dijo, con este tono de quien cuenta un secreto mágico.

-No sé de qué hablas – dijo Lena, tratando de hacer que no entendía lo que la anciana le decía.

-Puedes negar todo lo que quieras, pero ellas insistirán hasta que puedas oír las, no puedes decidir no ser elegida, ya los has sido. Una vez que la escuches, verás que la melodía y la letra irán cambiando a lo largo de tu vida, señalando el camino en los momentos difíciles y en los felices. Yo creo que es Dios quien nos cuida a través de esa melodía.

- ¿Y tú la escuchas? - preguntó sin convencimiento

-Si

- ¿Y qué te dice? - preguntó con ironía.

-Me habla del fin de mi camino, que será feliz, veré bien a los seres queridos que me quedan y me piden que te ayude a creer.

Lena tragó tratando de deshacer el nudo en la garganta que se le formó al escuchar las palabras de Mamma Joy, vio que sus manos apretaban fuertemente las sogas de la hamaca casi hasta lastimarse. ¿Debía creerle o eran desvaríos de una mujer mayor?

Cuando volvió la mirada al lugar donde estaba Mamma Joy para hacerle una pregunta, ella ya no estaba, parecía haberse desvanecido.

Regresó lentamente a la casa y extrañamente le apenó no volver a escuchar la balada.

Si a Lena le había parecido extraña la charla de la noche anterior hasta el punto que pensó que la soñó, la situación que estaba viviendo ahora la tenía de mal humor.

Kate le avisó dos horas antes que Ben se había auto invitado con su familia a almorzar y ella no pudo decirle que no.

Lucille se esmeró en la comida, con un cordero asado con vegetales al que ella estaba castigando en ese momento, que estaba exquisito, pero no lo estaba disfrutando.

La Señora Henderson, Ben y Kate estaban enfrascados en una conversación animada sobre cómo era la vida en Londres y los distintos títulos que había, mientras Alex trataba de hablar con ella que le respondía con monosílabos.

-El animal ya está muerto, no necesitas seguir torturándolo antes de comerlo- le dijo Alex mirándola.

-Así lo hacemos en Londres.

-Ahhh, no lo sabía ¡qué peculiar! y ¿también allí hablan con monosílabos? - la provocó irónico.

Lena dejó los cubiertos, exasperada, más por la sonrisa divertida de su cara que por lo que le decía.

- ¿De acuerdo, de qué quieres hablar? -capituló.

- ¿Cómo piensas seguir en la granja de ahora en adelante? Necesitas un capataz de confianza que guie a los esclavos y que sepa de cosecha y animales, por más empeño que le pongas, no puedes sola.

-Tendría que traer a alguien de Nueva Orleans, no confío en nadie de aquí, Stein parece estar en todos lados. Pensé que podría poner a alguno de los hombres más experimentados a dirigir a los demás.

- ¿A un esclavo? - era Ben quién preguntaba. Interrumpió la conversación en la que participaba cuando escuchó lo que Lena decía.

-Sí, un empleado con un rango superior al resto, simple.

-No son empleados tuyos, Lena, son tus esclavos, sé que es difícil de entender, pero aquí las costumbres son distintas y las personas interpretarán que un esclavo está usurpando un trabajo reservado para un blanco.

- ¿Y estás de acuerdo con ello? ¿Con que no tienen la capacidad para hacerlo igual o mejor? - contraatacó.

-No, pienso que seguramente lo pueden hacer mejor, la mayoría ha pasado su vida haciendo lo que hace y tienen una conexión con la naturaleza que a veces me asombra.

Ni que lo digas pensó Lena, trayendo a su mente la conversación con Mamma Joy.

-Entonces, no veo el problema, elijo a la mejor persona para el trabajo.

-No es tan fácil, querida- dijo la Señora Henderson tomando la palabra sorprendentemente, tanto para su familia como para ellas- a veces no coincidimos con las costumbres con las que convivimos y el intentar cambiarlas de forma brusca sólo aumentará la resistencia, como si intentarás abrir la puerta para el lado equivocado. Las personas se sienten seguras en lo cotidiano y llega un momento que no se cuestionan la moralidad o no de sus acciones, simplemente es lo común, y esa repetición hace que lo habitual se confunda con lo normal. Cuando ellos ven a una persona de color, ven a un esclavo, cuando nosotros miramos lo mismo, vemos un ser humano.

-Pero entonces ¿cómo se cambia eso? - preguntó Kate que quedó prendada de la forma tan abierta con que hablaba la mujer.

-Mostrando a las personas que lo que uno propone es más beneficioso que su condición actual.

-Pero no lo es, abuela, los hacendados hoy tienen mano de obra gratis, con costos bajos de manutención, pueden comerciar con ellos y además tienen personas que trabajan y no se quejan porque no le es posible. Pueden abusar de las mujeres, no reconocen a los niños mestizos que engendran y los esclavizan también. Frente a eso ¿cuál es el argumento para cambiar algo?

-Bueno, querido, ese es el gran desafío, encontrar cuál es la ganancia para el otro. Si no somos capaces de mirar más allá de lo obvio, nunca veremos nada diferente. Hay otras voces en el país que se están haciendo oír, pero llevará tiempo. No podemos cambiar la mente de las personas de un día para otro. Hay que ser cuidadosos con lo que hacemos.

- ¿Y qué pasa si yo quisiera darles la libertad y contratarlos como empleados? -preguntó Lena

- Se puede hacer- contestó Ben- ellos son de tu propiedad. Se hace a través de una escritura donde le otorgas la libertad a la persona y con esa carta pueden trasladarse, si quieren, como libertos e incluso irse de tu propiedad. Pero no es sencillo.

- ¿Por qué?

-Porque no es sólo que tú tomes la decisión, todos querrán opinar. Que hagas algo así, será ir contra la corriente. Sabrán que habrá repercusiones, que, aunque ellos no liberen a sus esclavos, el deseo de ser libres, que hoy está dormido por inalcanzable, se despertará y lo sentirán como una amenaza latente. Si crees que ahora incomodas a unos pocos siendo una mujer que dirige una finca, piensa lo que provocaría que liberes a tus esclavos-explicó Ben

-Es eso, lo que tanto incomoda entonces, que sea dueña.

-No, querida, lo que incomoda es que tengas poder y que no temas usarlo. Una mujer que se iguale a los hombres es tan disruptiva como liberar a un esclavo- le contestó Emma, dejando a

todos pasmados- Vamos queridos, puedo tener muchos años, pero mi mente funciona muy bien para entender otras más cerradas. Me casé con un hombre que respetó mi individualidad, escuchaba mis opiniones como la de cualquiera de sus amigos y nunca me trató como si yo fuera un mero adorno que mostrar colgado de su brazo. Un hombre inteligente que compartió conmigo no sólo su amor sino su sabiduría. Es por eso que soy tan moderna.

No pudieron evitar sonreír, aunque había cierta melancolía en sus palabras.

Ben tomó la mano de su madre en la suya y por debajo de la mesa la de Kate, igualándola como otra mujer importante en su vida.

Naomi entró con el postre, pastel de chocolate bañado con glasé, e interrumpió el momento.

El resto del almuerzo rondó en charlas relativas a los cultivos y al préstamo del embarcadero para que amarrara el barco de Alex.

Cuando se estaban despidiendo, Emma les dijo unas últimas palabras.

-Cualquier cosa que decidas hacer, elígela tú, pero nunca desde el miedo. Tu mente y tu corazón saben que es lo mejor. El don más grande que Dios nos ha dado es el libre albedrío y no es natural que lo entreguemos a otro para que tome la decisión por nosotros.

Lena ya sabía lo que tenía que hacer, pero no estaba segura si estaba dispuesta a pagar el precio que ello implicaría.

Las semanas siguientes las utilizó para llevar a cabo varias acciones que consideraba necesarias.

Puso al mando a Tom provisoriamente y reorganizó con él las tareas de la finca, juntos decidieron quienes eran los mejores para trabajar en las plantaciones de tabaco o algodón y quienes se daban maña con el ganado.

Milagrosamente, luego de que empezaran las guardias nocturnas organizadas por los esclavos, dejaron de desaparecer el ganado y las bolsas de la cosecha. Pero sabía que no podían defenderse mucho con herramientas de trabajo y tenía que idear una forma distinta.

Recordó las lecciones de tiro que ella recibiera de Cassie y decidió que tendría que enseñar a algunos a disparar.

-Te has vuelto loca! - dijo Kate siguiéndola a las barracas- a las armas las carga el diablo.

-Pues querrás tenerla cargada si alguien amenaza tu vida. - le refutó Lena.

-Pero podría haber un accidente, con gente armada por ahí que le dispare a cualquiera. -trató de convencerla Kate

-No es la idea, Tom elegirá a las personas que él considere competentes para manejar armas de fuego y estaremos al menos preparados para defendernos.

-Parece que hablaras como si hubiera una guerra.

-No una guerra, pero me parece raro que el Señor Cook no haya actuado después que lo despedí. Él, con sus amigotes, y el hijo de Stein, no creas que no son peligrosos y no querrás encontrarlos una noche sin un arma.

Tom no tardó más de cinco minutos en elegir a cuatro de los esclavos para las clases, Simón y John, más jóvenes y Max que era de su edad.

-Iremos cerca del río a practicar, para que con el ruido del agua sean menos audibles los disparos. Allí hay troncos viejos donde podremos colocar botellas. Tendremos que ir turnándonos con las dos armas que tengo, ya que no contamos con más, en cuanto cierre el pase del barco de los Henderson por nuestro muelle, encargaré otras.

- ¿Y por qué no utilizamos las armas que están en el sótano del establo? - sugirió Simon

- ¿Qué armas? - dijeron casi al unísono Lena y Tom.

Simon los llevó hasta el sótano que estaba debajo de la última cuadra del establo, encendieron una lámpara y bajaron a un recinto que estaba muy limpio y cuidadosamente ordenado.

Había diez cajas de madera cerradas, bastante grandes. Cuando Lena abrió la primera, no podía creer lo que veía, estaba llena de rifles y balas, otras tenían pistolas, parecía haber un verdadero arsenal.

-Parece que el Señor Cook estaba preparado también para defendernos. – señaló Simon.

Lena y Tom se miraron sopesando la ingenuidad del muchacho.

-No creo que haya sido para eso, Simon, esto tenía otros destinatarios. En cuanto volvamos, cambia el candado de la puerta.

Lena había escuchado de los rumores de contrabando a lo largo del río, creía que los ruidos que se escuchaban en la noche tenían que ver con eso, y siguiendo el consejo de Alex, había ordenado a Tom que no siguieran los ruidos, a menos que vieran a alguien acercarse al ganado o al lugar donde almacenaban la cosecha.

Pero ahora tenía contrabando en su casa y sabía que en algún momento vendrían a buscarlo y eso podía ponerse feo.

Comenzaron ese mismo día las clases de tiro. Sonriente vio a Kate y Lucille unirse a ellos, al día siguiente. Lucille aducía que ella quería poder defender a sus hijos si alguien entraba a la casa y Kate porque, lo que Lena le había dicho sobre los amigos de Stein, era una imagen que quedó grabada en su mente.

Tom eligió bien, todos resultaron ser buenos tiradores. Cada día, por la mañana temprano, se encargaban de practicar y sabía que luego de las tareas diarias, pasaban casi una hora haciéndolo solos.

Lena estaba más tranquila ahora. Las rondas nocturnas seguían, pero ahora estaban armados, y seguramente tendrían que usar ese entrenamiento, algún día.

Bendecía haber tenido una amiga como Cassie que le enseñara a disparar.

La muchacha despertó en medio de un gran sopor, le dolía la cabeza y casi no podía abrir los ojos. Su boca estaba seca, necesitaba agua.

Con los ojos entrecerrados intentó ver donde estaba. Había oscuridad alrededor salvo por dos antorchas. En las paredes había destellos de color rojo, como si fuera una especie de piedra que brillaba con la luz.

Miró hacia abajo y vio su propio cuerpo desnudo, atado a lo que parecía ser una mesa de piedra.

Intentó moverse, pero su cuerpo no le respondía, no sentía nada fuera de su cabeza. De repente parecía que la pared se movía, pero se dio cuenta que no era eso, había personas vestidas con túnicas y capuchas negras, sobre las caras llevaban una máscara que parecía dibujar una sonrisa siniestra.

Había visto muchas cosas raras en su dura vida como prostituta, pero nada como esto. Un hombre se le había acercado en el burdel, la había convencido para llevarla por el río para tener

relaciones en una especie de cueva. La había tomado contra una de las paredes, tan fuerte, que había clavado sus uñas y dedos contra ella para no caer, luego sintió un leve pinchazo en su cuello y no recordaba nada más.

Oyó un cántico que iba en aumento, mientras los hombres elevaban unos cuchillos. Fue el primer momento en el que sintió pánico, intentó hablar, pero el sonido no salía de su boca.

Un hombre se acercó a ella y se quitó la túnica quedando desnudo, sólo con la máscara. Se subió sobre ella y comenzó a moverse rítmicamente mientras jadeaba. Sabía lo que estaba pasando, lo había hecho muchas veces, pero no sentía nada. Así uno a uno, fueron pasando sobre ella realizando el mismo ritual. Cuando el último hombre culminó, vio su cuerpo lleno de sangre y supo que era de ella. Ese momento eligió su cuerpo para volver a sentir, un grito desgarrador salió de su garganta y luego la oscuridad la envolvió.

Los hombres siguieron cantando todo el tiempo. Cuando se cercioraron que la muchacha ya no respiraba, la cubrieron con una manta negra y la alzaron. Salieron en procesión de la cueva fijándose que no hubiese nadie cerca. Se acercaron al río y tiraron el cuerpo al Mississippi para que se lo llevara.

El sacrificio a su deidad estaba hecho, pero la muchacha no había sido virgen y necesitaban buscar una, para el sacrificio supremo que debían hacer cada año.

Un hombre se detuvo, pensando que le gustaría que esa virgen fuera la morena de ojos verdes, a la que podrían sacrificar luego de haber disfrutado de su cuerpo. Se excitó de sólo pensarlo, necesitaba volver a Arlington para saciarse de algún modo.

Capítulo 14

Mientras caminaba por las calles de Arlington junto a Kate, Lena pensaba que lo que estaba a punto de hacer no iba a salirle gratis.

Fueron temprano para ser las primeras en llegar y no encontrarse a otras personas.

Kate pensaba que era muy arriesgado lo que estaba tratando de hacer, pero, como siempre, apoyaba su decisión y la acompañaba.

A Lena le extrañaba que Ben no se hubiera presentado mágicamente, ya que parecía que siempre que surgían problemas, Kate acudía a él.

Miró hacia el cartel del local donde se pararon, al menos no tenía el apellido Stein en él: Abogados Carson & Son.

El lugar tenía una decoración austera en colores tierra, con muebles de madera de gran calidad y sillones revestidos en cuero negro.

El Señor Carson padre, a quien conocieron en el almuerzo de la Señora Henderson. se levantó cuando las vio entrar y lo mismo hizo su hijo.

-Señorita Fairchild, Señorita Smith ¿a qué debemos el honor de su visita? ¿Tiene algún inconveniente? – preguntó acercándose a saludarlas.

-Nada de qué preocuparse, Señor Carson, es que quiero hacerle una consulta sobre unos papeles que quiero firmar, y como la firma de abogados con la que trabajo se encuentra en Nueva Orleans, pensé que, para este trámite específico, era mejor verlo con los locales.

-Será para nosotros un honor tenerla como clienta. - dijo su hijo ofreciéndoles asiento y algo para beber.

Le complacía el muchacho, debía tener unos veintisiete años, de pelo rubio y ojos marrones como su padre, tenía una sonrisa agradable y modales sumamente amables.

-Dígame en qué podemos ayudarla. - solicitó Carson padre tomando las riendas de la consulta.

-Como seguro es de su conocimiento, hemos tenido algunos acontecimientos no del todo agradables en mi hacienda.

- ¿Se refiere al incendio? Supe del desafortunado accidente.

-Lo de accidente, permítame ponerlo en duda, algunos rastros del incendio nos daban la impresión que fue intencionado.

- ¿Quiere que hagamos una denuncia para...?

-No, no es eso, es otro tema el que me trae aquí hoy. Me refiero a que he despedido a mi capataz. Tuvimos algunas diferencias de criterio en cómo tratar a las personas que trabajan para mí.

- ¿Se refiere a los esclavos? – preguntó confundido por la terminología que ella utilizaba para referirse a ellos.

-Si, a las personas que trabajan para mí. - reafirmó.

-Bueno, es que a veces la forma en que un hombre debe dirigir a los esclavos para que hagan su trabajo, puede herir la sensibilidad de una mujer.

-A los únicos que él hería, era a los esclavos con un látigo y eso no hiere mi sensibilidad, la ofende. No acostumbro andar por ahí hiriendo personas y no permito que ello ocurra en mi hogar tampoco- señaló Lena, mostrando su postura claramente.

Carson hijo tosió como para ocultar una sonrisa y se puso serio cuando su padre lo miró

duramente.

-Ud. dirá entonces. -dijo Carson padre, con menos amabilidad que antes.

-Quiero convertir en libertos a todos los esclavos que tengo hoy en mi finca y necesito que Ud. redacte los papeles.

Un silencio incómodo siguió a la declaración de Lena. Carson hijo se tiró hacia atrás en su asiento y gesticuló un “asombroso” sin sonido. Su padre, al contrario, parecía estar desencajado.

-Perdón, creo que he entendido mal, ¿quiere liberar a sus esclavos? -preguntó receloso.

-Sí, así es.

-Esto es formidable, es un paso hacia ideas futuras que ya se están gestando, podemos ser los primeros en hacer algo como esto y ser parte- exclamó Carson hijo entusiasmado.

-Cállate-dijo su padre- no tienes idea de lo que hablas, no es algo que sea normal hacer, habría que consultarlo.

- ¿A quién? - preguntó Lena sin entender.

-Al Consejo del Pueblo.

-Ellos no toman decisiones sobre mi propiedad, yo las tomo, ¿qué es lo que tengo que consultar?

-Hay normas.

-Muéstremelas, quiero ver lo que dicen.

Carson padre enrojeció ante el pedido.

-No están escritas.

-Entonces no existen para mí, porque no son reclamables. Simplemente necesito saber si hará o no los papeles. - dijo con exasperación en la voz.

-No- le confirmó muy serio

- Pero padre...

-He dicho que no. Lo siento, no quiero sonar grosero, pero hay cosas por aquí que todavía no se pueden cambiar y le aconsejo no hacerlo. - dijo con vehemencia.

Lena se levantó seguida de Kate.

-Lo entiendo, Señor Carson, entonces tendré que buscar a otra persona que quiera cambiarlas porque pienso hacerlo igual. Gracias por su tiempo. - se despidió molesta.

Ambas salieron del local con una Kate inquieta por el intercambio y una Lena que no entendía cómo ese hombre podía rechazar el dinero que todo ese papeleo significaba. Estaban cruzando la calle hacia la carreta cuando escucharon que Carson hijo las llamaba.

-Señorita Fairchild!

-No va a convencerme que no lo haga, Señor Carson. - le advirtió Lena.

-No osaría hacerlo- dijo sonriendo- Comparto sus ideas y si no fuera porque a mi padre le daría un infarto, yo mismo redactaría esos papeles. Él no es un hombre malo pero sus ideas son antiguas y está mayor para cambiarlas. Quiero darle la tarjeta de un colega renombrado en Nueva Orleans que se dedica específicamente a esto. Puede chequear sus referencias. Él estará encantado de ayudarla. Permítame decirle, que es muy valiente lo que hace, sólo cuídese, hay muchos que piensan como mi padre.

Las saludó con una inclinación de cabeza y se alejó, dejándolas desconcertadas con su comentario.

-Lena, me parece que vamos a enfadar a muchos con esta decisión.

Ella casi no la escuchó porque se había distraído mirando la vereda de enfrente donde Stein hijo estaba con sus desagradables amigos y junto a ellos, el Señor Cook.

Esos hombres con aspecto sucio y lascivo la ponían nerviosa. Vio como hacía con su lengua un movimiento obsceno y se obligó a mantenerse inmovible, para que no se diera cuenta que la había alterado.

- La decisión es mía, está dentro de lo que permite la ley y pienso seguir adelante, sin que me importe lo que otros piensen. - dictaminó Lena.

Esa misma tarde la Señora Henderson les hizo una visita. Se habían acostumbrado a esa mujer mayor y disfrutaban de su compañía.

Kate le contó su visita de esa mañana al pueblo. Ella escuchaba fascinada todo el detalle.

Lena se encargó de mantener ocupada a Kate todo el día para que no pudiera avisarle a Ben de su objetivo. Pero había encontrado a la mensajera perfecta.

-Increíble, querida, es un gran paso, arriesgado, debo decir, y más si lo hace una mujer.

- ¿Por qué dice eso?

- ¿Cuánto más arriba del status de esclavos estamos en esta sociedad? Les encanta vernos, pero no escucharnos, que dirijamos una casa, pero no un negocio, que sepamos hablar un idioma, pero no que tengamos una carrera.

-Tengo que hacerlo. Es algo en lo que creo. – le dijo Lena como si para ella no hubiera opción.

-Deberías hablar con mi hijo y mi nieto-sugirió Emma.

- ¿Para qué me convengan de desistir?

-No, para que tú los convengas a ellos, tres son más que uno. -le contestó sorprendiéndola.

-Seguro que Ud. se lo dirá en cuanto regrese a su casa.

-No enseguida, debo esperarlos a que regresen de esa reunión de urgencia que convocaron del Consejo del Pueblo. Por cierto, pensé que encontraría sólo a Kate aquí, porque tu estarías participando.

Lena palideció. No podía creerlo. Estaban haciendo la reunión y no la habían invitado. No creía que fueran tan cobardes. Se levantó de un salto.

-Naomiiiiiii!!!

La muchacha entró corriendo asustada por el grito.

-Dile a Simon que prepare mi caballo, y que necesito que Tom y él me acompañen al pueblo.

-Que sean dos los caballos- dijo Kate, agradeciendo que tuviera la buena idea de llevar a los hombres con ella - ni pienses que irás sola a esa reunión.

-Entiendo por tu reacción que te han dejado fuera de la junta. Como te dije, no va a ser fácil que te acepten, gracias a Dios mi hijo y mi nieto están allí, ellos presentarán pelea hasta que llegues. Tranquila. -dijo Emma tratando de serenar a Lena que estaba alterada.

Tom entró preguntando si debían llevar implementos con ellos, aduciendo de forma sutil a las armas, y recibió un asentimiento de Lena.

-Lamento tener que abandonarla así- se disculpó Lena.

Ella las sorprendió tomándoles la mano y dándoles un beso a cada una antes de irse. Salieron con premura, tomando sus abrigos de manos de Naomi.

- ¿Puedo hacer algo más por Ud., Señora Henderson? - preguntó solícita Naomi, viendo que

había quedado sola con ella.

-Rezar por esas muchachas- dijo levantándose y saliendo hacia la puerta, dejando a una Naomi desconcertada y preocupada.

Alex escuchaba a medias el discurso que hacía veinte minutos estaba haciendo el Señor Carson.

Cuando les llegó la convocatoria, a través de un mensajero para una reunión urgente, le llamó la atención. Pero ahora su curiosidad era mayor, ya que, a pesar del tiempo transcurrido, todavía no abordaban el tema de la reunión. Hablaba de la prosperidad económica que lograron a lo largo de los años en Arlington, basada en normas no escritas y en poder tomar decisiones que beneficiaran a todos sin que se alterara lo ya conseguido.

Buscaba con su mirada a Lena y no la veía por ningún lado, lo que le extrañaba, sabiendo que ella no se perdería la primera reunión de este estilo para hacer notar que, en esa sala llena de hombres, ella como propietaria, tenía derecho a estar.

- ¿Viste a Lena? -preguntó a su tío que estaba a punto de dormirse de lo aburrido.

-No y creo que la habríamos distinguido si estuviera aquí entre todos estos hombres. Pero te aseguro que, si esto no termina pronto, voy a gritar fuego para que todos salgan corriendo.

Alex sonrió ante la ocurrencia, pero comenzó a prestar atención cuando mencionaron el nombre de Lena.

-La Señorita Fairchild me ha visitado esta mañana- estaba diciendo Carson – para solicitarme realizar los papeles para convertir en libertos a todos sus esclavos.

-Maldición- dijo Ben en voz baja incorporándose en su silla de la postura relajada- no me mires a mí- siguió, viendo que Alex lo interrogaba con la mirada- yo no sabía nada, seguro que no debe haber dejado que Kate me dijera nada.

- ¿Qué hacemos ahora? - respondió Alex, entre dientes

- Escuchar.

Se habían levantado murmullos de descontento y protesta, que se iban elevando cada vez más.

-Orden, orden- pidió Stein – dejen que Carson prosiga con el relato.

-Claramente me he negado a realizar los papeles y le he indicado que nosotros aquí tenemos normas tácitas consensuadas, que decisiones como esta no pueden ser tomadas en forma individual sin ser sometidas a la consulta de todos. Es por eso que hemos convocado esta reunión en forma inmediata para tratar el tema, con todos los propietarios y personas influyentes de Arlington.

-Y si tenemos que estar todos - dijo Alex levantándose- ¿Cómo es que la Señorita Fairchild no está aquí?

-Porque parece que se olvidaron de invitarme- contestó Lena por Carson, mientras atravesaba el salón de la Iglesia, seguida de Kate.

Un silencio pesado y tenso se instaló entre todos los presentes, mientras Ben se movía solícito para que Kate y Lena se sentaran a su lado.

-Seguramente ha sido un error involuntario Señorita Fairchild, qué suerte que pudo unirse a nosotros- mintió Stein con un tono que expresaba su descontento.

-Qué error poco conveniente para mí ¿no? - ironizó Lena- Pero por favor, Sr Carson, continúe, no se demoren por mí.

-Sí, claro- carraspeó – les estaba comentando de nuestra charla de esta mañana y como

acciones como las que Ud. quiere llevar a cabo, deben ser consensuadas en el Consejo.

-Y cómo yo le pregunté, ¿qué ley establece eso?

-Hay leyes no escritas- dijo Stein tomando la palabra- son aquellas que se consensuan en una comunidad para el bien común de todos.

-Si no están escritas, hay que suponer que están consensuadas y ¿cómo van a ser conocidas por todos?, no recuerdo que nadie nos haya hablado de esas leyes cuando llegamos- dijo Alex interviniendo.

-Tal vez hayamos omitido esa inducción de bienvenida, pero existen- respondió Stein fastidiado.

- ¿Y dígame cuál sería esa ley no escrita que según Uds. estaría infringiendo con mi decisión?

Todos en el salón permanecía en silencio, parecían entender que la lucha era Alex y Lena contra Stein y dejaban que él llevara a cabo su defensa sin interponerse.

-Lo que Ud. quiere hacer con sus esclavos, no es algo que la afecta sólo a Ud. Las personas que tenemos tierras aquí dependemos de contar con mano de obra para que los negocios sean prósperos. Los esclavos nacen y mueren como tales, se reproducen para que puedan seguir adelante las siguientes generaciones y para que ellos puedan seguir teniendo un techo y comida que otros pagan.

-Que pagan porque trabajan, no como si fuera un favor- corrigió Alex

-Como quiera expresarlo. Los negros aquí son esclavos y deben permanecer así para que no se empiecen a generar esperanzas o expectativas en otros esclavos de algo que no va a suceder. Aunque sólo Ud. lo haga, seguramente se levantarán voces entre ellos que no queremos oír.

-Las voces ya se han levantado, Señor Stein, hace tiempo, sino no sería legal darles la libertad o no existiría el movimiento abolicionista que se escucha en varios lugares del país. Lo que Ud. intenta evitar es algo que va a suceder, sólo es una cuestión de tiempo- argumentó Ben mientras Kate lo miraba admirada por la tranquilidad con la que hablaba.

-Lo que pase en otros lugares no me importa, cuando llegue el momento veremos que hacer, mientras tanto, cambiar nuestra situación actual sería crítico. -replicó Stein.

-Piense en esto Señorita Henderson -tomó la palabra el párroco- estamos hablando de seres que tienen un nivel inferior de conciencia, viven en pecado, tienen hijos entre ellos sin estar casados, e incluso mestizos. Dios nos ha encomendado la misión de contenerlos, dándoles una vida más digna de la que tendrían si no fuéramos dueños de ellos. Quién sabe la inmoralidad con que contagiarían las mentes de la comunidad si eso cambiara. Debemos mantener las buenas costumbres y la moralidad tanto en la mente de nuestra gente como en sus cuerpos. La Biblia nos enseña eso.

Los cuatro miraban al párroco sin poder creer lo que escuchaban, la indignación por lo que había dicho bullía en su interior. Alex iba a contestar cuando Lena se le adelantó.

-Me encantaría saber qué versión de la Biblia tiene Ud., porque en la que yo tengo dice que Dios hizo a los hombres a su imagen y semejanza y eso que Ud. llama seres con menor conciencia, no son otra cosa que seres humanos con un color de piel distinto.

El párroco horrorizado iba a contestar, pero ella no dejó que lo hiciera.

-Habla de inmoralidad, ¿quién piensa Ud. que son los padres de esos mestizos de los que habla?, no son otros que los hombres blancos “de conciencia superior” que obligan a mujeres y hasta a muchachas menores a yacer con ellos, porque cómo decir que no a un dueño que posee tu

vida entera, ¿Tienen esas mujeres la posibilidad de negarse? Claro que no, esos “seres” según Ud., no tienen derecho. Sor Juana Inés de la Cruz dice sabiamente “¿O cuáles más de culpar, aunque cualquiera mal haga: la que peca por la paga o el que paga por pecar?” Es Ud. quien admite a esos pecadores cada domingo en su iglesia, que dejan hijos sin padre en las barracas de esclavos, pero eso no le parece mal porque ellos son blancos y seguramente en la versión de su Biblia, eso está permitido. Me alegro que mi versión sea distinta.

Ella se había parado al decir esto último, y también Kate.

-Señorita Henderson, por favor entienda...-trató de intervenir Stein

-Señores, entiendo que dentro de una comunidad haya cuestiones que deban discutirse en un consejo y que existan normas no escritas, pero ninguna norma no escrita puede ir en contra de los derechos de una persona que sí están escritos. Como cristiana me niego a aceptar que una persona pueda ser dueña de otra, no hay nada en la Biblia que hable sobre ello, Jesús habla de la igualdad. Y si eso no es suficiente para Uds., sólo me queda decirles que por ley esas personas me pertenecen, y yo decido si las libero o no, sin necesidad de la aprobación de nadie, creo que eso lo entenderán mejor. Por lo tanto, les anuncio que voy a seguir adelante con mi decisión. Que tengan buenas noches.

Lena comenzó a salir del recinto mientras sentía como dardos las miradas de todos en su nuca.

- Las voy a acompañar a la finca- dijo Ben tocando el brazo de Kate cuando esta se levantó.

-No, serás más útil si te quedas aquí, escuchando lo que sigue. Hemos venido con dos hombres armados por las dudas.

-Bien, las veremos mañana- dijo Alex uniéndose a la conversación.

Y luego Kate, salió también de la iglesia.

Después que se hubieron ido, todos comenzaron a protestar al mismo tiempo, hablaban de estrategias legales, de realizar alguna presentación, de ejercer presión por otros medios.

-No puedo creer lo que estoy escuchando- los interrumpió a todos Alex-Aunque no estén de acuerdo, la Señorita Fairchild está actuando de acuerdo a un derecho que le es propio, impedirle llevarlo a cabo, es ilegal.

-Señor Henderson, hablamos de una mujer, las mujeres no pueden pensar objetivamente, ella lo ve desde su sensibilidad y tiene ideas ilusorias de libertad. Nosotros debemos pensar como hombres de mundo y de negocio, dar la libertad a los esclavos significa pagar por un servicio que hoy se tiene gratis, da la posibilidad que esas personas se vayan, o que el recambio sea muy frecuente. Además, hoy conseguimos dominarlos porque no tenemos límites, de la otra forma tendrán derechos igual que nosotros, incluso podrían hasta sublevarse. No sólo perderemos dinero sino productividad.

-Señor Stein, sus ideas son arcaicas, tanto tiempo en este pueblo, no le deja ver que las ideas han ido evolucionando, los abolicionistas avanzan, y sé que ganaran. No es sensibilidad lo que reflejan las palabras de la Señorita Fairchild, sino el futuro. Si van contra ella, irán contra mí también, porque pienso seguir el mismo camino- sentenció Alex

- Creo que mi sobrino ha sido más que claro con nuestra intención y la Señorita muy concreta al hacernos entender que no tenemos nada que votar para que ella cambie de parecer. Sugiero que volvamos a casa y reflexionemos sobre lo visto hoy- terminó Ben, tratando de disolver la reunión.

Algunas personas comenzaron a caminar hacia la puerta, entendiendo que, aunque no estaban de acuerdo, no había mucho por hacer. Alex y Ben los fueron siguiendo.

-No vamos a poder detenerlos, Stein, por más que nos pese, tienen razón, pueden hacerlo sin nuestro consentimiento- dijo Carson situándose a su lado.

Stein sentía que la furia lo dominaba, a la mujer la podría haber manejado, pero esos dos eran harina de otro costal, se notaba que darían guerra y él no estaba dispuesto a dejar que se viera que perdía poder. La gente le respondía por eso, y si al igual que los esclavos, sentían que podían hacer lo que quisieran, perdería el pueblo.

- ¿Tienes contacto todavía con tu amigo de la policía en Nueva Orleans? -le preguntó a Carson
-Sí, claro.

-Dile que necesito que haga una investigación exhaustiva de esos tres, quiero saberlo todo, sobre todo de los Henderson.

- ¿Crees que podemos lograr algo con eso?

-Todos tenemos algo que ocultar, Carson y a veces no queremos que eso se sepa. Mientras tanto, que nadie haga nada.

-Díselo a tu hijo, está descontrolado y puede meter la pata en cualquier momento- terminó Carson retirándose.

Stein sabía que Carson tenía razón, si ese estúpido seguía descuidándose podían perder todo.

El sheriff Milton estaba esperando que el bote llegara al embarcadero de Nueva Orleans, sorteando algunos barcos del puerto. Sabía la carga que traía y eso lo enfurecía.

Un año llevaba detrás de ese tema y no conseguía nuevas pistas.

Su ayudante saltó a tierra.

-Otra más jefe, la encontraron los pescadores envuelta en la misma tela.

-Seguro que averiguaremos lo mismo, o es de una familia humilde o una prostituta. ¿Y las marcas?

-Iguales a las otras, el asesino es meticoloso.

-Ya te dije que no es uno, sino al menos dos, los cortes no son hechos todos por un diestro, algunos de ellos tienen un ángulo que demuestran que los hizo una persona zurda. ¿Algo nuevo?

-Dicen que tiene una especie de mineral en las uñas.

Milton se acercó al bote, sacó sólo una mano de debajo de la manta, cubriendo con su cuerpo para que nadie viera el cadáver. Muy suavemente con su navaja sacó lo que había debajo del dedo pulgar y lo examinó al sol.

- ¿Puede así distinguir que es?

-Creo que una variedad micro cristalina del cuarzo, ágata roja- dijo examinándolo- haz que lo verifiquen de inmediato.

-Sí, señor.

Milton se quedó mirando fijamente el Mississippi, en los treinta y cinco años que llevaba de su carrera, nunca se había encontrado un caso así, no quería retirarse antes de dar con ellos. Tal era su obsesión, que hasta su esposa había comenzado a ayudarlo a hablar con las familias, para ver si había conexión entre las muchachas, pero no encontraron relación. Los asesinatos habían sido crueles, aunque el agua borraba las huellas, sabía por las heridas de las mujeres, que habían sido forzadas y acuchilladas hasta matarlas. Ninguna tenía más de dieciocho años y se aseguraban que fueran de bajos recursos, lo que no provocaba mucho ruido, ni había personas con medios para

reclamar o aportar dinero para la investigación.

Por eso para él, se había convertido en una cruzada encontrarlos, y él nunca fallaba. Todo se reducía a que cometieran un error y este hallazgo podía ser la clave.

Capítulo 15

De regreso a la finca, Kate iba muy callada.

Le asustaba lo que pasó en la reunión que mantuvieron en el pueblo. A pesar que compartía sus ideas con Lena, Alex y Ben, que las expusieron de esa forma tan vehemente, hizo que se diera cuenta que lo que sufrían los esclavos era peor de lo que se imaginaba.

Ella seguía pensando en ellos como empleados porque no tenía otra noción en la cabeza; pero mientras que Lena y ella los trataban así, para otros eran meras posesiones; los golpeaban, los humillaban, vendían o abusaban de sus hijos, sin que ellos pudieran hacer nada, incluso a veces sus condiciones eran peores que la de los animales.

-Estoy orgullosa de ti, Lena, pero...- empezó Kate mientras disminuían la velocidad porque se acercaban a la casa.

-No voy a cambiar mi decisión, digan lo que digan-la interrumpió Lena.

-No era eso lo que iba a pedirte, sólo quiero que te cuides, vi las caras de esas personas, no les gusta nada que les cambies las cosas y Stein es el peor, tendríamos que reforzar las guardias y pedir consejo al Señor Wright en de temas de seguridad. Sólo compláceme en esto, sabes que estaré a tu lado todo el tiempo, no soportaría que te pasara algo.

-Bien- capituló- prepararemos un viaje a Nueva Orleans para hablar con él, de todas formas, voy a tener que ir allí para hacer los papeles de los que hablamos- terminó sin mencionar directamente la palabra liberación, para evitar que los hombres que venían con ella la escucharan. No quería levantar falsas expectativas hasta que tuviera todo cerrado. Sabía que esas personas pasaron por muchas desilusiones en su vida y no quería ser ella la causante de una.

Estaban llegando a la casa y les llamó la atención que estaba a oscuras. Lucille siempre se encargaba de que las lámparas estuvieran prendidas al anochecer, y la puerta de la casa estaba abierta. Tom adelantó su caballo para ponerlo a su lado.

-Algo no va bien, ama. No hay luces en la casa y no veo a John, que tendría que estar vigilando.

-Lo veo, Tom y la puerta está abierta.

Miraron hacia las barracas, pero no podían ver mucho por entre los árboles.

-Yo iré primero, ama.

-No, iré yo, no sabemos qué sucede, los necesito cubriendo mis espaldas.

-Puedo buscar a los Henderson- dijo Kate

-Noooo! - casi gritó Lena, dándose vuelta- no los quiero metidos en mis asuntos, lo digo en serio Kate.

-Bien- dijo resignada- entonces yo voy contigo.

Lena y Kate desmontaron y comenzaron a avanzar directamente a las barracas, mientras que los hombres se colaban entre los árboles para que no los vieran, si hubiera alguien allí.

Sentían voces ahogadas, pero aún no veían nada por el follaje, cuando pasaron el último árbol, su sangre pareció volverse fría de un saque.

En el medio de la escena estaba el Señor Cook, que tenía agarrada a Naomi de los pelos y con un cuchillo sobre su cuello. La pequeña tenía señales de haber luchado, su labio sangraba y su ojo estaba hinchado. De rodillas delante de él, lloraba suplicando a otro de los hombres que se encontraba a la izquierda. Lo reconoció como uno de los desagradables amigos de Stein hijo,

quien estaba manoseando a su hermana en los pechos por sobre la ropa, mientras con la otra mano sostenía una pistola.

El hombre de la derecha, era también de la banda de Stein hijo, tenía delante de él a dos muchachas jóvenes, también de rodillas, que temblaban y lloraban mientras las apuntaba. Parecía estar más nervioso con la situación que los otros dos.

Lucille estaba en el suelo, inconsciente, con su cabeza en el regazo de Vince. Parecía que ambos habían intentado detenerlos, ya que el muchacho tenía heridas en la cara.

A su lado, John tenía una herida de bala en su pierna, que sangraba a pesar que la tenía presionada.

-Vámonos ya, antes que regresen - dijo el de la derecha inquieto- ya tenemos a las muchachas.

-No, quiero saber dónde está la llave del sótano del establo, necesito llevarme ese cargamento ahora- lo contradijo Cook.

-Aquí está- dijo Lena, apareciendo de entre los árboles y mostrando el llavero que llevaba en la cintura- si la quieres, suelta a las muchachas.

Todos se quedaron quietos mirándola, por lo visto, no esperaban que llegara tan pronto.

Vio a los esclavos parados en las barracas mirando y tratando de entender si debían actuar o no. La atención de ellos parecía estar más en su ama, ahora, esperando instrucciones.

El capataz la miró con los ojos inyectados en sangre y un odio potente, respiró profundo para rechazar esa oleada que le llegaba de pleno.

-Debería haberse quedado más tiempo en esa reunión, Señorita- dijo con una voz amenazante con dejos de locura- ahora tendremos que cambiar el plan y eso no va a gustarle.

Kate, gimió al lado de ella, ambas sabían sin comunicarse lo que el capataz quería decir. Los esclavos no eran un problema, ellos no podían denunciarlos por lo que ocurriera allí, no tenían ninguna entidad y sería su palabra contra la de hombres blancos. Pero ellas...

-Esto no era lo que hablamos, George, vámonos ya y llevémonos las mujeres, podemos conseguir un buen precio por ellas, aún después de usarlas, no necesitamos tu cargamento.

-Imbécil, sí que lo necesitamos, que crees que pasará si no lo entrego a los que pagaron por esas armas.

-Llévate las armas, pero las muchachas se quedan aquí y Uds. nunca vinieron. - sugirió Lena mirándolo sólo a él.

-Pequeña perra inglesa!! ¿Crees que puedes seguir dándome órdenes? Debiste quedarte en tu país. Voy a llevarme las armas y a las mujeres, tal vez elija algunas más. - la desafió.

Kate tenía la respiración acelerada. Lena intentaba una última carta para ver si podía hacer entrar en razón a ese hombre. Vio como metía la mano en el bolsillo para tomar el arma.

Tanto George como Lena sabían que no las podrían dejar vivas al irse, porque ellas sí podían denunciarlos.

-Vamos- dijo el capataz- ordena a alguno de los esclavos que busquen mi cargamento. ¿Dónde está Tom? Quiero que ese negro me traiga las cosas.

Sabía que lo que iba a hacer hoy cambiaría su vida para siempre, pero tenía que elegir entre la vida de ellos o las suyas.

Vio como el capataz había reemplazado el cuchillo por una pistola. Confiaba que Tom y Simon entendieran lo que tenían que hacer, mientras ganaba tiempo.

-Tom y Simon fueron a acompañar a los Henderson- le contestó- Kate- le dio las llaves-

llévate a dos de los muchachos y trae el cargamento.

Ella la miró horrorizada, no entendía que pretendía Lena, pero no quería dejarla sola.

-Pueden ellos ir solos y yo...

-He dicho que vas tú con ellos, ahora- le ordenó sin mirarla.

Kate asintió y llamando a dos de los muchachos se dirigió al establo.

-Si no vuelven dentro de cinco minutos y comienzan a traer las armas, van a ir disminuyendo sus posesiones- dijo el capataz, poniendo la pistola en la cabeza de Naomi.

Tom y Simon permanecían escondidos, miraban a su ama esperando una señal para saber lo que ella planeaba, los despistaba que hubiera enviado a Kate por las armas, pero luego entendieron por qué, cuando vieron que ponía la mano en el bolsillo en el que tenía el arma. No había muchas opciones, Cook sería de Lena y los otros dos de ellos. Se miraron y señalaron a los hombres para estar seguros que ambos pensaban lo mismo.

-Sé que no va dejarnos vivir a Kate y a mí, Cook. No es tan estúpido como para eso y no se llevará a ninguna de las muchachas, así que hay una sola forma de resolver esto -Lena levantó y disparó su arma un segundo antes de que él lo pudiera hacer, ya que ambos habían levantado el brazo al mismo tiempo.

Dos disparos más se sintieron luego del primero, Kate que estaba tratando de abrir el candado y no podía de los nervios, soltó las llaves, y salió corriendo a las barracas.

Cuando llegó, Lena estaba de pie con la pistola en la mano que le temblaba y la tenía agarrada con la otra para frenar el movimiento. Simón y Tom habían llegado a su lado.

Los tres hombres estaban en el suelo, Jenna estaba arrodillada, paralizada, igual que las otras dos muchachas, mientras Naomi sollozaba tratando de sacarse al capataz que había caído encima de ella.

-Vean si hay alguno vivo- ordenó Lena con una voz trémula y apenas audible.

Tom reaccionó yendo hacia Naomi para ayudarla a zafarse del hombre que tenía encima, Simon se dirigió a Jenna, mientras que otros esclavos ayudaban a las dos muchachas que faltaban.

-Dios mío! ¿Qué ha pasado? - dijo Kate impactada por la escena.

-Eran ellos o nosotros - respondió Lena sin ninguna emoción en la voz.

- ¿Sabías lo que ibas a hacer cuando me enviaste por las armas?

-Sí, no quería que te hirieran si las cosas no salían como preveía.

- ¡Podrían haberte matado! - gritó casi histérica.

- ¿Crees que no lo iban a hacer de todas formas, aunque les entregáramos las armas y las muchachas? Sabían que no nos quedaríamos calladas y los denunciaríamos, no hubieran matado a los esclavos, pero a nosotras sí.

-No hay ninguno vivo, ama- dijo Simon acercándose- Las muchachas están bien, llegamos a tiempo, la más asustada es la pequeña.

- ¿Y John y Lucille?

-Se pondrán bien, Mamma Joy dice que ha quedado inconsciente por el golpe que el capataz le dio en la cabeza cuando trató de evitar que se llevara a Naomi. La bala en la pierna de John ha salido limpiamente.

Lena había logrado parar el temblor de su cuerpo, pero su alma seguía convulsionada. Sabía que lo que había hecho fue para sobrevivir y salvar a Kate también, pero, aunque fuera un miserable, era una vida la que tomó y eso se quedaría con ella siempre.

Tom se le acercó.

-Ama, ya nos hemos puesto de acuerdo con John y con Simon. Iremos al pueblo y nos entregaremos al comisario, le diremos que fuimos nosotros quienes los matamos porque nos adelantamos a llegar a la finca y los encontramos aquí amenazando la vida de nuestras familias. - informó Tom con estoicismo.

- ¡No, papá!!!- lloraba Naomi abrazada a su padre- los ahorcarán sin ningún juicio, son esclavos que mataron a blancos.

Lena vio por primera vez un rastro fugaz de emoción que cruzaba el rostro de Jenna, mientras volvía su mirada a Simon. El muchacho había hecho todos los intentos por conquistarla, y soportaba sus rechazos una y otra vez, volviéndolo a intentar. Ahora él permanecía inmóvil apoyando las palabras de Tom.

-No se preocupe, ama, nosotros asumiremos la culpa por las muertes. Nuestros seres queridos estarán bien con Ud.- dijo Simon volviéndose hacia a Jenna cuando sintió su mirada.

Lena llevó su mirada perdida hacia ellos, admiraba su lealtad. Se sentía agradecida e impresionada por el sacrificio que ambos estaban dispuestos a hacer. Pero no iba a ser así, lo hecho, hecho estaba y nadie iría a la cárcel.

-No entiendo de que hablas, Simon, no ha habido ninguna muerte aquí. Hemos llegado bien a la finca y todo estaba en orden. Nadie tiene que hablar con nadie, ni hacerse cargo de nada. Me parece, sin embargo, que es una buena noche para adelantar la quema de la basura acumulada de la cosecha antes que empiece a oler mal. - dijo sin apartar la vista de ellos.

No se escuchaba ni un sonido.

-Estamos hablando de personas...- dijo Kate en voz baja.

-No hablamos de personas- todos se sorprendieron, y más aún Tom, cuando se dio cuenta que era la voz de Jenna, la que escuchaba- hablamos de algo peor que animales, Ud. no los conoce, yo sí. Han realizado cosas conmigo y con otras muchachas que me ha hecho desear estar muerta más de una vez, no escucharon cuando suplicábamos, no les importó si nos herían, no les molestó incluso que sangráramos y nos dejaron tiradas como si fuéramos basura. No todas vivimos y sigo preguntándome si eso fue o no una bendición. Hoy se ha hecho justicia, si siguieran vivos, más mujeres pasarían por lo que pasamos, porque nadie los detiene. Quemarlos es simplemente una forma de darles sepultura, muchos queman a sus muertos.

Kate observó a la muchacha. Siempre veía el sufrimiento en esos ojos negros, pero nunca imaginó que tuviera que ver con algo diferente a su vida como esclava. Había escuchado de los rumores de abuso, pero la angustia que reflejaba su voz, hablaba de cosas que ni en sus peores pesadillas podría imaginar.

Tom miraba a su hija con el dolor marcado en su cara.

-Como dije antes. Nadie murió aquí esta noche, nadie vio a alguien extraño a la finca y quemamos la basura porque ya había olor, ¿entendido? - dijo Lena mirando a todos, incluida a Kate.

Para su sorpresa, se oyó un “entendido ama” casi al unísono de los esclavos, que en general nunca emitían palabra.

Todos comenzaron a moverse, levantando los cuerpos para llevarlos a la zona donde se encontraba la basura.

-No es necesario que haga esto, ama, somos esclavos, estamos acostumbrados a perder. Sería

más fácil de la otra manera- trató de convencerla Tom.

-No, no lo sería. Tú no tenías que matar a nadie, ellos nos hubieran matado sólo a nosotras porque éramos a las que creerían si los denunciábamos; tú y Simon actuaron porque yo lo hice. Soy la responsable y no pienso dejar que nadie vaya a la cárcel por defendernos de personas que nos hubieran matado. La justicia no sería buena para Uds. y para mí tampoco, Stein está esperando que yo cometa un error para quedarse con la finca y no he llegado hasta aquí para perderlo todo y a todos. Esto nunca sucedió y nunca volveremos a hablar del tema. Me encomendaré a la justicia de Dios, sabiendo que esto fue en defensa propia. No confío en la justicia de los hombres de este pueblo.

-Bien, ama, como diga- accedió Tom viendo que ella estaba decidida.

Kate seguía como en una pesadilla.

Miraba como todos se movían de un lado a otro, diligentemente, para seguir las órdenes de Lena. Entendía lo que ella le había dicho a Tom, se había simplemente adelantando a lo que esos hombres iban a hacer con ellas y deliberadamente la sacó del lugar para que en el caso que algo fallara, ella no fuera cómplice o no saliera herida.

-Creo que no es necesario decirte que no le digas a los Henderson sobre esto, hay mucho en juego aquí.

-Claro que no es necesario, mi lealtad siempre será primero contigo, siempre, Lena- recalcó Kate recibiendo una mirada agradecida de esos ojos verdes.

Formaron tres pilas de fuego, cubriendo los cuerpos con las hojas de tabaco; todo lo hacían rítmica y prolijamente como si de una ceremonia se tratara.

Prendieron las antorchas para la quema y le entregaron una Lena, otra a Tom y la tercera a Simon. Mamma Joy se acercó a los tres para hablarles.

-Han quitado la vida a estos hombres, para evitar que estos tomaran la de otros, han realizado un acto que Uds. creen justo en sus corazones, ahora a través de las llamas entregan sus almas a Dios para que él las juzgue.

Los hizo colocarse frente a la pila que tenía la persona a la que cada uno de ellos había disparado, aunque no se distinguían los cuerpos entre las hojas.

A su señal, cada uno bajó la antorcha para prender el fuego, luego los esclavos fueron tomando la antorcha de sus manos y haciendo lo mismo, así como Kate que se unió al ritual. Cuando todos hubieron prendido una parte del fuego con las antorchas, las tiraron sobre las pilas.

Mamma Joy se puso delante del fuego y comenzó a recitar una plegaria:

*Aquí estamos
parados ante ti
pidiéndote perdón
por las vidas que tomamos.
Nuestro corazón
nos ha dicho,
que era necesario,
para que estas personas
no siguieran haciendo daño.
Las entregamos a ti,*

*para que hagas justicia.
y les des el lugar
que crees que han ganado.
Te pedimos perdón
si te hemos ofendido,
pero como tus hijos sabemos,
que todo lo has visto.
Y cuando al final del camino
lleguemos a tu lado,
mira en nuestra alma
lo mucho que te hemos amado.*

Prendiendo una parte del fuego, era una forma de decir que todos se estaban haciendo responsables de lo que pasó. Las horas pasaron, pero nadie se movió, como hipnotizados por las llamas.

Se quedaron allí hasta que el fuego se extinguió y las cenizas llenaban el suelo. Luego comenzaron a rastrillar y a cubrir con tierra toda la zona. El sol ya se encontraba en lo alto cuando terminaron de dejar todo arreglado como si nada hubiera pasado.

Ninguno durmió en toda la noche y Lena les dijo que fueran a descansar, que no trabajarían ese día.

-Ama, no quiero contradecirla, pero no es bueno que nadie que ande por aquí vea los campos vacíos, habrá preguntas. Organizaré turnos de hombres para trabajar en el campo mientras otros descansan. Tenemos que mantener la mayor normalidad posible. No notarán la ausencia de los tres hombres hasta dentro de unos días y no sería bueno que alguien hable de rutinas distintas en la finca. Esta noche volveremos a quemar basura como los días siguientes y nadie notará nada raro.

-Bien, Tom, hagámoslo a tu manera, tienes razón- admitió Lena, tomando la sugerencia.

-Vaya Ud. a descansar.

-Tú también deberías hacerlo.

-No tengo sueño, ama, mi corazón está feliz porque mi familia está a salvo gracias a Ud. Ninguno de nosotros podría haber tomado la decisión que tomó porque hemos sentido desde que nacimos que nuestra vida no vale lo mismo que la de un blanco. Pero ayer, Ud. nos hizo sentir que nuestra vida también era importante.

Lena no alcanzó a decir nada porque Tom ya se alejaba, mientras Vince le sonreía y se unía a su padre. Ahora estaba más segura que nunca que tenía que seguir con su plan, esas personas merecían conocer otra vida.

Kate esperaba a Lena cuando vio salir a Jenna de la casa para vaciar un balde con agua. La muchacha se dobló en dos como si algo le doliera. Ella no estaba segura si lo vio bien, pero en lo holgado del vestido suelto que llevaba, le pareció vislumbrar un abdomen grande. Si esto era así, la pesadilla de Jenna no había terminado. No dio detalles de lo que los hombres le hicieron, pero la idea que se hizo no estaba lejos de la realidad. No podía siquiera pensar lo que debían sentir sus padres, sólo pensaba lo que sentiría si no pudiera defender a Lena de algo así.

Cuando Lena llegó a su lado, la emoción la superó. La abrazó fuerte, aunque sabía que ya no le gustaban las demostraciones de afecto como cuando era niña, y ella se dejó abrazar.

- ¿Estás bien? – preguntó Lena

-Sí, solo estoy dando gracias a Dios que estemos bien. Vamos a descansar, después nos preocuparemos por lo que venga.

Aunque los Henderson vinieron al día siguiente para ver cómo estaban y verificar el muelle donde descargarían las mercaderías de su barco, tanto Lena como Kate, se encargaron que fuera Simon quien los guiara para evitar que notaran en ellas algo extraño.

Parecían tener un sexto sentido para saber cuándo mentían.

Les parecía extraño que nadie viniera a denunciar la desaparición de los hombres, pero tres días después una cuadrilla apareció en la finca.

Vieron a la distancia que eran alrededor de diez hombres.

Sin que nadie se los indicara, Simon se había apostado a la izquierda de la casa y Tom a la derecha, mientras John que se seguía recuperando de su pierna, avisaba a Lena.

Stein frenó su caballo frente a la casa, en el momento que Lena salía.

-Buenas tardes, Señorita Fairchild, parece que están muy atentos a las personas que vienen- dijo Stein mirando a los hombres armados.

-Por supuesto, Señor Stein, estoy cansada de que la gente intente robarme lo que es mío, o trate de incendiar mis tierras, así que he decidido que todos estemos más atentos y preparados para defendernos. Y parece que ha dado resultado porque no hemos vuelto a tener robos o incendios “accidentales” - dijo remarcando irónicamente la última palabra con una sonrisa forzada, ante la mirada dura de Stein.

-Debería tener cuidado de darle armas a los esclavos, pueden ocurrir accidentes si no saben utilizarlas.

-Gracias por su preocupación, pero he aprendido a disparar cuando tenía trece años y me he encargado de entrenarlos personalmente, así que tienen muy buena puntería. No fallaran si necesitan disparar. ¿A qué debo su visita? -terminó preguntando, ya molesta porque él se metiera a opinar en sus asuntos.

Los hombres detrás de Stein escuchaban atentos el diálogo, manteniendo dentro de su visión a los esclavos armados.

-Hemos decidido armar un grupo de búsqueda en el pueblo dado que hay tres personas que hace días no aparecen y tememos que les haya pasado algo.

-Ohh- dijo Lena pareciendo sorprendida- ¿hay alguna familia afectada, niños?

-No, son tres hombres, su antiguo capataz, Andrew Schiffman y Ricky Fisk.

Lena entrecerró los ojos actuando una cara de desconcierto.

-Disculpe que lo diga de esta forma, pero conociendo las personas de las que hablamos, ¿está seguro que ellos no están en algún otro lugar digamos... un poco pasados de copas?

-No- dijo el hijo de Stein enojado- lo sabemos positivamente, porque ellos venían hacia...

-Hijo – dijo fulminándolo con la mirada- soy yo el que lleva la conversación.

Lena trató de disimular el enojo que sentía, no podía creer que Stein sabía que irían allí y los dejó. ¿Y las armas? ¿Serían para él? Había frenado a su hijo que casi lo dice abiertamente, pero era obvio.

-Estamos seguros, ellos salieron a realizar un recado y no han vuelto- dijo Stein retomando el hilo de la charla.

-Ahhhh, pues nosotros no los hemos visto por aquí, pero si necesita algunos de mis hombres para que lo acompañen en la búsqueda, estaré encantada de prestarle algunos.

-No es necesario, somos suficientes. Si no le molesta, podemos dar una vuelta por la propiedad para ver si podemos encontrar alguna pista.

-Por supuesto, en lo que podamos colaborar, cuente con nosotras, espero que los encuentren pronto y no estén heridos- dijo Lena asombrada de su tranquilidad en la actuación.

No quería mirar a Kate ni incluirla en la conversación porque sabía que estaba nerviosa y las podía delatar.

Stein y sus hombres se dividieron, vio como algunos de ellos hacían preguntas a los esclavos y le gustó la forma en que todos respondían tan naturalmente.

Mientras, Kate avisó en la casa de la presencia de ellos para que las muchachas no salieran. Luego de casi media hora de dar vuelta, Stein y sus hombres volvieron.

-No hemos podido dar con ninguna pista, así que continuamos nuestro camino. Veo que ha estado realizando fogatas, debería tener cuidado que no pase lo mismo que la vez anterior cuando el fuego se extendió- dijo con un poco de burla en su tono.

-La vez anterior el fuego no se extendió, alguien lo inició y claramente no fuimos nosotros. Ahora simplemente estamos quemando la basura de la cosecha y seguiremos haciéndolo- dijo y sin poder resistirlo miró directamente a Stein hijo- hasta que no quede nada.

Adam la miró con odio, aunque no supiera de qué hablaba. No aguantaba a esa mujer soberbia.

-Bien- dijo Adam secamente- tal vez sigamos su ejemplo y nosotros también empecemos a encargarnos de la basura.

Su padre lo miró nuevamente y el muchacho bajó la mirada.

-Nos vamos, que tengan Uds. buenas tardes-saludó Stein espoleando su caballo.

Kate tocó el hombro de Lena cuando vio que se alejaron lo suficiente para no oírlos.

-El hijo de Stein lo sabe- dijo nerviosa.

-No, no lo sabe, habla porque están desconcertados, no encontraron nada ni lo harán y no les gusta estar en desventaja. Sólo sabía que venía por las armas y están desconcertados porque no saben dónde están. Si supieran algo ya hubieran actuado.

- ¿Qué haremos?

-En principio, voy a ir a Nueva Orleans a encargarme de los papeles de los que hablamos, pienso quedarme dos días para hablar con el Señor Wright sobre el detalle del resto de mis negocios.

-Te acompaño.

-No, prefiero que te quedes aquí, coincidiré con el barco de los Henderson en vez del de pasajeros para evitar que lo sepan, necesito que tú te muestres para que no sospechen y pueda hacerlo tranquila. Hablaré con tu Ben para que nos ayude con la guardia, pienso llevarme a Tom y Simon para hacer algunas compras que nos faltan para el campo.

-No es mi Ben- dijo Kate, más molesta por la forma despectiva en que ella lo decía que por lo dicho en si- pero Stein y los suyos no van a quedarse tranquilos.

-Nosotros tampoco. Tom!!!- llamó.

-Sí, ama.

-Quiero que saques parte de las armas que están en el sótano y que armes grupos de acuerdo a la destreza que crees que pueden tener las personas, de mejores a peores. Vamos a enseñarles a

todos a usar las armas.

Tom la miró satisfecho mientras Kate lo hacía horrorizada.

- Cómo te dije una vez, no estamos en una guerra. - le recordó.

-No, pero al menos estaremos preparados si comienza una.

Capítulo 16

La mañana en que Lena iría a Nueva Orleans, Ben llegó temprano a la finca para terminar de delinear los detalles del reemplazo de los dos hombres que la acompañarían.

Kate lo encontró en la cocina con Lucille y Naomi, saboreando uno de los deliciosos pasteles de manzana que cocinaban.

-Lucille, si no estuvieras casada con Tom, me casaría contigo sólo para comer todos los días estos pasteles- dijo Ben engullendo el tercero.

-No creo que sea así, amo Benjamin, Ud. ya tiene sus ojos en otra mujer muy bella y que también cocina muy bien.

-Pero ella no se rinde a mí, me está costando mucho y tú serías un buen reemplazo.

Lucille lanzó una carcajada, mientras Naomi se reía bajito. Kate que se había parado a escuchar, estaba calculando si llegaría a agarrar los pasteles para arrojárselos antes que él la detuviera.

-Eso es porque la ama Kate no es como las mujeres que conoció antes, es una de esas mujeres por las que vale la pena pelear, porque si ella le entrega su corazón, será un hombre afortunado. Y sepa que, aunque yo no sea más que una esclava, si le hace daño a mi ama, lo encontraremos- dijo Lucille con una sonrisa de advertencia mirando a Ben.

-Sí, lo encontraremos- repitió Naomi muy seria.

Las palabras de las mujeres, hizo que el enojo de Kate disminuyera. Le provocó ternura que lo amenazaran y lo dejaran asombrado.

-Parece que todas las mujeres de esta casa son de temer, tienen mi permiso para castigarme si llegara a lastimarla alguna vez- dijo acercándose como para decirles un secreto- pero creo que es más probable que yo salga herido.

-Señor Henderson- saludó Kate interrumpiendo una conversación que estaba revelando demasiado para su gusto- veo que está disfrutando de un rico desayuno, si le parece pasamos al estudio para hablar sobre los reemplazos.

Ben miró exhaustivamente a Kate antes de contestar. Esos ojos color miel sobre su cuerpo, la calentaban, era como si quisiera guardar en su memoria su imagen.

-No será necesario- contestó sorprendiendo a Kate que, aunque lo negara para sí, esperaba pasar un rato con él, - vine sólo a informarles que, a las seis de la tarde, dos de mis hombres se presentarán ante John para reemplazar en la guardia a los que acompañarán a Lena.

-Los estaremos esperando- dijo Kate recobrando la compostura.

-Avísale que ambos saben disparar. Bien damas, me retiro, ha sido un placer la charla con Uds.- y haciendo una reverencia se dirigió para salir por la puerta principal.

Kate lo seguía indignada sin saber por qué, pero antes de abrir la puerta, él se dio la vuelta.

-Estás absolutamente hermosa esta mañana- dijo susurrando bajo en su oreja y haciendo que un hormiguelo la recorriera entera- me pregunto cómo sería levantarme cada día viendo tu bella cara a mi lado.

La miró a los ojos mientras ella trataba de mantenerse firme y no lanzarse encima de él como quería hacer. Luego, sin más, salió por la puerta cerrándola.

Kate observó la puerta, dándole vueltas en su cabeza a lo que él le dijera. Se sorprendió, al tomar conciencia, que ella también pensaba en cómo sería levantarse con él a su lado.

Lena se dirigía con paso enérgico al embarcadero, seguida de Tom y de Simon, para tomar el barco a Nueva Orleans.

Habían pasado varios días desde la visita de Stein y el silencio respecto del paradero de los tres hombres la ponía nerviosa.

Sabía por lo que averiguaron sus esclavos, que se barajaban distintas teorías: que estaban en algún burdel de la ciudad, que se encontraban borrachos y cayeron al río, que alguien les cobró algún vuelto con el que se quedaron, pero ninguno involucraba a Lumière.

No sentía bien dejar a Kate ahora, pero sabía que, aunque le molestara el hombre, Ben no dejaría que nada le pasara porque parecía haberle tomado cariño.

Paró en seco su caminata y casi hace que los hombres se la llevaran por delante, cuando vio a Alex parado en el muelle al lado del barco.

No podía creerlo, tras que ese hombre se colaba cada vez más en sus pensamientos sin permiso, ahora se le ocurría acompañarla en su viaje. Se estaba acercando a saludarla con una sonrisa cuando ella reaccionó.

-Señor Henderson, se ve que no he sido clara cuando le dije que no necesito que esté pendiente de mi seguridad todo el tiempo. Puedo perfectamente dirigirme a Nueva Orleans, sola y custodiada por Tom y Simon, sin tenerlo como un perro guardián. - expresó irritada.

Tom y Simon se miraron sorprendidos ante las palabras de su ama, consideraban a Alex un buen hombre, no sólo por lo que escuchaban, sino por lo que hizo cuando la finca se incendió.

La sonrisa de Alex se borró de su cara y él se acercó amenazante y apretando los labios hacia Lena.

Los hombres reaccionaron acercándose más a su ama.

-Tranquilos muchachos, yo no hago daño a las mujeres. - dijo dirigiéndose a los esclavos – sólo voy a cruzar unas palabras con su ama.

Los hombres retrocedieron, sin perderlo de vista, para darles cierta intimidad.

-En cuanto a usted, Señorita Fairchild, quiero decirle algunas cosas. En primer lugar, no soy sordo y escucho muy bien lo que me dicen, pero no soy bueno siguiendo órdenes. En segundo lugar, se tiene Ud. en alta estima si piensa que voy a organizar un viaje sólo para acompañarla a hacer lo que sea que vaya a hacer a la ciudad. Voy por negocios ya que mañana llega el barco nuevo que he comprado y quiero probarlo. Así que tranquila que pronto ya no tendrá que verme más. Mi abuela, como dama que es, me ha enseñado a ser caballeroso con las mujeres y por eso me adelanté a saludarla. Pero no se preocupe, entiendo que mi presencia le molesta. Jim!!!! – llámó- ven a acompañar a la Señorita Fairchild, ya que parece que mi persona la pone de un humor especial.

Y sin esperar respuesta, se volvió hacia el barco, dejando a Lena sin palabras y muy avergonzada.

Lo había insultado y él la terminó humillando haciéndole ver que no le importaba para nada. Pero lo que más la perturbó fue enterarse que se iría, no sabía el motivo, pero eso le pegaba más fuerte que todas las otras palabras. Movié su cabeza para despejarla y saludó a un sorprendido capitán que llegaba apurado por el grito de Alex.

Navegaron por el río y eso poco a poco fue calmando el malestar de Lena, el ruido del agua

mezclado con el perfume de la rivera, era como un bálsamo para su alma, que oscilaba entre lo que quería y lo que creía que debía hacer.

Miró hacia Tom y Simon que disfrutaban al aire libre mirando los distintos colores que los rodeaban, pero hubiera pagado por retratar sus caras una vez que arribaron al muelle de Nueva Orleans.

Tenían sus ojos iluminados por la curiosidad y la expectación y ella se dio cuenta que las cosas que para ella eran conocidas, para ellos eran nuevas y estimulantes.

-Si esto les sorprende, esperen a ver el centro de la ciudad- les dijo Lena divertida.

-Es que todo es grande, ama, y la gente parece apurada.

-Sí, en las ciudades siempre parece que están llegando tarde a algún lado.

Comenzaron a bajar y sin pensarlo Lena se puso a buscar a Alex entre la gente.

No se acercó a ella en ningún momento desde que embarcaran y parecía dispuesto a seguir ignorándola.

Lo divisó en el muelle yendo sonriente a abrazar a una pelirroja exuberante que se encontraba allí y que lo saludó efusivamente. Parecía que se conocían hace mucho ya que hablaban animadamente y con una gran familiaridad. El capitán también se acercó a saludarla y a entregarle varios paquetes que transportaban.

Lena no quería reconocer que sentía celos, ella tocaba levemente la solapa de la chaqueta de Alex y ese contacto la enfurecía. Lena había tocado más cuando él estuvo en su regazo la noche del incendio, sintió la suavidad de su pelo, el calor de la piel de su rostro. ¡Por Dios!!! pensó, ¿qué estaba haciendo pensando de vuelta en ese hombre? Sin embargo, al ver al capitán regresar, no pudo evitar preguntarle.

- ¿Disculpe capitán, es esa señora parienta del Señor Henderson?

- Señorita Fairchild, no quiero parecerle grosero, pero me debo a mi patrón. Si Ud. quiere saber la relación entre esa señorita y el Señor Henderson, me temo que tendrá que preguntarle a él- respondió el capitán sonriendo ante la cara de ella con su respuesta.

¡Genial!!! Ahora ella misma se había puesto en evidencia.

-Por supuesto, es pura curiosidad, olvídese, es que como no la había visto por Arlington pensé que tal vez sería una prima o algo así.

El capitán soltó una carcajada que irritó más a Lena que su propia estupidez por estar exponiéndose de aquella manera.

-Sin ánimo de ser indiscreto, puedo decirle con certeza que la señorita no es prima del Señor Henderson- dijo y siguió caminando y riendo hacia el barco.

Lena no quería ni darse vuelta para ver si Tom y Simon escucharon el intercambio y les indicó que la siguieran. Cuando pasó por al lado de la pareja, aprovechó para inspeccionar bien a la mujer, tomando nota que era hermosa y refinada. Alex ni siquiera se dignó mirarla o saludarla y siguió hablando con ella.

- ¿Quién es esa bella mujer que acaba de pasar por mi lado y parecía querer asesinarme? – dijo Allie enlazando su brazo con el de Alex y comenzando a caminar.

-Ella se llama pesadilla, pesadilla recurrente - contestó Alex y sintió la risa cantarina de Allie a su lado, mientras se alejaban del muelle.

Lena se dio cuenta que no sólo en Arlington lo relativo a los esclavos era complicado, sino

allí también.

Tuvo que encontrar un establo donde dejaran que Tom y Simon pasaran la noche ante la cara de espanto del conserje del hotel cuando le dijo que quería dos cuartos para sus empleados. Amablemente le informaron que no aceptaban personas de color.

A ellos no parecía importarles dormir allí, estaban acostumbrados a cosas peores, pero ella no podía evitar pensar que no debía ser así.

Decidió reunirse con sus abogados antes que con el abogado que le recomendara el hijo de Carson, simplemente porque confiaba en ellos. Estaban más que acostumbrados a las excentricidades de los ricos, porque si los sorprendía su petición, no lo demostraron. Le indicaron que al día siguiente contaría con todos los papeles si era lo que deseaba. El plan estaba en marcha.

La noche había caído en la finca.

Kate dejó la ventana abierta para que entrara el aire fresco desde fuera. Estaba nerviosa y preocupada por Lena, aunque estuviera acompañada. Seguía inquieta por la escena que viviera con Ben en la mañana, pero trataba de pensar en otra cosa para despejarse.

Estaba casi despojándose de la bata cuando sintió ruidos provenientes de la ventana y una sombra grande apareció. Supo que no llegaría a sacar la pistola que estaba en la mesa de luz y tomó el atizador de la chimenea mientras sentía sus manos poco firmes al sostenerlo.

-Espero que no pienses pegarme con esa cosa en algunas de mis partes importantes- dijo una voz conocida, mientras que el hombre que ocupaba sus pensamientos entraba por la ventana.

- ¿Qué estás haciendo aquí y entrando por la ventana? ¿Cómo puede ser que quienes están vigilando no te hayan visto? – preguntó, al mismo tiempo aliviada e irritación de que fuera Ben quién se colaba por la ventana, pero sin soltar el atizador.

-Olvidas que algunos de mis hombres están haciendo guardia, y justo uno de ellos es quién vigila la casa- dijo sonriendo pícaramente- Cariño, sería bueno que soltaras esa cosa si no vas a golpearme con ella porque me pones nervioso.

Kate se dio cuenta que seguía en posición de ataque y sosteniendo el atizador muy fuertemente. Se relajó y lo colocó en su lugar.

-Vete, no puedo creer que tengas la desfachatez de entrar en mi cuarto y por la ventana.

Ben hizo como que no la escuchaba y se sentó en el borde de la cama con las piernas estiradas y se dedicó a mirarla.

- ¿Sabes que con la luz que entra por la ventana esa bata azul que tienes puesta es de lo más transparente?

Kate soltó un gemido y se alejó de la luz, se había olvidado la poca ropa que tenía y ahora estaba aún más incómoda.

-Dime rápido qué quieres para que puedas irte.

-Lo que quiero no va a ser rápido- dijo recorriendo su cuerpo con la mirada y haciendo que Kate se ruborizara.

- ¿Tan seguro estás de que vas a conseguir lo que quieres? - preguntó indignada porque pensara que ella era fácil

-Más bien es la esperanza del desesperado, que seguridad- contestó levantándose y yendo

hacia ella.

Kate sintió que su enojo dimitía y más aún cuando él suavemente comenzó a acariciar sus hombros y sus brazos por encima de la bata.

-Ambos queremos esto.

-No soy una doncella, Ben, pero no por eso quiere decir que me entregue a cualquier hombre por una noche, sólo porque mis instintos así lo pidan- le dijo un poco dolida porque era verdad lo que él decía, ella quería eso.

- ¿Eso piensas de mí? - dijo levantando con su dedo índice su barbilla para que lo mirara a los ojos- que sólo quiero una noche?

No podía contestarle, por un lado, sabía que él no la utilizaría, aunque hubiera sido un mujeriego. Todas las acciones desde que lo conoció habían sido honorables, siempre estuvo cuando lo necesitó. Tenía sentimientos por él que se negaba a analizar. Ya los había sentido antes, no, incluso eran más fuertes que antes y por eso el dolor sería mayor cuando lo perdiera.

Se dio vuelta para no tener que mirarlo cuando hablara.

-Un mujeriego siempre será uno, no digo que lo hagas a propósito, pero está en tu esencia.

- ¿Qué cosa?

-La conquista, la adrenalina de perseguir a la presa hasta que caiga en tus brazos.

Él se acercó a ella abrazándola por la espalda y colocando la pera en su coronilla.

Kate sintió una oleada de calor en todo su cuerpo.

-No puedo cambiar mi pasado, Kate, fui lo que fui en su momento y no me arrepiento, porque hice lo que quise hacer. Ninguna mujer fue una presa, todas estaban gustosas de dejarse atrapar y no sé en definitiva quién usaba a quien, siempre era yo el que terminaba solo.

Kate lo escuchaba atenta, su voz sonaba melancólica como si en el camino hubiera perdido algo.

-Pero ahora la caza ya no me divierte, y todo por tu culpa.

- ¿Por mi culpa? - preguntó tratando de darse vuelta en sus brazos, pero él no la dejó.

-Sí, porque me has hecho creer que algo diferente es posible para mí- dijo separándose de ella.

Necesitaba alejarse para decir lo que tenía que decir, porque la cercanía de ese maravilloso cuerpo lo estaba haciendo reaccionar y si no comenzaba ahora, no podría hacerlo.

Se sentó en el borde de la cama nuevamente e impidió con un gesto que Kate se sentara a su lado, señalando la silla al lado de la ventana.

Ella la acercó para quedar sentada frente a él. No podía ver bien la expresión de su cara a la simple luz de la vela, pero parecía que le resultaba difícil lo que estaba a punto de manifestar.

Él se inclinó hacia adelante y sin dejar de mirarla directamente a los ojos comenzó a hablar.

-Verás, cariño, desde niño he vivido en una casa en donde el amor y el respeto eran moneda corriente en mi vida. Mis padres se amaban de una forma que a veces hasta me daba vergüenza, por las demostraciones de cariño que se prodigaban y las que tenían hacia nosotros. Nos enseñaron a Lucinda y a mí lo que era una familia, lo que era contar el uno con el otro, lo que era la felicidad compartida con las personas que amas y que te aman. En ese momento, yo era joven y pensaba que quería eso para mí también, formar una familia que compartiera de esa misma forma conmigo.

Kate lo escuchaba atentamente manteniendo sus ojos conectados y permaneciendo inmóvil por

temor a que el mínimo movimiento lo distrajera. Parecía como si estuviera haciendo un viaje al pasado para luego volver al presente.

-Y luego viví cómo el dolor podía reemplazar al amor de un día para otro. Cuando mi padre murió, vi el desconsuelo en los ojos y en el cuerpo de mi madre, sentí lo que es que te queman los ojos de tanto llorar, pensar que no le había dicho suficientes veces que lo amaba, ni lo mucho que lo admiraba, ni que lo iba a extrañar horrores. Me prometí que no quería volver a sentir eso, no lo soportaría nuevamente, estaba seguro, pero lo soporté. Cuando mi hermana murió, me dije que no sumaría más personas en mi vida por las que pudiera sentir dolor algún día. Ir de cama en cama era fácil, mujeres que no querían compromiso sino un buen rato, era un intercambio, no se involucraban sentimientos, sólo placer. Y estaba contento con mi vida, podría haber seguido así, pero llegaste tú...

Kate sentía que el corazón iba a salirse del pecho, la intensidad de las emociones de Ben se reflejaba en sus ojos, a los que si llegaba la luz.

Tenía ganas de tocarlo, de consolarlo. Sabía lo que era ese tipo de dolor, lo sufrió cuando Edward murió.

-Llegaste tú y lo cambiaste todo. Empecé a sentir por otra persona algo que nunca esperé, me sentía feliz cuando te veía, cuando me sonreías, simplemente el estar a tu lado me alegraba el corazón. Quería cosas... como que mi casa te gustara, dormir contigo cada noche y levantarme con tu sonrisa, que me esperaras por la noche y me preguntaras como fue mi día y que tú me contaras el tuyo.

Tragó saliva como si le costara seguir hablando.

-Traté de convencerme que era sólo deseo, por eso te desafiaba, te tocaba y me alejaba, diciéndome que no había nada más, pero me engañaba, porque en los momentos en los que no te encontrabas a mi lado, estabas más presente aquí- dijo señalando su corazón- que nunca.

Hizo una pausa para comprobar que ella seguía atenta, si la horrorizaba lo que decía o la emocionaba, pero Kate seguía impertérrita concentrada en él.

-Estaba decidido a dejarte ir, comenzar a dedicarme a la finca, pasar menos tiempo contigo, esperando que esto que sentía se me pasara. Tenía un gran plan. Y ayer a la tarde, mi madre que me conoce mejor que nadie me dijo algo que me hizo actuar. Ella dijo "sabes, hijo, si alguien me hubiera dicho antes de conocer a tu padre que un día lo perdería, a él y a mi hija dejando un vacío tan grande que a veces se iba a hacer difícil respirar; que en este momento podía elegir no conocerlo nunca y no pasar ese dolor, hubiera elegido haberlo conocido. No es que no me importe el dolor, pero cada minuto de amor que viví al lado de esas dos personas y tenerte a ti y a Alex aún, justifican cualquier dolor que viniera después. Prefiero mil veces haber vivido un amor así en mi vida que nunca llegar a hacerlo"

Kate ya no intentaba retener las lágrimas, tenía ante sí a un maravilloso hombre que le hacía sentir mujer nuevamente, abriendo su corazón.

-Así que aquí estoy, Kate, para decirte que te amo, que quiero compartir lo que tenga de vida contigo y que espero que tú quieras lo mismo- declaró, mirándola con ojos vidriosos.

Kate se levantó lentamente y se colocó a horcajadas sobre él levantando su camisón. Tomó su hermoso rostro entre sus manos y suspiró.

- ¿Sabes lo que es un suspiro?

-No- contestó confundido.

-Es aire que sobra por algo que falta.

- ¿Y qué te falta, preciosa?

-Tú, me faltas tú- contestó besándolo apasionadamente.

Los labios de Kate lo exploraban moviendo su boca con desesperación sobre la de él. El abrió su boca para dejar que ella entrara y sintió que su sangre comenzaba a hervir, cuando imitó con los embates de su lengua, los movimientos que su miembro quería hacer dentro de ella. Empezó a desabrocharle la camisa y él tomó sus manos.

-No voy a hacer el amor contigo, cariño, hasta no me digas lo que sientes.

Kate miró sus manos unidas y tomó valor para hablar.

-No soy una virgen, Ben, es justo que lo sepas.

-Ya lo sabía – dijo él con una sonrisa ladeada - nadie que bese como tú lo haces, puede serlo.

Ella rio y le dio un leve golpe en el hombro.

-Sólo ha habido un hombre en mi vida, Edward. Nos amamos, nos cuidamos, fuimos felices, pero el falleció y mi corazón quedó roto. Yo nunca sentí lo que tú sentiste con el dolor, simplemente tenía la seguridad de que no volvería a amar como lo amé a él. Estaba resignada a no tener a nadie y ser feliz acompañando a Lena en lo que ella decidiera hacer. Pero estaba equivocada, tú volviste a despertar la mujer dormida en mí y volví a amar aún más que antes. Te amo, Ben, te amo.

Las emociones flotaban entre ellos.

Ben, comenzó a deslizar la bata de sus brazos hacia abajo, e iba besando cada porción de piel que dejaba al descubierto. Cuando la bata calló al suelo, él posó su boca abierta en el valle entre sus senos.

-He tenido sueños con tus pechos, Kate, húmedos por mis besos- dijo chupando su pezón a través de la fina tela del camisón, mientras Kate llevaba su cabeza hacia atrás.

Él llevó la atención al otro pezón, humedeciéndolo también, mientras su mano se deslizaba hacia abajo por su vientre, hasta su entrepierna.

-Dime, preciosa, ¿esta humedad es por mí? - preguntó presionando su mano sobre esa zona.

Kate bajó la cabeza y mordió su labio inferior, chupándolo después.

-Sabes que sí- dijo ella y para sorpresa de Ben, levantó su camisón y se lo sacó por la cabeza quedando desnuda ante él.

-No llevas ropa interior- gimió, viendo esos rizos rubios que cubrían su centro.

-No cuando duermo- contestó sacando la camisa de Ben y comenzando a acariciar su pecho- Amo que seas tan fuerte y a la vez tan suave.

Las caricias de Kate hacia arriba y hacia abajo lo estaban volviendo loco así que se llevó uno de los pechos a la boca distrayéndola, y succionando hasta que sólo quedaba su pezón dentro. Ella se movía sobre su miembro excitándolo aun cuando conservaba el pantalón puesto.

-Si sigues moviéndote así, vamos a terminar muy pronto- dijo Ben, sintiendo que su control iba cediendo.

-Te quiero dentro de mí ahora, luego te puedes tomar tu tiempo, quiero sentirte desnudo.

Ella lo ayudó a sacarse las botas y el pantalón y se quedó mirando su miembro erguido.

- ¿Te gusta lo que ves? - preguntó él viendo que ella se lo quedaba mirando.

-Es más grande de lo que pensé- contestó volviéndose a poner a horcajadas sobre él.

-Menos mal, ahora me siento mejor- dijo Ben mientras ella reía.

Kate tomó el miembro en sus manos y lo guio a su centro. Luego sin dejar de mirarlo se fue dejando caer sobre él. Cuando sintieron que estaba bien adentro, ambos gimieron de placer y ella comenzó a moverse lentamente hacia adelante y hacia atrás mientras se besaban una y otra vez.

Ben tomó las riendas y comenzó a guiar a Kate en un ritmo más frenético, levantándola y bajándola sobre él. Se puso de pie, sin soltarla, y sosteniéndola por sus nalgas comenzó a deslizarla arriba y abajo de su miembro cada vez más rápido.

Ella gemía entrecortadamente y susurraba su nombre mientras sentía que el orgasmo se acercaba, aferrada a sus hombros para no caerse. Ben quería verla llegar antes de encontrar su propio placer. Cuando Kate estalló, su centro se cerró alrededor de su miembro, y él se tuvo que sentar para encontrar su propio clímax, mientras los espasmos los recorrían a ambos.

Kate cayó desmadrada sobre el pecho de Ben, jadeante, y sintiendo los latidos acelerados de su corazón.

- ¿Estás bien? - preguntó Ben acariciando su espalda desnuda.

-No sé si podré volver a moverme- dijo, sintiendo la risa de Ben en su oreja.

-Pues más vale que puedas, porque pienso hacerte el amor al menos dos veces más esta noche- anunció poniéndose sobre ella- y esta vez yo voy arriba.

Ben cumplió su promesa y la amó dos veces más esa noche, Kate se preguntaba si ella alguna vez se cansaría de que él le hiciera el amor, porque sólo con tocarla ella se encendía.

Se quedó dormido a su espalda, con un brazo a su alrededor y una pierna sobre la de ella. Apenas empezaba a ver una luz en la ventana cuando sintió sus labios en la nuca y descendiendo por su columna.

-No empieces algo que no puedas terminar porque voy a enfadarme mucho. Debes irte, casi amanece.

Ben gruñó una protesta y le mordió el trasero, lo que la hizo saltar.

Salió de la cama yendo a buscar su ropa tirada en el piso, mientras Kate apoyada en un brazo sonreía satisfecha y se deleitaba con el fabuloso cuerpo que no pudo ver la noche anterior.

Cuando estuvo vestido, se acercó a la cama.

-Lástima que no tenga tiempo para lamer cada parte de ese cuerpo – dijo bajando la sábana que ella tenía sujeta y lamiéndole un pezón -... por ahora.

- ¿Cuándo vuelve Lena? -preguntó sentándose para ponerse las botas.

-Hoy en la noche, ¿por qué?

- Porque necesito hablar con ella

- ¿Sobre qué? - cuestionó Kate con pavor.

-Sobre nosotros, por supuesto.

- Por Dios! ¿no pensarás contarle lo que pasó?

-No voy por ahí dando detalles de mis andanzas, pero si crees que es necesario para instruirte, puedo hacerlo- dijo divertido con el apuro de Kate.

Ella agarró una almohada y lo golpeó mientras él reía.

-Hablo en serio- dijo envolviéndose en la sábana y pasando por detrás de él para bajarse de la cama- ¿Qué vas a decirle?

-Voy a decirle que te amo- dijo acercándola a su cuerpo y besándola en el cuello- y que quiero hacer de ti una mujer honesta.

-Soy una mujer honesta- dijo enfadada, pero al mismo tiempo ladeando su cabeza para darle

mejor acceso a su cuello.

-Dios!!! Bien, una mujer casada entonces. - rectificó.

Kate lo empujó hacia atrás tratando de que no cayera su sábana.

-Claro que no, primero deberías hablar conmigo. No me has pedido casamiento y no sabes si diré que sí.

-Me parece que dijiste varias veces que sí anoche- dijo alzando una ceja.

-Era sí a otras cosas- dijo entrecerrando los ojos- y ni se te ocurra pedírmelo ahora, porque antes quiero... algo más- protestó cuando vio que el casi se arrodillaba.

- ¿Qué es ese algo más que quieres? - preguntó ya impaciente.

-Bueno, yo... eh... quiero ser cortejada. - dijo con vergüenza.

- ¿Cortejada?, se supone que lo que acabamos de hacer es como termina el cortejo y empieza el casamiento, cariño.

- Eso es un detalle. He tenido demasiadas cosas no convencionales en mi vida, quiero una que la sea. ¿Tan difícil es? - le dijo con tristeza.

Ben se quedó mirando a esa hermosa mujer semidesnuda. Su pelo rubio caía lacio hasta la cintura y su boca estaba hinchada por sus besos.

Vio su vulnerabilidad al pedirle lo que le pedía y se dio cuenta que era importante para ella.

La levantó en vilo y la besó con fuerza.

-Bien, te cortejaré, pero ni pienses que voy a dejar de disfrutar de este cuerpo en el proceso o sino será un cortejo corto, muyyyy corto.

Kate sonrió y lo besó mientras él la bajaba y salía por la ventana.

Ben llegó a su casa rápidamente y eufórico, pidió un baño en su cuarto para estar presentable, y desayunar con su madre sin que se diera cuenta que había pasado la noche fuera.

Cuando entró en el comedor ella ya estaba sentada a la mesa desayunando y lo saludó con una sonrisa.

Se sirvió varias porciones y comenzó a comer como si nada pasara.

-Espero que cumplas con tu deber después de haber comprometido a la muchacha- dijo su madre, al tiempo que untaba tranquilamente mermelada en una tostada, y haciéndole casi escupir el café.

Se la quedó mirando, nunca entendía como ella siempre estaba al tanto de todo. Desde que Lucinda y él eran pequeños, nunca podían ocultarle nada. No tenía sentido mentirle.

-Quise hacerlo, pero ella no quiso. - le respondió.

- ¿Te rechazó? – preguntó incrédula.

-No exactamente, quiere que la corteje.

La sonora carcajada de su madre lo hizo sonreír. Ella se secó las lágrimas de risa y se acercó a besar a su hijo.

-Me parece bien, ella te hace feliz, Ben, veo una antigua chispa en ti que no veía hace tiempo- dijo mientras iba saliendo del comedor.

-Igual querido, yo no aconsejaría un cortejo largo, sino, tendremos que decir que mi nieto nació prematuro- soltó sonriendo.

-Maldición- dijo Ben cuando la impresión hizo que se le cayera el café encima.

Eran muchas cosas para asimilar y ahora su madre le sumaba una más. Había pensado en su vida con Kate, pero no en la bendición de un hijo...y le gustaba. Sería cuestión de ver la ventaja, tendrían que pasar largas horas buscándolo.

Capítulo 17

Cuando casi estaba anocheciendo, Lena llegó a la finca cansada del viaje, pero contenta de haber cumplido con todo lo que tenía que hacer en Nueva Orleans.

No había vuelto a ver a Alex y el capitán le dijo que retrasó su regreso un día por temas pendientes. Pero ella sabía que era su culpa, se sintió ofendido por lo que le dijo y ahora la evitaba.

Es mejor así, pensó, las distracciones no eran buenas en estos momentos.

Subió a su habitación, luego que le dijeran que Kate estaba en Arlington, comprando algunos víveres que se necesitaban.

Se sumergió en la bañera ni bien Naomi salió de la habitación y se relajó con el agua caliente.

Poco después sintió un golpe en la puerta y a Kate que entraba saludando.

- ¿Cómo te fue en Nueva Orleans? -preguntó.

-Muy bien, pude hacer todos los papeles con nuestros abogados y he traído las cartas para entregarlas.

-Qué bien- dijo Kate sin entusiasmo, como si estuviera distraída.

Lena la sentía nerviosa porque frotaba sus manos y se mordía el labio inferior, como si quisiera decir algo, pero no se animaba.

- ¿Alguna novedad por aquí? -preguntó tratando de ayudarla.

-Bueno en realidad todo tranquilo y sólo para que sepas... Ben va a empezar a cortejarme-informó rápido como si le dijera algo al pasar.

Lena perdió el equilibrio en la bañera y se hundió en el agua. Kate se apresuró a ayudarla, mientras ella tosía para respirar.

- ¿Qué has dicho??? ¿Qué va a qué? - preguntó con un tono casi de histeria en la voz.

Kate se paró, ahora sí visiblemente nerviosa, y comenzó a pasearse de un lado al otro de la habitación hablando rápido.

-Todo fue de prisa, no lo planeamos, pensé que no iba a volver a enamorarme, pero él estaba ahí y pasó y me dijo que me ama, pero yo le dije que no me casaba sin un cortejo, porque es algo que toda mujer debe tener y...

- ¡Por favor, Kate!!! ¿Además de casi ahogarme quieres marearme con tanta caminata y parloteo?

-Bueno-dijo sentándose- él va a cortejarme para luego pedirte mi mano.

- ¿Y cuándo sucedió esto? ¿Cómo es que recién me entero? - no le gustaban este tipo de sorpresas.

-No puedo decirte cuando pasó, pero él vino anoche y me abrió su corazón. El único amor permanente que he tenido en mi vida es el que siento por ti desde que naciste, y para mí era más que suficiente, pero Ben me hizo ver que podía volver a sentir como una mujer. Lo amo, Lena... ¿Estas enfadada?

Lena miró a Kate y sintió una tormenta de emociones que la azotaba.

Ella siempre había sido su ancla, podía contar con ella en los peores momentos para que la ayudara a seguir adelante. Nunca le había pedido nada, nunca, y la había seguido incluso allí, sólo porque la amaba.

La iba a perder, ya no estaría allí, tendría una familia que la demandaría y sólo, tal vez, se

verían para tomar un té y hablar de vanidades.

Sintió la angustia subir a su pecho, era la última persona que le faltaba perder en su vida y sin embargo sabía que, si le pedía que no se casara, ella le daría el gusto. Pero no era justo, Kate se merecía ser feliz.

-No, no estoy enfadada, sólo sorprendida- dijo saliendo de la bañera envuelta en la toalla, y dándole la espalda para que no le viera la cara.

Ganó tiempo, poniéndose una bata y peinándose el pelo para recomponerse antes de volver a mirarla.

Se acercó a ella y la abrazó.

-Si te hace feliz, no tengo nada que objetar.

-Sí, me hace feliz- le confirmó abrazándola también.

-Entonces dile que quiero tener una charla seria con él- le pidió separándose de ella.

Kate se rio.

-Seguro que le va a encantar, se lo diré. -dijo con ironía.

-Cuanto antes mejor, por ahora, mañana necesito que me acompañes cuando hable con los esclavos, ya le he dicho a Tom que los reúna a todos antes de que vayan a los campos. Será temprano.

-Allí estaré, piensa que no sólo cambiarás la vida de esas personas, sino que estarás haciendo historia. Te dejaré descansar para que estés lista. - dijo dándole un beso y saliendo del cuarto.

Lena se quedó mirando la puerta cerrada. De ahora en adelante iba a estar sola, verdaderamente sola.

Stein dejaba que sus pensamientos vagaran mientras disfrutaba de uno de sus puros importados.

A pesar de los esfuerzos y recorridas en la zona no habían dado con Cook y los otros dos hombres que lo acompañaban. Su hijo le había dicho que mientras las mujeres de Lumière estaban en la reunión del pueblo, irían a buscar el cargamento de armas que tuvieron que dejar en el sótano de esa finca; pero nada de lo que averiguaron hacía pensar que pasaron por allí.

Tanto la Señorita Fairchild como todos sus empleados se mantuvieron dentro de la misma historia.

-Padre- dijo su hijo entrando bruscamente en su despacho- debes hacer algo con esa maldita muchacha.

Stein miró a su hijo y maldijo por dentro, se había casado con una mujer hermosa, pero de poco seso y parecía que su hijo lo heredó también. A veces se preguntaba si realmente sería su hijo, pero dudaba que la que fuera su esposa se hubiera atrevido a engañarlo.

- ¿Qué pasó ahora? -preguntó impaciente cuando vio que su hijo se sentaba.

-Nada en particular, es que no encontramos a Cook y sus hombres y sé que ella tiene algo que ver.

- ¿Y qué crees exactamente, que los mataron, que los tienen retenidos? ¡Piensa!, son dos mujeres y un montón de esclavos, seguramente esos idiotas hayan caído borrachos al río y se hayan ahogado, como le pasará al resto de esos amigos estúpidos que tienes.

-No son estúpidos- contrarrestó.

-Sí que lo son- dijo levantándose y dando vuelta al escritorio – al igual que tú, sino cómo se explica que hayan dejado un cargamento de armas como ese en esa finca durante tanto tiempo.

-Yo lo recuperaré- dijo entre dientes.

-No- ordenó Stein golpeando la mesa- no harás eso, ya está perdido, devolveremos el dinero diciéndole que no llegaron y lo descontaré de tus ganancias.

-Pero...

-Basta!! Tenemos un negocio que funciona bien, no lo arruines, por ahora no se han dado cuenta las rutas que utilizamos para el contrabando y pretendo que siga así. Cualquier estupidez nos puede delatar, así que no hagas nada hasta que yo te diga. Y ahora vete que quiero un poco de paz.

Stein vio a su hijo salir de la oficina, y pensó que en algo tenía razón, tenía que hacer algo para hacer que la muchacha quisiera irse, pero tenía que ser rápido.

El día amaneció soleado y ni una nube asomaba en el cielo, mirando hacia arriba Lena pensó que era un lindo marco para la noticia que tenía que dar. Caminaba con Kate, que estaba feliz, no sabía si por lo que iban a hacer o por el cortejo de Ben, y llevaba en una caja cada carta de liberación.

Con la efectividad de siempre, Tom reunió a todos frente a las barracas, incluso el personal de la casa, estaba presente.

A pesar que era una buena noticia para dar, Lena estaba nerviosa, quería decir unas palabras antes, para que entendieran por qué lo hacía. No quería pensar cuántos decidirían irse cuando quedaran libres.

Miró a esas personas, más cambiadas que la primera vez que las vio, notó expectativa en sus caras, pero ya no había temor.

Vio a Mamma Joy que la miraba con una sonrisa de oreja a oreja y asentía, como si supiera lo que iba a pasar. Tomó valor y empezó.

-Siempre que me he dirigido a Uds. en este lugar, ha sido para plantear cambios que han modificado muchas cosas y por supuesto, esta no es la excepción. Me ha tomado mucha reflexión llegar a esta decisión, no porque no creyera en ella, sino que me enfrentaré a muchos detractores. Me crié en un país diferente, pero hay cosas que no tienen que ver con el lugar donde uno nace sino con lo que realmente cree que es justo y correcto. Y no considero correcto que una persona pueda poseer a otra como una cosa.

Ahora sí, comenzó a ver algunas caras de pánico entre los esclavos. Sabía que muchos aún no entendían lo que quería decirles, tal vez pensarán que los iba a vender o entregar a otros.

Sólo Tom la miraba fijamente con la emoción reflejada en su rostro, apretando fuerte la mano de una asustada Lucille, que se encontraba a su lado.

-Creo que al final el discurso se ha hecho más largo de lo que pensaba. El hecho es que he tomado la decisión de darles a todos y a cada uno de Uds. su libertad.

El silencio cubrió la mañana, un silencio impregnado de las emociones de personas que estaban tratando de asimilar sus palabras y entender si era real lo que estaban viviendo.

-A partir de hoy podrán decidir si quedarse o irse, si se quedan será como empleados y recibirán un salario como cualquier trabajador, si se van pueden elegir trabajar en otro lado. Vamos a entregarle a cada uno, una carta, no la pierdan, es lo que valida su libertad.

Ahora el silencio era interrumpido por sollozos apenas audibles.

Se iba a dar vuelta para tomar la primera carta cuando Tom se le acercó.

-Ama, no soy bueno con las palabras, pero creo que en este momento voy a ser el único capaz de hablar y espero poder hacerlo reflejando lo que sentimos. Toda nuestra vida hemos sido poseídos por otra persona. Nacemos sabiendo que, aunque formemos una familia, un día nuestro amo nos la puede quitar para venderla a otro, que nuestras hijas pueden ser abusadas sin que podamos evitarlo, que podemos ser el objeto para descargar la furia que no pueden descargar en otro lado y que nuestras espaldas desde pequeños estarán marcadas por el látigo de algún capataz. Nuestra esperanza es simplemente seguir juntos y sobrevivir un día más.

Kate lloraba detrás de Lena, la sentía sonarse la nariz mientras ella permanecía concentrada en Tom. Pero las lágrimas, como siempre, le eran ajenas.

-Cuando llegó- continuó Tom- al poco tiempo nos dimos cuenta que Dios las había enviado a la ama Kate y a Ud. Por primera vez vimos que alguien nos miraba, realmente nos veía. Jamás de sus bocas salió la palabra esclavos e impartió justicia cuando el capataz se equivocó. No puedo agradecerle con un abrazo como quisiera, porque no es correcto. Pero sé que en su país las personas se postran ante su rey como señal de respeto y reconocimiento, hoy Uds. son nuestras reinas, mi reverencia es un “gracias y que Dios las bendiga”.

Lena vio con estupor como todos los esclavos se inclinaban y le hacían a ella y a Kate una reverencia. Pero si creía que eso iba a minar sus emociones, nunca imaginó lo que le produciría ver las caras de esas personas. Inclinadas como estaban, todos la miraban, sus rostros reflejaban años de sufrimiento que llegaban a su fin, esperanza de que algo nuevo arribaba a sus vidas, alegría por sus familias y, sobre todo, una fe inquebrantable en su Dios que hoy les regalaba un milagro. Cuántas cosas podía decir la cara de una persona, sin siquiera emitir sonido.

Sin saber cómo iba a seguir, se dio vuelta hacia Kate pidiendo ayuda y ésta se le acercó.

-Sólo un momento más, Lena, ellos necesitan que les dejes hacer esto, no tienen nada que darte, por eso te dan su respeto y es importante que lo aceptes- susurró Kate mientras Lena asentía.

Luego de unos minutos que a ella le parecieron horas, se pararon mirándola expectantes.

-Gracias por tus palabras, Tom- dijo carraspeando porque tenía su garganta cerrada- y a todos por esta muestra de agradecimiento. Cada uno de Uds. y sus familias recibirán las cartas. Como dije, podrán decidir quedarse o no, necesito que en dos días me den su decisión, ya que, con la cosecha, es necesario saber con cuantas personas contaremos. Les pido que cuando escuchen su nombre se acerquen para que podamos entregarles el documento.

Lena fue nombrando uno a uno, incluso a los niños particularmente, para que ellos tuvieran su momento también.

Se dio cuenta que sólo quienes sabían leer, gracias a la escuela de la Señora Henderson entendían lo que decían los documentos, los demás miraban el papel creyendo en sus palabras, y que decía que eran libres.

Las personas iban pasando y la última fue Mamma Joy, no sabía si era por el destino o porque Kate la había dejado para el final. La mujer no había borrado la sonrisa de su cara desde el inicio. Se acercó lentamente, con ese paso silencioso y tranquilo de quien no tiene prisa porque sabe a dónde va. Cuando llegó a su lado, tomó el papel de las manos de Lena y lo entregó a Kate y luego tomó entre sus manos callosas y ásperas las blancas y sedosas de Lena.

-Sé que tal vez no sea correcto este contacto físico con mi ama, pero ya tengo muchos años para que me importe si me rechazas.

-No lo haría Mamma Joy. - le aseguró Lena.

-Lo sé, pero igual quería cerciorarme. Lo que has hecho hoy es algo que tal vez te traiga muchos problemas y te aleje de muchas personas. Quiero que sepas que independientemente de ello, sí ha dejado huella, en cada uno de los que está aquí. No es que nos has devuelto la fe en el hombre blanco, pero sí la fe en pensar que hay más personas como tú ahí fuera, que son cristianos y entienden las palabras de Nuestro Señor como tiene que ser. Pensé que partiría sin mi libertad y tú me la has regalado, un “gracias” no es suficiente, por eso vuelvo a repetirte este consejo que es mi regalo para ti: si no abres tu corazón, dejarás que la oscuridad te envuelva y nunca más la luz entrará en tu vida. Lucha pequeña, todavía hay tiempo- apretó suavemente sus manos entre las suyas una última vez y retrocedió.

- ¿Lo sabías, sabías de esto antes que lo dijera? - le preguntó a la anciana.

-Las almas del río me cantaron que sería libre antes de mi partida, las mismas que me han dado este mensaje para ti. No te queda mucho tiempo, muchacha, deberás elegir.

Lena no se dio cuenta que se había quedado pensativa mucho tiempo digiriendo las palabras de Mamma Joy hasta que sintió la mano de Kate en su hombro.

-Lena, todos están esperando que digas algo más o que les des alguna orden de cómo seguir- dijo Kate mirándola con preocupación.

-Sí, claro- le contestó- Pueden seguir con las tareas de la mañana. Tom será el encargado de recopilar los nombres de las personas que se quieran quedar y de los que quieran irse para entregármelos. Eso es todo.

Vieron como los esclavos volvían cada uno a sus tareas, no había gritos de júbilo ni saltos de alegría, sólo abrazos entre las familias y llanto, como si cualquier expresión un poco más fuerte, de lo que sentían, pudiera hacer desaparecer este regalo del cielo que estaban recibiendo.

¿Cómo puedes cambiar la realidad de una persona que toda su vida ha sido sometida y decirle que es posible decidir por sí mismo?

Ambas volvieron a la casa en silencio.

Kate iba caminando y evaluando el arco iris de emociones que habían pasado por la cara de Lena.

Vio reflejado en ella el sufrimiento que había tenido en todos esos años de abandono de las personas que amaba, por eso se identificaba tanto con los esclavos, ella era esclava dentro de los muros que había creado a su alrededor, pero era por propia voluntad. Era aún peor, porque ella misma había puesto el candado, tenía la llave y no quería usarla.

La charla que le vio tener con Mamma Joy la desconcertó, era como si esa mujer estuviera viendo dentro del alma de Lena y la estaba conminando a que luchara. ¿Pero cómo hace una persona para luchar contra ella misma?

Tomó conciencia del impacto de su decisión de aceptar el cortejo de Ben, en cierta forma la abandonaba también. La angustia la invadió, había estado tan contenta y enamorada de ese hombre, que le hizo olvidar cómo impactaría en Lena.

Le había dado la noticia sin anestesia. Recordaba cómo le había dicho que quería hablar con Ben, el primer instinto era asegurarse que él no le hiciera daño y no le puso reparos, aunque eso implicara que se quedaría sola.

- ¿Estás bien? - preguntó Lena deteniendo su andar, Kate no se había dado cuenta que el shock de todo lo que estaba asimilando, la había hecho frenar de golpe.

-Sí, si- se apresuró a contestar- es que recordé que había olvidado comprar algunas cosas en el pueblo.

-No te preocupes, podemos ir en un rato.

-Claro- dijo pensando que más tarde tenía que encontrar una excusa para visitar a Ben, debía ver cómo hacer para que Lena no se quedara sola y pensaba que Alex era la respuesta.

Jenna venía caminando del huerto de detrás de la casa donde había ido a recoger unas manzanas, ya que su madre estaba empeñada en hacer pastelitos para el té.

Todos estaban contentos con la noticia de su libertad, las personas hablaban de proyectos, sueños, cosas que podrían hacer y comprar. Todos menos ella. En algún momento había tenido sueños, pensaba enamorarse, tener una familia, hasta ser libre.

Simon estuvo presente en esos sueños muchas veces, él se había acercado a ella lentamente y sólo le robó algunos besos que hacían que su corazón se disparara.

Pero todo cambió la noche que se la llevaron a ella y a otras muchachas de fincas vecinas, esa noche y las que siguieron, ellos le robaron todo, su alma, su corazón, su dignidad, su esperanza.

Le llevó casi un mes recuperarse de las heridas físicas, las otras ella sabía que no se curarían. Se llevó la mano al vientre por el dolor, hacía varios días que lo venía sintiendo y lo ignoraba. Nadie lo sabía, ni lo sospechaba, se había encargado de ocultarlo; la vergüenza y el odio habían ido aumentando y ahora ya no podría negarlo. Sólo Simon lo adivinó y aunque esperó su rechazo, su asco, sólo recibió cariño. Lo alejó de ella, lo ignoró, lo maltrató, pero él siempre regresaba.

Tuvo que soltar la cesta cuando el dolor se hizo insostenible, sintió cómo resbalaba un líquido por sus piernas y se sentó por un momento. ¡Dios mío! Es la hora, pensó y la invadió un pánico horrible.

Tenía planeado todo lo que haría, ese bebé no se quedaría con ella, lo tendría sola y lo dejaría en la finca vecina, alguien lo criaría, no deseaba ver las señas de ninguno de esos hombres en su cara, no podía ni quería a ese niño.

Pero como siempre, la suerte no estaba con ella, porque allí, paralizado, mirándola, estaba Simon con los ojos casi desorbitados.

Lo vio correr hacia ella y arrodillarse a su lado, estaba pálido y su mirada estaba fija en el vestido mojado de Jenna.

- ¿Necesitas que te lleve al baño? - preguntó dubitativo.

-No es lo que piensas, es otra cosa, ya te lo he dicho, vete y déjame sola.

-Si es otra cosa ¿qué es?

-No te importa.

-Vas a tener al bebé!!!- casi gritó

-Cállate!! – dijo mirando hacia todos lados para ver si alguien lo había escuchado- no quiero que nadie sepa.

-Voy a llamar a tu madre.

-Noooooo!

-No te estoy preguntando Jenna, te estoy diciendo lo que voy a hacer.

- ¿Y qué hay de lo que yo quiero?

- ¿Crees que no sé qué no quieres al bebé? No puedes deshacerte de él.

-Soy yo la que lo llevo en el vientre y yo decido lo que haré con él. Voy a entregarlo, no a deshacerme de él.

-Eso lo veremos- sentenció levantándola en brazos mientras ella protestaba por lo bajo para no alertar a nadie.

-Bájame! ¿A dónde me llevas? - dijo con terror en la voz cuando vio que él se dirigía a la puerta de la cocina.

-A que tengas tu bebé como Dios manda.

Jenna protestaba y se retorció en sus brazos, pero sin lograr nada, porque el dolor se hacía más intenso cada vez, las lágrimas de impotencia comenzaron a surgir sin que pudiera frenarlas.

-Por favor, Simon, no me lleves allí, no quiero que lo sepan.

-Lo siento- dijo parando frente a la puerta de la cocina- puede ser que en este momento me odies, pero te quiero Jenna y no voy a dejar que tomes una decisión que puede arruinarte el resto de tu vida.

-Mi vida ya está arruinada.

-No, no lo está, y hasta que puedas verlo, voy a estar ahí para recordártelo y me encargaré que todos los que te aman también lo hagan.

Abrió la puerta con ella en brazos y se encontró con que en la cocina no sólo estaban Lucille y Naomi, sino Lena y Kate.

-Jenna, ¿qué ha pasado, estás lastimada? ¿Te has caído? - preguntó su madre preocupada y acercándose.

Simon no hablaba, dejando que Jenna lo dijera, pero ella estaba demasiado conmocionada y escondió su cabeza en el hombro de Simon.

-No está lastimada Lucille, creo que el bebé ya viene- dijo Kate sorprendiendo a todos y salvando a Simon de tener que dar la noticia, quien le agradeció con una mirada de alivio.

Jenna levantó su cabeza para mirarla asombrada, pensaba que nadie lo sabía. Leyendo su pregunta Kate habló.

-Lo sospechaba desde hace un tiempo, pero no era algo que me correspondía a mí comentar. Jenna era quien debía decidir cuándo hacerlo- argumentó.

- ¿Un bebé- dijo Lucille emocionada- pero por qué no nos dijiste nada, hija?

La mirada atormentada de su hija fue la mejor respuesta que le pudo dar.

Lucille entendió en ese momento cuán desubicada fue su pregunta.

Lena estaba desconcertada, si bien no estaban casados, no entendía por qué todo aquel drama por un bebé, como si fuera algo catastrófico que naciera fuera del matrimonio. Pensó que podía deberse a que el bebé no tenía carta de libertad.

-Jenna, puedes quedarte tranquila, en cuanto nazca el bebé y le den el nombre, él también será libre como Uds. – le prometió mientras eso desataba un llanto aún más fuerte.

Naomi estaba petrificada mirando a su hermana, con lágrimas y una tristeza profunda reflejada en su cara.

-El bebé es de uno de esos...- comenzó a preguntar, pero Simon la interrumpió.

-Es mío, Naomi, el bebé es mío y de Jenna- dijo apretando suavemente el cuerpo que tenía en sus brazos contra el suyo.

-Simon, no tienes que ...- dijo Jenna.

-Basta! - ordenó- tenemos un bebé que traer al mundo y me parece que es hora que nos pongamos a ello.

Todas parecieron reaccionar antes las palabras de Simon.

-La llevaremos a una de las habitaciones de invitados, será más grande y estará más cómoda- dijo Lena -Naomi, creo que la habitación azul está buenas condiciones ¿no?

-Podemos hacerlo en el cuarto de las muchachas, ama, no es necesario que se moleste- señaló Lucille

-No, lo haremos en el cuarto azul. ¿Tenemos que llamar a un médico?

- Ningún médico vendrá por una esclava, ama.

-Bien, entonces somos nosotras.

-Iré a llamar a Mamma Joy, ella tiene mucha experiencia en partos- dijo Lucille que, antes de salir corriendo, besó la coronilla de su hija que seguía en los brazos de Simon.

De modo eficiente cada una se fue ocupando de algo, mientras Naomi y Lena juntaban toallas y calentaban agua. Kate subió con Simon a la habitación y luego de hacerlo esperar fuera, ayudo a Jenna a lavarse y cambiarse, sin que la muchacha abandonara el llanto silencioso y su mutismo.

Ella no se animaba a preguntarle nada, temía que esa angustia afectara al bebé que estaba por venir, pero presentía por qué estaba sufriendo tanto.

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

-Simon, dije que esperes afuera- dijo Kate con enojo.

-Soy Tom, ama, quiero ver un momento a mi pequeña.

Kate miró a Jenna que seguía llorando y negaba enérgicamente con la cabeza.

-Ehhh, Tom, estoy terminando de ayudar a Jenna a prepararse para el parto, será mejor que dejemos la visita para después, no está presentable. - la ayudó Kate.

No hubo respuesta de parte de Tom y pasado un minuto pensaron que se había ido, pero de pronto se escuchó su voz emocionada del otro lado de la puerta.

-Entiendo, igual necesito decirle algo a Jenna, y lo haré a través de la puerta si no puedo hacerlo frente a frente.

Jenna miraba la puerta como si pudiera ver a través de ella. Kate sentía que estaba de más en esa habitación escuchando una conversación que debía ser privada. Se aproximó a la cama, se sentó y tomó una mano de la muchacha entre las suyas. Ella trasladó su mirada triste de la puerta a ella, sin apartar la mano y volvió a centrar la atención en su padre.

-Cariño, sé que este debe ser un momento duro, pero quiero que sepas que estoy aquí para ti y que nunca podré expresarte lo orgulloso que me siento. Fallé en protegerte una vez- comenzó Tom y su voz se quebró mientras Jenna apretaba la mano de Kate y más lágrimas se derramaban de sus ojos- pero no volveré a fallar. Te prometo por mi vida, que tú y mi nieto siempre estarán a salvo. Te amo hija, con toda mi alma.

Eso fue el límite de las fuerzas de Jenna que se abrazó a Kate con sollozos que sacudían su cuerpo.

-Ama, ella...- intentó Tom.

-Sí, Tom, ella te ha escuchado, pero ahora necesita descansar. - le dijo Kate sabiendo lo que él quería saber- Dile a las mujeres que no suban hasta que vaya a buscarlas.

-Se hará como pide, ama.

Quería ganar un poco de tiempo para calmar a Jenna. Acunó en su pecho a la muchacha, meciéndola, y ella se dejó hacer sin protestar mientras sacaba con el llanto toda la pena contenida.

Kate no conocía bien la historia. Desde que ella hablara el día que había muerto Cook, se imaginó lo que podría haber pasado y lo que significaba ese bebé, pero no tenía certezas.

Pasaron treinta minutos antes que la muchacha finalmente se calmara con hipidos que, parecían más esfuerzos desesperados por respirar, que la finalización del llanto.

- ¿Cómo te sientes? -preguntó Kate tocando la panza de Jenna, para hacerle saber que le preguntaba por el parto y no por la verdadera razón de su angustia.

-Duele y mucho- dijo la muchacha agradeciendo que Kate no le hiciera preguntas.

- ¿Crees que ya podemos llamar a las demás?

-Si.

Le acomodó las almohadas para que ella estuviera cómoda y se dirigió a llamar a las demás.

-Gracias, ama- logró decir con una voz apenas perceptible.

-Descansa un rato que vas a necesitar todas tus fuerzas- dijo Kate mientras iba en busca de las mujeres. Hizo una nota mental que Lena debía decirle a todos los esclavos que las dejaran de llamar ama. Eso le había resultado extraño desde el principio, pero ahora comenzaba a ser molesto. Se sentía débil, su cuerpo parecía haber absorbido el dolor de Jenna para poder calmarla.

Estaba bajando las escaleras cuando Ben que estaba en el rellano esperándola, la vio.

Subió de dos en dos los escalones preocupado por la expresión en su cara.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó escrutando su rostro como si pudiera encontrar allí la respuesta.

Sin importarle que Alex y Lena estaban abajo, le rodeó la cintura con sus brazos y se abrazó a él colocando su cabeza en la base de su cuello. Él le devolvió el abrazo al instante, atrayéndola a su cuerpo.

-Ahora si- dijo enviando el aliento sobre su piel.

Su angustia se fue diluyendo mientras permanecía allí abrazada a él, su simple presencia le traía paz, como un mensaje silencioso, de que todo iba a estar bien.

Lena miraba la escena con una mezcla de ira y celos que la fastidiaba, nunca había tenido que compartir el cariño de Kate y ahora ella parecía preferir el consuelo de Ben que el de ella.

Alex por su parte tenía centrada su atención en Lena. Su ceño estaba fruncido como si estuviera enojada y él quería posar sus labios allí para distender su piel. Mechones de pelo negro se escapaban de su recogido, dándole un aspecto desaliñado; él soñaba con sacar cada una de las horquillas que quedaban en su pelo para que se desparramara plenamente. Su boca, aunque apretada en una línea, lo tentaba, quería morder sus labios y que se abriera para poder saborearla a su gusto. Tan absorto y excitado estaba, que no se dio cuenta que ella le estaba hablando.

-Alex, ¿me escuchas?

-Si, por supuesto- le contestó saliendo del trance.

- ¿Entonces? - preguntó impaciente.

- ¿Entonces qué?

-Por favor!!, si puede llevar a su tío al estudio, ya que parece que no se irá, mientras preparamos todo para que Jenna tenga a su bebé.

Alex sentía que necesitaba subirse a su caballo y cabalgar por horas para que se le pasara lo

que estaba sintiendo, la frustración se convirtió en ira y la descargó en la persona más cercana.

-Tío!!!- gritó mientras Lena lo miraba atónito y Kate se sobresaltaba- suelta a Kate, no es correcto que la abrace delante de todos, y ven conmigo que la necesitan porque una de las muchachas va a tener un bebé.

Ben suspiró, besó a Kate en la coronilla y la separó de su cuerpo.

-Antes que me digas que el suspiro es aire que sobra por algo que falta, te digo que lo que me falta en este momento es autocontrol para no golpear a mi sobrino por la insolencia.

El comentario hizo reír a Kate que le acarició la cara.

-Ve con él y busca a Tom, él te respeta, estuvo hablando con su hija y sospecho que no ha quedado muy bien y me preocupa.

Ben se la quedó mirando con una ternura que la hizo sonrojar.

-Te besaría en este mismo instante, pero tengo miedo que Lena me golpee- dijo mirando a la persona de la que hablaba mientras bajaba la escalera. Ella lo miraba ceñuda, con los brazos cruzados y una de sus piernas haciendo un golpeteo en el suelo.

-Bueno, al fin- dijo Lena, apartando a Kate de Ben para darle algunas toallas- si seguimos esperando, el bebé llegará antes que podamos ir a recibirlo.

-No, tenemos tiempo- dijo Mamma Joy, apareciendo de repente- pero necesitamos preparar a mi bisnieta.

Las siguientes horas se dedicaron a acompañar a Jenna en el trabajo de parto, el bebé venía bien posicionado pero la dilatación tardaba en llegar.

Tom y Simon permanecían fuera de la casa, acompañados de Ben y Alex que los entretenían preguntando sobre la cosecha.

Finalmente, a las cuatro de la tarde, el trabajo de parto llegó a su fin.

-Puja, puja una vez más, mi amor- decía Lucille que se había posicionado para recibir al bebé mientras Mamma Joy calmaba a Jenna.

Lena estaba fascinada presenciando por primera vez un nacimiento y Kate seguía parada conteniendo la emoción.

Finalmente, el bebé nació.

Lucille tomó al bebé y cortó el cordón umbilical, luego de una leve palmada, se oyó un llanto potente que llenó la habitación.

-Es una niña, una preciosa niña-dijo Lucille limpiando a la bebé y acercándola a la cama.

Jenna, se dio vuelta para no verla.

-No la traigas, no la quiero ver. - le dijo alto.

-Cariño, ella necesita más que nunca de ti, ha salido de tu vientre donde estaba segura, tiene que sentir tu calor y sólo tú puedes alimentarla.

-Dásela a alguien que la quiera.

-No- dijo Simon entrando en la habitación, luego que Lena fuera a buscarlo para anunciarle el nacimiento.

Kate y Lena se dieron cuenta que las sospechas que tenían, seguramente eran reales, la bebé no era de Simon, porque Jenna la rechazaba y Lucille no parecía querer presionarla mucho.

Sin embargo, las confundía que Simon pareciera enojado.

Tom que estaba detrás de él, seguido de Alex y Ben, se veía cansado y triste.

-Tú no tienes decisión aquí- dijo Jenna sin volverse.

-Claro que sí, ella es mía también- dijo tomando a la bebé en sus brazos y logrando que dejara de llorar cuando comenzó a chupar su dedo sonoramente.

-Simon, por favor...- suplicó Jenna, con la voz ahogada por el llanto.

Nadie sabía qué decir, así que permanecían callados.

Simon se acercó con la bebé a la cama y se sentó con ella en brazos.

-Su piel es un poco más clara que la nuestra, Jenna- dijo suavemente, cuidando de no alzar mucho la voz- tiene tus ojos, tu nariz y tu hermosa boca. Creo que tendremos que cuidarla mucho porque va a ser toda una belleza. Va a ser fuerte como su madre y gracias a la ama Lena, será libre para decidir su destino.

-No puedes quererla- protestó Jenna, ya con poco convencimiento y su voz amortiguada por la almohada.

-La quiero porque es una parte de ti, Jenna, ella es tuya y ahora también mía. Sólo quiero que la sostengas una vez en tus brazos y si luego de hacerlo no sientes lo mismo que yo, te juro que haremos lo que tú decidas.

Instintivamente, Ben se había acercado a Kate y tomado su mano cuando vio que la emoción la había superado. Lena permanecía impassible mirando la escena y Alex se había colocado detrás de ella, pero sin tocarla. Ambas entendían que a Simon no le importaba no ser el padre, él la amaría igual, de la misma forma que amaba a la madre.

Pasaron unos minutos en los que Simon ni se movió de la cama.

Para asombro de todos, Jenna se incorporó en la cama, su cara era una máscara de tristeza y congoja, dolía el corazón de sólo verla. Miró a Simon como si estuviera desahuciada y él asintió.

Como temiendo asustar más a ella que a la bebé, Simon, le puso en los brazos a la pequeña muy despacio.

Jenna bajó la mirada hacia esa pequeña vida que sostenía. Simon tenía razón, su piel era más clara pero sólo podía reconocerse a ella y quizás algo de su madre en sus facciones. Sus emociones luchaban entre el rechazo y el amor, tenía miedo, cualquiera fuera el resultado de la lucha.

Entonces la pequeña, hizo algo inesperado, levantó su pequeña manito y la colocó en el pecho de su madre, como si quisiera señalarle que la mirara con su corazón. Y eso inclinó la balanza plenamente.

Jenna acarició la pelusa en su cabeza y la redondez de su carita, mientras la bebé cerraba los ojos, tranquila en los brazos de su mamá. Bajó su cabeza hacia ella y la besó casi como un aleteo de mariposa en su pequeña frente, mientras sus lágrimas casi la cegaban.

Simon las miraba a ambas con amor, cuidándolas, pero no se movió, en este momento, la decisión era de Jenna.

-Tienes razón- dijo Jenna, con una voz serena mirando a Simon - ella es nuestra, sólo nuestra.

Simon asintió sonriendo y pasó su brazo detrás de los hombros de Jenna, recostando a ambas contra sí.

Lucille y Tom lloraban abrazados en silencio, igual que Kate que ahora estaba abrazada a Ben.

-Tenemos que limpiarte, pequeña- dijo Mamma Joy rompiendo el silencio – y cambiarte.

Simon le dio un beso a Jenna y a la bebé.

-Las espero afuera.

Todos los hombres fueron saliendo de a uno, mientras Jenna no quitaba la vista de su hija cuando Mamma Joy la tomó en sus brazos y las demás mujeres la lavaban, cambiaban su ropa y la de cama.

Ninguna hablaba, las emociones seguían flameando en el aire, como si fueran un aroma sutil pero fuerte al mismo tiempo. Algunas sabían de qué iba todo aquello y otras sólo lo intuían, pero entendían que hoy el amor había triunfado sobre el dolor y eso era digno de celebrarse.

- ¿Cómo vas a llamarla? - preguntó Lena, acomodando las sábanas alrededor de ella.

-Hope, voy a llamarla Hope- dijo mientras Mamma Joy le enseñaba cómo poner a su bebé en su pecho para que se alimentara.

Kate pudo ver el amor reflejado en los ojos de Jenna mientras alimentaba a su hija, ese vínculo ya estaba allí, la pequeña la había conquistado sin esfuerzo, no importaba lo que hubiera pasado.

-Es un hermoso nombre, y justo para el momento que estamos viviendo, tenemos que tener esperanza que ella vivirá en un mundo mejor que el nuestro- dijo Kate mirando con ternura a ambas.

Naomi y Vince vinieron más tarde a ver a su sobrina. La cargaron y mimaron asombrados por el parecido de la pequeña con Jenna.

Ella se preguntaba por qué su padre no había vuelto para ver a su nieta, pero creía que era por respeto a ella, porque no había querido hablar con él. Ahora que sostenía a su hija en brazos, entendía lo que su padre debía sentir, cualquier daño que le hicieran a la pequeña, ella lo sentiría multiplicado por mil en su propia piel.

Tenía que hablar con él, pero lo haría mañana, se dijo, mientras se recostaba con su bebé encima e intentaba dormir un poco, estaba cansada, muy cansada.

Capítulo 18

-Ben - llamó Lena.

-Si, en qué ayudo - dijo Ben.

-Me gustaría que viniera mañana a tomar el té para que hablemos de las intenciones que tiene con Kate- invitó muy seria Lena, como si fuera un padre haciendo los arreglos para el compromiso de una de sus hijas.

Una sonrisa de diversión curvó los labios de Ben, que intentaba no carcajearse frente a esa muchacha, por la mirada de advertencia que le estaba enviando Kate.

-Le aseguro que mis intenciones son honorables, y será un placer tener esa conversación con Ud. Nos vemos mañana entonces- saludó y luego dirigiéndose a Kate, la besó en la mano por un tiempo extremadamente largo, rozando su piel con la lengua sin que nadie lo viera y haciendo que se sonrojara.

Cuando él finalmente la soltó, sonrió satisfecho con su reacción y se subió al caballo.

Lena resopló exasperada y sin despedir a Alex, dio media vuelta hacia la casa.

-Gracias por venir, Alex, siento el comportamiento de Lena, estamos todos muy cansados. - se disculpó Kate.

-Si claro, no se preocupe, estoy acostumbrado a su carácter. Nos vemos Kate y déjeme decirle que me pone muy contento su compromiso con mi tío. Usted lo hace feliz.

-Él también a mí- dijo Kate, movida por sus palabras.

Él besó su mano cortésmente.

-Le recomiendo que pronto le haga una visita a mi abuela, a ella le encantará charlar con Ud. y contarle todos los secretos de mi tío.

-Ya lo creo-aseguró Ben- mejor tarde que antes.

-Lo haré, pronto.

-Bienvenida a la familia.

- Gracias

Mientras cabalgaban de regreso, Ben miraba la expresión pensativa de su sobrino, no había enojo, ni frustración en su rostro, por el trato de Lena, era otra cosa... era confusión.

- ¿En qué estás pensando? -indagó curioso.

-En que debe haber algo malo en mí, porque cuanto más me maltrata esa muchacha, más me gusta.

La risa de su tío reverberó en la tarde mientras espoleaban a sus caballos para ir más rápido.

Lena entró en la casa exasperada, le molestaba las reacciones que ese hombre despertaba en Kate y la forma en que ella parecía divertirse con cada cosa que decía, pero le mostraría que era perfectamente capaz de sentar su posición respecto del trato que esperaba de él para la mujer que la había cuidado toda su vida.

-Ama- llamó Lucille muy bajito, para no molestarla, al ver el ímpetu con el que había entrado a la casa.

-Si Lucille, ¿qué pasa?

-Es que a Tom y a mí nos gustaría hablar un momento con Ud. y la ama Kate sobre lo que pasó hoy.

-No es necesario, lo que sea que haya pasado queda en su familia y no tenemos por qué estar al tanto.

-Gracias, ama, pero creo que, si no le importa, sería bueno para mi Tom que Uds. lo escucharan.

Lena vio cómo, sin decirlo directamente, Lucille le estaba pidiendo ayuda a ella y a Kate, ya que sentía que no podría manejar sola el tema.

-Vamos- dijo Kate empujando levemente a Lena hacia la cocina-preparemos un poco de té fuerte que todos lo necesitamos y escuchemos lo que Tom tiene que decir.

Encontraron a Tom sentado en la mesa de la cocina, se veía diez años mayor, cansado y como si estuviera vencido por un peso enorme que llevaba en su corazón.

Tenía la cabeza apoyada en sus dos manos como si le costara mantenerla erguida. Se levantó cuando las vio entrar y sus ojos, que estaban excesivamente rojos, se posaron en ellas.

-Puedes sentarte, Tom, todos estamos cansados. Lucille dijo que querías hablar con nosotras.

-Sí, ama, no le sacaré mucho tiempo.

Lucille sirvió a Lena y Kate el té y un vaso de agua para su marido antes de sentarse a su lado y tomar su mano infundiéndole valor.

-Necesito explicarles algo para que no crean que mi pequeña estaba loca por no querer mirar a su bebé. La culpa es mía y sólo mía.

- ¡Oh Tom, no! - dijo Lucille angustiada.

-Sí lo es. Necesito contarles lo que pasó. Hace nueve meses me encontraba en el campo trabajando, cuando Lucille vino a avisarme que se habían llevado a Jenna. El capataz entró en la cocina y sin que mi esposa pudiera impedirlo, la arrastró con él y la ató a su caballo. Seguí las huellas por donde se habían ido, pero en un momento desaparecían y no los pude encontrar. El no volvió hasta la tarde siguiente y lo hizo sin mi hija. No llegó solo sino con esos dos amigos, con los que vino aquí la última vez. Ellos a veces se quedaban con él en la casa. Habían intentado tocar a mi esposa y a Jenna, pero yo había estado atento siempre impidiendo que pasara.

Tom tomó un trago de agua y su mano le temblaba al levantar el vaso, casi volcando parte del líquido.

-Encaré al capataz, sin importar lo que me pasara, para que me dijera dónde estaba mi niña. Él y sus amigos se rieron y me dijeron que ya no la vería más y que de todas formas no querría ver lo que quedaría de ella. La rabia me cegó en ese momento y lo atacé a golpes, sé que pude golpearlo bastante antes que sus amigos me separaran de él. Yo gritaba por mi hija y terminé atado por dos días a las estacas y con treinta latigazos en mi espalda. Pero era tan intenso el dolor que sentía en mi alma que tomé cada latigazo como un castigo por haberle fallado a mi pequeña.

Tom hizo otra pausa, él miraba la mesa como si allí se reflejaran las imágenes de lo que había pasado y lo ayudara para recordar lo ocurrido.

Lena no se atrevía a emitir ningún sonido para preguntarle algo y Kate había tomado su mano visiblemente alterada.

-Había pasado una semana, ya nuestras esperanzas de ver de nuevo a mi niña eran cada vez más lejanas. Entonces Simon y John la encontraron... Ella estaba en la orilla del río, casi sin ropa, su cara desfigurada por los golpes y el resto de su cuerpo... ¡Dios! ...- Tom se quebró, emitiendo un quejido desgarrador.

-Destrozada, así nos la dejaron- continuó Lucille por él- apenas respiraba, no puedo ni

imaginar lo que esos hombres hicieron con ella. Creemos que la arrojaron en el río pensando que estaba muerta pero mi muchacha luchó, luchó por su vida porque eso le enseñamos desde niña, a sobrevivir. Mamma Joy la escondió por un mes hasta que sus heridas sanaron, pero no volvió a ser la misma. Nunca habló de lo que pasó y dejamos de preguntar porque veíamos que el recuerdo simplemente la aterrorizaba. Nos enteramos después, que muchachas de otras fincas desaparecieron también, pero a diferencia de Jenna, no volvieron a aparecer.

Kate se había tapado la boca con las manos para ahogar sus propios sollozos, sentía como si fuera suyo el dolor, la impotencia, la humillación que ellos sintieron y a esto se sumaba que la muchacha había llevado durante nueve meses un embarazo producto de todo aquello, sola, sin decirle a nadie.

Lena los miraba impasible, sólo un leve palpitir que pudo vislumbrar en su sien, denotaba que estaba afectada por lo que ellos contaban.

-Simon, siempre la amó- continuó Lucille- apenas ella había aceptado uno o dos besos de él, cuando todo esto pasó. Luego que ella regresó, él pasaba cada día a verla y le contaba su día, o como estaban los campos o las flores. Se dedicó a cuidarla, cuando se recuperó, evitaba que volviera a quedar sola cerca de Cook. Al capataz ni siquiera le sorprendió que ella volviera a aparecer, claro que podía hacer una esclava contra él -tomó una gran bocanada de aire y siguió- queríamos decirle esto para que entendiera su reacción y no la juzgue.

-Es mi culpa, yo soy responsable, yo le fallé – dijo con voz ronca Tom y su mano derecha cerrada en un puño.

Lena se levantó apartando la silla hacia atrás con su cuerpo y colocando las manos sobre la mesa, los miró a ambos.

-No hubieras podido hacer nada, aunque hubieras estado ahí, te habrían reducido y se la habrían llevado de todas formas. ¿En qué medida crees que te puedes hacer responsable de las acciones crueles de otras personas? - su tono era fuerte y decidido, pero tratando de transmitir con convicción la realidad de la situación- Las otras muchachas que se llevaron, nunca regresaron, no tuvieron fuerza para luchar o tal vez no tenían por qué luchar. Pero tu hija si, le enseñaron a sobrevivir a las peores cosas, a luchar con su último aliento porque esta vida valía la pena si se tenían el uno al otro, porque eran una familia, porque tenían amor y ninguna circunstancia cambiaría la inmensidad de ese amor. La muchacha no sólo nadó para salvarse, sino que no intentó nada en nueve meses contra esa criatura que llevaba en su vientre, lo que hubiera hecho todo más fácil para ella. Y al final cuando la vio, ella entendió que esa pequeña vida no tenía la culpa de nada y había en ella una parte de cada una de las personas que amaba y eso era más importante que el recuerdo del horror de que fue víctima. El nombre que le puso a su bebé es un claro mensaje también para Uds.: siempre hay esperanza. Así que yo digo que tú no le fallaste, tú la salvaste.

Sin esperar a que nadie le contestara, Lena salió por la puerta de la cocina hacia la derecha de la casa. Cuando dio la vuelta y vio que nadie la veía, se recostó contra la pared.

Tenía un bloqueo en la garganta que no la dejaba respirar, su pecho se agitaba de arriba a abajo buscando el aire. Sabía que no podría llorar, no podía desde la muerte de su madre y todo el horror que sintiera con el relato de Tom, se le iba a quedar atragantado.

Debía calmarse para que ese efecto pasara, poco a poco. Inspiraba y exhalaba profundamente para encontrar alivio. Pensó qué hubiera pasado si hubiese estado en el lugar de Jenna, y supo

que, a pesar de su fuerza, ella se habría dejado morir. Ni el amor de Kate podría haberla salvado. El amor que esa familia tenía era del que obraba milagros. Volvió a tratar de tragar, pero no lo consiguió.

Fue deslizándose hacia abajo por la pared y colocó su cabeza contra las rodillas que apretó con sus brazos a su cuerpo. Esperaba poder calmarse antes que alguien la encontrara, no quería que nadie viera esa vulnerabilidad en ella.

En la cocina, los tres se habían quedado mudos con las palabras y la vehemencia de Lena.

La angustia de Tom parecía haber disminuido y se quedó con la mirada perdida como si estuviera asimilando todo.

Ninguno sabía cómo seguir.

Kate seguía impactada por la historia, había llorado durante todo el relato, pero las palabras de Lena fueron las que más le impactaron. Aunque hablaba de Jenna, sabía que el dolor que expresaban sus palabras era por ella también, temió que realmente se identificara más con las chicas desaparecidas que con la lucha de Jenna.

-Ve a ver a tu hija y a tu nieta Tom, estoy seguro que Jenna te está esperando- dijo Kate, sabiendo que ello les haría bien a ambos.

- ¿Lo cree, ama?, no me quiso ver antes de tener a la bebé.

-Era más por ella que por ti, Tom, debes entenderlo. Lena tiene razón, hay amor entre Uds. y creo que sentía que podía haberte desilusionado, pero tus palabras seguramente le demostraron que no.

Tom se levantó y tomó la mano de su esposa para que lo acompañara.

Entraron en la habitación sin llamar. Ambas estaban dormidas en la cama.

Tom se acercó y las tapó tratando de no despertarlas. Jenna abrió somnolienta los ojos y sonrió cuando vio a su padre.

- ¿La viste papá?

-Sí, cariño, es igual a ti cuando eras pequeña... preciosa. - le dijo acariciando su cara.

- ¿Vas a poder quererla? - preguntó dudosa.

Tom estaba nuevamente emocionado, la ama Kate tenía razón, pensó, a ella sólo le preocupaba lo que él pudiera sentir, no que no hubiera podido impedir lo que le pasó.

-Tanto como te amo a ti- dijo con un hilo de voz y besándolas a ambas en la frente.

Su hija asintió con una sonrisa y volvió a cerrar los ojos.

Lucille lo abrazó desde atrás por la cintura y lo besó suavemente en el cuello.

-Vamos, dejémosla descansar.

-Lucille...

-Sí?

- ¿Te he dicho lo mucho que te amo?

-Hoy no, pero estás perdonado por todo lo que pasó en el día. - dijo bromeando

Y Tom rio abrazando a su esposa mientras salían de la habitación.

La pequeña fue bien recibida por todos y nadie cuestionó o preguntó cuándo Simon se encargó de comunicar que él era el padre de la niña. Jenna y Simon se casaron, por insistencia de él, al día

siguiente del nacimiento de Hope, frente a todos los esclavos y a Lena y Kate, en una ceremonia sencilla.

Dos días pasaron y Tom se acercó al estudio de Lena para cumplir con su orden de recopilar los nombres de los esclavos que se quedarían y los que se irían.

-Buenos días, Tom, tan eficiente y puntual como siempre- dijo sonriendo.

-Buenos días, ama, es que me parece que esta información es importante para Ud.

- ¿Has confeccionado las dos listas?

-Sí, esta es la lista de las personas que se quedan- dijo entregándole un papel

-Bien- contestó Lena casi sin verla – ¿y la otra?

-No hay otra, ama.

- ¿Cómo dices? - preguntó Lena sin entender.

-Todos se quedan con Ud., ama. - dijo Tom satisfecho.

-Tom, ¿ellos entienden que pueden elegir no hacerlo? - se aseguró Lena sin poder creerlo.

-Ama, ellos entienden que pueden elegir qué consideran mejor para ellos y piensan que eso es quedarse con Ud.

- ¿Tú también?

-Yo, el primero.

-Bien, porque eres el nuevo capataz. - le informó Lena alegre por las noticias y por poder darle a Tom el lugar que se merecía

-Ama, yo...- articuló conmovido.

-Puedes mudarte con tu familia cuando quieras a la casa anexa- lo interrumpió antes que pudiera decir algo emotivo que la desarmara- me reuniré contigo más tarde para determinar el sueldo de cada persona y el tuyo.

-Gracias por su confianza ama, no la defraudaré.

-Lo sé, por eso el puesto es tuyo- le aseguró dándole el mérito.

-Ama, hay algo más que me consultaron para pedirle.

-Dime.

-Querrían hacer una celebración por la libertad esta noche, y querían invitarla a Ud., a la ama Kate y a los Señores Henderson para que participen, si es que no le parece mal.

-Háganlo, vendrá bien un poco de diversión. - aceptó Lena, entendiendo que tenían derecho a una celebración después de tantos años de esclavitud

-Gracias, ama, nos vestiremos de blanco porque ese es no sólo el color de la pureza sino de la protección. Nos gustaría que también Uds. lo hicieran – le pidió Tom retirándose.

- Tom, una cosa más.

-Sí, ama.

-De ahora en adelante, son libres, no tienen amos, así que por favor dile a todos que la forma correcta de dirigirse a nosotras es señoritas y no amas.

-Así lo haré, Señorita Fairchild- le contestó sonriente.

Todos estaban muy entusiasmados con la celebración. Lena le indicó a Lucille que podían disponer de lo que quisieran que hubiera en la despensa para realizar el banquete de la celebración, estas cosas sólo pasaban una vez en la vida.

Los Henderson habían aceptado la invitación y vendrían en la noche.

Naomi llegó con faldas y blusas blancas que le pidieron arreglar para Lena y Kate. Les indicó que además las mujeres iban a llevar el pelo suelto como símbolo de libertad.

Cuando llegó la noche, desde la ventana de la habitación de Lena se veían las hogueras y las velas que adornaban la celebración, el perfume de las flores llenaba el aire y la música de guitarras y tambores pequeños, sonaba ya suave.

-Han llegado- dijo Kate entrando a la habitación. Estaba usando la ropa blanca con una cinta ancha verde en la cintura, y su pelo suelto, atado sólo con dos horquillas a los costados para sostenerlo. -Traje una cinta roja para tu falda y un listón del mismo color para hacerte una media cola en el pelo.

Se la veía entusiasmada mientras recogía el cepillo para peinarla.

-Pareces muy contenta- observó Lena

-Ayyy! - suspiró- Creo que me han contagiado su alegría, hemos tenido tantas tristezas y momentos feos en estos últimos meses, que quiero disfrutar esta noche y tú también deberías hacerlo.

-Uhummm. - dijo sin entusiasmo- supongo que cuando dices que han llegado te refieres a los Henderson.

-Sí, me ha avisado Naomi- confirmó terminando de peinarla.

-Pues baja a recibir a tu príncipe.

- ¿No vienes?

-Ya bajo, ve tu primero.

Kate bajó rápido la escalera con ganas de ver a Ben, pero ralentizó su paso al llegar a la puerta para que no se le notara la excitación.

En cuanto él la divisó, se dirigió hacia ella, pero se paró en seco en cuanto la luz la iluminó.

Estaba hermosa, la piel blanca de sus hombros parecía brillar en la noche y su dorado pelo los enmarcaba, cayendo suelto por su espalda.

-Dime que no hay nadie en tu cuarto en este momento y podemos quedarnos ahí toda la noche- le dijo Ben al oído.

-Ben! - dijo riendo tontamente- no podemos hacer eso, todos nos están esperando. ¿Te gusta mi vestimenta de esta noche? - y dio vuelta sobre sí misma para lucirla.

-Me parece que es perfecta para poder tenerte desnuda en dos minutos.

-Eres incorregible.

-No, soy un hombre enamorado, cariño.

Kate lo miró con ternura y colocó la palma de la mano en su mejilla. Él volvió su cara y la besó en el centro.

-Vamos a disfrutar de la fiesta, por favor.

-Está bien, está bien- dijo capitulando- más tarde entonces.

Kate saludó a Alex que se encontraba a una distancia prudencial para darles un poco de intimidad y le avisó que Lena ya bajaba, dejándole en claro que esperaba que la escoltara al baile.

No pasaron ni cinco minutos que Alex estaba esperando y la visión de una diosa pagana apareció en la puerta de la mansión.

Ella no lo había visto aún, ya que se encontraba cubierto por las sombras de la noche y pudo deleitarse a gusto mirándola.

Su pelo negro estaba suelto y caía en ondas grandes alrededor de su cara. La ropa blanca le daba un halo de magia y sensualidad que lo hipnotizaba. Se la veía incómoda con los hombros descubiertos y estaba tratando de subir la blusa un poco más.

-No lo hagas -dijo Alex desde la sombra.

Lena se sobresaltó, pero cambió al momento su expresión por enfado cuando él salió a la luz.

-No deberías ir por las sombras asustando gente con las cosas que han pasado por aquí. - lo retó molesta.

-Lo siento, la visión era demasiado bonita y no quería moverme.

Los ojos verdes de Lena lo miraron desafiantes, pero él no se amilanó.

-Te decía que no movieras las mangas, son así.

-Ahh- dijo como si no se hubiera dado cuenta.

- ¿Puedo acompañarte a la fiesta? - preguntó ofreciendo su brazo.

Ella no le contestó, pero enlazó su brazo con el suyo para dirigirse a las barracas.

Lena no podía creer lo que habían hecho con el lugar, guirnaldas de flores colgaban de los árboles, con velas estratégicamente ubicadas para que resaltaran las sombras de la noche.

Las mesas de tronco improvisadas, tenían puestos manteles de colores que contrastaban con las ropas blancas de todos los presentes. El olor de la comida recién horneada le daba el aire de una fiesta familiar. ¡Cuánto hacía que no celebraba nada!, pensó, y miro embelesada el ambiente.

Con el mismo embeleso, Alex la miraba a ella.

Era la primera vez que la veía así, relajada, sin estar a la defensiva y pudo apreciar que era más hermosa aún. Sus rasgos se habían suavizado y sus labios entreabiertos eran más tentadores que nunca. Sabía que otra vez no iba a poder dormir esa noche pensando en ella.

Los más jóvenes habían empezado a bailar, en una danza en pareja que era muy parecida a un reel inglés, pero más desprolijo, como si cada uno se moviese como le viniera en gana, pero con ese ritmo de vueltas y saltos.

- ¿Bailamos? – dijo Alex tirando de ella hacia los bailarines.

-No- dijo clavando los pies en la tierra- no sé bailar esto.

-Yo tampoco, pero improvisemos, hay que festejar- le propuso levantándola en vilo con un brazo y llevándola hacia los bailarines.

Lena apenas tuvo tiempo de protestar cuando ya estaba en sus brazos, bailando en medio de las personas.

Él la tenía agarrada de la cintura y tuvo que agarrarse de sus hombros y seguirle el ritmo para no tropezar.

Hubo gritos de alegría cuando vieron que su empleadora estaba allí bailando y celebrando con ellos. Alex sonreía y sus movimientos eran ágiles mientras saltaba y le daba vueltas. Y ella se vio riendo, bailando, disfrutando por primera vez en mucho tiempo.

Kate y Ben se unieron a ellos, divertidos. Por una noche todos eran iguales, todos celebraban la libertad, la posibilidad de elegir en la vida y el simple hecho de estar vivos.

Mamma Joy estaba sentada y seguía el ritmo con sus pies, mientras sostenía en sus brazos a la pequeña Hope.

Simon había sacado a Jenna a bailar, le costó convencerla y cuando al fin aceptó, los pasos conocidos guiaron sus pies. Ella ahora bailaba con su padre que la hacía girar más rápido de la cuenta mientras reía e intentaba no chocarse con las personas.

Por una noche la alegría encendía el aire sin que importara el mañana, o los problemas o las necesidades.

La fiesta siguió su curso durante varias horas, hasta que la música fue variando a una melodía lenta que invitaba a sentarse y simplemente disfrutar del sonido.

Alex no se había apartado de Lena en toda la noche, aprovechó cada oportunidad que tenía para rozarla, tocarla o simplemente mirarla.

Ella por primera vez no intentaba alejarse, parecía que su muralla, aunque presente todavía, tenía algunos huecos.

Sentada a su lado estaba viendo como Mamma Joy arrullaba a Hope que inquieta no se quería dormir.

Entonces como atraída hacia ellas con un hilo invisible, se levantó sin dejar de mirar a la niña.

- ¿Puedo? -preguntó estirando los brazos para tomar a la bebé.

-Claro- respondió Mamma Joy entregándole a la niña.

Lena tomó en sus brazos ese cuerpecito tibio y comenzó a acunarla, meciéndose suavemente.

Kate estaba turbada mirándola y reconociendo en ella a la pequeña que fuera antes de la muerte de su madre. Su rostro estaba sereno y concentrado, pero el asombro se convirtió en estupor cuando Lena comenzó a cantar.

Duerme mi pequeña

que yo velaré tu sueño.

Levanta poco a poco el vuelo

para alcanzar los castillos en el cielo

Su voz dulce resonaba en la noche, la música había cesado, apenas ella comenzó a cantar.

Todos escuchaban las palabras como si ella cantara también para ellos.

Yo te cuidaré toda la noche,

para que tu sueño sea bello.

Mientras tu ángel de la guarda

te va alumbrando con destellos

-Es la canción que le cantaba su madre – susurró Kate cuando Ben tomó su mano fuerte al verla visiblemente consternada- Hace años que no escuchaba su voz, antes le encantaba cantar.

Y cuando decidas regresar

yo estaré aquí esperando,

para que me cuentes de tu viaje

mientras te sigo amando.

Alex, estaba hechizado. La voz de Lena se le colaba por las venas, llevando emociones nuevas a cada uno de sus sentidos. Imágenes que no podía controlar acudían a su mente. De repente, el bebé que Lena tenía en sus brazos era de tez blanca, su cabello rubio acariciado por sus manos, era su hijo, no un extraño. Nunca en su vida le había pasado algo así y no podía parar los pensamientos.

Duerme mi pequeña

*mamá cuidará tus sueños.
Ella sabe que se hacen realidad
porque el suyo está aquí durmiendo.*

Lena terminó de cantar y el hechizo se cortó. Alex notó que estaba agitado, pero no era excitación, era pánico puro y duro por lo que acababa de vivir. Hasta ahora todo había sido un juego de caza, él era el cazador y ella la presa, pero en este momento sentía que él se había convertido en presa, sin darse cuenta.

Se levantó torpemente, dispuesto a huir mientras todos estaban distraídos con Lena.

Entonces ella encontró su mirada y sus ojos le dijeron que de alguna forma lo sabía, sabía de esa conexión.

Cortó el nexo y salió apresurado a su caballo sin saludar a nadie.

Estaba a punto de llegar a él cuando una voz lo detuvo.

-No puede huir siempre. Su destino va a alcanzarlo, no importa cuánto corra o el lugar donde se esconda. Es su corazón al que debe escuchar, él sabe lo que necesita, aunque usted trate de callarlo.

Alex trató de acostumbrar sus ojos a la oscuridad, y aunque había reconocido la voz de una mujer, recién ahora se daba cuenta que era Mamma Joy.

-He burlado muchas veces mi destino Señora, soy bueno estando solo. Puedo volver a burlarlo.

-No esta vez muchacho, tu pasado volverá y deberás elegir. De lo que elijas dependerá el destino de más de un alma. No desperdicies esta nueva oportunidad que te da la vida.

Alex iba a contestar, pero vio que ella se alejaba de nuevo hacia la multitud, por lo que se subió al caballo y se fue.

Lena, por su parte, parecía consternada por tanta atención, el cruce de miradas con Alex la había desestabilizado y ahora él parecía haberse esfumado. Le dio la bebé dormida a Jenna que le sonreía agradecida y conmovida porque su ama le hubiera cantado a su hija, como si fuera lo más natural. Se despidió cortésmente de todos, aduciendo que estaba cansada y comenzó su marcha hacia la casa.

-Debo ir con ella- dijo Kate dándole un breve beso en la mejilla a Ben.

-Pero nosotros...-protestó Ben, sin soltar su mano.

-Ella me necesita más que tú esta noche- se disculpó Kate y se soltó suavemente de su agarre.

-Lo dudo- creyó escucharle decir a Ben.

Kate quería ver si Lena estaba bien. La había visto transformada con la bebé y la mirada que cruzó con Alex.

La conocía tan bien que vio en sus ojos verdes una llamada de auxilio, un grito silencioso que decía "sálvame", pero todo fue tan fugaz que debía cerciorarse.

Tocó a su puerta una vez y no obtuvo respuesta. Tocó nuevamente.

-Lena, cariño, ¿estás bien?

Silencio.

- ¿Puedo entrar?

-No- finalmente contestó- estoy bien, sólo un poco cansada.

- ¿Quieres un vaso de leche tibia para dormir mejor?

-No, gracias, sólo quiero dormir.

-Entonces que descanses- se rindió Kate, entendiendo por el mal humor en su voz, que no quería hablar.

-Hasta mañana- se despidió.

Kate se quedó un momento en la puerta con un mano sobre ella, como si pudiera atravesarla y su caricia llegara a Lena, para confortarla.

Se fue a su cuarto unos cuantos minutos después, cuando se sobresaltó por un golpe a su espalda.

-Maldición, acabo de llevarme por delante el condenado escalón- dijo Ben levantándose del suelo.

Kate lo miraba enfadada no pudiendo creer que él entrara otra vez a hurtadillas, cuando sonó un golpe en la puerta.

-Por favor, ocúltate- le dijo mientras se colocaba la bata.

-No creo que sea necesario- dijo frotándose la pierna- debe ser Lucille que viene a preguntarte si es correcto que yo haya subido por tu ventana.

-Qué??????- le preguntó histérica.

-Verás, estaba subiendo por tu ventana, cuando fui interceptado por John que tenía el turno de vigilancia. Parece que lo toman muy en serio, ya que me dijo que no podía dejarme subir sin tu consentimiento. Así que llamó a Tom.

Kate lo miraba horrorizada y su cara iba tomando un color rojo que nada tenía que ver con la pasión.

-Entonces- siguió Ben como si fuera de lo más normal lo que decía- vino Tom, le expliqué nuevamente lo que pasaba y llamó a Lucille.

-Dios me libre! - exclamó Kate avergonzada.

-Y le dijo a Lucille que viniera a preguntarte si estaba bien que yo subiera a tu habitación.

-No lo puedo creer!!!!- gritó Kate- tomando uno de los almohadones de la cama y comenzando a golpearlo, mientras él la esquivaba- todo el mundo sabe que estás aquí.

-Vamos, todo el mundo no, sólo tres personas- dijo fingiendo inocencia.

Kate se dio vuelta para abrir bruscamente la puerta y encontrarse a Lucille que iba a golpear nuevamente.

-Sí, sé que él está aquí y está bien Lucille, díselos a Tom y a John, pero te pido...

-No se preocupe Señorita Kate, mis labios están sellados y me encargaré que Tom y John no recuerden nada de lo que vieron.

-Gracias, Lucille, que tengas buenas noches- dijo cerrando la puerta y escuchando el saludo de la mujer a través de ella.

Se dio vuelta para encarar a Ben que ya se había sentado en la cama y se estaba sacando las botas.

- ¿Qué crees que estás haciendo? - pregunto Kate iracunda poniendo las manos en la cintura.

- Me estoy preparando para dormir- dijo guiñándole un ojo pícaramente.

- Pues prepárate para dormir en tu propia cama. No puedo creer la vergüenza que me has hecho pasar, no voy a poder mirar a esa gente nuevamente a la cara.

-Por favor, cariño- dijo sin dejar de desvestirse- pronto estaremos casados.

-Todos sabrán lo que vamos a estar haciendo- protestó recogiendo la ropa que Ben se sacaba y poniéndosela encima.

-No todos, sólo tres personas- bromeó.

-No eres gracioso, Benjamin Henderson, así que no vamos a hacer nada.

Ben miró a esa exasperada belleza a la que amaba y sonrió.

-Está bien, está bien, me iré- dijo levantándose- y puedes salir y decirle a Lucille que no pasó nada.

-Sí como no- bufó.

- ¿Puedes al menos darme un beso de despedida?

Kate se acercó y le dio un breve beso en los labios sin que él pudiera devolvérselo.

-Ya está- le dijo, con un tono más calmado.

-Eso no es un beso, quiero que me dure al menos hasta que llegue a la finca. Por favor- le suplicó, haciendo un puchero con los labios.

Kate se acercó a él reticente. Cuando la tuvo suficientemente cerca, pasó sus manos por debajo de las rodillas, alzándola, pese a sus protestas, y la tiró sobre la cama.

-Ben, ¿qué haces? - protestó tratando de incorporarse, pero él ya estaba encima de ella.

-Estuve pensándomelo bien y un beso no va a ser suficiente- dijo guiñándole un ojo.

Ben comenzó a besarla en forma brusca para acallar sus protestas mientras Kate se resistía bajo su peso. Poco a poco fue volviendo el beso más suave y sensual. Su lengua exploraba la boca de ella pausadamente ahora, deleitándose con su sabor. La movía sobre la de ella con pericia. Rodeó su lengua con sus labios, succionando suavemente y luego la miró.

-No estás jugando limpio- jadeó Kate.

-Nunca voy a jugar limpio, cuando una de las opciones sea no hacerte el amor. - le anunció él.

Poniéndose a horcajadas sobre ella, la levantó un poco y como si no pasara nada la dio vuelta hasta ponerla boca abajo.

- ¿Qué haces? - preguntó Kate, más excitada que temerosa.

- ¿Confías en mí?

-Sabes que sí- confirmó volteándose apenas para besarla.

-Sostente sobre tus brazos- dijo ayudándola a colocarse en la postura correcta. Rasgó la combinación- No te muevas- le ordenó mientras se sacaba el resto de la ropa.

Kate lo sintió situarse detrás de ella, su mano áspera siguió la línea de su columna vertebral hasta su redondeado trasero, acariciándolo con las dos manos.

-Tienes el trasero más bonito que he visto.

- ¿Ah sí? -dijo ella un tanto incrédula.

-Claro, soy un experto en traseros.

-No necesito que me cuentes...- comenzó, pero no pudo terminar porque sintió la boca de Ben en los labios de su sexo.

-Ben...- dijo entre gemidos mientras él comenzaba a lamerla lentamente, haciendo a su lengua entrar y salir en un ritmo sensual.

-Ben..., por favor - dijo de vuelta mientras sentía que sus brazos se le debilitaban para sostenerla.

-Por favor qué, mi amor, quiero que te vengas para mí- dijo mientras reemplazaba su lengua

por sus dedos y comenzaba a chupar el centro de su placer una y otra vez.

Kate movía sus caderas acompañada a los movimientos de sus dedos y gemía entrecortadamente, hasta que el placer estalló en todo su cuerpo y mojó los dedos de Ben.

Antes que cayera sobre la cama, Ben tomó sus caderas y la penetró desde atrás.

-Oh, Ben, creo que no puedo...

-Sí puedes cariño- y empezó a dar embestidas rápidas, que intercalaba con intervalos suaves. Tenía agarradas las caderas de Kate y las movía en forma circular incrementando el placer de ambos. Trataba de retrasar su propio placer porque quería que tuviera otro orgasmo con él.

- ¿Te gusta así? – preguntó juntando su espalda a la de ella, pero sin perder el ritmo.

-Sí, sí, más fuerte- jadeaba Kate cuando otra oleada de placer hizo que todo el cuerpo le temblara y al instante sintió el clímax de Ben, en fuertes espasmos.

-Dios, mi amor- dijo Ben cayendo encima de ella- Sé que te estoy aplastando, pero sólo será un minuto hasta que pueda recuperar mi cordura.

Sintió la risa de Kate amortiguada contra la cama. Se deslizó hacia su costado y la dio vuelta para que quedara apoyada en su pecho.

Todavía tenían sus respiraciones agitadas por la intensidad del encuentro. Kate acariciaba el fuerte pecho de Ben lánguidamente.

-Nunca había sentido algo así- dijo Kate besando el pecho de Ben y levantando la cabeza para ver sus ojos.

-Es que soy extremadamente bueno en esto- se ufano Ben dándole un beso.

-No me refiero a eso, fanfarrón- rio Kate- me refiero a lo que siento por ti, antes hubo ternura y amor, contigo hay ternura, amor, pero además fuego y me siento libre para ser yo misma, contigo.

Ben la atrajo hacia arriba y la beso apasionadamente, poniendo en el beso todos sus sentimientos sin palabras.

-Quiero que te sientas siempre así conmigo, que puedes decirme siempre lo que quieres.

- ¿En serio? - preguntó Kate bajando la mirada y haciendo círculos con el dedo en su pecho.

-Si-contestó Ben entrecerrando los ojos- dime lo que quieres.

-Bueno...me gustaría... que me hicieras otra vez lo que hiciste antes con tu lengua- dijo tímida.

Ben sonrió y ella lo miró a los ojos.

-Muéstrame donde me quieres.

Kate esbozó una sonrisa maliciosa y tomando su mano la condujo hacia abajo.

-Aquí, te quiero aquí- pidió muy bajo.

Ben gimió y la puso de espaldas.

-Sus deseos son órdenes, mi señora- le dijo mientras bajaba su cabeza para darle placer.

Capítulo 19

En sus sueños, sentía golpes insistentes, no podía ser su madre porque ella era delicada al golpear la puerta, si era uno de sus empleados, lo mataría, tenía sueño y estaba muy cansado. Se dio vuelta en la cama y se topó con un cuerpo cálido a su lado que reconoció al instante. ¿Qué hacía Kate en su cama? Ahh, no era su cama, era la de ella, pensó mientras la acercaba a su cuerpo.

-Kate, Kate!!!!- alguien gritaba del otro lado de la puerta.

Kate se levantó sobresaltada pero no llegó lejos porque el brazo de Ben la tenía agarrada.

- ¿Cómo es que sigues aquí? - lo increpó enfadada y soltándose de su agarre.

El sol entraba a raudales por la ventana y debía ser bien entrada la mañana.

-No te quedes ahí, ella puede entrar y verte así- se quejó señalando su desnudez con la mano.

-No, no puede- dijo levantándose perezosamente- la puerta está cerrada con llave.

Kate emitió un suspiro de alivio, pero sólo por un momento.

-Kate! - sonó nuevamente la voz de Lena.

-Voy cariño, un momento, es que no estoy presentable.

-El que no debe estar presentable es Ben, que da la casualidad, me entero que pasó la noche aquí.

-Menos mal que nadie iba a decir nada- dijo Kate por lo bajo, irritada.

-Y antes de que pienses que alguien te delató, te comento que Lucille se vio obligada a decírmelo, cuando quise encontrar la otra llave de tu habitación porque pensé que si no te habías levantado a esta hora algo te había pasado- informó Lena en un tono no muy amistoso.

- ¿Lo ves? - gesticuló Ben defendiéndose.

Kate estaba agotada, todos sus músculos estaban tensos y se sentía como si sus padres la hubieran pillado robando algo.

-Ben, lo espero abajo en cinco minutos para tener la conversación que tenemos pendiente, aprovechando que se ha tomado la libertad de quedarse a dormir en nuestra casa sin invitación.

Ben iba a replicar que no había sido necesaria una invitación para estar con su prometida, cuando vio la cara de admonición de Kate.

-Buenos días, tenga Ud. también Lena, enseguida estaré ahí.

-Lo espero- dijo y sintieron sus pasos alejarse.

-Qué vergüenza y ahora quién sabe cómo te va a tratar- se quejó Kate sentándose en la cama.

-No te preocupes, cariño, he tratado con peores dragones.

Cinco minutos después, Ben entraba en el estudio de Lena.

Ella, al menos, había tenido la delicadeza de ordenar un servicio que estaba dispuesto en la pequeña mesa, vio, que además del té que ella estaba tomando, había café y pastas.

-Lena -dijo saludándola- gracias por disponer este refrigerio, estoy muriendo por una taza de café.

Ella entrecerró los ojos sin saludar y le sirvió el café y se lo ofreció.

- ¿Azúcar, leche? - preguntó.

-No gracias, lo tomo solo. Será mejor que vayamos al asunto en cuestión para no dilatarlo

más- dijo Ben, reclinándose hacia atrás y cruzando una pierna en su rodilla. Estaba cansado y hubiera querido quedarse un poco más con Kate en la cama en vez de escuchar a esta jovencita que pensaba darle un sermón.

-Ben, he querido hablar con Ud., porque yo soy lo más parecido a una familia que tiene Kate y ella también lo es para mí. En todos los años que la conozco, ella nunca había demostrado interés, digamos... amoroso, por hombre alguno, hasta que Ud. llegó a nuestras vidas. Confío plenamente en el juicio que ella tiene sobre las personas, ella es intuitiva, generosa, fuerte, leal, justa y cuando entrega su corazón lo hace con confianza y plenamente.

Ben había dejado su postura relajada y luego de apoyar la taza en la mesa, se sentó erguido.

La muchacha lo estaba sorprendiendo, hablaba con un cariño hacia Kate, no sólo en sus palabras sino palpable en su voz. Ella no quería darle un sermón, ni cuestionar la elección de Kate, sino cerciorarse que él sería digno de ella.

-Por eso- dijo inclinándose hacia adelante y sonriendo fingidamente- quiero decirle que, si alguna vez osara lastimarla, ofenderla, romperle el corazón o simplemente abandonarla; voy a encargarme de buscarlo donde quiera que vaya a esconderse y luego que termine con Ud., deseará no haber nacido.

Ben no lo pudo evitar y comenzó a reírse sin parar.

Lena se incorporó, enfadada, de que se riera de ella con tanto desparpajo.

-Discúlpeme- dijo Ben entre risas- no es por usted, es por mí- y siguió riéndose.

-No entiendo que le causa tanta gracia, esto es muy serio, Ben.

Ben tomó un trago de café para calmarse.

- No me río de Ud. sino de mí, porque la subestimé y acabo de recibir una gran lección. No me lo esperaba. - dijo ya sin la risa y Lena dejó la tensión anterior, relajándose para escucharlo.

-Ahora entiendo por qué Kate la ama tanto, porque ese amor es recíproco y lo que más me provoca risa, es que creo que mi prometida le diría exactamente lo mismo a la persona que se enamora de Ud. Lo que las dos comparten es inalterable y siempre lo será, jamás interferiré en eso. Y en este momento le prometo que, si alguna vez, hago algo que dañe a Kate, no tendrá que venir a buscarme, porque seré yo quien venga a ponerme a su disposición para el castigo que crea conveniente. Amo a Kate, Lena, y quiero hacerla feliz.

Ella entrecerró los ojos mirándolo fijamente un instante, como si intentara ver en su interior si sus palabras eran sinceras, y luego de un momento asintió.

-Voy a darle un voto de confianza, Ben.

-No voy a defraudarla – dijo- si no le molesta voy a buscar a Kate para que se quede tranquila por nuestra charla.

-No es necesario, la mandaré llamar para que baje aquí- dijo levantándose y yendo a la puerta del estudio- y una cosa más, no habrá entradas por las ventanas, he dado órdenes estrictas de que no le permitan pasar, desde ahora utilizará la entrada principal como corresponde.

-Le agradezco su libertad de pensamiento. - dijo Ben sorprendido.

-Oh no, Ben, no lo agradezca, porque, aunque entre por la puerta principal, los pisos superiores se encuentran vedados, y desde ahora sus visitas serán acompañadas por mí o por uno de mis empleados como corresponde a una dama. Así que aproveche los últimos diez minutos a solas que tendrá con su prometida hasta que se case- terminó saliendo por la puerta.

Ben maldijo en voz baja y comenzó a mirar por la habitación.

-Dónde diablos guardarán el maldito brandy, creo que lo voy a necesitar para avisarle a mi madre que tendrá que apurarse con los preparativos de la boda, porque ni loco voy a aguantar tanto- dijo a nadie en particular mientras buscaba el alcohol.

Lena iba caminando con una sonrisa satisfecha en su boca cuando se cruzó con Kate.

-Ben te está esperando en el estudio para despedirse.

-Espero que no hayas sido muy dura con él.

-No fui dura, sólo le exigí celibato hasta que se case contigo.

-Oh Dios! Espero que tengas algo de alcohol ahí dentro porque lo va a necesitar- dijo Kate divertida.

- Hay una cosa que quiero pedirte.

-Claro, ¿qué es?

-Anoche luego de la celebración estuve pensando mucho.

Kate miraba a Lena curiosa. Se trataría de Alex, ¿admitiría explorar esas chispas entre ambos?

-Voy a leer la carta que mi padre me dejó y quisiera que lo hicieras conmigo.

Kate palideció y el corazón comenzó a bombear sangre más rápidamente, sentía un temor premonitorio aun cuando no sabía el contenido de la carta. Pero era mejor terminar con el tema cuanto antes.

- ¿Kate? -interrogó Lena viendo su expresión- ¿estás bien?

-Sí, es que han sido demasiadas emociones para mí en estos días.

- Podemos hacerlo otro día si estás cansada. - ofreció con cierta decepción.

-No, no es necesario, lo podemos hacer hoy a la noche, ¿pedimos algo frugal para comer en la sala de estar?

-Perfecto, ve ahora con ese hombre antes que salga a buscarte.

Kate la siguió con la vista hasta que desapareció. Le preocupaba esa carta por lo que su padre podía decirle a Lena, jamás la había abierto porque no estaba dirigida a ella, pero ahora la tentación era grande. No quería que la muchacha sufriera más de lo que ya había sufrido y ese hombre no se destacó nunca por tener tacto o preocupación por la niña, luego de la muerte de su mujer.

-Ahhh!!!! Ahí estás- sintió que decía Ben a sus espaldas- tengo que irme porque no he encontrado alcohol en esta casa. ¿Me escuchas?

Kate volvió a la realidad y sonrió.

-Sí, te escucho, ya me contó Lena lo del celibato.

-Por eso necesito brandy, pero sobre todo porque voy a decirle a mi madre que adelantaremos la boda, dos semanas máximo.

- ¿Cómo? -preguntó Kate, ahora completamente atenta.

-Cariño, el celibato antes de haberte probado, no era un inconveniente, bueno, no exactamente porque tenía sueños muy perturbadores, pero ahora es una tortura.

- ¿Soñabas conmigo? -dijo intrigada y fascinada a la vez- ¿Y qué hacía yo en tus sueños?

Ben gimió como si algo lo hubiera golpeado y la apretó contra sí besándola fuerte.

-Esa pregunta tuya acaba de adelantar la boda una semana.

Esa noche como si fuera un ritual, Kate y Lena se vistieron con ropas más cómodas e

informales. Lucille les había preparado la mesita de la sala de estar con tentempiés de todo tipo, ya que deseaban una comida liviana y limonada fresca.

Lena llegó primero y sacó el brandy de uno de los cajones cerrados del aparador. Ben nunca encontraría el alcohol en el estudio porque no estaba allí, pensó sonriendo, al recordar su expresión con las últimas condiciones que le había puesto.

Sirvió un poco en la copa y lo bebió. Al instante comenzó a toser y sintió como un fuego bajaba por su garganta. Dejo el vaso en la mesa y se sirvió limonada para ver si podía calmar el ardor.

-No sabía que bebías- se sorprendió Kate, que estaba observándola.

-No lo hago y por Dios que no volveré a probar esta cosa horrorosa en mi vida. Es que pensé que me ayudaría a relajarme.

-No quiero que tengas muchas expectativas con la carta, Lena, estaba ya débil cuando la escribió. - pidió Kate.

- ¿Tú no sabes el contenido?

-No y creo que tu tío tampoco lo sabía, la carta está sellada- dijo Kate tendiéndole el sobre.

A pesar de su esfuerzo por contenerlo, a Lena le temblaba la mano cuando tomó la carta. El sobre estaba amarillento pero el lacre intacto.

Lo rompió suavemente para abrirlo y le sorprendió encontrar una carta y otro sobre lacrado dentro.

-Es como si hubiera dos cartas- dijo dejando el segundo sobre en la mesa y abriendo la primera carta.

Querida Lena:

Si has llegado a abrir al menos el primer sobre, entiendo que es más por tu curiosidad que por el cariño que puedas seguir teniendo en tu corazón por mí. No me quejo, uno cosecha lo que siembra.

No sé qué edad tendrás en este momento, pero tengo la certeza que como siempre has sido tan madura para tu edad, será la adecuada para que puedas entender.

Tal vez esperarás que esta carta tuviera otro contenido, pero en realidad las palabras que yo quiero decirte están en el segundo sobre.

No obstante, esto es una especie de nota de permiso, de bendición para que alguien te cuente una historia que no conoces, una historia de la que tú eres parte y que es hora que conozcas.

Tendría que haber sido yo quien lo hiciera, pero no tengo las fuerzas suficientes, espero que lo entiendas.

Dejo en manos de Kate esa tarea, ella te ha amado y protegido siempre y encontrará la forma de hacerlo con la mayor justicia y cuidado para todos los involucrados.

Kate, si estás leyendo también esta carta, como creo que estarás, lamento mucho lo que hice, espero que, en tu corazón, puedas perdonarme.

Nos vemos en la otra carta, Lena.

Tu padre

Kate estaba pálida y pensó que el corazón iba a salirse del pecho por la rapidez con la que latía o que iba a desmayarse.

Él no podía haberle hecho esto, no podía, nunca en sus peores pesadillas lo podría haber imaginado. Él había enterrado la historia y ahora le pedía que le partiera el corazón a una de las personas que más amaba en la vida. Iba a causarle un gran dolor.

Cuando miró a Lena, sabía que la angustia se reflejaba en su cara.

- ¿Kate? - inquirió Lena asustada por su expresión- ¿a qué historia se refiere?

-A una historia que ocurrió hace mucho tiempo- dijo tragando saliva y comenzó su relato.

Capítulo 20

Londres 19 años antes

Kate iba por la calle, apresurando el paso, quería poder arreglarse y preparar todo antes que él llegara.

La Señora Morton, para quien trabajaba en la panadería, la había dejado salir quince minutos antes para ver a su teniente, como le decía ella.

Aprendió a querer a esa gruñona mujer que le había dado la oportunidad, hacia un año, de trabajar en su local con sólo dieciséis años.

Criada en un orfanato, nunca conoció a sus padres, pero quienes la cuidaron hicieron de ella una persona fuerte y trabajadora.

Debía estar agradecida que las personas que dirigían la institución, hubieran sido honradas y decentes. No abundaba la comida, ni las instalaciones eran las mejores, pero enseñaron a los niños y niñas que allí vivían, un oficio, para que luego pudieran valerse en la vida.

Ella se inclinó por la cocina, le fascinaba la posibilidad de combinar sabores, probar nuevas recetas y ver cómo las personas disfrutaban sus creaciones. Empezó como aprendiz con la Señora Morton y ahora ya estaba fija.

Le gustaba ser una mujer independiente, con un sueldo que le permitía pagar un cuarto en una pensión para señoritas muy respetable, como decía su dueña. Trataba de ahorrar la mayor cantidad de plata posible, soñaba algún día con tener su propia pastelería.

El destino había querido que allí lo conociera a él.

Recordaba muy bien la primera vez que lo vio.

Entró una tarde fría de noviembre, enfundado en su uniforme militar, riendo con sus compañeros.

Tenía su pelo negro revuelto y una chispa en sus ojos oscuros que hablaba de su carácter risueño.

Instintivamente, ella había llevado su mano a su cabellera para ver si estaba en su lugar, aunque no podía hacer nada por el pobre vestido que, al menos, estaba tapado por su delantal.

Él ni siquiera la había mirado directamente cuando le dio el paquete de pastelitos que pidieron, pero aprovechó para mirarlo bien.

Era muy alto, debajo del abrigo se notaba un cuerpo atlético, seguramente por el entrenamiento militar. Su mandíbula cuadrada estaba coronada por los labios más sensuales que ella hubiera visto, su nariz, aunque grande, era proporcionada, en una cara que no era bella, pero sí exótica.

Ese primer día, sin saber por qué, se sintió triste porque él no la notara. Muchas personas entraban todos los días en la pastelería y nunca le importó que ninguno la viera, pero él sí.

Para su sorpresa, el regresó al día siguiente y los que vinieron después. Siempre pedía los mismos pastelitos de manzana, pero seguía sin mirarla.

Hasta que un día sucedió.

-Señora Morton, me he hecho adicto a sus pasteles de manzana- dijo sonriendo mientras pagaba-Dígame la verdad, ¿le pone algún ingrediente especial?, nunca probé algo tan rico. ¿No será Ud. una hechicera?

La mujer se sonrojó como una adolescente, aunque ya era mayor, y rio tontamente ante sus

palabras.

-Hay teniente qué cosas dice!!! Debo decirle que, aunque me encantaría llevarme ese mérito, es Kate quien hace esos deliciosos pasteles.

Ella deseó poder ser realmente una hechicera para esfumarse, cuando esos ojos oscuros se volvieron a verla.

Él sonrió, con una sonrisa sincera, abierta, que hubiera hecho que un bloque de hielo se derritiera.

Una calidez inusitada se expandió por su cuerpo, él la estaba mirando como una mujer, con apreciación evidente en su mirada.

-Entonces- dijo sonriendo aún más si era posible- permítame felicitarla-y extendió su mano para tomar la de ella.

Ella no llevaba guantes y él se los había quitado para pagar. Cuando sus labios la tocaron sintió que su piel se calentaba y él sabía lo que provocaba, porque su rostro reflejó satisfacción.

-Un placer conocer las manos de la persona que hace mi día más feliz cuando pruebo sus pasteles. - le dijo adulándola.

Ella sonrió ante el halago, nunca nadie le había dicho algo tan lindo.

-Me alegro que le gusten mis pasteles- logró articular, recuperando su mano que él había sostenido durante demasiado tiempo.

-Gustarme, es decir poco- aclaró sin dejar de mirarla- me encantan.

Kate había quedado prendada de sus ojos, se decía a sí misma que tenía que dejar de mirarlo, pero no podía. Creía que en realidad él era el brujo.

La Señora Morton la salvó.

-Bueno, teniente- dijo llamando su atención- entonces que los disfrute- y le entregó el paquete como dando por terminada la visita.

Él le agradeció y le sonrió divertido ante la indirecta, y haciendo una inclinación de cabeza a Kate, se retiró.

-Querida!!! Haz llamado la atención de ese muchachote. - le señaló emocionada.

Kate sintió una especie de incendio en su cara que casi le quemaba.

-Por favor, Señora Morton, él es un teniente y yo una simple dependienta.

-Niña, ¿es que no te has visto en el espejo? Tú eres una belleza, no hay hombre que entre en este local que no lo note.

Kate la miraba como si no estuviera segura de la cordura de la mujer. ¿Ella hermosa?

-Has estado guardada mucho tiempo, y esa inocencia que tienes te hace aún más atractiva. No creo que él sea de los que juegan con las muchachas, pero ten cuidado, de seguro es alguien que puede robarte el corazón.

Kate pensó que ya era tarde para la advertencia, y al mismo tiempo se sintió feliz por el cuidado de la Señora Morton.

Nunca pensó que desde ese día su vida cambiaría para siempre.

Él siguió apareciendo por allí, ya no disimulaba y hablaba directamente con ella.

Mantendrían conversaciones que parecían triviales, pero se iban enterando de sus respectivas vidas.

Supo que su nombre era Edward, que su abuela lo crio, luego que sus padres fallecieron por la viruela. Que había entrado al ejército gracias a la ayuda de un amigo de su padre, que también

había sido militar. No era adinerado, el poco dinero heredado se lo había dejado a su abuela para que pudiera vivir en la pequeña casita del pueblo de Knox, donde ella estaba.

Él había conseguido ahorrar un poco de dinero y quería seguir en el ejército para poder tener su propia granja, amaba a los caballos y quería poder dedicarse a criarlos algún día.

Pasaban tardes juntos, simplemente hablando y disfrutando la mutua compañía.

Ella nunca olvidaría el primer beso que él le dio.

Antes de llegar a la pensión, él la empujó suavemente al callejón aledaño y le había dicho lo que iba a hacer pidiendo su permiso y respetando su inocencia.

-Quiero besarte, Kate, pero no lo haré si tú no lo quieres.

Ella estaba perdida en el negro de sus ojos y consiguió asentir casi imperceptiblemente antes que él bajara la boca hacia sus labios.

No se había equivocado con él, sus labios la acariciaban suavemente como para que se acostumbrara a su contacto. Ella estaba rígida y sintió la sonrisa de él contra sus labios.

-No vas al matadero, bonita, puedes devolverme el beso si quieres- dijo alejando un poco su boca.

Y así fue como él le enseñó a besar, a sentir placer y darlo, a entender de caricias furtivas y pasiones nuevas. Él le enseñó a amar y ella era dichosa.

Pasaron casi cinco meses juntos. Él iba y venía por su asignación en el ejército y finalmente al volver de una de las misiones, le había pedido matrimonio y ella había aceptado.

La Señora Morton estaba contenta, decía que ella era la celestina de esa pareja y ellos le dejaban creerlo.

Edward se iría por dos semanas a una misión "secreta", según él, que le dejaría un muy buen dinero extra y cuando regresara se casarían, por eso quería apurarse esa tarde.

Le había preparado una sorpresa, porque la dueña de la pensión no estaría y la había dejado a cargo. Preparó una cena especial para los dos y quería darle un regalo único: a ella misma.

Tropezó con algo en la calle de los nervios que traía, había decidido hacerlo el mismo día que él le comentara de la misión.

Siempre fue un caballero con ella, cuando los besos estaban a punto de salirse de control, era él quien se detenía para evitar comprometerla, pero sentía su deseo en todo su cuerpo y siempre se quedaba con la sensación de que le faltaba algo.

No tenía dinero para comprarle regalos, para demostrarle su amor, así que decidió que ella sería el regalo, aunque no era lo que las damas debían hacer, lo haría igual. Ella no era una dama, era una simple muchacha enamorada, que confiaba plenamente en el hombre al que amaba y del que pronto iba a ser esposa.

Subió corriendo la escalera, se lavó, cambió su ropa y empezó a ordenar todo para su cena.

Había improvisado una pequeña mesa para los dos, con velas y flores. Se había encargado de hacer una comida fría para no tener que ir y venir, y por supuesto la tarta de manzanas con crema que tanto le gustaba.

Edward llegó como siempre puntual, le sorprendió cuando Kate lo hizo subir a su habitación y encontrar todo dispuesto para una cena.

Disfrutaron de la comida mientras Edward le comentaba de las últimas novedades de su asignación, dos de sus amigos irían con él y aunque sólo era cuatro años mayor que ella, la asombraba la responsabilidad y madurez con la que asumía su tarea. Hablaba con orgullo del

trabajo que le tocaba hacer y de lo que eso significaba para el futuro del país.

Kate lo miraba embelesada, adoraba escucharlo hablar, la intensidad que ponía en su trabajo, la ponía en cada cosa que hacía.

La velada transcurrió perfecta y Edward se levantó para despedirse.

-No te vayas- susurró Kate cuando él se levantó.

Edward se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

-Bonita, es tarde, tienes que descansar y yo también.

-No entiendes, quiero que pases aquí la noche- dijo mientras se ruborizaba.

Edward tomó su barbilla y la levantó para mirarla, incrédulo.

- ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

-No lo sé, ¿qué crees que estoy diciendo? - preguntó ella, ahora confundida.

Él se rio, con esa risa dulce que ella adoraba.

-Si me quedo no va a ser para descansar, no puedo ser fuerte estando contigo en la misma habitación.

-Lo sé, no tengo nada para darte, pero quiero entregarme a ti. -le confesó sincera.

Edward hizo una inspiración profunda, no pudiendo creer lo que ella estaba haciendo. Amaba a esa muchacha, iba a ser su esposa y en ese momento su entrega lo honraba.

-Kate, no tienes...

Ella colocó los dedos en su boca.

-No lo hago sólo por ti, yo también lo deseo.

Ella no tuvo que decirle nada más. Él la besó con amor y dulzura, mientras la llevaba hacia la cama.

Hicieron el amor muy despacio, él la cuidó en cada caricia que le prodigaba y ella se entregó con confianza por primera vez. Los sueños de ambos se entrelazaron.

Cuando apenas estaba amaneciendo, se despidieron.

-Te amo – dijo él besándola una y otra vez- mi abuela va a amarte también.

- ¿Les has hablado de mí? - preguntó contenta.

-Por supuesto, cómo no iba a hablarle de la mujer con la que voy a casarme.

-Te amo, Edward. - le dijo abrazándolo.

-No podré escribirte, pero estaré de vuelta lo antes posible- dijo volviéndola a besar como si no pudiera resistirse.

Salió por la puerta silenciosamente para no despertar a nadie.

Las dos semanas pasaron y Kate se empezó a preocupar cuando a mitad de la tercera semana no tenía noticias de él.

Pensó en ir hasta el regimiento, pero no podía, ya que la asignación de Edward no era oficial. La Señora Morton trataba de calmarla, pero tenía poco éxito.

Entonces, casi al final de esa semana, uno de los amigos de Edward apareció en la pastelería.

Kate vio las líneas oscuras debajo de sus ojos y la tristeza en su mirada cuando la posó en ella.

Salió de detrás del mostrador, mientras la Señora Morton la miraba con compasión.

- ¿Dónde está Edward? -preguntó con ansia.

-Lo siento- dijo el muchacho casi con un hilo de voz.

- ¿Dónde está? - casi gritó mientras la comprensión hacia mella en su ánimo y las lágrimas comenzaban a derramarse.

-Le dispararon, tratamos, Kate, pero él no sobrevivió. - le dijo con pena.

Ella sintió como si también le hubieran disparado y oyó el grito de la Señora Morton antes que su todo se oscureciera.

Su mundo cambió por completo.

El cuerpo de Edward fue enviado a Knox donde residía su abuela. Era lejos y ella no pudo despedirse de él.

Sentía que algo había muerto dentro de ella, a veces pensaba que nada de eso pasó y que Edward aparecería con su sonrisa por la puerta de la pastelería.

La Señora Morton estaba preocupada por ella, casi no comía y pasaba los días como una zombi.

Su corazón se había roto, ya sus sueños no tenían importancia.

Edward le había mostrado la posibilidad de una vida diferente y luego alguien con un disparo se la arrebató.

Se levantaba en la mañana como un autómatas, no era de las que se quedaban llorando en la cama o más bien no podía si quería sobrevivir, aunque había días en los que se preguntaba si realmente quería.

Un mes después, llegó a la pensión un paquete para ella, procedente de Knox. Su corazón se oprimió cuando comenzó a abrirlo.

La caja no contenía grandes cosas, un retrato en miniatura de Edward, dos medallas del ejército y una cajita de terciopelo roja.

Una carta la acompañaba. Era de la abuela de Edward, Grace.

“Querida Kate:

Me ha tomado un tiempo escribir esta carta, quería que pasara un poco el dolor para que me salieran las palabras, pero supe que el dolor nunca se me irá.

Lo natural es que una abuela se vaya antes que su nieto, pero a mí me ha tocado sobrevivirlo a él y a mi hijo, aunque confío que no será por mucho tiempo, ya que me encuentro muy enferma.

No tuve la posibilidad de conocerte personalmente, pero las cartas que Edward enviaba, me han hecho saber que eres una persona hermosa, porque mi nieto no podría amar a nadie, como me decía que te amaba, si no lo fueras.

Nunca lo había percibido tan feliz como lo fue contigo, por eso es que te envió estas pequeñas cosas que sé que tu apreciarás. Él siempre decía que estaba embrujado por tus ojos.

Pero la verdadera razón de esta carta es transmitirte algo que mi nieto hubiera querido decirte antes de irse.

Sigue viviendo, mi niña, honra su memoria cumpliendo los sueños que una vez tuvieron. Saca fuerza de tu juventud para seguir adelante, y deja que el amor de él, que ha quedado en ti, te guíe.

No te des por vencida, la vida sigue.

No puedo asegurarte que el dolor se vaya, pero en un momento se convierte en nostalgia.

Vive, querida, vive, eres joven y quedan muchas cosas buenas por venir para ti.

Hazlo por él, así lo hubiera querido. Hónralo. Rezaré por ti, hasta que me quede aliento, para que Dios guíe tus pasos. Recuérdalo siempre.

Grace”

Kate había comenzado a llorar desde la primera línea.

No esperaba que la abuela de Edward le escribiera, ella no se habría atrevido a hacerlo. Sabía que estaba enferma, porque él se lo había dicho cuando le propuso matrimonio, quería que ella llegara a verlo casado.

Por primera vez en semanas, esas palabras de aliento penetraron en la nebulosa del dolor que la envolvía. Nunca se puso a pensar qué hubiera querido Edward que ella hiciera. Ahora con las palabras de su abuela, se daba cuenta que era lo mismo que desearía si hubiera sido ella quien se marchara.

Y entonces lloró, lloró como no lo había hecho hasta ahora, dejando que toda la angustia que tenía dentro saliera, hasta con sonidos desgarradores que se asemejaban mucho a los de un animal herido.

Cuando ya no le quedaron lágrimas, tomó una hoja de papel.

“Querida Grace:

Me hubiera encantando conocerla, pero creo que lo hice a través de Edward, porque sólo una persona maravillosa puede criar a otra igual.

Gracias por lo que me ha enviado, lo guardaré como un tesoro para siempre.

No soy buena con las palabras, pero le hago una promesa: voy a vivir, por él, por su amor y por Ud.

Ponga flores de manzano en su lugar de descanso, estoy segura que sonreirá al verlas desde el cielo. Rezaré por Ud. también.

Kate”

Y entonces Kate le hizo caso a Grace y comenzó a vivir nuevamente y no a sobrevivir.

Empezó a alimentarse bien, a buscar nuevas recetas que se vendían inmediatamente y a intentar retomar sus sueños.

Pero a veces, uno propone y Dios dispone.

-Niña, ¡por Dios! ¿Te encuentras bien? - preguntó la Señora Morton viéndola salir del baño pálida por tercera vez.

Kate respiró profundo para reprimir una nueva náusea y asintió.

-Debe ser algo que comí porque hace dos días que estoy así.

La Señora Morton la recorrió con ojos conocedores, veía los síntomas allí, había ganado peso, tenía sueño a todas horas y ahora las náuseas. Tenía que buscar hacerle la pregunta a la muchacha sin que entrara en pánico, pero no sería fácil.

-Kate, ¿cuándo fue la última vez que tuviste tu período? - preguntó finalmente sin delicadeza.

Al principio, ella en el medio de su malestar pareció desorientada con la pregunta, pero luego

abrió grande los ojos y llevó las manos a su vientre.

-Bueno esa actitud tuya contesta mi pregunta.

-No puede ser es...

- ¿Imposible? No lo creo, niña, debes ver a un médico cuanto antes. Te acompañaré a uno de confianza cuando cierre.

El médico confirmó lo que ella ya sospechaba, tenía un embarazo de dos meses, un bebé de Edward crecía dentro de ella.

Sintió miedo y alegría al mismo tiempo.

Un bebé lo cambiaba todo, ya no tenía que hacer un esfuerzo para levantarse cada día, sino que pronto sentiría latir en su vientre, una razón para vivir.

Sabía que no iba a poder permanecer mucho tiempo con la Señora Morton porque su embarazo se notaría. A pesar del gran corazón de esa mujer, sus clientes eran personas para las cuales el decoro y las apariencias eran importantes, y una madre soltera no era algo que iban a aceptar. Y ella no quería perjudicar el negocio de la mujer que la había cuidado tanto. Tenía sus ahorros y debía ver cómo seguir.

Pero Edward estaba la estaba cuidando a ella y a su bebé.

Una tarde, cuando ya estaba casi en sus seis meses de embarazo, la Señora Morton le pidió que se quedara luego de que cerrara el local.

Se sentaron en la mesa de la cocina y Kate sirvió chocolate para ambas, al menos podía endulzar un poco el momento.

-Querida, sabes que si por mi fuera te quedarías aquí para siempre. A mí no me importa que tú no estés casada, sé que eres una muchacha decente que estaba enamorada.

Kate tomó las manos de la mujer entre las suyas y le sonrió tristemente.

-No se preocupe, Señora Morton, yo me iré sola, me ha ayudado todo lo que ha podido. Yo podré hacer frente la vida con mi bebé.

Kate se sentía fuerte, una fuerza que provenía de una vida dentro suyo. Pero la Señora Morton parecía indignada con sus palabras.

-Pero ¿cómo piensas que voy a abandonarte en este momento? Puede que no puedas seguir trabajando aquí, eso es verdad, pero me he ocupado de que tengas un lugar donde trabajar.

- ¿Cómo dice? -preguntó sobrecogida.

-Verás, mi hermana, es cocinera en la casa de un diplomático casado con una americana y necesita una ayudante. Le comenté de tu situación y de lo buena que eras.

Sorbió un poco del chocolate haciendo una pausa y ella creyó que moriría de la ansiedad.

-Ella le contó a su señora toda tu historia y parece que se ha conmovido tanto, que ha aceptado que tú y el bebé puedan vivir allí, pero deberás decir que eres viuda. Sólo la Señora, mi hermana y tú, sabrán la verdad. Me dice que ella se atrevió a planteárselo ya que es una mujer de gran corazón.

Kate casi tira el chocolate cuando rodeó la mesa para abrazar a la Señora Morton.

- ¡Oh Gracias, gracias!!! Le juro que la haré quedar muy bien- le agradeció mientras lloraba.

La Señora Morton la abrazó tiernamente.

-Sólo vengan a visitarme de vez en cuando.

-Lo haremos- prometió.

Una semana después, Kate llegaba a la gran mansión. Fue recibida por Anna, la hermana de la Señora Morton, que le mostró su habitación y le presentó a todos los demás, que la recibieron mejor de lo que esperaba.

Le mostró sus tareas y la muchacha no tardó ni dos horas en estar instalada y ayudando en la cocina.

-Veo que mi hermana tenía razón al recomendarte, eres buena trabajadora.

-Nunca le fallaré a la Señora Morton, ni a Ud., ni a la señora de la casa que tan amable fue, aunque no sé cómo se llama.

-Jane, su nombre es Jane- dijo una voz a sus espaldas.

Ambas se dieron vuelta al instante y se encontró con una hermosa mujer de pelo negro, un rostro con forma de corazón y piel color porcelana. Su belleza era serena, etérea y la sonrisa que lucía en su cara, traslucía calidez.

Pero lo que más le sorprendió a Kate, era que estaba tan embarazada como ella.

-Tú debes ser Kate- dijo acercándose antes que ella pudiera reaccionar.

-Sí, señora, quiero darle las gracias por haberme aceptado para trabajar aquí, no sé cómo agradecerle.

Cuando la sonrisa de la mujer, que no era mayor que ella, se amplió, pensó que estaba viendo una especie de ángel que había bajado a la tierra.

-Agradéceme cuidando bien a ese bebé. Anne me contó tu historia de amor, lo siento mucho, yo no sé qué haría si perdiera a mi marido, pero un hijo lo puede todo.

Kate se permitió, por un instante, volver a sentir la tristeza de la pérdida, pero se había prometido a sí misma que no la transmitiría a su bebé.

-Es así- dijo tocando su panza- lo puede todo.

Y ese fue el comienzo de una gran amistad entre ambas mujeres.

Aunque fue contratada para ayudar en la cocina, muchas veces Jane la reclamaba para que la acompañara y Anne la cedía con ganas, ya que veía que la joven americana se sentía a gusto con ella.

Así, Kate se enteró que les había costado mucho concebir, habían perdido tres bebés antes de los cuatro meses, creían era por un tema con su sangre. Pero este bebé pasó la prueba y Jane tenía una felicidad que se reflejaba en su voz cada vez que hablaba de su futuro hijo.

El señor de la casa sentía por ella la misma simpatía que su esposa, era agradable y atento, pero más serio, y sospechaba que su amabilidad mucho tenía que ver con el afecto que su esposa sentía hacia su persona.

Transitaron los embarazos juntas, pero nunca pensaron que los dos trabajos de parto comenzarían el mismo día.

La casa era un hervidero, todos corrían. Anne asistía a Kate, mientras que un doctor se encargaba de Jane.

La primera en llegar fue la bebé de Kate, el trabajo de parto fue largo, pero luego la pequeña nació rápido.

Fue el primer llanto que se escuchó en la casa y para su madre fue como un canto de ángeles.

En el momento en que Anne la puso en sus brazos, Kate pensó que no habría otra persona en el mundo a la que ella pudiera amar más. Pudo imaginar, por un instante, el dolor que Grace había sentido al perder a su hijo y a su nieto, y cuando la pequeña se prendió a su pecho supo que sería

capaz de morir por ese ser.

Arriba, las cosas se habían complicado, el bebé venía mal colocado y el dolor que Jane estaba sufriendo era tremendo. Había que tomar decisiones.

Su esposo aguardaba fuera del cuarto, pero sentía que los quejidos de su esposa lo atravesaban.

Finalmente, el bebé vino al mundo, una niña, demasiado pequeña, demasiado frágil. La felicidad de Jane era infinita cuando la tomo en sus brazos y se la mostró a su esposo que tenía la cara anegada en lágrimas, y luego ella, cayó en la inconciencia.

El médico lo hizo salir asegurándole que ella sólo estaba desmayada. Luego de casi una hora, salió del cuarto con cara de infinito cansancio.

-Señor Fairchild, las noticias no son buenas.

-Mi esposa, ella...- dijo aterrorizado.

-Ella está bien. Hemos detenido la hemorragia que tenía, pero me temo que este es el último bebé que podrá tener.

-No me importa no tener otro hijo mientras ella esté bien. Yo hablaré con ella cuando despierte. - dijo más tranquilo.

-Eso no es todo...-dijo el Doctor, haciendo una pausa para buscar cómo darle la noticia- la niña es muy pequeña, su corazón es débil, lo siento, pero no creo que sobreviva la noche.

El Señor Fairchild tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Su esposa no resistiría una pérdida más y menos después de haberla tenido en sus brazos.

Recordaba vívidamente el dolor en sus ojos cuando perdió los tres primeros bebés y estos ni siquiera llegaron al cuarto mes de gestación.

No se iba a recuperar, la iba a perder.

Bajó las escaleras. Necesitaba un trago. Y entonces lo escuchó. Un llanto, pero no provenía de arriba sino de la zona de servicio.

Siguió con pasos cansados el sonido, aunque en un momento había cesado, y llegó al dormitorio de Kate.

Una beba perfectamente sana, descansaba en los brazos de la mujer que siempre acompañaba a su esposa.

Era injusto, totalmente injusto que esa sirvienta fuera a tener algo que a su mujer le era negado.

No iba a pasar, él no iba a perder a su amor.

-Anne, sal del cuarto, tengo que hablar con Kate- dijo con una voz lúgubre que sobresaltó a ambas mujeres.

-Señor Fairchild ¿Cómo está su esposa? ¿Ha nacido el bebé? - preguntó Anne amablemente.

-Dije fuera!!!- gritó y hasta la niña abrió los ojos asustada, pero los volvió a cerrar en cuanto su madre le susurró.

Anne salió corriendo sin decir nada y él cerró la puerta.

Kate no sabía si estaba más asustada por sus gritos o por la forma que él miraba a su hija, como si quisiera arrebatarla de los brazos.

Instintivamente la apretó más contra su pecho.

Cuando finalmente habló, su voz parecía venir del más allá.

-Mi hija va a morir y con ella mi esposa también, ya no podrá tener otros bebés- le informó

inclinándose hacia adelante y pasando su mano por el pelo ya enmarañado.

- Lo siento mucho- dijo Kate con pesar- sé cuánto quería ella a ese bebé.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Kate. Jane no merecía ese suplicio.

Pese a eso, no entendía la presencia de él en su cuarto, y sus sentidos empezaron a gritar alertas que no podía ignorar.

-No voy a dejar que eso pase, no dejaré que ella muera y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Sin ella nada tiene sentido. – dijo en un tono de tormento.

Kate tragó saliva tratando de deshacer el nudo de miedo que se le formó en el estómago cuando él pronunció esas palabras

-Voy a ofrecerte un trato. - anunció.

Como si fuera una espada filosa, un escalofrío recorrió toda su columna vertebral.

-Quiero a tu hija, quiero que digas que fue tu bebé la que falleció.

La mente de Kate tardó un momento en asimilar lo que él le decía, porque no creía que él fuera capaz de pedirle algo así.

-No! - gritó ella aterrada.

-No he terminado- siguió él, ahora mirándola directamente de una forma que la hizo pensar que no estaba en sus cabales- No te separaré de ella, serás su niñera, estarás siempre a su lado, convenceré a Jane para que así sea, porque has perdido a tu bebé. Con el gran corazón que ella tiene, aceptará sin reservas.

- ¡Dije que no, ella es mía!!!- negó en un tono elevado- Siento mucho su pérdida, pero no voy a entregarle a mi hija -le contestó tratando de parecer firme, aunque su voz temblaba.

-No dejaré que te quedes aquí si no aceptas. - le advirtió.

-Bien, nos iremos, prefiero trabajar de sol a sol para darle de comer a mi hija que entregársela- refutó alzando su barbilla para enfrentarlo.

-Creo que no me has entendido cuando dije que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa-le aclaró con tono amenazante, bajo y casi demente- en el momento que salgas por esa puerta, voy a hacer tu vida imposible, haré que no puedas conseguir trabajo en ningún lado, las perseguiré a ambas y me encargaré que no puedan sobrevivir ni un día, pedirás limosna en la calle y nadie te la dará, morirán en un callejón de mala muerte. Porque sin Jane, nada tiene sentido para mí, nada me importará. Puedes estar segura que las destruiré a ambas.

Las lágrimas y el terror s la sacudieron, no podía contener los temblores que le producían los sollozos. No quería que él viera su debilidad. Estaba sola con su bebé y en sus ojos pudo ver que él cumpliría su palabra. Era un hombre desahuciado y su hija, la salvación.

A cambio- prosiguió- te ofrezco darle a tu hija una vida de lujos, educación, y sabes que Jane la amará y la cuidará, nunca le faltará nada. Y tu podrás estar a su lado, ayudando a criarla y amarla también. Heredará mi fortuna y la de Jane cuando ya no estemos. Si no, tú serás la causa de su muerte.

Kate sintió como todo su mundo se derrumbaba en esa habitación.

Bajó su mirada a su hija dormida, tan confiada en que ella la cuidaría, que haría lo mejor para ella. Hizo un último intento.

-Anne y el doctor sabrán la verdad- gimoteó.

-Yo me encargo de ellos, no dirán nada.

Y allí quedó su esperanza, debía elegir, cuando en realidad no tenía opciones, él las destruiría

sin dudas.

Respiró hondo varias veces hasta que encontró de nuevo su voz.

-Se asegurará que yo pueda amamantarla, que siempre pueda estar a su lado criándola y cuidándola, que nunca me alejarán de ella.

-Hecho.

-Y dos cosas más, quiero que le regale este colgante- dijo sacando de la cajita de terciopelo rojo, un camafeo esmeralda con una flor de lis – era de la familia de su padre y ha pasado por las mujeres de su familia de generación en generación.

-Lo haré ¿y la otra cosa?

-Su nombre es Maddalena, es un nombre italiano.

-Veremos si a...

-No, ese es su nombre, es el nombre que yo elegí- le dijo sin dejar que objetara- significa luminosa, radiante, que es en lo que se transformó mi vida por su simple presencia. Prométalo, todo.

-Lo prometo - le dijo más sosegado.

-Nunca lo perdonaré por esto, y espero que un día alguien le arrebaté a Ud. lo que más quiere, para que pueda sentir como es que le estrujen el corazón- le deseó con rabia.

-Tal vez un día me arrepienta, pero no será hoy.

Y desde ese momento Kate fue en la vida de Lena la madre en las sombras.

Los primeros tres meses fueron los más difíciles para ella.

Jane no tenía leche y dejaba que Kate amamantara a su beba, pero durante el día se sentía posesiva con ella, queriendo cuidarla.

Por la noche, dormía en el cuarto de sus padres mientras ella lo hacía en el de los niños.

No podía evitar despertarse cuando la niña lloraba y escuchaba como, su ahora madre, se levantaba a consolarla. Su corazón se desgarraba una y otra vez al no poder ser ella quien lo hiciera.

Anne, aunque no decía nada, la consolaba y acompañaba en su pena.

Kate comía solamente porque estaba amamantando a su hija.

Pero a los tres meses, el Señor Fairchild convenció a su esposa que la bebé debía dormir en el cuarto de los niños con su niñera, y el corazón de Kate comenzó a sanar.

Ella se levantaba en las noches si lloraba, y a veces cuando nadie la veía, llevaba a la pequeña a su cama para que durmiera en su pecho.

Cada día que crecía, Lena se parecía más a su padre, tenía algunos rasgos característicos de Kate, pero por momentos su alegría y terquedad, le recordaba lo que la había enamorado de Edward.

Durante diez años, él cumplió su promesa, Lena tenía todo lo mejor y Jane generosa como nadie, compartía a su hija con Kate.

Se habían convertido en grandes amigas y a Kate se le hacía difícil odiarla por ser ella a quien su hija llamaba mamá.

La pequeña, como si lo entendiera, repartía su amor entre ambas mujeres, dándoles un protagonismo por igual en su vida.

Cuando Kate los veía a los tres juntos, se decía a sí misma que había hecho bien, ellos le daban algo que ella no hubiera podido darle nunca: una familia completa.

Él se mostraba cariñoso y amable, como un buen padre. En cuanto a ella, no hablaba con él más de lo absolutamente indispensable, su corazón nunca podría perdonarlo, sólo lo toleraba.

Y entonces, Jane enfermó.

Al principio parecía ser sólo una gripe pasajera, pero cuando los días pasaron y la fiebre no cedía, supieron que era algo mucho más grave.

No dejaban a la pequeña ver a su mamá y Kate se debatía entre consolar y acompañar a su hija, y el deseo de ver a esa mujer que se había convertido en una amiga entrañable.

El Señor Fairchild casi no dormía, se pasaba horas y horas en el sillón al lado de la cama de su esposa. No dejaba a nadie entrar en el cuarto, sólo al médico que venía a revisarla.

El médico ya le había dado la noticia que no se podía hacer nada más y era cuestión de días para que ella falleciera.

Jane transitaba entre la conciencia y la inconsciencia y en uno de esos momentos pidió ver a su hija. Dejaron a la pequeña entrar y estar un rato con su madre, que le dijo lo mucho que la amaba y que cuidara de su padre.

Cuando salió, la angustia de Lena le llegó al corazón.

-Kate, ¿mi mamá se va a morir? - preguntó Lena con desolación.

Los ojos de la niña, llenos de lágrimas, buscaban un poco de esperanza en ella, pero no quería mentirle, debía prepararla para lo que venía.

-Sí, cariño, no han podido hacer nada.

Lena se abrazó a la cintura de Kate mientras ella le pasaba las manos por la cabeza para tranquilizarla.

La llevó a su cuarto y se recostó con ella en la cama hasta que se quedó dormida, por el cansancio de tanto llorar.

Se estaba levantando de la cama cuando vio al Señor Fairchild en la puerta.

Se asustó más por su aspecto que por no haberlo visto. Tenía la barba crecida y el pelo hecho un desastre. Los círculos oscuros debajo de sus ojos le daban un aspecto de muerto en vida.

Cuando habló, su voz sonaba ronca, como si hiciera mucho tiempo que no la usaba.

-Ella quiere hablar contigo- informó antes de desaparecer.

Kate se aseguró de que su hija estuviera cobijada y, luego de darle un beso en la frente, fue al cuarto de Jane.

El aire estaba viciado de un olor a enfermedad que invadía las fosas nasales.

Él las dejó solas luego de darle una mirada de advertencia a Kate como si supiera el tema de conversación que iban a tener.

Kate se sentó en la cama y tomó la mano de Jane, estaba caliente, muy caliente. Todo su cuerpo irradiaba calor por la enfermedad.

Jane abrió los ojos despacio, como si le pesaran, e intentó sonreír cuando la reconoció.

-Has venido.

-Claro, por supuesto, estoy aquí contigo.

- ¿Cómo está mi niña? Y no me mientas por favor.

-Está triste, como todos.

-Nunca pensé que un día haría llorar a mi hija.

-Tú no la haces llorar, todos te amamos, Jane, lloramos porque no te encuentras bien.

-Kate, sé que me estoy yendo.

-Jane, tienes que luchar... por Lena.

-Ya no tengo fuerzas. Sé que mi hora ha llegado. No puedo quejarme, mis sueños se convirtieron en realidad, sólo me preocupan Richard y Lena. Quiero pedirte algo.

-Por supuesto, dime.

-Sé que Richard y tú no se llevan bien, he notado la tensión entre Uds., él es grande y deberá cuidarse solo- dijo con esfuerzo en la voz, -me inquieta Lena, temo que cuando me vaya él se sienta perdido y en su dolor se olvide de cuidar de nuestra pequeña.

Kate escuchaba atentamente, le sorprendía que esa mujer que nunca hablaba mal de nadie, que era un ángel con todo el mundo, conociera tan bien cómo iba a reaccionar su marido.

-Siempre estaré aquí para Lena, lo sabes. - la calmó

-Sí, lo sé, pero quería asegurarme- dijo haciendo una pausa antes de continuar- Hay algo más que necesito saber.

Jane la miraba con los ojos vidriosos por su padecimiento, pero, tan intensamente, que parecía querer leer su mente.

-El día que Lena nació recuerdo que yo estaba muy débil. Era tan pequeñita que parecía perderse hasta en mis brazos, sé que estuve dos días inconsciente, pero, cuando la volví a ver, ella parecía distinta, más grande, saludable.

Kate tragó saliva, sabiendo la pregunta que venía y que no quería escuchar.

-Dime, ¿ella es realmente mía? - preguntó con angustia en la voz mientras apretaba su mano.

Kate pensó en decirle la verdad, que no era su hija, que era de ella, que ese horrible hombre al que tanto amaba se la había robado y amenazado con destruirlas.

Pero al mirar a esa mujer enferma, ella vio a su amiga, a una persona inocente y dulce, que nada tenía que ver con el monstruo de su esposo. No iba a herirla en sus últimas horas.

-Ella es tuya- dijo Kate llorando, como también es mía, pensó, pero no lo expresó en voz alta- estabas muy débil y lo que creíste ver debió ser una mala jugada de tu mente.

Jane sonrió y pareció tranquilizarse con sus palabras, apretó su mano y cerró los ojos como si no pudiera mantenerlos más tiempo abiertos.

Kate dejó las manos de Jane sobre su pecho y se levantó para dejarla descansar.

Tenía su mano sobre el pomo de la puerta cuando ella volvió a hablar.

-Cuida de nuestra pequeña, Kate- dijo casi susurrando.

Y esa fue la última vez que escuchó su voz.

Tres días después enterraban a Jane en el panteón familiar.

Desde aquel día, Richard se alejó definitivamente de Lena, el dolor se apoderó de la vida de él, ya no quería vivir, vivía porque respiraba.

Muchas veces Kate trató de hablar con él, para decirle que estaba incumpliendo su promesa, que su hija no era feliz, que no la estaba cuidando. Todas esas veces él le había dicho lo mismo.

-Dile la verdad si quieres, ya no me importa.

Pero no podía hacer eso, con todo lo que la pequeña había pasado, eso la destruiría.

Aunque confiaba que la Señora Morton le daría trabajo, el miedo al rechazo y al dolor de Lena, era mayor que su propia felicidad.

Por eso en el momento que se enteró que la mandarían a un internado, se ocupó de que fuera un lugar bello para su hija, sería mejor que estuviera allí y no cerca de Clare, quien desde que

llegara se había encargado de ir minando la autoestima de la muchacha, sin entender nunca que un día su futuro dependería de ella.

La tarde antes de que Lena se fuera al colegio definitivamente, Kate hizo un último intento de hablar con él.

- ¿A qué has venido? - preguntó apenas apoyándose en el respaldo de la cama cuando la vio entrar.

-A ver si puedo hacer que entre en razón.

- ¿Y sobre qué tendría que entrar en razón? - preguntó con hastío.

Su voz parecía de ultratumba, con una carraspera fuerte.

-Sobre tu hija.

-Ella no es mi hija.

-Sí lo es, desde el día que me la quitaste a mí. Se las entregué a ti y a Jane. En un momento sé que la quisiste. No podías fingir el cariño, los juegos, los regalos. Yo te veía con ella, sé que la llegaste a amar.

- ¿Qué quieres? - dijo exhalando bruscamente como si ella le hubiera dado un golpe con los recuerdos.

-Que no la dejes ir, que le demuestres tu amor, que cumplas lo que me prometiste- pidió desesperada.

Él la miró y ella sintió como su pena la alcanzaba. Sus ojos estaban vacíos y su expresión era la de quien se sabe al borde del abismo.

-No puedo, Jane se llevó con ella todo de mí. Ya no queda nada en mí para ser amado ni para poder amar a otro. Ella estará mejor lejos de aquí. Sólo espero partir pronto para volver a ver a mi amor.

Kate supo que tenía la batalla perdida, pero antes de irse quiso darle la estocada final, aunque luego se arrepintiera.

-No sé si te perdonaré algún día, pero de algo estoy segura, cuando te encuentres con Jane en el más allá, que seguramente está viendo no sólo lo que estás haciendo con tu hija sino lo que hiciste, sé que no te perdonará.

Richard tembló como si lo hubieran sacudido fuertemente.

Pero ella no se quedó a escuchar su réplica, si la había. Porque salió de la habitación para no verlo nunca más.

Durante los años que vinieron, ella se dedicó a cuidar de Lena a través de sus cartas, quería que su hija supiera que siempre estaría allí para ella y que una persona en este mundo la amaba profundamente.

Quería evitar que ella volviera a sufrir.

Y se encontraba aquí frente a su hija, Richard también había hecho su última jugada. Él le estaba devolviendo a su hija, la pregunta era si ella querría a su madre ahora.

Capítulo 21

-Así sucedió y hoy estamos aquí- terminó Kate su relato, entre lágrimas y mirando a la muchacha a la que por primera vez podría llamar hija en voz alta.

Lena estaba como ida, mirando más allá de ella, no lloraba, su cara una máscara indescifrable. De repente fijó su mirada en sus ojos.

-Tengo tu mismos ojos- dijo como si fuera una revelación-nunca me di cuenta que no eran del mismo verde que los de mi padre. Son iguales a los tuyos.

Kate no sabía que decir, no quería moverse. Todo su cuerpo le pedía abrazarla, pero su corazón le advertía que ella no estaba lista.

Y esperó.

- ¿Me vendiste a ellos? -preguntó con la voz estrangulada.

-Claro que no! -gritó Kate sin darse cuenta que elevaba la voz y levantándose de su asiento- ¿No has escuchado lo que te conté? Yo no quería, pero sabía que él tenía el poder para destruirnos. Jamás acepté nada de ellos, ni siquiera mi sueldo, sólo la casa y la comida para poder estar contigo. Cuando me fui de esa casa sólo llevaba los ahorros de mi trabajo en la pastelería ni un chelín más- siguió aclarando entre indignada y horrorizada de que pudiera pensar que había aceptado dinero por ella.

Su hija trataba de asimilar toda la información intentando encontrarle el sentido.

-Soy una bastarda-pronunció arrastrando la palabra.

-No te llames así a ti misma.

-Es lo que soy. ¡Por Dios! Nada de esto me pertenece- dijo dándose cuenta que no era dueña en realidad.

-Claro que sí, es tuyo.

-No, era de la niña que murió.

-No, Jane te lo dejó a ti. Por favor, hija...- trató de explicar Kate angustiada por no poder consolarla de algún modo.

-No me llames así, yo no soy tu hija- dijo con el desprecio reflejado en su voz.

Kate retrocedió como si ella la hubiera golpeado. Pensó que el rechazo podía ser uno de los resultados, pero no adivinó que le dolería aún más que cuando la obligaron a entregarla.

-Quiero que te vayas ya mismo de esta casa-le dijo mirándola con frialdad.

-Tenemos que hablar, Lena...- trató de convencerla desesperada.

-No tenemos nada que hablar. Tu decidiste un día que yo sería la hija de alguien más, hoy yo decido que tú no eres mi madre- sentenció y abrió la puerta de la sala y llamó a Lucille con un grito que resonó en la casa.

Kate no pudo soportarlo más y comenzó a llorar con sollozos tan potentes que la ahogaban.

Se dobló en dos sin poder evitarlo y tuvo que sentarse nuevamente.

Lena permanecía en la puerta mirando hacia afuera hasta que Lucille llegó. La mujer echó una mirada de reojo a Kate que lloraba sin consuelo e iba a hablar cuando Lena se le adelantó.

-Dile a John que ensille dos caballos para acompañar a la Señorita Kate a la casa del Señor Benjamín. - le dijo ante los ojos abiertos de asombro de la mujer, que paseaba su mirada de una a otra- Ahora Lucille!!- gritó Lena al ver que no se movía.

La mujer salió corriendo a cumplir la orden.

-Lena, esto no tiene sentido... déjame quedarme- suplicó Kate entre gimoteos.

-No te quiero aquí- contestó sin mirarla.

Lena no quería mirarla, sabía que su determinación flaquearía si la veía llorar, ya sus sollozos estaban haciendo estragos en ella.

Permanecieron en silencio hasta que Lena vio aparecer a John por la puerta abierta que dejara Lucille. Había salido corriendo tan sorprendida que no se dio cuenta que había utilizado la puerta principal.

-Vamos – dijo agarrando bruscamente a Kate del brazo.

Casi la arrastró por el pasillo hasta la puerta ante la mirada azorada de John, Lucille y Tom, que se había acercado, llamado por su esposa que estaba histérica.

Kate se dio vuelta cuando ella la soltó, sus sollozos conmovían a quien los escuchaba. Hizo un último intento.

-Lena, por favor, hablemos...

-Vete, no quiero verte. John, ayúdala a subir al caballo y acompáñala a lo del Señor Benjamin- dijo tajante sin rastro de emoción.

Tom se acercó a Kate al ver que John estaba petrificado.

-Vamos Señorita Kate, será mejor que se vaya ahora y hablen cuando estén más calmadas- dijo en un susurro para que lo escuchara solo ella. Empujó suavemente a Kate hacia el caballo para salvarla de la ira que emanaba de Lena.

Kate se subió al caballo y tuvo que ser sostenida por Tom para que no se cayera, estaba débil, le ardían los ojos y no podía ni siquiera ver el camino por las lágrimas.

-Yo la llevaré, John – dijo Tom instándolo a que bajara del caballo.

No tuvo que insistir mucho.

El torbellino de angustia, furia y tristeza que se respiraba, los estaba intoxicando a todos.

Viendo que la mujer no estaba en condiciones, tomó las riendas del caballo y lo fue conduciendo detrás del de él.

-Kate ya no es bienvenida a esta casa- anunció a John y Lucille que se habían quedado allí- Háganlo saber a todos, los haré responsables si vuelve a entrar aquí.

Ambos asintieron sin poder articular palabra.

-Lucille, mañana quiero que empaques todas las cosas de Kate y envíes a alguien con los baúles a lo del Señor Benjamin. No quiero una sola cosa de ella en esta casa. -terminó, entrando de vuelta a la mansión y cerrando de un portazo.

Tom conducía a Kate lentamente. Preocupado, miraba una y otra vez para atrás, a pesar que apenas la divisaba, porque temía que ella se cayera.

Cuando estaban casi llegando a la casa de Ben, algunos esclavos que estaban vigilando se acercaron atentos, pero se relajaron cuando los vieron.

-Ve a buscar al amo Ben, ahora, rápido – le dijo a uno de los muchachos que se habían acercado.

En menos de dos minutos Ben salía corriendo afuera, seguido de Alex y su madre.

Llegó al lado del caballo de Kate y tomó su mano que estaba helada.

-Kate, cariño, ¿qué pasó?, háblame- dijo preocupado ya que ella miraba hacia adelante como si estuviera en un trance y los rastros del llanto estaban marcados en su cara - ¿Tom? -preguntó

mirando al hombre, al ver que ella no reaccionaba.

Tom dudó antes de responder, ni él entendía que pasaba.

-No sé qué ha sucedido, amo Ben, sólo escuché como la Señorita Lena la echaba de la casa.

Ben no tuvo tiempo de sorprenderse porque en ese momento Kate se caía del caballo desmayada y él se movió rápidamente para atajarla.

Emma y Alex permanecían atónitos parados allí, cuando Ben tomó a una Kate inconsciente en sus brazos.

-Creo que debo ir a ver a Lena – dijo Alex encaminándose al caballo de Kate.

-Amo, Alex, si me permite el atrevimiento- intervino Tom haciendo que Alex se detuviera- no creo que sea buena idea, será mejor que espere a mañana. La Señorita Lena estaba muy alterada y, si he llegado a conocerla, en esos momentos prefiere estar sola.

- ¿Así de grave es? -inquirió Alex.

-Creo que sí, amo, nunca vi a ninguna de las dos así- y mirando a Ben pidió- Cuídela amo Ben, tendría que haber visto como lloraba mi señora, le rompía a uno el corazón.

Ben sintió rabia contra esa muchacha, no importaba lo que había pasado, nadie tenía derecho a angustiarse a su mujer.

-Tom tiene razón Alex, entremos en la casa, ahora es de Kate de quien nos debemos ocupar- ordenó Ben, con enojo en su voz.

Alex asintió y lo siguió acompañando a su abuela.

Tom tomó los caballos para regresar a Lumière.

Estaba triste y preocupado, generalmente cuando dos personas que se querían como ellas, se peleaban así, era por algo muy grave.

Sólo a quien amas tiene el poder de infringirte un daño tan grande que pueda quebrarte como a la Señorita Kate. Pero también notó el dolor oculto en la ira de la Señorita Lena.

Me quedé sola, pensó Lena, mientras caminaba hacia la salita donde Kate le había confesado que era su madre.

Su madre... su madre estaba viva, toda su vida había sido una mentira.

¿Qué hacía allí? Ese lugar no tenía nada que ver con su historia como pensaba, porque Jane no era su madre.

Poseía una fortuna que nunca fue de ella.

Volvió a estar como al principio, perdida, tratando de entender a qué lugar pertenecía y ahora la persona más confiable y estable en su vida, la había defraudado.

Pero no podía llorar. Quería poder sacar todo lo que tenía atascado dentro, pero las lágrimas no llegaban, aunque las invocara.

¿Qué hacer? ¿Cómo seguir?

No quería pensar, no ahora, sólo sabía que no quería a Kate en su vida.

Se sentía como si le hubieran colocado un gran bulto en la espalda que no era capaz de cargar.

Se sentó en el sofá cansada y se recostó en él. Los ojos se le volvieron pesados y luego de un largo rato los cerró.

Así la encontró Lucille, enroscada en posición fetal. La mujer, preocupada, había estado esperando por si ella necesitaba algo. La tapó con una manta y le apartó algunos mechones de la

cara.

Se dio cuenta que todas las familias tenían secretos dolorosos.
Esperaba que con la mañana las cosas se pudieran ver más claras.

Kate abrió los ojos asqueada por el fuerte olor a perfume en su nariz.

No sabía dónde estaba hasta que vio a Ben arrodillado a su lado.

Sus ojos verdes se encontraron con los ojos color miel de él y entonces todos los recuerdos de la noche volvieron a ella.

Rodeó el cuello de Ben con los brazos y empezó a llorar tan desconsoladamente, que, sin importarle el decoro, la abrazó y la colocó en su regazo, ante la mirada de su sobrino y su madre.

Comenzó a mecerla suavemente, susurrándole palabras de amor y calma en su oído, pero la congoja no paraba.

Miró asustado a su madre buscando ayuda y esta musitó un “dale un momento” sin sonido.

Todos pensaban lo mismo: algo muy grave debía haber pasado para que ella estuviera así.

Alex ya estaba arrepentido de no haber ido con Lena.

Cuando finalmente Kate se calmó, pudo hablar un poco.

Aspiró profundamente el olor de Ben, contra su cuello, como si eso la tranquilizara.

-No puedo hablar ahora- dijo sin mirarlos y con una voz gastada por el llanto- Mañana, por favor.

-Claro, querida, sólo queríamos asegurarnos que estuvieras mejor, te dejaremos para que puedas descansar- dijo la Señora Henderson con cariño.

Kate gimió y se aferró más a Ben.

-Me quedo- dijo él mirando a su madre para que no objetara- no voy a dejarla sola.

Su madre lo miró reprobatoria.

-Sólo voy a dormir aquí con ella madre, me necesita.

Finalmente, su madre cedió y salió llevándose consigo a Alex.

A Ben lo desesperaba no saber qué era lo que la tenía en ese estado, pero sabía que su necesidad de él era más importante que su curiosidad. Que hubiera buscado refugio en sus brazos lo había enternecido.

Acunó a Kate en sus brazos hasta que sintió que cesaban los quejidos y su respiración se ralentizaba.

La puso sobre la cama y se acostó al lado de ella, colocando su cabeza en su pecho y rodeándola con un brazo.

Luego de tapparlos a ambos con la manta, se dijo que debía tratar de dormir, por el estado de Kate, iba a ser un arduo trabajo sacarle toda esa desdicha de su interior.

Su angustia le recordó la de su madre cuando su padre falleció y eso lo hizo sentir impotente.

Siempre se sentía impotente frente al dolor de las personas que amaba.

Pero esta vez no, esta vez daría pelea para verla sonreír nuevamente.

A la mañana siguiente, Kate fue ayudada por una de las muchachas a tomar un baño, aunque se colocó la misma ropa.

Se había despertado en los brazos de Ben y él no le había preguntado nada relacionado con su llanto, sino que se limitó a poner a personas a su disposición para que se refrescara.

A pesar de haberse bañado, su cara estaba marcada con pesar, y la amargura bajaba dos tonos su voz.

Cuando él volvió a entrar en el cuarto, fue ella la que trajo el tema.

-Estoy lista para hablar con los tres.

- ¿Los tres? - preguntó Ben sorprendido.

-Sí, si voy a ser parte de esta familia, no quiero más secretos.

Se acercó para besarla en los labios y asintió yendo a buscar al resto.

La Señora Henderson dispuso que tomaran el desayuno en la habitación de Ben, y no dejó que Kate empezara a hablar hasta que no hubo comido al menos una tostada y tomado una taza de té.

Alex estaba allí también, pero permanecía de pie.

A Kate le temblaba la voz cuando comenzó a hablar y antes de que Ben pudiera reaccionar, su madre se levantó de su silla, fue a la cama y le tomó una de las manos, dándole fuerza para su charla.

El relato de Kate se trasladó al mismo momento en que lo hiciera cuando se lo contó a Lena, habló de cada detalle, de cada sentimiento, de cada momento.

Notó la tensión de Ben cuando les contó la amenaza del Señor Fairchild.

La Señora Henderson lloraba en silencio, cuando terminó con la escena que se desarrollara en la finca la noche anterior, y le acariciaba la mano suavemente.

No había juicio en sus miradas, sólo sorpresa y empatía.

Ben la miraba con amor y con un entendimiento de lo que sentía, que la tranquilizaba.

- ¡No puedo creer que ella te echara sin más luego que le contaras todo esto! - fue Alex quien habló indignado, sorprendiendo a todos.

-Quisiera saber qué es lo que siente ella, pero no tuve oportunidad de saber, de explicarme. Piensa que yo la quise entregar.

- ¿Pero, qué opción tenías? ¿Es que no lo ve? - agregó Ben, más justificando que preguntando.

-Tomé una decisión, Ben, por mí y por mi hija. Ella era mi responsabilidad. Por más que quiera que me entienda, sólo ella puede decidir qué hacer en este momento. Ella tiene el poder y yo aceptaré lo que ella quiera darme. No sé por qué Richard hizo esto a último momento. Hubiera sido mejor que ella nunca lo supiera. No quería que volviera a sufrir.

-Yo creo que el Señor Fairchild pensaba que de esta forma te la devolvía. Es una forma rara de pedir perdón, pero lo es - afirmó Emma- Habrá un momento en el que entre la nebulosa de la confusión que Lena tiene en su cabeza y en su corazón ahora, verá el gran amor que sentías por ella para hacer lo que hiciste. Pero hoy ella no sabe quién es. Todo aquello sobre lo que tenía certeza en su vida, es una mentira y eso puede golpear muy fuerte a una persona. Necesita tiempo. Creo que este sufrimiento es de los que sanan, no de los que dejan cicatrices. Quédate tranquila, ella lo verá, porque yo me encargaré de eso.

Todos se la quedaron mirando como si no entendieran la última parte de su discurso.

-Kate- dijo Alex rompiendo el silencio- iré a hablar con ella, tal vez me eche, pero trataré de que entre en razón.

-No irás a ningún lado- dijo la Señora Henderson tajante.

-Abuela, creo que...

-Iré yo a ver a la muchacha- interrumpió mirando a su hijo y a su nieto- esta es una tarea para una mujer. Además, a mí no va a poder echarme, no lo hará, Kate la ha educado bien.

-Señora Henderson, no es necesario...- comenzó Kate.

-No me llames Señora Henderson, llámame Emma, voy a ser tu madre dentro de poco- le conminó con cariño en su voz.

Kate no pudo evitar reprimir un gimoteo y la abrazó. Lo más cercano que había tenido a una madre era la Señora Morton.

-Debes saber querida, que ahora tienes una familia más grande. Hasta ahora han sido Lena y tú, ahora somos todos. Una familia se apoya y uno toma las riendas de la situación cuando al otro le faltan fuerzas. Sólo te voy a pedir una cosa...levántate de la cama, conserva tu fuerza, hoy más que nunca necesitas luchar por tu hija, ella tiene que saber que no renunciarás a ella, que nunca lo hiciste.

-No renunciaré a ella- afirmó Kate sonriendo apenas.

-Bien, entonces haré que preparen el carruaje para partir- anunció levantándose- y tú- señaló a Alex- te quedas aquí.

Alex resopló con enfado.

Ella le dio un pequeño golpe en la cabeza, aunque era considerablemente más baja.

-No le resoples a tu abuela muchacho, que no eres un animal- ordenó saliendo de la habitación.

Alex miró hacia arriba como orando al cielo.

- ¿Por qué será que siempre que ella me reta, me siento como un niño de ocho años de vuelta?
- dijo medio enfadado.

Los tres sonrieron, esa pequeña mujer tenía más fuerza que todos ellos juntos.

-Todo saldrá bien, Kate, ya verás. Si hay alguien que puede mover montañas es mi abuela- bromeó saliendo de la habitación.

Kate se volvió hacia Ben que se había sentado a su lado en la cama.

-Tu madre es una mujer maravillosa.

-Todas las mujeres importantes de mi vida son maravillosas- dijo con dulzura, y la besó en los labios.

Lena se despertó con los golpes en la puerta y la voz de Lucille que la llamaba. Le llevó un momento entender que no estaba en su cuarto sino en la salita.

Antes que pudiera levantarse, la puerta se abrió.

-Tranquila, querida- decía una voz- tu prepara un buen desayuno y tráelo que yo me encargo de esta jovencita.

Lena reconoció a la abuela de Alex entrando y a una Lucille nerviosa, que claramente no había podido con ella.

- Señorita Lena, yo traté de decirle que no estaba disponible, pero...- trató de explicar Lucille.

No había podido con esa pequeña mujer que era todo un huracán.

¿Qué diablos hacía en su casa? Pensó que Alex podría venir, cuando envió a Kate con Ben, pero nunca imaginó la presencia de ella.

-Está bien, Lucille, ve a traer lo que te pidió la Señora Henderson- dijo resignada, al ver que

la mujer se sentaba cómodamente en el sillón enfrente al de ella.

Esto iba a llevar un tiempo.

Ella la estaba mirando apreciativamente.

Lena sabía lo que estaba viendo. Todo su pelo revuelto, su vestido arrugado y desaliñado y ni quería pensar cómo se vería su cara con las ojeras.

Se pasó la mano por el pelo para quitar las horquillas flojas y se hizo un moño bajo, tratando de adecentarse un poco.

-No has llorado- dijo la Señora Henderson mirando directamente a sus ojos verdes.

-No lloro desde la muerte de ...- se interrumpió, sin saber que decir.

- de tu otra madre- terminó por ella.

Lo sabía, ella lo sabía todo.

Lena no se decidía, si estar tranquila o tensionarse.

Iba a querer tener con ella una conversación, que no creía que estaba preparada para asumir en ese momento.

-Señora Henderson, entiendo que está al tanto de toda la situación. Me sorprende su visita-le dijo en un tono que marcaba su terreno.

La mujer la miró fijamente y Lena sintió lo mismo que sentía cuando Mamma Joy la miraba, que podía ver a través de ella.

-Querida, soy lo suficientemente mayor para no sentirme intimidada por nadie. Estés sorprendida o no, voy a hablar contigo de este tema. En poco tiempo, tú serás parte de mi familia. Y yo siempre cuido a mi familia.

Las palabras penetraron como un rayo en su mente, ella era, quisiera o no, la hija de Kate y cuando ella se uniera a Ben, pasaría a ser una especie de nieta para esa mujer.

No llegó a contestarle porque Lucille entró con el desayuno colocando todo sobre la mesita.

Lena vio la carta cerrada de su padre que había quedado allí y la puso en el bolsillo de su vestido.

-Gracias, Lucille, yo serviré el té- informó Lena.

-Por si me lo ibas a preguntar, Kate está bien, la reanimamos luego que cayera del caballo desmayada- dijo la Señora Henderson haciendo que Lena casi volcara el té que estaba sirviendo.

-Usted piensa que yo quiero tener alguna noticia de ella, pero no es así- refutó.

-Ella está destrozada, - siguió como si no la hubiera escuchado- la he obligado a desayunar esta mañana luego de que ayer a la noche, la muchacha se pasara llorando casi dos horas seguidas en los brazos de mi hijo hasta quedarse dormida. - Lena apoyó la taza en la mesa y respiró profundo.

-Creo que será mejor que me diga qué es lo que quiere- le dijo exasperada, más por lo que estaba sintiendo por Kate, que por sus palabras.

-No quiero nada. He venido porque evidentemente si echaste a tu madre de aquí, es porque no entendiste bien su relato.

Lena se estremeció cuando la oyó llamar a Kate su madre.

-No voy a caer en la frase común de decirte que no lo entiendes porque no eres madre, aunque sea así. ¿Cómo crees que se puede sentir una muchacha de dieciocho años que se enfrentaba a un hombre muy poderoso, un hombre que amenazaba, no con destruirla a ella, sino con destruir a su bebé? Puede que hayas sufrido abandono en tu vida Lena, pero no sabes ni por asomo los que es

vivir en las calles con un enemigo como ese, en el mejor de los casos hubieran terminado muertas y en el peor prostitutas. Yo conozco esos bajos fondos. Me dedicaba a rescatar muchachas de esos lugares cuando mi esposo vivía. Te puedo asegurar que no es un espectáculo lindo de ver. Una vez que estás allí, son contadas con los dedos de una mano las que regresan.

Lena tragó saliva, pero permaneció inmutable. La Señora Henderson le estaba tratando de mostrar una perspectiva de la historia que ella no consideró. Lo único que ella había escuchado en el relato de Kate era que la entregó a Jane y a Richard.

-Dime pequeña, ¿qué hubieras hecho tú si hubieras estado en su lugar? ¿Cuál habría sido tu decisión?

Hizo una pausa observando su reacción. La había hecho dudar. Eso era bueno.

Las cejas de Lena se alzaron por la sorpresa de la pregunta, no creía que esperara su respuesta. Y entendió que ese era su punto: que no había una respuesta correcta, sólo que en una perdían las dos y en la otra sólo Kate.

El entendimiento la sacudió, Kate había elegido ser ella la que perdiera.

-Nada en este mundo te puede preparar para ver el dolor de un hijo, menos para la muerte de uno- le dijo con emoción en su voz- Pero nada te prepara para un rechazo después de haber dedicado tu vida a acompañarla sin pedir nada a cambio- suspiró profundamente para tomar aire- Si puedes mencionarme un solo momento en el que Kate te haya fallado o no te cuidara... me iré de aquí sin más.

Imágenes pasaban como ráfagas por su mente, buscando un momento, uno sólo de su vida en que Kate le fallara. Y Lena no pudo encontrar ni uno. Y eso la perturbó y la enojó, al mismo tiempo.

Emma aguardó un rato a que ella pensara mientras distinguía en su rostro los rasgos de su madre. Se preguntaba cómo nunca se había dado cuenta. Sus ojos eran iguales.

Sabía que ella no podría encontrar nada, esa mujer amaba a su hija como a nadie, la había seguido hasta allí.

Cuando consideró que había pasado suficiente tiempo, habló.

-Bien...no has podido encontrar nada ¿no? - confirmó con satisfacción en la voz- entonces haremos las cosas a mi manera- dijo como si antes hubieran hecho un pacto sobre el tema

-Qué...- trató Lena mientras ella llamaba con la campanilla a la servidumbre.

Lucille acudió extrañamente rápido para haber estado en la cocina.

- ¿Señorita? - preguntó dirigiéndose a Lena.

-No querida, yo he llamado- dijo atrayendo la atención de la mujer- Necesito que prepares uno de los cuartos de invitados, ya que pienso quedarme una temporada.

-Usted no puede invadir...- dijo Lena indignada.

Ella levantó un dedo moviéndolo en un gesto de negación, para hacerla callar, lo que aumentó su enojo.

-Un momento, Lena, no he terminado de darle las indicaciones a Lucille- ordenó con una calma enervante- Además necesito que envíes a alguien a la casa de mi hijo para que recoja mis cosas y a la Señorita Kate.

-Señora Henderson no hemos discutido esto, no estoy de acuerdo con que...- empezó Lena apretando los dientes.

-Querida, te aseguro que no querrás iniciar una pelea conmigo o te juro que voy a hacer que

Ben y Alex también se instalen aquí- le aconsejó.

Lucille miraba el intercambio con la boca abierta, no pudiendo creer que esa señora estuviera dominando a la suya.

- ¿Y qué hago con las cosas de la Señora Kate que estamos empacando? - preguntó a Lena.

-Las dejas como están- contestó por ella la Señora Henderson.

-No me lo puedo creer! ¡Esto es un atropello! - dijo Lena exasperada, levantándose para retirarse.

-Lena, antes de que te vayas, Lucille necesita instrucciones- pidió, sabiendo que la mujer no haría nada si no lo confirmaba su Señora

Lena exhaló aire y luego aspiró y lo retuvo, como si hiciera un esfuerzo para no insultarla. No se dio vuelta.

-Lucille, haz lo que te pide la Señora Henderson. Le advierto que no quiero hablar con ella- y salió de la habitación.

Emma sabía que luego de las cosas que le hizo ver en su charla, Lena había empezado a perdonar a Kate. Nunca hubiera dejado que volviera si no fuera así, era una guerrera que no cedía en las batallas.

Emma y Lucille intercambiaron sonrisas cómplices.

-Ayyy Lucille!!!, - manifestó sonriendo feliz- hemos ganado esta vez. Me encanta esa muchacha para mi Alex, pero todo a su tiempo, ahora tenemos que reconciliar a esas dos.

Lucille dejó escapar una risita y fue a cumplir las órdenes.

Cuando John llegó a la finca de Ben, lo hicieron pasar al estudio. Kate y Alex estaban ahí con él, esperando noticias de Emma

- ¿La ha matado? – preguntó Alex, bromeando, a un asombrado John que lo miraba sin entender.

-No estamos para bromas, Alex- lo retó Ben que estaba atento a la tensión que se había apoderado de Kate al verlo entrar. -Habla John.

-Bueno..., si entendí bien- dijo dudando- tengo que llevar algunas cosas de la Señora Henderson a la finca de la Señorita Lena, ya que piensa quedarse allí por un tiempo.

-Pero qué demo...-maldijo Alex- lo siento Kate, pero no lo puedo creer.

-Y, además- continuó- tengo que llevar de vuelta a la Señorita Kate conmigo.

Kate se paró como si tuviera un resorte y colocó sus manos tapándose la boca emocionada.

-Cariño- llamó Ben acercándose para rodearla con un brazo- no te ilusiones, no sabemos qué hablaron.

-No entiendes- dijo ella entrecortadamente, pero con una sonrisa - la conozco y esto es un gran avance. No perdamos tiempo, vamos.

-Voy contigo entonces- dijo Alex.

-No, tú te quedas aquí, ya somos demasiados- ordenó Ben.

-No soy un niño para que me digas qué hacer, tío- le recriminó enfadado.

-Lo sé, lo siento, no quise que sonara así. Deja que terminemos primero y luego podrás hablar con ella cuanto quieras.

Alex asintió, no muy convencido, aunque entendía sus razones.

Ni bien llegaron a Lumière, Emma los recibió, no quiso decirles el contenido de la conversación sino solamente que se quedaría allí un tiempo y que Lena no quería hablar con Kate.

Ella se acercó y la abrazó fuerte.

- ¡Gracias, muchas gracias!! No importa que no quiera hablarme, si estoy aquí, puedo seguir luchando por ella.

La Señora Henderson colocó una mano en su mejilla con cariño.

-Vamos a ganar, querida, no lo dudes.

Capítulo 22

Un mes después, gracias a la presencia de la Señora Henderson, la convivencia entre las tres mujeres había avanzado considerablemente bien.

Al menos ahora Lena le contestaba con monosílabos a Kate en cuestiones de la casa o de la finca y poco a poco la muchacha iba cediendo, al menos, hasta tener el mismo trato que antes.

Kate no se ilusionaba con que algún día la pudiera llamar madre o la tratara como tal, pero se conformaba con recuperar su antigua relación.

Emma se convirtió en poco tiempo en una madre para Kate y una abuela para Lena. Tenían largas charlas, algunas profundas y otras superficiales. Ella disfrutaba de la compañía de las mujeres después de haber vivido tanto tiempo sólo con hombres.

Todos los empleados la adoraban y ella les estaba enseñando a leer a los niños de Lumière y en secreto a Simon, Jenna, Lucille y Tom, que tenían vergüenza de tomar las clases con los pequeños.

Tomaba largos paseos con Mamma Joy con quien desarrolló una amistad enseguida. Ambas mujeres parecían compartir un sexto sentido para las cosas y las personas.

A pesar de las protestas de Ben, habían aceptado retrasar el casamiento.

Kate decía que no se casaría hasta que se solucionara todo, ella quería disfrutar junto a su hija ese momento y no que quedara empañado.

Así que Ben aparecía todos los días por allí para verla y dar un paseo con ella.

Ese día en especial estaba de mal humor, aunque Kate sospechaba que llevaba varios días así.

Habían salido de paseo y Kate lo llevaba de la mano por un camino nuevo, para tratar de tranquilizarlo.

Detrás de la casa había un bosque de cipreses que teñían de verde el pasaje, los aromas silvestres impregnaban el aire y creaban un ambiente de serenidad que se podía disfrutar.

Pero Ben seguía tenso y ella sabía por qué. Sonrió sólo al pensar que su enojo era por no poder estar con ella, en una cama, por supuesto.

Apoyó su espalda en un árbol y tiró de él hacia ella, rodeándole la cintura con sus manos.

-Quita esa cara de gruñón- le pidió besándolo en los labios.

-No tengo cara de gruñón- dijo indignado mientras le devolvía el beso.

Al principio, se deleitaron el uno en el otro, besando y dejando al otro besar, pero cuando Kate le pasó la lengua por su labio inferior, los ojos de Ben se oscurecieron por el deseo y ella supo que, aunque lo intentara, no podría resistirse.

Él tomó control del beso. La instó con su lengua a que se abriera para él y ella se rindió con un gemido. La saboreaba deleitándose con la dulzura de esa boca que amaba. Kate lo besaba también, compitiendo con su lengua, para disfrutarlo.

Cuando él abandonó su boca para besar su cuello, los dos jadeaban. Kate cerró los ojos, el deseo la había invadido a ella también.

Ben siguió besando su clavícula y luego el valle entre los pechos, en la porción de piel que dejaba al descubierto el vestido. Al mismo tiempo, sin que ella se diera cuenta, aflojó los botones y tiró de él para abajo.

-Ben...- susurró Kate mirando la dorada cabeza que estaba entre sus pechos.

-No llevas corsé- dijo agradecido, bajando las mangas de la combinación- aquí están –

exclamó cuando los senos quedaron al descubierto.

Sus puntas rosadas estaban duras por el aire fresco y él las metió en su boca y comenzó a chuparlos con ganas. Kate tuvo que agarrarse a la corteza del árbol por las sensaciones que corrían por su cuerpo.

Ben seguía succionando sus pechos mientras su mano recorría lentamente un muslo. Cuando tocó su ropa interior, la arrancó de un solo tirón.

Eso provocó una alarma en Kate, dentro de la niebla de la pasión.

-Ben – dijo cautelosa- ¿qué haces? - aunque no sabía si era reproche o curiosidad.

-Voy a hacerte el amor aquí mismo- le contestó abriendo la bragueta del pantalón para sacar su miembro.

Kate no tuvo tiempo de contestar por que el la alzó colocando un brazo en su espalda para evitar que el árbol la dañara.

-Pon tus piernas alrededor de mi- le pidió al tiempo que la besaba, casi ferozmente.

Kate obedeció y se aferró a él con sus brazos y sus piernas. Él se colocó en su entrada y la penetró con una sola embestida.

Suspiró al sentirlo.

-Cómo te extrañé- manifestó antes de empezar a embestirla una y otra vez. Su miembro entraba y salía en un ritmo que fue aumentando en la misma cadencia que los gemidos de ella.

-No te reprimas amor, que aquí nadie nos puede oír - le indicó mientras la besaba y la embestía con más fuerza.

Ella escondió el rostro en su cuello y lo mordió suavemente, para luego calmarlo chupándolo.

Ahí fue cuando Ben perdió el control y se derramó dentro de ella. Un segundo después sintió los espasmos de Kate que recorrían su cuerpo y lo ceñían intermitentemente.

La mantuvo un momento alzada hasta que sus respiraciones se calmaron un poco y luego le fue bajando lentamente las piernas sin soltarla.

La besó apasionadamente y ambos permanecieron con las frentes unidas.

-Te amo.

-Yo también te amo- respondió ella mirando confundida a su alrededor- Ehhh...No sabía que esto se podía hacer al aire libre.

La carcajada de Ben retumbó en el bosque por un buen rato.

Luego de un rato, siguieron caminando para que los rastros de la pasión que habían compartido se calmaran.

El bosque era enorme. Hacia adelante había una parte que se convertía en pantano y otra parte que daba al río y conectaba las fincas de Lena y Alex. Caminaron hasta el embarcadero de Lumière donde el barco se detenía cada quince días a subir y bajar mercancías.

Allí los encontró Alex que venía caminando por el medio del bosque hacia Lumière.

-Tío! -llamó- tenemos que reunirnos ahora en la casa, tengo algo que contarles y necesito que estemos todos.

No quiso adelantarles nada hasta que llegaran a la casa, lo que aumentaba la curiosidad, debido a la cara demasiado seria que él traía.

Una vez que estuvieron reunidos todos en la sala, incluida su abuela, Alex comenzó a hablar.

-Ayer a la noche, autoridades de Nueva Orleans detuvieron a los amigos del hijo de Stein en

una de las riberas del río. Transportaban un cargamento de armas casi tan grande como para surtir a todo un regimiento.

Kate miró a Lena impactada, pero esta negó con la cabeza y no dijo nada. Ambas dedujeron lo mismo, que las armas que tenían en el sótano eran de ellos.

-Estaba en el pueblo esta mañana y escuche en la mercantil que los hombres hablaban sobre esto. Ellos no me vieron porque estaba buscando herramientas al fondo. Dijeron que Stein cree que de alguna forma tú los denunciaste, Lena, parece estar seguro que sabías del contrabando, está furioso y no se quedará de brazos cruzados. Piensa que nosotros podemos tener algo que ver también.

Lena se levantó hacia la chimenea apagada con la mirada de todos sobre ella.

-No lo sabía...lo sospechaba... pero no los denuncié- manifestó mirando a Kate mientras hablaba, para que ella ratificara su historia-Hace tiempo descubrimos un cargamento de armas que estaban en el sótano del establo, creo que mi antiguo capataz lo puso allí, ya que luego de su desaparición ninguna persona lo sacó. Ordené que nadie dijera nada ni denunciara las armas porque estando Stein al mando de este pueblo, quien sabe si no terminaban acusándonos a nosotras de tráfico.

- ¿Por qué no me dijiste nada? - preguntó Ben mirando a Kate.

-Yo le pedí que no lo hiciera- la defendió Lena- no queríamos involucrarlos. Cuantas menos personas lo supieran, mejor.

-Esto no me gusta nada, si Stein piensa que tú fuiste la responsable, no se va a quedar sentado sin hacer nada- dijo Ben

- ¿Qué quieres decir???- preguntó Kate alarmada- ¿Qué puede hacer?

-No lo sé, pero ya han tenido los robos y el incendio, es obvio que no las quiere aquí. Su hijo, Adam, creo que es peor, sobre todo, porque son sus amigos los que cayeron presos.

-Reforzaremos las guardias, no hay mucho más que podamos hacer.

-Vayan unos días a Nueva Orleans hasta que esto se calme, pueden divertirse y hacer algunas compras- aconsejó Alex sabiendo que no convencería a la muchacha.

-Claro que no, no voy a huir o a esconderme como si fuera culpable, me quedará donde estoy, la Señora Henderson y Kate pueden decidir lo que quieran hacer.

-Yo me quedo con Lena- dijo Kate enseguida provocando una sacudida en el corazón de Lena. Ella seguía siendo leal a ella a pesar de la forma en que la trataba.

-A mí ni me mires querida, Tom me ha enseñado a disparar un arma a cambio de las clases de lectura, así que estoy más que preparada para defenderme- dijo la Señora Henderson orgullosa, dejando pasmados a su hijo y a su nieto.

-Increíble. Lena, han convertido a mi madre en una pistolera, era lo que faltaba- se quejó Ben.

Kate se rio divertida imaginando a Emma vestida como un cowboy y le dio un beso en la mejilla.

-Querido, creo que, si no es con un arma, tu madre sería lo suficientemente capaz de defenderse peleando con lo primero que tuviera a mano. Es una mujer de armas tomar- aseguró, obsequiando una sonrisa de admiración a su futura suegra que fue retribuida por ella.

-Bien- dijo Alex- nada de andar solas por ahí y ante cualquier cosa rara que vean, nos mantienen informados.

-Alex, tengo más dinero que Stein y por ende más poder, no creo que él se atreva.

-No aquí Lena, aquí él es el rey, si cree que estás desafiando su poder, actuará, porque si no, perderá su puesto frente a las otras personas, Un animal acorralado ataca, no lo olvides- le pidió Alex preocupado porque ella no lo entendiera, aunque se lo hubiera repetido como cien veces

-No lo haré- contestó Lena- sólo estaremos preparados.

Una semana transcurrió sin que nada raro pasara.

Las guardias no revelaban movimientos extraños.

Ese día por la mañana Emma y Kate quisieron aprovechar para ir al pueblo a comprar algunas cosas.

-Quiero comprar algunos chocolates y caramelos en la tienda para los niños- anunció Emma- ellos están trabajando muy bien en la escuela improvisada y quiero darles una recompensa dulce.

Había logrado que los antiguos esclavos pusieran un pequeño techo delante de las barracas, con bancos debajo y un pizarrón, regalo de Kate, que simulaba una escuela.

Los niños acudían puntuales todos los días y la escuchaban con atención y admiración. Ella tenía una forma liberal de enseñar que hacía que a veces, Lena o Kate, se quedaran escuchando, sobre todo las clases de historia.

-Yo la acompañaré, tengo que recoger unas telas que encargué para realizar algunas prendas para ellos y ya deben haber llegado- dijo Kate.

- ¿Quieres venir con nosotros pequeña? - preguntó a Lena

-No, gracias, prefiero quedarme aquí, estoy retrasada con los libros de cuentas, pero le encargo unos chocolates y caramelos para mí-le agradeció sonriendo.

- ¿Y cuáles te gustan?

-Kate sabrá indicarle, ella conoce mis gustos- dijo sin dejar de sonreír y Kate se emocionó con ese simple gesto.

-Llévense a John y Simon ya que Tom está en el campo supervisando los trabajos.

- Lucille también vendrá con nosotras para que vea que otras cosas necesitamos para las prendas de los niños. Jenna se encargará del almuerzo- le avisó Kate, saliendo.

En cuanto ellas salieron Lena se internó en el estudio para ordenar los papeles.

No llevaba ni media hora allí cuando entró Naomi, nerviosa y casi corriendo.

Lena levantó la mirada a la muchacha.

-Ama, Lena, hay...- balbuceó.

-Señorita Lena, Naomi, ya te he dicho que no soy tu ama.

-Lo siento, Señorita Lena, es que hay un muchacho que dice que pertenece al Señor Alex y quiere hablar con Ud. porque parece que algo le ha pasado a él.

- ¿Dónde está? – preguntó Lena levantándose rápidamente y yendo hacia Naomi.

-En la puerta, no quise dejarlo entrar porque no lo conozco.

Lena corrió hacia la puerta de entrada, inquieta por lo que podía haber pasado.

El muchacho estaba intranquilo, no tendría más de quince años.

-Muchacho, ¿qué pasó?

- Hay, ama, nos atacaron, en el bosque- comenzó el muchacho tartamudeando tanto, que casi no se entendía lo que decía- Veníamos para verla a Ud. con el amo Alexander y entonces... cinco hombres aparecieron de la nada. El amo luchó con ellos, pero eran muchos. Yo quería ayudarlos, pero uno de ellos me sostenía mientras lo golpeaban. Lo dejaron ahí tirado cuando se fueron y está

muy mal herido.

Lena sintió que toda la sangre se le solidificaba. Había rechazado a Alex tantas veces, quería alejarlo de ella por todo lo que él le hacía sentir, cosas que no lograba controlar.

Él había sido siempre la tentación de emociones prohibidas que no se podía permitir sentir.

Pero no quería perderlo, pensaba que siempre estaría ahí y ahora...

- ¿Él está vivo? - preguntó en un susurro.

-Sí, respiraba cuando lo dejé, ama, pero debemos darnos prisa- y la sangre de Lena volvió a la normalidad.

En ese momento toda la practicidad de Lena vino a su mente.

-Naomi, ve a buscar el botiquín y avisa a Vince que venga.

- Ama, ¿va a venir? - preguntó el muchacho.

-Sí, espera y me mostrarás dónde está.

Naomi apareció seguida de Jenna y Vince.

-Vince, necesito que vayas a buscar a tu padre al campo y le digas que necesito que venga con la carreta para buscar al Señor Alex.

-Perdone, Señorita Lena, pero yo voy a acompañarla, no puedo dejarla ir sola.

-Yo iré también- dijo Naomi- para ver el camino y venir a decirle a mi padre por dónde ir.

Lena iba a replicar que necesitaba que alguien buscara a Tom cuando Jenna habló.

-Vayan, vayan, Hope y yo iremos por papá- dijo adelantándose al interrogante de Lena, de con quien dejaría a su beba.

Salieron los tres corriendo detrás del muchacho que iba muy rápido y cada tanto se paraba para ver si lo seguían.

Cada vez se internaban más en el bosque y la preocupación de Lena crecía. ¿Por qué atacarían a Alex? ¿Sería por lo del contrabando?

En su apuro no se dio cuenta de llevar armas con ella, si esos hombres seguían por allí, no tendría como defenderse, rezaba para que no fuera así.

De pronto, el muchacho se detuvo y los miró a los tres. No veía a Alex por ningún lado.

No podía definir el sentimiento que tiñó su cara, pero al buscarlo en sus ojos lo reconoció: arrepentimiento, un profundo arrepentimiento.

-Lo siento- dijo desapareciendo en el bosque.

Lena sintió que se le ponía la carne de gallina.

Naomi y Vince la observaban sin entender lo que pasaba, pero ella sí lo sabía.

Era una trampa y ellos habían caído directamente en ella.

Vio aparecer al primer hombre delante, grande, sucio, con un cuchillo en la mano.

Cuando se dio vuelta, vio a los otros dos, que tenían el mismo talante.

-Bueno, al fin, hermosa, estábamos esperando por ti hace varios días, pero tienes muchos perros guardianes- dijo el que tenía delante, que parecía ser el líder.

Lena giró noventa grados para quedar de espaldas hacia un lugar en el que no tuviera a nadie detrás.

- ¿Me escuchan? - dijo en un susurro y casi mascullando a Naomi y Vince.

Sintió bajo, el sí de ambos.

-Quiero que lentamente se coloquen detrás de mí. En el momento en que me impulse hacia adelante, salgan corriendo en direcciones distintas. Sin titubeo- ordenó anticipándose a que Vince

quisiera quedarse a ayudarla- Sólo tendremos una oportunidad. Necesito que vayan por ayuda.

Los jóvenes se movieron muy lentamente detrás de Lena, confiando en su plan.

Entonces ella levantó su mirada en forma desafiante.

-Caballeros, no creo que quiera participar de esta reunión- dijo y se impulsó a correr hacia adelante.

Como había previsto, los hombres se abalanzaron sobre ella, mientras Naomi y Vince salían disparados en direcciones contrarias.

Dos de los hombres titubearon ante la jugada, pero el líder gritó.

-Olvídalos, ella es el objetivo- y la persiguió.

Lena corría con todas sus fuerzas, la falda y los zapatos no la ayudaban y sentía las fuertes pisadas de sus perseguidores cada vez más cerca.

Tenía que ganar tiempo, el grito de uno de ellos le aseguró que no estaban persiguiendo a Naomi y Vince, sólo tenía que aguantar a que llegara la ayuda.

Se dirigía a la zona pantanosa, tal vez allí podría perderlos, pero estaba pensando en eso, cuando sintió que un peso enorme caía sobre ella y le impedía respirar.

Intentó levantar la cabeza de la tierra y las hojas ya húmedas, cuando sintió un aliento fétido cerca de su cara.

-Te tengo, preciosura- dijo con una voz gangosa- y ahora nos vamos a divertir todos juntos un rato.

Se vio levantada del suelo y un brazo la pegaba al torso de su captor.

Sus compañeros llegaron jadeantes unos segundos después.

-La has atrapado- dijo el que parecía el más bobo, entre jadeos por el esfuerzo- pero vaya que no se le notaban tanto esos antes- señaló, mientras miraba sus senos que estaban levantados más de lo normal por la forma en que la sostenían.

- ¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? -los interrogó Lena.

-Ya nos pagaron- le contestó el tercero que había llegado, con una sonrisa sardónica.

-Cállate, idiota- le ordenó el que la tenía agarrada - no estamos aquí para hablar de más- No queremos tu dinero, queremos tu cuerpo- y le lamió la oreja.

Lena tuvo que hacer un gran esfuerzo por no vomitar.

-Puedo duplicar la cantidad si me dejan libre- les ofreció tratando de soltarse sin lograrlo.

-Sí, claro, e iremos a tu casa a recoger el dinero donde ya estarán las personas que esos dos mocosos fueron a buscar, ni pensarlos- negó el líder adelantándose a los otros dos.

La dio vuelta para que se lo quedara viendo y la empujó hacia atrás para que cayera al suelo.

Antes que pudiera reaccionar, se había sentado a horcajadas sobre ella.

-Sosténganla- ordenó y los hombres la tomaron de los brazos para que no se pudiera mover.

-Parece, linda, que estás siendo una espina en el culo para alguien y esa persona quiere darte una lección.

- ¿Quién es? - preguntó levantando la cabeza que era lo único que podía mover por el agarre.

-No, no, no, sin nombres- y acercó su boca a su cara emanando un olor a alcohol y podredumbre- el hecho es que cuando termine contigo, no estoy seguro que quieras que alguien más te toque o te mire.

-Pero Clay, nosotros también queremos disfrutarla- protestó el bobo antes de recibir una trompada del líder.

-Imbécil! dije sin nombres, mejor permanece callado directamente- ordenó furioso.

Lena sentía que toda la sangre se le había ido a la cabeza. Cuando vio al líder que le echaba una mirada apreciativa a su torso, casi tembló.

-Tenemos que ver qué mercancía tenemos aquí- rasgó la camisa dejando al descubierto sus senos generosos. No llevaba corsé porque lo detestaba, ojalá lo hubiera hecho, le daría más tiempo.

Un gemido de aprobación salió de la boca de los tres hombres, el líder amasó con sus manos uno de sus senos provocándole dolor, pero se mordió la lengua para no gritar.

-Pero qué bellezas- dijo elevándose un poco hacia atrás y levantando sus faldas hasta que las colocó en su cintura. Esta vez sin arrancarla, él le bajó la ropa interior dejándola totalmente expuesta.

El terror se apoderó de ella, quería gritar, pero ellos le taparían la boca, tenía que pensar, tenía que aislarse por un momento y ver las posibilidades. Tiempo, se decía, ganar tiempo.

Ignorando la humillación y vergüenza que le causaba su desnudez, pensó que lo primero que tenía que hacer era lograr ir de uno en uno. Tomando valor habló.

-Si van a hacer...-tragó – esto, al menos háganlo de a uno y suéntenme- a ver si lograba que sus manos quedaran libres.

-Hay que tomar precauciones - dijo el líder mientras se desabrochaba los pantalones.

Debía cambiar de táctica.

- ¿Debo pensar que no puedes tú solo conmigo? - lo desafió, esperando que picara el anzuelo.

El hombre la miró con los ojos entrecerrados y luego les hizo señas a los otros dos para que la soltaran.

Ella no se movió, al contrario, a lo que él esperaba.

Se había abierto los pantalones, pero no los había bajado todavía, mientras descendía sobre ella.

Piensa, Lena, piensa, se instaba para enfocarse. Y entonces la vio...la pistola. No se había sacado la cartuchera. Sólo tenía una oportunidad.

Él le abrió las piernas para colocarse en el centro y cuando sus manos se posaron en el pantalón para bajarlo, ella le sacó la pistola y disparó a quemarropa.

El disparó lo tiró hacia atrás. Ella no perdió tiempo y sin importarle el estado de sus ropas se levantó lo más rápido que pudo y comenzó a correr.

Los otros dos hombres se quedaron pasmados mirando al líder de cuyo pecho emanaba la sangre sin parar. Lena aprovechó la ventaja para ganar distancia.

Un disparo resonó y otro lo vio impactar en el árbol de al lado de donde pasaba corriendo.

-No le dispares- gritó el bobo- la necesitamos viva, sino, no nos pagarán.

Vio que a veinticinco metros ya estaba el pantano. En esa zona, no era muy profundo pero sus faldas mojadas la harían ir más lento.

Los pulmones le quemaban por el esfuerzo y apenas podía inhalar para que le entrara un poco de aire.

Siguió sintiendo los disparos más cerca.

Cuando llegó al pantano, se internó directamente sin mirar atrás, al menos tendrían que sacarla del agua si querían abusar de ella, y pensaba adentrarse lo más posible para darle tiempo a Vince y a Naomi.

Casi no podía avanzar, la falda estaba tan mojada que le pesaba y la dejaba en el mismo lugar. Llegó a un árbol grande y se escondió detrás. Tenía que descansar un poco para seguir, o no duraría.

Trató de calmar su respiración para que no la delatara, porque boqueaba por aire. Por unos minutos, sólo sentía el viento, los pájaros y el normal movimiento del agua.

Luego escuchó, aunque leve, sutil, el movimiento: alguien caminaba en el agua.

No tenía nada para defenderse, sólo rezar para que no la vieran.

El movimiento siguió y luego...

- ¿Lena?

¡Dios mío!!!! Reconocería esa voz entre miles... Alex.

Salió de su escondite sin importarle el estado de sus ropas. Lo vio parado en el medio del pantano y comenzó a avanzar como se lo permitía el agua, hacia él.

Alex quedó inmobilizado dos segundos por su visión. Estaba sucia, su pelo despeinado y las ropas rasgadas. ¡Iba a matar al que le puso la mano encima!

Pero luego miró sus ojos y vio el alivio allí, alivio porque era él quien la venía a buscar. Se ordenó caminar a pesar de la emoción que lo embargaba.

Entonces ella llegó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

No lloraba, sólo temblaba.

Y dejó de pensar. La abrazó con fuerza contra sí, sin poder siquiera articular palabra. Estaba a salvo, en sus brazos, como nunca se permitió, sólo eso importaba.

Ella separó la cara de su pecho por un instante y lo miró pidiendo algo, él quería saber qué era.

Y lo supo, cuando ella le ofreció su boca. Bajó lentamente sus labios a los suyos por miedo a equivocarse en lo que interpretaba en su mirada. Pero supo que no se equivocaba cuando la vio acercar más sus labios.

Él quería ser suave, no sabía por lo que ella pasó, pero se dijo que tenía que ir despacio, aunque se moría por devorarla.

Tomó suavemente sus labios, lamió el labio superior y repitió el mismo movimiento con el inferior, midiendo sus reacciones.

Ella había cerrado los ojos para disfrutar más intensamente de las sensaciones que su contacto le producía.

Cuando el recorrió toda la boca con la lengua, ella abrió los ojos asombrada e imitó el movimiento, haciendo que Alex, perdiera su dominio.

Aprovechando su boca abierta, el introdujo su lengua y comenzó a explorar el suave sabor de su boca. Dulce, ella era dulce.

Lena se pegó más a él devolviéndole el beso, como podía, con su inexperiencia. Sus bocas se movían en un baile desesperado, el uno por el otro. Parecían haberse olvidado de todo.

- ¿Señor, Alex? - llamó la voz de Tom que parecía estar demasiado cerca.

Alex se obligó a dejar la boca de Lena y casi se echa a reír cuando vio el mohín de protesta en su cara.

Se sacó la chaqueta y se la puso prendiéndola para tapar su ropa, sin dejar de mirarla ni un momento.

-Ella está bien, Tom, ya está a salvo.

Lena divisó a Tom a tres metros de distancia de donde estaban, con un rifle, y más allá, en el suelo seco estaban Ben, John y Simon en caballos, armados también.

Por la cercanía de los cuatro hombres sospechaba que todos habían visto la escena, pero no le importó.

Sin aviso, Alex la alzó para llevarla a través del agua y ello no protestó, se aferró a su cuello y aspiró ese perfume a cuero, sudor y hombre, tan distinto del que había sentido minutos antes.

La dejó en el suelo al tocar tierra.

- ¿Estás bien, pequeña? - preguntó Ben consternado, viendo el estado de su ropa.

- No llegaron a hacerme nada, Ben, llegaron a tiempo, sólo rompieron mi ropa.

Un suspiro de alivio colectivo salió de los hombres, como si estuvieran esperando lo peor. Vio la cara emocionada de Tom. Seguramente él había revivido todo el episodio de Jenna.

-Estoy bien, Tom- afirmó sólo para él, que la recompensó con una sonrisa de afecto.

-Vamos- apremió Alex- te llevaré a tu casa para que te des un baño y descanses- tomó su mano, aunque no fuera decoroso.

Él frenó, cuando aún agarrada a su mano, ella no avanzaba.

-No...no quiero ir a mi casa.

Alex estaba desconcertado.

-Lena...

- A la tuya- lo interrumpió y casi en un murmullo agregó- quiero quedarme contigo hoy.

Él se dio cuenta, que, por un segundo dejó de respirar. Sabía que no podía ni quería negarse.

- ¿Estás segura? Kate y mi abuela cuidarán de ti y...

-Quiero estar contigo hoy- confirmó ella segura y casi suplicando con su mirada.

Él no necesitó más, la alzó nuevamente y la colocó sobre su caballo.

Ben la había escuchado y asintió a su sobrino cuando lo miró.

-Me encargaré de avisarle a mi madre y a Kate y llevar los cuerpos al comisario.

Si los demás la escucharon, nunca dieron señales de ello.

Alex la ajustó a su cuerpo y comenzó a andar, al tiempo que ella se recostaba en él.

- ¿Ellos? - comenzó preguntando

-Todos muertos, dos por nosotros y el otro creo que fuiste tú.

-Uhummm- dijo como sedada por el calor de su cuerpo.

Alex y Ben intercambiaron miradas, y sólo moviendo los labios le hizo saber que se desviaría antes para que Lena no viera los cuerpos.

Llegaron al lugar donde los caminos se dividirían y antes de que se separaran ella habló.

-Gracias a todos por venir por mí. Tom, dile a Naomi y a Vince que son mis héroes.

Tom sonrió mostrando su dentadura blanca, al tiempo que el orgullo por sus hijos lo invadía.

-Si ese muchacho era presuntuoso antes, me imagino lo que será ahora- le dijo y todos rieron mientras comenzaban la marcha.

Ben siguió con los hombres y pusieron los tres cuerpos en un caballo mientras Simón y John compartían uno.

Dejaron a Simon en el bosque para que avisara que Lena estaba bien y ellos se encaminaron al pueblo para entregar al alguacil los cuerpos.

A Ben no le sorprendió que le informaran que los tres hombres muertos eran buscados por la justicia y se ofrecía recompensa por ellos.

Se limitó a contar que hubo un ataque en el que Lena estaba involucrada y que a la mañana siguiente comparecería para hacer la denuncia.

No sabía que era lo que ella quería o no contar, ni lo que había pasado en realidad.

Salió del pueblo antes que el incidente se extendiera y tuviera a curiosos preguntando por el tema.

Al llegar a Lumière, se encontró con Simon y Lucille tratando de convencer a Kate de no ir a la finca de Alex.

Ella estaba obstinada en ver a su hija y trataba de ensillar un caballo porque Simon se negó a hacerlo hasta que Ben llegara.

El muchacho había observado la escena entre Alex y Lena y entendía perfectamente lo que pasaba allí.

Kate se sobresaltó al oír la voz de Ben porque no lo vio venir.

-Deja eso ya cariño, que no vas a ningún lado.

-Oh Ben! Dijo ella corriendo a sus brazos que ya estaban abiertos

- ¿Cómo está ella? - preguntó angustiada.

-Ella está bien, llegamos a tiempo, gracias a Dios- la tranquilizó mientras le acariciaba en círculos la espalda.

-Quiero verla- dijo con la voz pegada a su pecho.

Él la separó, renuente, de su cuerpo, para mirarla.

-Mañana, amor, hoy no.

-Pero...

-Ella le pidió a Alex que la llevara con él- le informó levantando ambas cejas para ver si le entendía.

-Oh! - atinó a decir- oooooh! - cuando comprendió lo que él trataba de decirle.

Emma se acercó a ellos separando a Kate de Ben y tomándola del brazo.

-Ya fueron suficientes por hoy las demostraciones no decorosas de amor en público - lo retó mirando a su hijo que ponía los ojos en blanco y miraba hacia arriba como pidiendo paciencia. - Quitá esa cara y vete a tu casa que mañana iremos a ver Lena. Por fin ese muchacho tomó el toro por las astas, ya empezaba a preocuparme que fuera un poco lento.

Lucille escondió su risa con la mano ante el comentario y se acercó a abrazar a su esposo.

Kate volteó su cabeza para decirle un “te amo” a Ben, sin sonido, que el retribuyó, para luego subirse al caballo y volver a su solitaria casa. Pero no por mucho tiempo, pensó y eso lo puso feliz.

Capítulo 23

Alex conducía su caballo a paso lento. Creía que era más, porque disfrutaba del suave cuerpo de Lena contra el suyo, que para que se calmara.

Ella se había relajado contra su cuerpo y tenía los ojos cerrados.

Al llegar a la casa, uno de los esclavos se apresuró a hacerse cargo del caballo, mientras él bajaba a Lena en sus brazos.

Ella no reclamó, y eso a él le gustó.

Seguía con ella en brazos mientras daba instrucciones a una muchacha para que preparara un baño en su habitación.

Comenzó a subir la escalera cuando sintió los labios de Lena contra su cuello.

-Lena- la reprendió con el mismo tono que lo haría con un niño.

Ella sonrió y él hubiera querido bajarla y tomarla ahí mismo en la escalera.

El suspiró frustrado, no era el momento.

Al entrar en el cuarto, la dejó en el suelo. Ella paseó la mirada por ese cuarto que exhumaba a Alex.

Decorado en colores tierra, un cuadro de un barco navegando por aguas turbulentas en medio de una tormenta colgaba de la pared. Algún dato debía darle ese detalle.

Su olor estaba en el cuarto, ese olor a madera, río y sándalo que ella reconocería en cualquier parte.

-Me gusta tu cuarto- dijo pasando sus largos dedos por la mesa de luz

Él no podía dejar de pensar en que estaba celoso de la mesa, era absurdo, pero así era. Quería esas manos en su cuerpo.

Ella se dio vuelta y apoyó sus caderas en la mesa.

- ¿Vas a ayudarme tú con el baño? – preguntó comenzando a desabrochar su chaqueta que todavía llevaba puesta.

Él llegó a ella antes que sacara el segundo botón del ojal.

-No, Lena- carraspeó, por el ritmo y el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Ella desnuda y mojada en la bañera encima de él- vendrá una de las muchachas. Después cenaremos juntos.

-Bien- dijo ella alejándose de él- pero aquí- y siguió abriendo la chaqueta.

Alex emitió un gruñido y salió del cuarto cerrando la puerta.

¿Qué le pasaba a esa mujer que llevaba meses rechazándolo y ahora parecía dispuesta a seducirlo a toda costa? No es que fuera a costarle mucho que él cayera, pero estaba desconcertado y absolutamente excitado.

Esperaba que esto no tuviera que ver con el incidente, no quería aprovecharse de su vulnerabilidad, no con ella, no sería capaz.

Una de las esclavas subía la escalera seguida por dos más que llevaban baldes con agua humeante.

-Amo, ¿quiere que le caliente agua para un baño a Ud. también?

-No, Liz, voy a tomar un baño, pero con agua fría, cuanto más fría mejor- respondió mientras dejaba a la muchacha con cara de desconcierto.

Luego que se bañara en agua fría, dos veces, se sintió preparado para poder enfrentar a la

tortura de sus pensamientos.

Lena se desnudó y se metió en el agua caliente luego de indicarle a la muchacha que podía sola con el baño.

Algunas heridas le escocían, pero quería lavarse bien toda la suciedad que tenía en el cuerpo, la que realmente estaba allí y la que no se podía ver.

Se sumergió completa bajo el agua y se quedó allí un momento sin respirar. Eso siempre le daba paz.

Comenzó a lavarse lentamente, diciéndose que disfrutaría del toque del jabón en su cuerpo. Se dio cuenta que no era un jabón femenino, que olía a sándalo, olía a él, y lo gozó más.

Sabía que él estaba desconcertado por su comportamiento, que no entendía cómo ella estaba tratando de seducirlo.

¿Seducirlo? Se rio tontamente, ¿qué podía saber de esas cosas?

El beso que él le dio fue el primero de su vida. Perfecto, más de lo que hubiera imaginado. Se tomó su tiempo para besarla, vio su miedo, y lo respetó.

Todavía no estaba segura de poder explicar lo que había sentido cuando escuchó su voz. No fue sólo alivio, fue alegría, esperanza.

Entonces supo lo que quería: quería una noche con él. Por una vez en su vida no quería pensar, quería volver a sentir. Tantas cosas perdidas, tantos abandonos.

Ella no le iba a pedir nada, sólo lo que él quisiera darle, hasta cuando quisiera. Ese sería su pequeño probada del paraíso.

Terminó de bañarse y se secó. La muchacha había dejado un pantalón y una camisa en la silla porque no tenían ropa de mujer.

Miró hacia la cama y vio la bata negra. Era de Alex. Dejó caer la toalla y se colocó la bata. Era como si todo él la envolviera.

Se sentó en una alfombra grande de piel junto al pequeño fuego que encendieron, aunque hacía calor, para secarse su largo pelo.

Así la encontró Alex al entrar con la bandeja de comida. Iluminada por el fuego, con su bata y sus largas piernas dobladas hacia el costado, cepillando lentamente su largo pelo negro.

Volteó a mirarlo y le sonrió sin dejar de hacer lo que estaba haciendo. Cómo atraído por un imán invisible, él se sentó a su lado en el suelo y dispuso todo como si fuera un picnic.

-Come algo- le dijo pasándole un pequeño sándwich y limonada.

-Tengo que terminar de secarme el pelo.

-Yo lo haré mientras comes- se ofreció. Él quería tocarlo, saber cómo se sentiría entre sus dedos.

Ella tiró su cabeza hacia atrás disfrutando del tacto mientras cerraba los ojos y comía el sándwich.

Ninguno de los dos dijo nada en todo el rato. Fue Alex el que habló primero.

- ¿En serio, estás bien? ellos no...

-No, sólo llegó a rasgar mi ropa, pero le disparé a uno de ellos antes que lograra abusar de mí y corrí. Confiaba en que Vince y Naomi llegarían con refuerzos- explicó- alguien les pagó para que lo hicieran, ellos no querían matarme, sólo arruinarme. Creo que querían lograr que luego de lo que pasara, yo me quisiera ir de aquí.

-No entiendo, ¿qué te hizo ir sola hasta allí? - preguntó desorientado por su descuido.

-No estaba sola, Naomi y Vince estaban conmigo – retrucó ella, alargando el momento para decirle que había ido por él.

-Aun así, podrías haber llamado y esperado a Tom.

-Supuestamente tú estabas herido...- musitó.

- ¿Cómo? - preguntó sorprendido, dejando de peinarla.

-Un muchacho vino diciendo que pertenecía a tu finca, bueno... o eso creímos en ese momento. Dijo que te habían atacado en el bosque y que estabas mal herido y sangrabas. Envié a Jenna por Tom y nosotros nos adelantamos- terminó con cierto titubeo en la voz.

¡Por él! ¡Ella había ido sola y se había arriesgado sólo por salvarlo a él! Su corazón se removió.

-Deberías haber esperado- le recriminó pensando en lo que pasara.

-No podía. No sabía cuán herido estabas o si llegaría a tiempo- se defendió.

Alex apretó tan fuerte el mango del cepillo que casi lo rompe, alguien lo había utilizado a él para llegar a ella y lo había logrado. Se había puesto en peligro por él.

Recordaba el terror que sintió cuando Vince llegó a su finca pidiendo ayuda. Pensó en lo que se encontraría al llegar, todo tipo de imágenes se le cruzaron, ninguna agradable. Pero ella lo sorprendió, luchando, como siempre, besándolo por primera vez y ahora tratando de seducirlo.

-Lena- dijo en un tono bajo- de qué va todo esto.

Ella se dio vuelta para enfrentarlo, levantando una hermosa ceja negra como no entendiendo.

-Ya sabes, el beso, tú desabrochando mi chaqueta.

Suspiró profundamente, como si quisiera dejar ir un gran peso.

- ¿Sabes que Kate dice que el suspiro es aire que sobra por algo que falta? Necesito un poco de locura sana en mi vida, dejarme llevar, sentir- dijo poniendo una mano en su torso- sin promesas, sin compromisos, sin consecuencias. Quiero sólo lo que quieras darme, por el tiempo que quieras.

- ¿Crees poder manejarlo? - dijo él no pudiendo creer sus palabras.

Ella rio.

-Ya no sé qué puedo manejar y qué no. Quien soy o quien no soy. Sólo que esto es lo que necesito ahora. Quiero por una vez, dejarme llevar y sentir sin pararme a pensar.

- ¿Por qué yo? -preguntó queriendo que ella le dijera que no podía ofrecerle lo mismo a otro.

- Sólo podrías ser tú, porque tú me haces sentir... viva- susurró.

Alex tomó su barbilla y le dio un suave beso en los labios. Casi no se tocaban, pero el calor que emanaba de ellos se proyectaba en el otro.

Siguió besándola lánguidamente, sus comisuras, el interior de su boca. Sus lenguas comenzaron a unirse y separarse y él tuvo que frenar, con la con respiración entrecortada.

Debía parar. No podía hacer esto.

Ella estaba igual, alterada por el beso.

Quiso decirle algo, moverse e irse, pero luego ella lo miró con esos bellísimos ojos verdes que pedían tanto y a la vez prometían deseo.

Vio como sus blancas manos iban al moño de la bata para desatarla. Quería detenerla, pero estaba hipnotizado por ella. Lentamente se bajó la tela por los hombros, quedando completamente desnuda frente a él.

Y Alex supo que había perdido la batalla.

La tomo por los hombros y la puso en horcajadas sobre él para besarla. Ella desnuda, él vestido.

Lena tomo su cabeza entre sus manos y deshizo la coleta de su pelo mientras lo besaba.

-Siempre quise hacer esto- dijo mientras acariciaba su pelo y lo besaba con pequeños besos por toda la cara. Lo estaba volviendo loco.

Paró un momento para mirarlo y darle un beso que le robó el aliento.

-Hazme el amor, Alex, toda la noche-desabrochó lentamente su camisa- no te pido nada, sólo ahora, durará cuanto quieras que dure. Te doy el control.

Él no podía dejar de mirar esos ojos verdes oscurecidos por el deseo. Sintió las manos en su piel cuando acabó con el único botón y le sacó la camisa.

Ella no sólo le entregaba el control, le estaba dando su confianza, algo de incalculable valor.

Recorrió su pecho una y otra vez, deleitándose con las sensaciones cuando lo sentía exhalar bruscamente cada vez que se acercaba a la cintura de su pantalón.

Alex bajó su cabeza hacia uno de sus hermosos pechos. Blancos, grandes, redondos, como una ofrenda para su boca.

Chupó el duro pezón una y otra vez y sintió su suave gemido, al tiempo que con su mano le ofrecía el otro seno. Depositó un beso entre sus senos y reclamó su boca. Ella se apoyó en él y el suave tacto de su piel contra su pecho lo excitó aún más.

El beso era salvaje, ella empujaba su lengua contra la de él en una lucha silenciosa, de labios y pequeños jadeos.

La excitaba que él siguiera prácticamente vestido y ella estuviera desnuda sobre él. Un movimiento de ella sobre su entrepierna lo hizo jadear más fuerte y ella volvió a repetirlo, sintiendo la dureza contra su centro a través del pantalón. Una sensación nueva de placer la invadía cada vez que se movía adelante y atrás sobre él.

-Lena, no...-suplicó, deteniendo con las manos en su cintura el balanceo.

- ¿No te gusta? -preguntó desconcertada.

El rio por lo bajo.

-Me encanta, pero es tu primera vez, debemos ir despacio.

- ¿Cómo sabes que es mi primera vez? - preguntó indignada, ahora porque él pensara que no pudiera desearla alguien más.

El besó su ceño fruncido y luego su boca.

-Porque no creo que hayas dejado a alguien acercarse lo suficiente para hacer lo que yo estoy haciendo ahora. - y dándole la vuelta la tumbó sobre la alfombra.

Su pelo negro parecía un manto y su cuerpo exuberante, resaltaba por su blancura. Ella estaba allí acostada, esperándolo, mientras él la miraba arrodillado.

Se desprendió el primer botón de sus pantalones y ella se elevó apoyada en sus codos para ver mejor.

Alternaba sus ojos verdes entre su cara y su pantalón. Anhelante.

Alex entendió que para ella todo era nuevo. Siempre tuvo mujeres experimentadas, pero para ella todo era un descubrimiento.

Hizo movimientos pausados y bajó sus pantalones, sacándose las botas y quedando completamente desnudo ante ella.

Lena se levantó y se arrodilló delante de él atraída por esa parte masculina que nunca había visto. Era grande, deseaba tocarla, hizo un amague con su mano, pero la retrajo.

Miró a Alex que aguardaba a que ella diera el primer paso.

- ¿Puedo? -preguntó ella tímida, con el rubor intensificándose en su cara y en el resto de su cuerpo

-Si, por favor. - pidió él, queriendo sentir sus manos allí.

Lena estiró lentamente su mano, para tomarlo en ella. Estaba caliente, grande y terso. Lo recorrió suavemente y cuando levantó la mirada, Alex tenía los ojos cerrados y los dientes apretados, pero no de dolor, ella reconoció el placer.

Siguió acariciándolo, quería que el sintiera el mismo descontrol que le hacía sentir cuando la tocaba, aun cuando sabía que el verdadero placer no había comenzado.

Cuando ella incrementó el movimiento y tocó la punta mojada, él tomó su mano y la sacó.

La mano suave y tibia de Lena, estaba haciendo estragos en su control y él quería cuidarla, hacerla sentir plenamente, como ella quería.

-Ya es suficiente, es mi turno – dijo mientras la volvía a tumbar.

Tomo una pierna y la abrió hacia un lado mientras depositaba un beso húmedo en su rodilla y luego hizo lo mismo con la otra

Ella se dejó hacer, aunque sabía que estaba expuesta ante él.

Raramente, no sentía vergüenza, pensó, no con él. La hacía sentir segura y audaz.

-No cierres tus piernas- ordenó con la voz ronca, mientras la miraba allí abajo.

Quería saborearla ahora, rápido y profundo, llevarla al clímax hasta que gritara, sólo por él. Pero no quería asustarla, aunque a decir verdad ella no parecía asustada, estaba...expectante, como una niña que espera descubrir cuál es el próximo juego.

Fue colocándose entre sus piernas con su cuerpo, besó sus muslos suaves y del color del marfil, y ella se recostó en el suelo.

Lena sentía como su boca ascendía hacia el lugar que ella sentía latir y casi saltó cuando la sintió allí.

El separó los pliegues con sus dedos y empezó a lamer y succionar. Ella sentía como si un hilo invisible pasara por sus venas al rojo vivo, pero con un fuego que no la quemaba, sino que tenía la temperatura justa para hacerla querer más.

Sintió sus dedos invadiéndola, pero no tuvo tiempo de pensar porque él chupó nuevamente su centro y su mente se volvió líquida.

Sus caderas tomaron vida propia, tratando de acercar esa boca y hundir más sus dedos, sentía que algo estaba llegando, mientras él continuaba chupando y acariciando.

Sus gemidos acompasados lo alentaban a seguir y seguir.

Y estalló, todo su cuerpo fue un puro estallido de gozo, cerrándose en sus dedos.

Él la siguió acompañando con su lengua hasta que recuperó un poco el aliento.

Ella se levantó apenas para excitarse nuevamente al ver su cabeza entre sus piernas.

- ¿Qué ha sido eso? - preguntó volviendo a tumbarse.

-Placer, Lena, puro placer.

-Pero ¿tú no? - se quejó ella.

-Ahora nos ocuparemos de eso, voy a hacer que te sientas así otra vez, ahora juntos.

- ¿Se puede sentir eso más de una vez? - preguntó incrédula.

-Sí, se puede - le dijo colocándose sobre ella.

La besó con la boca abierta buscando la de ella. Su respuesta lo incendió.

Movían sus cabezas y sus bocas, el uno sobre el otro con necesidad.

Alex bajó su mano para comprobar que ella estaba lista y sonrió al oír su jadeo, ahogado por sus besos. Tenía sus emociones a flor de piel, quería cuidarla, protegerla, que cada caricia de él la abrumara.

No dejó de mirarla a los ojos mientras se introducía en ella, ojos que parecían incandescentes a la luz de las velas. Tiró levemente su cabeza hacia atrás al sentir la invasión, más potente que los dedos de Alex.

- ¿Lena? - llamó captando su atención- va a dolerte cuando siga. Quiero verte.

Ella asintió como si estuviera drogada pero no dejó de mirarlo.

-Confío en ti- dijo con la voz llena de deseo y él sintió que algo le apretaba el corazón.

Quería algo diferente con ella, no sabía bien qué, pero el sentimiento lo inquietó.

Alex se obligó a ir lento, entraba y salía, y cada vez que volvía a entrar, lo hacía más profundo, regulando el placer que veía en su rostro y oía en sus gemidos.

Salió una vez más y se hundió hasta el fondo. Vio el dolor reflejado en su rostro, pero ella no se retiró.

-Quédate quieta - le instó- pronto pasará.

Se quedaron así un momento y luego ella se movió.

-Lena- siseó ante el placer que le produjo el movimiento.

Ella elevó su torso hacia él y lo besó en el lugar donde latía su pulso en el cuello, siguió por su mandíbula y luego saqueó su boca con un beso voraz.

-No quiero que te detengas-le dijo y volvió a moverse.

Alex, gruñó, y volvió a moverse lentamente, ella se tomó unos segundos y comenzó a mover sus caderas al compás sin dejar de mirarlo.

Veía el placer en su cara, placer que ella provocaba. Se sintió poderosa y al mismo tiempo generosa, queriendo darle todo lo que él quisiera tomar. Su corazón se estaba involucrando, pero se preocuparía de ello mañana.

Él la besó mientras la seguía embistiendo con estocadas largas y profundas. El dolor había remitido y sólo quedaba el placer.

Gritó esta vez cuando el clímax la invadió más fuerte que el anterior y todo su cuerpo tembló.

Y entonces lo sintió a él convulsionando dentro de su cuerpo, en espasmos entrecortados y besándola ferozmente. Y gritó también.

Alex nunca había sentido un orgasmo así, la sensación única de derramarse dentro de ella. Había querido retirarse antes, pero no pudo siquiera pensar en ello.

Se colocó de costado para no aplastarla y la hizo quedar frente a él para poder verla.

Sus ojos estaban cerrados.

-Debías mantener esos preciosos ojos abiertos- reprochó.

Ella lo miró lánguida y ruborizada.

-Lo hice- sólo los cerré ahora.

- ¿Estás bien?, ¿te dolió mucho? - preguntó

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos.

Alex se levantó a buscar un paño para limpiarla y limpiarse, cuando él colocó el paño entre

sus piernas, ella puso su mano en la nuca de él y la bajó para besarlo. Él no pudo evitar mover su mano sobre su sexo y fue recompensado por un delicioso gemido.

Sacó la manta de la cama y la tiró sobre los dos. Se colocó en la espalda de Lena, sujetándola con un brazo.

-Gracias- dijo ella, entrelazando su mano con la de él sobre su cuerpo.

-No se debe dar las gracias por el placer, yo también lo recibí- refutó, sacando en pelo de su nuca y besándola.

-No me refiero a eso. Gracias por hacerme sentir más viva que nunca- le respondió acurrucándose junto a él y casi quedándose dormida.

Alex permaneció despierto durante un buen rato, observaba dormir a esa belleza que tenía entre los brazos, y sentía paz, por primera vez en muchos años.

Sabía que ella sería apasionada, pero no de esa manera, tan confiada, tan confiada...en él.

¿Sería así con el hombre con el que se casara? Ese pensamiento lo enojó. No quería que otro la tocara, la besara, le hiciera el amor.

Estaba mareado, se dijo, por el placer, por su pasión, pero en un gesto posesivo la apretó más a su cuerpo y trató de dormir.

Lena se levantó a la mañana siguiente y se desorientó cuando al desperezarse, sintió una mullida cama bajo ella.

Alex la había llevado allí, después de todas las maravillosas cosas que le había hecho a su cuerpo la noche anterior.

Sentía un dolor dulce que la aletargaba y que la instaba a quedarse en esa cama.

La puerta se abrió y ella se sentó con la sábana agarrada a su cuerpo para verlo entrar.

El pelo rubio de él estaba suelto y revuelto, su camisa fuera de sus pantalones y traía una bandeja de desayuno y una sonrisa en su rostro.

-Buenos días- dijo mirando a esa ninfa del bosque que estaba en su cama. Su cara, somnolienta y saciada, lo invitaba a acercarse, pero resistió la tentación.

Pero ella no, dejando la sábana de lado, levantó su glorioso cuerpo de la cama y con movimientos suaves se acercó a él.

Alex no podía moverse. Llegó hasta él y poniéndose de puntillas, lo besó, una y otra vez.

-Buenos días- dijo y luego tomó una fresa de la bandeja. Recogió la bata del piso y se la puso.

¡Gracias a Dios! pensó Alex, que estaba a punto de tirar la bandeja y abalanzarse sobre ella para tomarla otra vez.

Se sentaron alrededor de la mesa de luz que improvisaron como desayunador.

Lena se sirvió café en vez del té que acostumbraba.

Esta mañana quería algo diferente. Por primera vez en días, tenía un hambre voraz. Untó con miel un croissant y cerró los ojos ante la sensación de la miel en su boca que se entibiaba por la masa caliente.

Cuando los volvió a abrir, vio que Alex estaba agarrado a los brazos del sillón, sus nudillos casi blancos, mirando un poco de miel que había caído en la abertura de sus pechos.

Se arrodilló delante de ella con una concentración que casi la hizo reír, pero esas ganas se le fueron, cuando sintió su lengua entre sus pechos lamiendo, una, dos veces, la miel.

La miró desde abajo con sus ojos del mismo color que el líquido que lamió y la besó

bruscamente empujándola hacia atrás en el sillón.

Antes de que ella pudiera devolverle el beso, él ya se había alejado.

Se dio la vuelta como si fuera una tortura mirarla.

-Puedes terminar de desayunar y luego cuando te laves y te vistas, iremos al pueblo a hacer la denuncia - dijo con una voz que hacía parecer que algo le dolía.

Ella lo miró preocupada, su espalda y sus manos estaban tensas.

Cuando sintió por el ruido de la bata que intentaba levantarse, la frenó.

-No, quédate donde estás...- ordenó

Lena no entendía que había hecho mal, pero cuando él habló, ella se sintió exultante.

-...o de lo contrario no voy a poder evitar cerrar esta puerta con llave y tomarte en cada mueble de esta habitación- manifestó saliendo rápidamente.

Lena sonrió y recorriendo con su mirada la estancia, se preguntó cómo era posible hacerlo en un armario.

No pudieron llegar muy lejos cuando estuvo lista, porque la Señora Henderson, Kate y Ben los estaban esperando fuera. Debió haberlo intuido, cuando luego de bañarse, encontró ropa limpia, que le pertenecía, sobre la cama.

Dejó que Kate la abrazara, cuando llegó corriendo hacia ella, y le hizo saber que estaba bien.

Brevemente les contó la trampa en la que habían caído y que no tenía un nombre para denunciar.

Kate la escuchaba y al mismo tiempo trataba de entender por qué luego de esa experiencia horrorosa, Lena tenía un brillo nuevo en sus ojos que la hacía aún más hermosa.

Fue consciente de las miradas que se echaban con Alex, él asumía una actitud protectora a su lado y ella... ella lo permitía. Dejaba que él se acercara cuando antes lo rechazaba.

Ben se dio cuenta que algo le pasaba y se acercó a ella.

- ¿Cariño? - preguntó sin saber bien qué.

Ella se dio vuelta y él pudo ver su enojo.

-Quiero avisarte que, si tu sobrino ha arruinado a mi pequeña, voy a seguirlo con una escopeta hasta que se case con ella. Ella es una muchacha decente y era inocente hasta ayer cuando la dejé-sentenció mientras caminaba hacia los caballos que esperaban.

Ben la miró azorado. No era un tonto y pensaba que algo había pasado entre esos dos. Entonces miró a su sobrino, su cara relajada, su sonrisa.

Una barrera se había derrumbado para ambos jóvenes, pero supo que tendrían que romper muchas más si querían seguir juntos y superar el pasado.

El abandono y el rechazo podían calar muy hondo en una persona, hacerlo creer que, algo malo en él o en ella, lo causaba.

Él sufrió otro dolor, el de tener y perder, eso generaba miedo, y sólo el amor de Kate lo animó a dar el otro paso.

Y ahora que sabía su secreto, la amaba más, sólo alguien capaz de un amor inmenso podía dejarse de lado para que otro fuera feliz. La vio pararse al sentir que él no la seguía, a pesar de estar enfadada, lo esperó.

Y él fue hacia ella, siempre lo haría.

La reunión en el pueblo no fue de mucha ayuda, El comisario estaba convencido que, al ser tres personas buscadas por la ley, podrían haberle dicho cualquier cosa. Que seguramente ella estaba conmocionada y creyó entender que era un encargo.

Cuando nombraron como testigos a Naomi y Vince, el comisario se rio, diciendo que nadie aceptaría la palabra de ellos.

Las voces se elevaban, porque Alex estaba furioso de que el hombre no reaccionara. Ben lo tuvo que agarrar más de una vez para que no cayera contra el comisario o el ayudante.

Kate estaba más enfadada que nunca.

-Bien, comisario ¿entonces quiere decirnos que, por su impericia, podemos tener otros convictos peligrosos rondando nuestras casas para atacarnos? – preguntó con enojo y mostrando una faceta guerrera nueva.

El comisario se envaró ante la pregunta. Esa mujer quería hacerlo quedar como inoperante.

-Porque, que yo sepa, cuando llegamos aquí, nos dijo que este lugar era muy seguro. Si ahora pueden venir delincuentes que no son enviados por alguien, creo que debemos tomar otras medidas- continuó arreglándose los guantes para que el temblor en las manos no la delatara.

Ben la miraba orgulloso, no sabía adonde quería llegar, pero la apoyaría, el hombre estaba enfadado ahora.

-Claro que es seguro, señora, ese es mi trabajo, le pido que...- trató de explicar.

-No es necesario que me explique nada. Ud. dice que el ataque a mi ehhh a Lena, fue digamos... fortuito, ella mantiene que no y yo le creo, así que no tenemos nada más que hablar.

El comisario pareció aliviado.

-Entonces- prosiguió- haremos también la denuncia en Nueva Orleans para ver si allí si le dan al asunto la importancia que merece.

-Pero ¡qué dice!, no se puede...- comenzó a protestar.

-Vamos – dijo Kate– tomando a Lena del brazo

Ella estaba tan sorprendida del arrebató de furia de Kate, que no atinaba a decir nada, pero antes de irse lo encaró.

-Ahh, y una cosa más, la recompensa que había por los tres hombres, quiero que la divida en cinco partes. Ella será para los dos testigos que Ud. no considera convenientes y los tres empleados que los redujeron. Vendrán a buscarla, aquí le dejo sus nombres. Buenos días- dijo sonriendo falsamente y saliendo del lugar.

-Señor Henderson, debería convencer a su prometida de no hacer tanto lío por esto, los hombres están muertos, ya no hay peligro- pidió el comisario nervioso.

-Yo no necesito convencer a nadie, comisario. Mi prometida toma sus propias decisiones, con las cuales, a decir verdad, estoy de acuerdo. Le sugiero a Ud. que le diga a esa persona que no encargó el ataque, que vamos a apostar más personas armadas en las fincas y que tendrán orden de disparar, sin preguntar, al primer extraño que pise las tierras. Yo no dejo que nadie se meta con mi familia- terminó poniéndose el sombrero y saliendo seguido de Alex.

-No puedo creer esto, ni siquiera disimulan, al menos podría haber dicho investigaré, pero no.- manifestó Alex furioso.

-No sé si lo saben, Alex, a veces dudo de cuántos del pueblo están involucrados en esto. Creo

que saben que, a Stein, Lena, no le cae bien y temen que investigando puedan llegar a él. Por eso se quedan sin hacer nada.

Pero no pudieron seguir hablando porque el Señor Carvan, el tendero, se acercaba con una cara que revelaba angustia y desvelo.

El hijo del Señor Carson que venía con él, estaba en las mismas condiciones.

-Comisario!!- llamó desesperado- Comisarioooo!

-Aquí, estoy, ¿qué pasa? – preguntó saliendo de la oficina y presagiando por el tono de Carvan, otro problema.

-Mi hija ha desaparecido desde anoche- contó sin aliento por venir corriendo.

El comisario miró al hijo del Señor Carson, era el prometido de la muchacha desde hace un tiempo, cómo preguntando si él sabía algo que no decía.

-No me mire a mi comisario- dijo preocupado- no la veo desde que la dejé a las cuatro de la tarde en su casa, incluso saludé a la Señora Carvan cuando lo hacía. Estoy tan preocupado como su padre

Kate tragó saliva, la muchacha debía tener la misma edad de Lena, era una belleza también, de pelo y ojos castaños y una figura casi moldeada. Era una de las pocas personas que fueron muy dulces con ellas cuando llegaron.

- ¿Y ahora va a decirme que no pasa nada????- casi gritó Alex- Lena es atacada en el bosque y el mismo día una muchacha desaparece. No sé qué está pasando, pero todo esto no me gusta nada. - estaba confundido, entendía el porqué del ataque a Lena, pero no el de la hija de Carvan.

Todos estaban desconcertados. ¿Tendrían relación ambas cosas?

- ¿Usted fue atacada? - preguntó el Señor Carvan ahora más desesperado que antes, frente a la posibilidad que a su hija le hubiera pasado lo mismo.

Lena y Kate se acercaron al hombre para tranquilizarlo y contarle lo que había pasado, por si podía ayudar en algo.

-Mi hija no se hubiera ido sin avisarnos- aseguró el Señor Carvan atormentado- ella sabe que nos preocuparíamos, tiene que haberle pasado algo.

- Tranquilo, Carvan- dijo el comisario tratando de que no se sumara más gente al pánico, ya que estaban en el medio de la calle- organizaré una búsqueda con mis hombres por las fincas que están por el lado del río, Ud. encárguese de la otra zona. Espero que podamos encontrarla pronto y sólo sea que se haya perdido.

-Gracias, gracias- dijo el hijo del Señor Carson – tenemos que apresurarnos para encontrarla antes de la noche.

Se dio vuelta y se acercó a Lena tomándole las manos

- Lamento mucho su ataque, espero que no haya sufrido mucho daño, ¿está bien, ellos...?

Alex furioso más por su toque que por la pregunta, le apartó las manos de un sacudón.

- ¿Qué clase de pregunta es esa para hacer a una dama? - cuestionó indignado.

-Lo siento...eh ...yo, no sé ni lo que digo, estoy tan atontado por esto...

-No se preocupe- contestó Lena colocando una mano sobre la de Alex sutilmente para calmarlo- Dios me estaba cuidando así que sólo fue un susto y Alex llegó a tiempo de rescatarme- terminó y le regaló una sonrisa a él que le hizo olvidarse del enfado y querer volver al galope a la casa.

-Dios mío! - exclamó Kate acercándose al cuerpo de Ben- ¿que tendrá Stein contra esa chica?

-Nada, cariño- dijo Ben pasando un brazo por sus hombros- eso es lo raro, no creo que sea algo de Stein, y eso es peor, porque puede que esté pasando algo más y eso sí que no lo vimos venir.

Cabalgaron de regreso. Kate se despidió de Ben cuando llegaron al lugar donde debían separarse y Alex las acompañó hasta Lumière.

Cuando llegaron a la mansión, contra su voluntad, e instada por la Señora Henderson, que casi la llevó arrastrando, dejó a Alex y Lena para que se despidieran.

-En algún momento tendremos que hablar de lo que pasó anoche, Lena- dijo acercándose.

- Ya te dije que era todo sin exigencias, no te pido compromiso - y le rodeó la cintura con los brazos.

- ¿Y si eso no es suficiente? - preguntó besándole el lóbulo de la oreja.

-Ese será tu problema- le contestó disfrutando de la caricia.

Le dio un breve beso en la boca y fue hacia su caballo.

Antes de darse la vuelta para volver a su finca, la miró y sonriéndole, habló.

-No me refería que no fuera suficiente para mí, sino para ti.

Y azuzó a su caballo dejando que esa idea quedara dando vueltas en la cabeza de Lena.

Capítulo 24

A pesar de las búsquedas reiteradas en todas las fincas y a lo largo de los bosques, la hija del tendero no aparecía.

Recorrieron el río y los pantanos, pero parecía que se la había tragado la tierra.

Ni siquiera podían especular que se tratara de una fuga porque nada faltaba de sus pertenencias.

La esperanza seguía viva en sus padres mientras no se encontraba el cuerpo de la muchacha.

Los recorridos fueron menguando, ya nadie creía que ella aparecería. Su padre parecía un muerto en vida, Jeff se veía ojeroso y cansado, y la madre de la muchacha se sentaba horas en el embarcadero diciendo que esperaba que un día su hija volviera.

El párroco se ofreció a realizar un oficio, pero sus padres dijeron que no lo harían hasta que pudieran corroborar su muerte.

Simon estaba más nervioso que nunca por la desaparición de la muchacha y se había vuelto sobreprotector con Jenna. No dejaría que nada le pasara nunca más.

Jenna no se quejaba de su atención, le causaba gracia que a veces el viniera como cinco veces al día, a la cocina, a ver cómo estaba.

En ese momento, sonrió al verlo entrar trayendo leña que no necesitaban. La pequeña Hope, que ya estaba más grande, gorjeó, desde la cuna, al sentir su voz.

Él se acercó a levantarla y a impulsarla arriba y abajo mientras la bebé reía contenta.

Jenna los miraba a ambos. Era raro, pero nadie podría decir que la pequeña no era de Simon. Ambos tenían una conexión que la desconcertaba.

Desde su casamiento, él había sido un marido y un padre ejemplar.

Él desempeñaba su rol perfectamente, pero ella.... Como madre no tenía reproches para sí misma, amaba a su hija más que a nada, su pequeña vida trajo luz y juegos a la suya.

Pero con Simon... no podía pensar en intimar con él, la sola idea la aterraba. Las pesadillas, mágicamente, iban disminuyendo desde que él dormía a su lado. Pero entregarse era otra cosa.

Y lo peor era que él no le exigía nada y lo daba todo.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando se dio cuenta que él le estaba hablando.

-Jenna, ¿Qué te parece?

-¿Qué cosa? - preguntó, sin saber de qué le hablaba

-El vestido.

- ¿Qué vestido?

El río, con esa risa contagiosa, que la hacía reír a ella también.

-El vestido que quiero comprarte con parte de la plata que nos van a dar de esos tres que atacaron a la Señorita Lena.

- No necesito un vestido- dijo molesta, más con ella que con él.

Él siempre la tenía presente. Una cosa más para sentirse culpable.

-No es una cuestión de necesitarlo o no, es un capricho que quiero darte. Yo por mi parte me voy a comprar caramelos y chocolates hasta empacharme- dijo haciendo cosquillas en la pancita de Hope que gorgojaba feliz.

Ella no pudo evitar reír. Los dulces eran la debilidad de Simon, ella lo consentía cocinando pastelillos para él.

Se lo quedó mirando con tristeza y cuando él lo percibió, dejó a la bebé en la cuna y se acercó.

- ¿Qué pasa, mi amor, por qué de repente te pusiste triste?

-Es que todo tu...- dijo haciendo el gesto con la mano de recorrerlo entero como en un círculo- Eres perfecto conmigo y con mi hija.

-Nuestra hija- corrigió.

-Sí, nuestra hija. Nos das amor, nos cuidas, te preocupas por nosotras y ahora un vestido-sollozó.

Él quería acercarse y abrazarla, pero sabía que con ella debía ir de a poco.

-Y yo- siguió – no puedo ser tu mujer en todos los sentidos, nunca podré y tú te mereces todo lo mejor.

Muy pero muy despacio, él quitó con su dedo una lágrima que caía por su mejilla y ella no se apartó, hasta le pareció percibir que inclinaba su cara hacia su mano.

-No hay nadie mejor para mí, Jenna, yo te amo. Las amo- dijo mirando hacia la cuna-Voy a esperarte el tiempo que sea necesario, hasta que estés lista.

- ¿Y si nunca lo estoy? - preguntó asustada.

-Lo estarás, no huyes de mi caricia- le mostró, mientras acariciaba su cara- te vuelves en la noche hacia mí cuando dormimos juntos.

Jenna pensó que era verdad. Se dormía del otro lado de la cama y amanecía en los brazos de Simon. Y sabía que era ella la que se movía, porque él nunca se atrevería a tocarla, a menos que ella lo dejara.

Ella amaba a Simon también, desde el primer día, pero no se sentía digna.

Pero él seguía eligiéndola y le daba el poder de elegirlo o no.

Sin pensarlo, ella colocó las manos en su pecho y lo besó fuerte en los labios.

La primera vez que tomaba esa iniciativa.

-Espérame- le pidió.

Él no la tocó y sólo asintió, aunque la emoción se le reflejó en la cara.

-Siempre- le contestó y salió de la cocina, dejando a Jenna llorando, pero ahora de alegría.

La Señora Henderson se había encargado de organizar un té de mujeres esa tarde.

Tenía sus objetivos claros: entender qué era lo que en realidad pasaba entre su nieto y Lena, y ver cómo podría hacer para acelerar la mejora de la relación entre Kate y su hija, porque quería que ella se casara con Ben.

-Bien, jovencita, ¿te has acostado con mi nieto o no? - preguntó directamente como si estuviera hablando del clima.

Kate se atragantó con el segundo pastelillo de limón que se comía y tosió, pero Lena la miró calmadamente al responderle.

-Considero que eso es algo que queda entre Alex y yo.

-Pues consideras mal- contestó asombrándola- Pronto seremos una familia y es mi deber como matriarca de la misma, bregar por la felicidad de los que la componen y no puedo hacerlo sin al menos tener atisbo de a lo que me enfrento.

Lena la miró con cariño, esa mujer se quedó con ellas para que pudieran recomponer su

relación. Y lo había logrado, no sabía si alguna vez vería a Kate como madre, pero le hizo ver que el amor que sentía por ella seguía intacto y al menos pudieron recuperar parte de la relación que tuvieron.

-Bien- dijo mordiendo delicadamente uno de los pasteles de manzana que Kate cocinaba y que ella adoraba, para ganar tiempo- estamos juntos sin promesas.

- No hables con la boca llena, niña, que no se te entiende y además es de mala educación- la retó- ¿qué es esa pavada de sin promesas? ¿Al menos se han cuidado?

Ahora fue el turno de Lena de atragantarse y casi ahogarse. Tomó un sorbo de té para despejar su garganta, mientras sentía un sudor frío.

No se habían cuidado, bueno él no, lo mataría..., no podía creer....

-Por tu reacción veo que no. Entonces se casarán- sentenció.

Lena se levantó airada.

-Señora Henderson, la estimo muchísimo y sabe que aprecio cada uno de sus consejos, pero esto es entre Alex y yo, nosotros decidiremos qué hacer y ciertamente el matrimonio no está en nuestros planes. - le dijo.

- Es Emma, por favor. Ya veremos si la decisión es de Uds., si llegas a estar embarazada- le retrucó con una tranquilidad enervante.

Lena estaba entre abrumada y enfadada, no podía articular palabra. Kate sólo se limitaba a mirarla y a comer.

-Y hablando de bebés- se giró hacia Kate, esta vez- tenemos que poner la fecha de tu boda con Ben cuanto antes, no quiero que mi nieto nazca sin que estén casados.

Por primera vez en la tarde la mandíbula de Kate dejó de moverse para masticar. Tragó con fuerza y miró su vientre.

-Vamos querida, ¿no te has dado cuenta? Comes como si fuera el fin del mundo, casi te quedas dormida en las cenas y es un trabajo levantarte por la mañana, ni hablar que, para el deleite de mi hijo, tus senos parecen salirse del vestido.

Kate se quedó pensativa asimilando todo lo que la Emma le decía, era verdad, todo eso le pasaba y su período no le venía desde hacía.....dos meses.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se tapó la boca con la mano para evitar gimotear.

-Ahhhh! Y ahí el otro síntoma, la sensibilidad extrema- dijo y se acercó para sentarse a su lado y abrazarla.

Lena observaba la escena. Un hijo, Kate tendría un hijo y ella... un hermano. El bebé sería su familia también.

Sin poder evitarlo sus pies la llevaron al lado de su madre, se sentó y la abrazó también.

-Es una hermosa noticia. Una nueva vida es siempre bienvenida. - le dijo con ternura. La movilizaba no sólo que ella estuviera embarazada, sino que esta vez podría disfrutar de uno de sus hijos sin que nadie quisiera arrebatárselo. Poco a poco, empezaba a entender el sufrimiento de Kate.

Kate se reclinó sobre ella llorando más todavía, si era posible.

-Emma tiene razón, hay que apresurar ese casamiento.

Kate la miró preguntando sin palabras.

-Yo estaré a tu lado para ayudarte con todo y Alex estará encantado de entregarte- le dijo con una sonrisa para que supiera que estaría allí para ella.

Kate sonrió entre las lágrimas, era más de lo que esperaba.

-Así me gusta, que podamos seguir adelante. Igual quiero ver cómo se lo dices a Ben para que no se desmaye, no creo que esté esperando la noticia. - dijo Emma divertida.

-Pero ¿cómo cree que lo tomará? No hemos hablado de eso. - se angustió Kate.

-Claro!!, no han hablado de ello, pero se han dedicado a hacer todo aquello que se tiene que hacer para engendrar un niño, supongo – le recriminó- Iguales de irresponsables hijo y nieto- sentenció haciendo que las otras dos mujeres se ruborizaran- Te ama, querida, jamás podrá tomarlo a mal. Nunca lo ha mencionado antes, pero desde que llegaste a su vida, estoy segura que sueña con una familia. Díselo cuanto antes.

-Lo haré. - dijo contenta.

- ¿Hay algo que necesites en tu estado? – preguntó Lena

-Bueno- suspiró- creo que dos pastelitos más de limón estarán bien.

Y las tres mujeres estallaron en carcajadas.

Kate había citado a Ben en el mismo lugar donde él casi la besara por primera vez.

Lo había tentado con un picnic juntos, cerca de la casa de él, debajo de la glorieta natural. Quería crear un clima adecuado para contarle lo del bebé.

Organizó la manta con la comida en el piso y lo estaba esperando.

Ben apareció contento y sin siquiera saludarla, la pegó bruscamente a su cuerpo para besarla con esmero. Ella perdida en su sensualidad, comenzó a devolverle el beso y acariciarle el cuerpo, pero recordó que debía hablar con él.

-Debemos hablar- logró articular entre los besos de Ben que la tenían embriagada, él no paraba y la iba bajando al suelo.

-Después.

Haciendo acopio de sus fuerzas lo frenó poniendo las manos en su pecho y bajando la cabeza.

-No, Ben, ahora, por favor- y el sonido de la voz de ella lo alertó lo suficiente para salir de la bruma sensual que lo envolvía.

Se sentaron en la manta, frente a frente.

- ¿Tiene que ver con Lena?

-No, tiene que ver con nosotros...

- Si vas a querer retrasar otra vez la boda déjame decirte que...

-La quiero adelantar- le dijo con la mirada baja.

- ¿Qué? ¿Por qué? - preguntó entornando los ojos.

Ella por fin levantó sus ojos verdes hacia él. Si su intuición no le fallaba, había en ellos una mezcla de ilusión y temor que lo extrañó.

-Porque vamos a tener un bebé. - le dijo, midiendo su reacción.

Y un rayo lo golpeó. Estaba seguro porque no podía moverse, sólo ver los labios de Kate que seguía hablando.

Un bebé, ella había dicho un bebé. Él iba a ser padre, esa fascinante mujer de la que se había enamorado, iba a darle una familia.

Sólo se dio cuenta que estaba llorando cuando vio el rostro perturbado de Kate y sintió sus manos en el rostro.

-Háblame-pidió ella angustiada, no pudiendo descifrar sus sentimientos.

-Me haces tan...feliz – logró decir antes de subirla en su regazo y regalarle un beso dulce.

Ella se acomodó en sus brazos también feliz y vio su mano que acariciaba su vientre.

-Vamos a tener un hijo juntos. - dijo con ternura en su voz- Es el regalo más maravilloso que me has podido dar.

-Te recuerdo que lo hemos hecho juntos- le recordó divertida- el regalo es mutuo.

- ¿Estás feliz?

- Sí, muy feliz. No pensé nunca en la posibilidad de volver a ser madre.

- ¿Y Lena?

-Ella está feliz también, se ofreció a ayudarme con la boda.

- ¿Cuándo cambió?

-Quién la hizo cambiar, querrás decir. Fue el ángel de tu madre. Quedarse con nosotras, fue la mejor decisión que pudo tomar, ella ha logrado unirnos más. No sé si algún día Lena podrá llamarme madre, pero me conformo con tener lo que teníamos. Sólo quiero que ella sea dichosa.

Ben seguía embobado mirando y acariciando su vientre y depositó un beso en él.

-Nos casaremos en una semana- le informó, sin recibir refutación alguna por parte de ella.

Luego se quedó pensativo, con el ceño fruncido.

- ¿Crees que podremos hacer el amor mientras estés embarazada? ¿no le haremos daño al bebé? - preguntó preocupado.

Ella le levantó la cabeza para besarlo. Para ser un hombre experimentado en ciertos campos, era bastante ignorante en otros.

-El bebé es feliz si la mamá es feliz- le informó- aunque no sepa por qué se da su felicidad.

Él le regaló esa sonrisa seductora que la cautivó el primer día que lo conoció.

-Qué bien- contestó, levantándola y llevándola hacia la casa- porque hoy su papá se siente con ganas de hacer feliz a su madre, varias veces.

Una semana después, con una licencia especial, Kate y Ben se casaban en la iglesia del pueblo.

Todos los habitantes de Arlington fueron invitados y no fue menor la sorpresa cuando vieron aparecer a los antiguos esclavos vestidos y presentes para la ocasión.

Contra todo pronóstico, el párroco, los dejó entrar y no hizo comentario alguno durante la ceremonia.

Luego de una discusión con Ben y Alex, las mujeres los convencieron de invitar a Stein también. Ellas sostenían que no invitarlo era ponerlo sobre aviso y necesitaban no levantar más sospechas.

Kate entró en la iglesia del brazo de Alex.

Llevaba un hermoso vestido lavanda con flores blancas y el tocado y el ramo del mismo color.

En el momento de entregarla a Ben, Lena se acercó fuera de ceremonia para hablarle al oído.

-Si alguna vez le haces daño, te enseñaré qué tan bien se dispara- lo amenazó con una sonrisa en la cara para que nadie sospechara lo que le decía.

-Lo tendré presente- le respondió riendo.

- ¿Qué te dijo? - preguntó Kate por lo bajo

-Es entre nosotros, pero puedo decirte que puedes estar feliz porque esa muchacha te quiere... y mucho.

Eso ilusionó el corazón de Kate que lloró varias veces durante la ceremonia.

El párroco los declaró marido y mujer y, Ben levantó a su esposa contra él besándola apasionadamente frente al aplauso de todos.

Celebraron la fiesta en la finca de Ben. Emma y Lena se encargaron de que todo estuviera decorado en los mismos colores que el vestido de la novia. La comida abundaba y aunque los esclavos permanecían en mesas separadas de los demás, todo transcurrió en armonía.

La fiesta terminó casi al anochecer y Alex se ofreció a acompañar a Emma y a Lena a Lumière. Viendo las miradas que se echaban esos dos, Emma intervino.

-No será necesario querido, todos los empleados están aquí y volveremos juntos, así que estaremos seguras. Además, ya tenemos un casamiento este mes, no quiero tener que obligarte a hacer lo mismo porque no te portes bien. - le indicó, cortándole el plan.

Lena ahogó un jadeo mientras sentía su cara arder y escuchaba la maldición baja de Alex.

Kate y Ben decidieron dejar su luna de miel para después que naciera su bebé. Con lo que le pasara a Lena, no quería separarse mucho de su hija, aunque todos se ocuparon de no molestarlos, al menos la primera semana.

Emma decidió que seguiría viviendo con Lena, lo que a ella le alegró.

Por su lado, Alex, en las dos semanas siguientes al casamiento, apareció muy poco por la casa.

Su excusa estaba siempre puesta en la visita a su abuela y evitaba quedarse a solas con ella.

Lena debía estar agradecida, si tenía en cuenta que no quería involucrarse, pero no lo estaba. Trataba de distraerse leyendo y escribiendo cartas para Cassie y Elle. Por lo que se enteraba ninguna de las tres lo estaba teniendo fácil. Pero a la distancia, se seguían apoyando.

Estaba inquieta todos los días, mirando por las ventanas. Sentía el ruido de caballos y esperaba verlo aparecer. Eso la ponía de un humor horrible, contestaba con monosílabos y Lucille hubiera jurado, que a veces la oyó gruñir.

Ella sabía que el pez por la boca muere. Se ofreció a tomar lo que él quisiera darle y parecía que no estaba dispuesto a darle mucho.

Con estos humores cambiantes, estaba una tarde, cuando llegó una caja dorada con un gran moño para ella.

No tenía remitente, pero Naomi dijo que el muchacho que la traía era de la finca de Alex.

Aunque la Emma, Naomi y Lucille la miraban expectantes para ver qué contenía la caja, Lena decidió abrirla en su cuarto. No sabía qué le podía haber enviado Alex.

Y qué suerte que lo hizo.

Sentada en su cama, sacó la tapa de la caja, y envuelto en papel dorado había un bello camisón transparente de un verde casi igual al de sus ojos.

Sacó la delicada prenda y la examinó. La tela era exquisita y suave al tacto, todo transparente con lazos que iban desde un escote profundo hasta debajo de su estómago. Las mangas largas terminaban en un volado.

Ponerse eso era como estar desnuda. No era que ella hubiera sido tímida esa noche con él, pero esto era diferente.

Una nota venía con la caja.

Esta noche, en tu embarcadero.

Ponte mi regalo.

Ven.

A.

La excitación la recorrió. Por un momento, el enfado volvió y pensó en no ir. No podía él decidir cuándo y dónde verla, pero sabía que no rechazaría la invitación.

Aunque le costara reconocerlo, lo anhelaba, y con su regalo, él le anticipaba lo que quería esa noche. Y ella quería lo mismo.

Hizo sonar la campanilla para llamar a Naomi y pedirle que le preparara un baño.

Cenó esa noche con Emma para no levantar sospechas. Frente a las preguntas del contenido de la caja pensó en mentir diciendo que era Kate quien la enviaba, pero prefirió decir la verdad del remitente, pero no del contenido.

-Me gustaría probar alguno de esos chocolates que te envió mi nieto, mañana, Lena, seguro que por el tamaño de la caja te debe haber enviado dulces para alimentar a todo el personal- le dijo risueña antes de irse a dormir.

Lena hizo una nota mental: enviar a Tom a comprar chocolates al pueblo, temprano.

El tiempo se le hizo eterno. La nota no tenía una hora específica así que esperó hasta que no sintió ruidos en la casa.

Se vistió con el atrevido camisón y se miró a la luz de la vela en el espejo. Sonrió al pensar que era la viva imagen del pecado. Esa prenda no dejaba nada librado a la imaginación.

Se calzó unos escaarpines y se cubrió con una capa negra con capucha que la tapaba entera.

Saliendo silenciosamente por la cocina, trataba de esquivar las hojas secas del camino y apenas pisar el piso.

Su corazón se aceleraba a medida que avanzaba, la clandestinidad de la cita le encantaba. Hacía mucho que no vivía una aventura.

Vio a John vigilando a lo lejos y lo saludó para que se quedara tranquilo. Ellos sabían de su gusto por los paseos nocturnos y no la molestaban.

Llegó al claro del embarcadero, pero no salió a la claridad de la media luna que brillaba en el cielo.

El refugio de los árboles le permitió inspeccionar el lugar. No había señales de él. Oía un sonido leve en el agua, pero no podía definir qué era.

Entonces creyó que su mandíbula iba a caer al piso cuando lo vio salir del agua... completamente desnudo.

Ya lo había visto así antes, pero no tuvo tiempo de detenerse a admirarlo. Ahora sin que él supiera que ella estaba ahí, podía hacerlo.

La leve luz de la luna iluminaba ese cuerpo fibroso por el que caían gotas de agua. El líquido se deslizaba por sus músculos, su piel, su pelo, ella quería recorrerlo con sus dedos, que hormigueaban anhelando su contacto.

Nunca pensó que el cuerpo de un hombre podía ser hermoso, pero este lo era. Pudo vislumbrar algunas cicatrices en su costado y en su espalda. Pequeñas marcas blancas que sobresalían en la piel.

No pudo evitar que su mirada bajara aún más y vio que esa parte de él estaba erecta e

imponente.

Escurió el agua de su pelo y giró directamente hacia donde se encontraba ella, aunque estaba segura que no la podía ver.

- ¿Podrías venir aquí? Porque a mí parece que has conseguido estimularme sólo con tu mirada- dijo en un tono sensual- ¿a ti te pasa lo mismo?

Lena se sentía avergonzada de que supiera todo el tiempo que ella estaba allí. En realidad, se sentía frustrada porque él hubiera interrumpido tan rápido la visión de la que estaba disfrutando.

No salió de las sombras al hablar.

-No veo muy bien- mintió- y quería asegurarme que eras tú antes de salir de mi escondite.

La risa de él resonó en la noche.

-Bueno, pues espero que no sepas reconocer a otros hombres desnudos- le dijo jocoso.

Ella quiso tirarle con algo, pero no encontró nada contundente, así que se limitó a salir a la luz.

- ¿Podrías por favor vestirme? - pidió poniéndose de espaldas a él.

-No es necesario que te des vuelta, no hay nada mío que no hayas visto ya- le dijo al tiempo que se ponía los pantalones.

-Lo prefiero así.

- ¿Te gustó mi regalo?

-Sí, claro, los chocolates estaban deliciosos- contestó mientras él la miraba, sin que lo viera, confundido- espero que los compres y los mandes porque eso fue lo que le dije a tu abuela que eran cuando vio la gran caja. A menos claro... que quieras que le muestre lo que su nieto me envió- le sugirió, dándose vuelta y abriendo la capa que llevaba puesta, pero sin sacársela del todo.

El sintió que su boca se secaba.

La sutil luz de luna, mostraba sus curvas envueltas en esa tela verde, a través de la cual podía ver cada rincón de ese voluptuoso cuerpo con el que soñara durante dos semanas.

Habría querido ir a verla cada día, besarla, tocarla, volver a hacerle el amor.

Las dos semanas le parecieron un siglo, pero se obligó a mantenerse alejado. No le gustaba ese sentimiento de necesidad que sentía por ella. Se decía que era sólo físico, pero sabía que sería feliz sólo con compartir una comida, una tarde o una simple charla con ella.

Ella le dio el poder. Lo que tú quieras darme le dijo. Pero, si debía ser sincero con él mismo, lo quería todo.

Intentó pensar en otra mujer, incluso fue a Nueva Orleans a ver a Allie y ella misma le dijo: tienes que volver con tu belleza de ojos verdes.

Pero no quería pensar en todas esas cosas en ese momento. Ella estaba allí y aceptó su desafío implícito.

-Ya veo lo que tengo que hacer si quiero que cierres la boca- dijo cruzando sus brazos debajo de los pechos, lo que hizo que se movieran hacia arriba sinuosamente por la falta de sostén.

-En realidad, cariño, esto me hace querer abrir la boca para deleitarme con todo lo que hay ahí abajo- le retrucó con voz profunda, haciendo que la entrepierna de Lena se humedeciera.

Él se había puesto sólo los pantalones y ella divisó una manta mullida que estaba colocada en el suelo.

- ¿Piensas hacer un picnic? - cuestionó señalando la manta.

-Mi comida de esta noche eres tú- y su sonrisa prometedor de placeres sensuales la excitó aún más.

Y ella decidió ser más osada que él.

- ¿Y qué pasa si esta noche soy yo la que tiene hambre? -lo desafió, dejando caer toda la capa.

Casi grita, cuando él se abalanzó sobre ella, sin aviso. Ciñéndola fuertemente, la empezó a besar de forma salvaje.

Su lengua invadió su boca una y otra vez como si imitara el acto sexual, lo que hizo que ella se frotara contra él buscando alivio a las sensaciones que él le provocaba.

-Haz eso otra vez- le pidió con un jadeo él y cuando ella lo hizo la saqueó nuevamente.

Lena apretaba su cabeza contra ella tratando de tenerlo más cerca, de superar con su pasión, su impericia.

Y lo estaba logrando porque Alex sentía que perdía el control. Quería arrancarle la ropa, y recorrer con su lengua ese cuerpo que lo estaba incendiando, hasta que ella gritara uno y otra vez, por él, sólo por él.

Lena sentía que sus piernas se aflojaban, que se caía.

-Necesito- pidió separando un momento los labios de él.

- ¿Qué??- susurró sin aliento, besándole el cuello y dándole un respiro.

-Necesito sentarme- logró decirle ella y se sintió levantada del suelo y trasladada a la manta donde él la recostó.

Cuando él se inclinaba sobre ella, colocó la mano en su torso para detenerlo.

-Quiero saber algo- dijo con timidez.

-Dime, te diré lo que quieras- le contestó en un tono que sonaba un poco desesperado y la hizo esbozar una sonrisa.

- ¿Quiero saber si puedo darte placer de la misma forma que tú lo hiciste la primera noche? - y su mirada buscó la de él pidiendo permiso.

Alex tuvo miedo que la cordura lo abandonara, su bella dama quería portarse mal y le pedía permiso para darle placer.

Ella se pasó la lengua por los labios en un gesto para nada calculado y él jadeó.

Sin saber qué decir, se tendió él sobre la manta y la dejó hacer.

Elle se levantó y desabrochándole los pantalones, se los sacó.

Recorrió apreciativamente su cuerpo y se sentó a horcajadas.

-No debes moverte- le ordenó, pasando sus manos de arriba abajo sobre su pecho.

Se inclinó sobre él, con la fina tela rozando su piel y succionó un pezón y luego el otro, buscando producir las mismas sensaciones que cuando él se lo hacía a ella.

Sacó su lengua rosada y lo lamió hasta la cintura, mirando como él contenía la respiración y su dureza golpeaba su centro.

Bajó su cuerpo por las piernas hasta que su boca quedó a la altura de su miembro. Él tuvo que incorporarse para asegurarse que este no era uno de sus sueños, sino que ella realmente estaba haciendo aquello.

Tomó su miembro en su mano dirigiéndolo a su boca. Rodeó la punta con su lengua en un movimiento lento, haciéndolo saltar.

Ella pareció preocupada.

- ¿Te hice daño?

-No, es mi forma de decirte que me gusta- contestó y fue recompensado por una mirada que lo calentó aún más.

Y entonces ella se lo metió en la boca, chupando, disfrutando de la suavidad.

Estaba atenta a las reacciones de él y aumentó el ritmo de sus caricias, escuchando los jadeos de Alex y excitándose más.

Saboreó una pequeña humedad en la punta y repentinamente Alex se sentó y la colocó sobre él.

La besó chupando su lengua lentamente imitando lo que ella había hecho.

-Ya es suficiente preciosa- le ordenó abriendo los lazos del camisón.

-Pero hay más placer que puedo darte ahí, ¿no?, yo lo quería todo- puchereó en un gemido, cuando el rozó sus pezones duros.

-Y lo tendrás, pero no esta noche- le dijo y luego maldijo por lo lazos que no podía manejar de ese camisón. La necesitaba desnuda. Finalmente terminó ellos.

Y así los dos sentados, la levantó para empalarla en él.

Los dos gimieron cuando se acoplaron. Alex le marcó el ritmo hacia adelante y hacia atrás tomando sus redondeadas nalgas entre las manos. Cuando ella captó el ritmo para hacerlo sola, él se ocupó de sus pechos. Tomó sus pezones entre los dedos estimulándolos, apretándolos apenas, y soltándolos.

Lena sabía, por primera vez, lo que era un pequeño dolor placentero. Ella acercaba sus pechos a su boca, la quería allí, pero Alex se alejaba.

Cuando ella aumentó el movimiento y comenzó a subir y bajar agarrándose a sus hombros, él se metió un pecho en la boca y empezó a chuparlo y a morder apenas un pezón, golpeándolo a suaves toques con su lengua.

Los movimientos de Lena estaban haciendo estragos y él sabía que no duraría mucho, Colocó su mano entre sus cuerpos y comenzó a masajear su centro duro con la misma intensidad con que ella se movía.

Lena llegó al clímax, aprisionándolo dentro de ella. En un solo movimiento, él la puso debajo, empujó una, dos, tres, cuatro veces, en un ritmo frenético y se derramó dentro de ella.

Los dos jadeaban como si hubieran corrido kilómetros.

Lena movió sus manos para recorrer su espalda con suaves caricias y apretó sus nalgas amasándolas. Le encantaba la dureza de sus músculos. Lo sintió endurecerse dentro de ella nuevamente y él se alzó sobre sus brazos para mirarla.

-Preciosa, ya que tú has sido responsable, con esas manos, de lo que acaba de pasar, creo que debes hacerte cargo- bromeó, besándola.

Ella se movió en círculos debajo de él y lo oyó resoplar.

-Me encantará hacerlo- alcanzó a decir, antes de que el placer le impidiera hablar.

Se siguieron amando durante la noche, sin sospechar que, cobijado por las sombras del bosque, alguien los observaba con odio.

Un hombre. Un hombre que estaba furioso.

La muchacha ya no era virgen, pensó. Ese maldito la había seducido para quitarle su inocencia. Una inocencia que debía haber sido de él.

Igual se había quedado, absorto en los gemidos de ella, como si fuera el canto de una sirena. Imaginó que era él quien la hacía gozar y gozó también.

No le importaba que ya no fuera virgen, la tomaría igual cuando fuera el momento.

Pero ella nunca estaba sola y ahora este hombre se había acercado más a ella. Desde que llegaron él y su tío, todo se había complicado.

Durante años su secreto permaneció en la oscuridad, pero la presencia de los recién llegados, sumado al descuido de algunos miembros que se incorporaron, los estaba poniendo en peligro. Temía que estuvieran dejando huellas que los llevaran a ellos.

Pero ella sería de él, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Capítulo 25

El comisario Milton había llegado a Arlington siguiendo una pista.

Nunca hubiera imaginado que los abusos y asesinatos de las jóvenes no hubieran ocurrido en Nueva Orleans, ahora no estaba seguro de nada.

El comisario Miller lo recibió nervioso, al principio, como si lo esperara por otra cosa, pero se tranquilizó cuando él le habló de las muertes.

Luego pareció acordarse de algo.

-Dios mío! – dijo - tenemos una muchacha desaparecida. No creerá que ella...- no terminó la frase- No puedo decirle eso a su padre.

-No tiene que decirle, no hemos encontrado otra chica después de la que le mencioné. La muchacha tenía una especie de mineral, ágata roja, bajo las uñas que, de acuerdo a las primeras investigaciones, era típico de esta zona. Me gustaría hablar con los hacendados de las fincas cercanas, para ver si ellos saben de alguna cueva que tenga este tipo de piedras, en sus tierras.

-Debería hablar con Stein, solamente- aconsejó.

- ¿Él es dueño de todas las tierras?

-No, pero es un hombre influyente y ...

-No quiero hombres influyentes- lo interrumpió- quiero personas que conozcan sus tierras, comisario, estamos hablando de vidas y no puedo perder el tiempo por el ego de un hombre.

El comisario movió la cabeza asintiendo y se encomendó a reunir a los hacendados más influyentes de la zona.

Decidieron hacer la reunión en el salón de hotel.

Si al comisario le llamó la atención la presencia de una mujer, nunca lo demostró, prestando atención de igual forma a las preguntas de Lena que a la de los hombres.

Es más, fue la que más información dio, comentando el incendio, los robos y el ataque que denunciara en Nueva Orleans.

-Bueno, eso sí puede ser una pista, Señorita- dijo pensativo- por la descripción que hace de ellos, puede que se vinculen con los asesinatos de alguna forma.

-Yo creo que fue aleatorio- se envaró el comisario de Arlington.

-No nos pagan por creer, comisario Miller, sino por corroborar hechos. ¿Hizo averiguaciones de la procedencia de los matones? Tal vez incluso quien los haya contratado sea el asesino de las muchachas o su cómplice. Quiero que me muestre el expediente al salir- le dijo sin lugar a que objetara.

El comisario Milton era muy conocido en la zona y tenía muy buenas conexiones, no quería contrariarlo de ninguna manera.

A Lena le sorprendió que Stein no reaccionara en ningún momento con nerviosismo o preocupación, sino que permanecía atento a todo el intercambio. Lo que contaba el comisario la conmocionó y le hizo recordar el episodio que les contara Tom en su momento respecto de Jenna. Tal vez fueran las mismas personas que asesinaron a las muchachas; la dieron por muerta y la tiraron al río, pero como nunca hizo una denuncia y era una simple esclava, no se preocuparon por ella. O tal vez no sabían que vivía y corría peligro si lo averiguaran.

No podía hablar con Jenna de ese episodio, pero sí advertirle a Tom y a Simon. Por suerte, con la bebé, ella permanecía en la casa y su marido estaba al pendiente de ella.

-Comisario Milton, no tengo idea de si hay alguna cueva con ese tipo de piedra, dada mi reciente llegada, pero tiene mis tierras a su entera disposición si quiere inspeccionarlas, y por supuesto, cuenta con mis empleados si necesita más ojos.

-Le agradezco, Señorita Fairchild, por ahora nos hemos contactado con geólogos que nos podrán dar más precisión de ello, pero quería ganar tiempo si es que alguno sabía de su existencia.

Nadie recordaba una cueva que tuviera una piedra de ese tipo, si la había, estaba tapada o muy bien resguardada.

Luego Lena hizo una pregunta que asombró a todos.

-Comisario, disculpe si la pregunta que le hago no es correcta o implica que deba darme información que es confidencial. Mencionó que la muchacha que apareció muerta no es la primera, deduzco que si Ud. está a cargo de la investigación es porque esto es grave. ¿Cuántas muchachas han muerto?

-No es confidencial, Señorita, pero sí alarmante. Son quince las muchachas asesinadas- respondió escuchando las exclamaciones de horror de los presentes- Se trata de muchachas de bajos recursos, o que no tenían familia para que alguien pudiera insistir en la resolución del crimen. Si la desaparición de la muchacha de aquí, está relacionada, es porque han cambiado su patrón y les recomiendo que estén alertas.

El mutismo de todos fue más que elocuente, cada uno pensando en sus propias hijas, esposas, hermanas.

Cuando terminaron la reunión, Lena volvió a la finca con Simón y Tom que la habían acompañado.

Aprovechó el trayecto para contarles de su reunión y de su sospecha de lo que pasara con Jenna.

Simon se puso tan nervioso durante el relato, que su caballo se encabritó varias veces percibiendo la inquietud de su jinete.

-Todos la cuidaremos, Simon, puedes estar tranquilo- trató de calmarlo Lena. - pero en algún momento tendrás que hablar con ella para que sepa el porqué de nuestra obsesión. Si bien fue el capataz fue quien se la llevó, creo que los destinatarios eran otros y sólo ella puede recordar.

-Trataré de hablar con ella esta noche, quiero a mis chicas seguras y cuanto más información tengamos, mejor.

-Confío en el comisario Milton. Parece un buen hombre y está preocupado en resolver el tema. No creo que se dé por vencido tan fácilmente.

Tom cabalgaba en silencio sin intervenir en la conversación.

- ¿Tom? - llamó Lena como pidiendo su opinión.

-Nadie va a volver a hacerle daño a mi niña, tendrán que matarme primero- dijo apretando los dientes.

-No lo harán Tom, no lo harán- le aseguró Lena al llegar a la finca.

Simon estuvo inquieto el resto de la tarde. Evitó cruzarse con su esposa para que no le notara el nerviosismo, ella siempre sabía leer sus emociones.

Terminó de bañarse en el río y se dirigió al cuarto para buscar a Jenna y Hope para ir a comer.

Sintió el perfume a lavanda antes de abrir la puerta. La pequeña mesa estaba dispuesta con queso, pan y carne fría. Unos pequeños pasteles estaban sobre la cocina y una jarra de zumo al lado.

Venía pensando uno y otra vez lo que le diría para contarle lo relatado por Lena, pero todas las palabras se borraron de su mente cuando la vio salir de detrás de la cortina que separaba el cuarto.

Su pelo crespo estaba suelto, atado en un costado con un pequeño broche y le llegaba un poco más abajo del pecho. Llevaba su vestido nuevo, en un color vainilla que resaltaba su piel morena. Era sencillo, de corte redondo en el cuello, con un cinto del mismo color y una falda con apenas vuelo. Sus pies estaban descalzos.

Simon se la quedó mirando tan fijamente, que ella tímida, bajó la cabeza antes de hablar.

- ¿Te gusta? - preguntó moviendo la falda del vestido.

Contrólate, Simon, se decía a sí mismo. Encuentra las palabras.

-Nunca te he visto más hermosa que esta noche- dijo inseguro, pero el alivio llegó cuando ella se sonrojó.

-Espero que te guste lo que preparé- le dijo sentándose en la mesa como una invitación a que él lo hiciera.

Simon estaba tan embobado que tropezó con la silla, la mesa y casi tira un vaso porque no podía sacarle la vista. Eso le valió una risa nerviosa de ella.

-Estás torpe hoy- bromeó.

-Es que hay algo que me tiene distraído- se defendió, guiñándole un ojo.

Simon recorrió la habitación con la mirada, buscando a Hope.

- ¿Y la pequeña?

-Hoy va a dormir con mis padres- respondió sin mirarlo y sirviendo la comida.

Todos sus sentidos se pusieron alerta, siendo consciente del ambiente, de la forma en que ella estaba vestida, del perfume.

Ella olía a lavanda, le encantaba ese perfume porque siempre que lo sentía, era como si ella estuviera con él.

Y esa era una cena...romántica.

Le dio la orden a su corazón de que se tranquilizara, porque latía tan fuerte que creía que ella podía oírlo.

Como si la hubiese conjurado, ella lo miró directamente, y él supo que todo lo que sentía, se reflejaba en su cara. Pero fue ella quien lo calmó.

-No sé cómo terminará esta noche, Simon, si seré capaz de hacer lo que tengo ganas de hacer. Sólo se...-tragó saliva nerviosa- sólo sé que te amo y si alguien puede sanarme las heridas eres tú.

Él quería levantarse, abrazarla y besarla, era la primera vez que le decía que lo amaba. Los ojos se le volvieron acuosos, pero no quería llorar ni asustarla. Así que alargó su mano sobre la mesa y tomó la de ella.

-Ya es un regalo que me digas que me amas, yo también te amo. Haremos lo que sientas ganas de hacer, Jenna, y tienes que saber que, si esta noche sólo terminamos durmiendo juntos, yo seré feliz igual...porque habré disfrutado de una deliciosa cena, con mi bella esposa y sobre todo de esos riquísimos pasteles de durazno que has preparado- dijo contento como un niño, haciendo reír

a Jenna con esa obsesión que tenía por lo dulce.

Cenaron distendidos, contándose las cosas del día y riendo con lo nuevo que la pequeña comenzaba a hacer, y la forma que su abuelo se mimetizaba con Hope cuando le hablaba.

Simon omitió todo lo referente a la reunión en el pueblo. Hoy Jenna estaba lidiando con otros demonios y era más importante que venciera estos.

La ayudó a lavar y ordenar todo.

Tomó la mano de él, llevándolo al cuarto, invitándolo.

-Jenna...- musitó frenando su andar.

Ella levantó sus manos unidas y besó la de él.

-Confío en ti.

Simón tragó.

-Quiero que me prometas algo, cuando no quieras que siga me dirás para y yo pararé. No quiero que te fuerces a nada.

Ella asintió.

-No, - insistió- prométemelo.

-Lo prometo.

El cuarto estaba oscuro y Simon encendió una vela.

-Prefiero que estemos a oscuras-le pidió tímida.

-Mi amor- dijo tomándole la barbilla-quiero que todo el tiempo sepas y veas que soy yo. No cierres los ojos nunca, mírame, siempre mírame.

Jenna comprendió lo que él quería decir y se sorprendió que entendiera tan bien lo que le pasaba.

Todos los movimientos de Simon eran más lentos de lo normal, trataba de sentir como iba respondiendo ella a sus caricias.

Cuando comenzó a desabrocharle el vestido y le tocó suavemente la espalda, ella no se retiró, se recostó contra su mano.

Quedando totalmente desnuda, se dio la vuelta y se tapó los pechos con las manos.

-No te ocultes de mi Jenna, nunca-le pidió tratando de controlar la excitación que su cuerpo le provocaba.

-Ahora tu- insinuó y abrió los brazos indicándole sin palabras que lo desnudara.

Ella abrió sus ojos negros con sorpresa, pero luego avanzó hacia él.

Sacó su camisa por la cabeza y se quedó mirando el pecho al que aparecía abrazada todas las mañanas.

Tímidamente lo recorrió con una mano y él vibró, pero ella no cesó su tacto, porque lo estaba mirando, y vio que lo disfrutaba.

No se demoró mucho en los pantalones y su mirada fue a su miembro. Fue la primera señal de nervios, pero él no la dejó pensar, tomó su pequeña mano y la dirigió hacia él, haciendo que se familiarizara y lo acariciara. Con las manos unidas la guio y le enseñó cómo darle placer.

Jenna concentrada en las sensaciones, se acercó casi rozando sus pechos contra su torso, y entonces él la detuvo.

Bajó su boca a sus labios y la besó, su lengua fue en busca de la suya y se encontraron a mitad de camino. Los dos se miraban al besarse, era raro y al mismo tiempo los encendía.

Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y se pegó a él, ávida de más.

El la alzó colocando sus piernas alrededor de él y la llevó a la cama.

Simon se encargó de besarla, acariciarla y excitarla, haciendo que los gemidos salieran de su boca una y otra vez, instándola al mismo tiempo a ser activa.

Finalmente, cuando la penetró, él pudo ver el pánico, por un momento, cuando cerró los ojos, pero al instante los abrió y al verlo a él, tomó su nuca bajándola para que la besara.

Se movieron al compás de jadeos y gemidos, perdidos en los ojos del otro.

Antes que ella llegara al orgasmo y que él se derramara, se movió, dejándola a ella encima, para su sorpresa.

Una lágrima se derramó por la mejilla de Jenna, pero enseguida sonrió para que él supiera que era de felicidad. Él la estaba poniendo al mando. Ella se movió sinuosa, fascinada por el placer, y finalmente extrajo de él hasta la última gota de su gozo.

Cayó sobre su pecho exhausta y sintiendo en su oído los latidos acelerados de su esposo, como un arrullo suave.

- ¿Mi amor? - preguntó Simon, no sabiendo bien cómo hacer la pregunta.

-Ha sido...- susurró ella casi dormida- maravilloso.

Simon la recolocó bien encima de él y los tapó a ambos con la manta. Dormiría así con ella esa noche. Lo habían conseguido... le habían ganado a la oscuridad.

Los días que siguieron, fueron movidos. Se organizaron revisiones de las haciendas buscando la cueva con el ágata roja, pero todas fueron infructíferas.

El comisario Milton no se daba por vencido, aguardaría la opinión de los geólogos que estaba consultando, para poder seguir avanzando.

Hacía tiempo que se dedicaba a sacar perfiles de criminales, pero nunca como estos.

Pero ya estaba más cerca.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? - preguntó el hombre mayor, nervioso, paseándose por la habitación.

-Nada-contestó el más joven engullendo una galleta.

-Por Dios! ¿Cómo puedes comer en este momento?

-Porque no estoy preocupado, sé cubrir nuestras huellas, no van a encontrarla ni a ella, ni a la cueva.

- ¿Por qué teníamos que meternos con una muchacha decente? ¿Y cómo supieron lo del ágata roja?

-Porque ella sabía de nosotros.

-Queee????? ¿Cómo?

-Poco importa. Ahora hay que alejar a Henderson de la muchacha.

-Estás obsesionado con ella.

-Sí, la quiero en la piedra y la voy a tener.

-Todos la tendremos- dijo lascivo el otro.

-Sí, pero primero yo.

Las semanas pasaron, mientras Alex y Lena se acercaban más.

Las visitas de él eran cada vez más frecuentes y se encontraron no sólo compartiendo encuentros íntimos, sino charlas que resultaban serlo aún más.

Fue Lena la que más se abrió, contándole cómo fue su infancia, la relación con Kate, sus tíos, sus días en el colegio y su decisión de venir aquí.

Ella había bajado sus defensas con él. A veces simplemente compartían las charlas en una manta, sentados frente al río. Otras, sentada entre sus piernas y rodeada por sus brazos.

Él se abrió menos, y sabía que ella lo percibía. Le contó de su infancia y adolescencia, de la muerte de su madre, de la relación con su padre y su hermano, pero nunca le dijo la razón por la que se fue, y Lena no lo presionó.

Eso le encantaba de ella, que no pedía más de lo que él estaba dispuesto a dar. Sin embargo, siempre quería más de ella. Se sentía posesivo, con sus sonrisas, con sus suspiros, con su cuerpo, con su alma...

Trataba de no pensar en ello ni en el hecho que la sentía abierta a él. Era como si hubiera logrado derribar algunos ladrillos del muro y los huecos dejaran pasar un poco de claridad.

En ese momento, estaban en uno de esos encuentros frente al río.

Alex recostado en la manta, con la cabeza en el regazo de Lena, que le acariciaba el pelo mientras estaba sentada contra el tronco de un árbol.

- ¿Sabes algo de la balada del Mississippi? - preguntó Lena muy bajo, como con vergüenza

-Hay varias canciones sobre el río, ¿a cuál te refieres?

-No es una canción conocida, es una leyenda.

-Uhhmmm... no, cuéntame- le pidió mientras seguía sin abrir los ojos y le llevaba la mano a una parte específica de su cabeza para que lo acariciara, haciéndola sonreír.

-Me la contó Mamma Joy. Dice que las almas que han habitado este río, eligen algunas personas para cantarles una balada, que sólo cuando están listos, ellos podrán escucharla. Te hablan sobre el futuro, te guían.

Alex se puso de rodillas, dándose la vuelta, visiblemente interesado.

- ¿Por qué me estás contando esto? - preguntó un tanto irritado sin razón.

-Bueno- contestó mirando hacia abajo y sacando una hoja imaginaria del vestido- vas a creer que estoy loca, pero a veces las escucho. No puedo entender todavía lo que dicen, es como un arrullo.

Él estaba enfadado. Lo llevaba a reflexionar sobre algo que no quería, para lo que no estaba preparado. No podía decirle que sí las había oído, la primera vez que llegó. Un susurro pequeño, una noche junto al río.

*Ella vendrá como un viento fresco
para llenar vacíos de otros tiempos.
Su amor es un regalo,
verde el color del anhelo.*

Nunca había asociado eso con ella, hasta que lo mencionó esa tarde. Lo cierto es que, en ese momento, pensó que era alguien cantando en la otra orilla o los mismos esclavos.

No quería pensar, no quería sentir lo que sentía. Lo que decía la balada era una fantasía.

Entonces ella levantó la vista y lo miró. El vio allí ese anhelo color verde y reaccionó para no

pensar.

La tomó de la cintura, colocándola a horcajadas sobre él y la besó.

Lena sólo tuvo tiempo de poner las manos en sus hombros para sostenerse antes que él tomara su boca en la suya. Movía sus labios sobre los de ella y su lengua le hizo un pedido silencioso para entrar.

Ella le dio permiso con un suspiro y él se deleitó en ese sabor dulce que lo embriagaba. Lo apretó más contra sí, necesítándolo más cerca.

Las manos de Alex se movieron a su espalda, tratando de desabrochar los botones del vestido.

-Es de día, nos pueden ver- jadeó Lena separando un momento sus labios.

- No me importa- contestó, nublado por el deseo de tomarla allí mismo y decir con su cuerpo lo que su mente temía.

Estaba tratando de bajar su escote, cuando ambos se quedaron inmóviles, eran pasos lo que se oían.

Se miraron y Lena empezó a recomponer su pelo y el vestido, al tiempo que Alex sacaba su arma.

Vieron aparecer a Vince entre los árboles, sin aliento, y Alex bajó el arma.

-Señorita Lena- dijo entre grandes inspiraciones.

-Vince, la próxima vez anúnciate, Alex podría haberte disparado- lo retó Lena levantándose.

El muchacho abrió los ojos grandes recordando el episodio del bosque.

-Lo siento, es que es urgente.

- ¿Qué pasa?

-El comisario está en la casa y pregunta por el Señor Alex. Él esta.... con tres hombres más y tiene prisa, quería venir el mismo- comunicó mirando a Alex con pena.

-Bien, iremos ahora, si no puede esperar- dijo Lena recogiendo las cosas, y exasperada porque pensaba que sería una tontería.

Alex respiró profundo, tenía el presentimiento de que no era nada bueno.

Y sus sospechas se agudizaron, cuando al llegar a la estancia de la mansión, se encontró con que su tío y Kate estaban allí.

Ben parecía haber sido sorprendido por un huracán, su pelo estaba desaliñado y la preocupación se reflejaba en su rostro.

-Señor Henderson- empezó el comisario nervioso- lamento decirle que he venido a arrestarlo por el asesinato del Señor Drummond, ocurrido hace seis años en Jacksonville.

Y Alex recordó la otra parte de la balada que escuchara esa noche.

El pasado volverá

los fantasmas siempre vuelven

Para que enfrentes lo que está mal

y lo puedas cambiar.

Y era verdad, su pasado estaba aquí.

Capítulo 26

Alex vio como la puerta de la celda de la cárcel se cerraba dejándolo en el interior, le dolió la cara angustiada de Lena que no entendía nada.

Habían tratado de disuadir a su abuela para que no viniera, pero no aceptó, fue a la única que dejaron acercarse a la celda.

Alex sonrió interiormente, esa mujer no daba miedo, pero transmitía un respeto que hacía que lograra lo que se propusiera.

Sacó su guante para tocar su mejilla por entre los barrotes.

-No pierdas la fe, querido.

Él se dejó acariciar, aunque otros lo estaban viendo, su toque era muy parecido al de su madre. Quiso ser pequeño de vuelta y que otro se encargara del problema.

-Tuve suerte por mucho tiempo, abuela, es hora de que haga frente a esto. - dijo resignado.

-No eres tú el que tiene que hacerse cargo. Hoy tienes una vida, tienes un futuro- le dijo mirando a Lena- no voy a permitir que te lo arrebaten.

-No quiero que hagas nada, abuela, yo lo resuelvo.

Ella rio como si él hubiera dicho una estupidez.

-Alex- le dijo, como si le hablara a un nieto de diez años- deberías saber, a esta altura, que el cumplimiento de órdenes no es lo mío, ¿de quién crees que heredaste tu aversión a ellas? Y además...no estoy pidiendo tu opinión.

Ella le dio un beso entre los barrotes y se alejó.

-Abuela! – llamó Alex sabiendo que ella iría en busca de quien podía solucionar el tema.

-Shhhh, shhhh- chistó su abuela- ya ha terminado la conversación.

Emma salió tomando a Lena del brazo para sacarla de allí. No habían dejado ir a Kate, Ben estaba sobreprotector con ella, y la convenció.

Cuando salieron, la Señora Henderson se apresuró a hablar.

-Lena, tienes que ayudarme, necesito ir a Jacksonville, mañana mismo, sin que Ben se entere. Prometo contarte todo cuando vuelva, pero sólo así puedo auxiliar a Alex. ¿Me ayudarás?

- ¿Qué necesitas? - preguntó insegura.

-Ahora sólo cúbreme.

-Bien, iré a sacar el pasaje ahora mismo, me parece que Tom debe acompañarla. Dígale a Ben, si sale, que fui a comprar chocolates para los antojos de Kate.

Volvieron a Lumière en silencio, aunque Ben insistía en que se quedaran en su casa. Emma les dijo que almorzarían juntos, para asegurarse que tendría tiempo de irse.

Al mediodía siguiente, Ben descargó su furia en Lena.

- ¿Cómo no me dijiste nada, Lena? ¡Dejaste que se fuera sola!!!- gritaba Ben en el salón comedor de la mansión, mientras hacía sonar los platos con el golpe que le dio a la mesa.

-Primero- contestó Lena apretando los dientes – no fue sola, Tom la acompaña y confío plenamente en que la cuidará y la mantendrá a salvo- sentenció haciendo que Lucille que estaba con ellos asintiera. -Segundo, ella me pidió que no te dijera nada, confío en que sabe lo que hace, tú que la conoces mejor, deberías saberlo.

Él exhaló profundamente y pareció calmarse, sobre todo, cuando Kate tomó su puño cerrado y lo abrió para entrelazar sus dedos con los de él.

Ella vio el tormento en los ojos del hombre que amaba.

-Mi amor, estoy de acuerdo con Lena, si tu madre nos ha dejado al margen, es una batalla que quiere librar sola.

-Tú no conoces a ese hombre- informó Ben moviendo su cabeza rendido.

Kate y Lena se miraron, porque no entendían de quien hablaba.

La noche anterior, en la cama, le había preguntado a Ben por la historia, pero él le dijo que era Alex quién debía decidir si podía contarle o no, y él aún no le había preguntado.

-No puedo contarles de quién se trata todavía, debo hablar con Alex. Hoy a la mañana le llevé ropa y comida, me dejaron entregársela, pero no pude preguntarle nada. Sólo me dejaron verlo dos minutos.

- ¿Pero puedes decirnos cómo sigue esto?

- Habrá un juicio.

- ¿Y es verdad? ¿Asesinó a alguien?

Ben dudó en contestar.

-No, no lo hizo.

Lena suspiró profundo y se recostó sobre el respaldo de la silla como si alguien le hubiera sacado una opresión del pecho.

-Entonces saldrá sin problema- dijo más tranquila.

-No es tan fácil, pero no puedo decirte por qué- confirmó mirándola preocupado.

-Esperemos a que vuelva Emma y luego vemos como seguir- pidió Kate sin saber qué hacer para sacar la tristeza de las dos personas que más amaba en el mundo.

La Señora Henderson se encontró delante de esa casa que tanto odiaba. Creyó que nunca volvería allí. Era la casa donde su hija perdió la vida, en la que dejara contra su voluntad a su nieto, cuando era un niño, y la que albergaba a una de las personas que más detestaba en esta vida.

Tom la flanqueaba, impecablemente vestido, como si intuyera la maldad que allí habitaba.

Le hizo tocar la puerta, y en menos de un minuto, el mayordomo estaba en la entrada. Su cara de sorpresa duró un segundo y se compuso.

-Señora Henderson, bienvenida- saludó mirando al hombre que estaba detrás de ella.

-Jeffers, anúncieme con el Señor Coleman- pidió entrando a la casa- y antes que digas nada, él viene conmigo por esta puerta- señaló a Tom- y se quedará esperándome fuera de la sala en donde nos reunamos.

El mayordomo que conocía a la Señora Henderson, decidió no discutir. Él no tenía problema con el hombre, aunque fuera un esclavo, prefería que su señor decidiera, cuando le contara la situación.

Entró en el estudio, cuando luego de tocar la puerta, le dieran permiso.

-Señor, la Señora Henderson está aquí para verlo.

Él levantó la cabeza y maldijo en voz baja, pero no dijo nada.

-Está con un esclavo y me ha pedido que la espere afuera de donde se reúnan.

Coleman se levantó y se sirvió una copa, que tomó de un solo trago. Si Emma estaba ahí no era por nada bueno para...él.

-Hazla pasar y deja al esclavo donde ella quiere- ordenó, entendiendo que tendría cosas más

importantes que discutir que un esclavo en la casa.

Ella entró en el salón anunciada por el mayordomo.

Le recordó tanto a Lucinda, con ese aire elegante pero nunca presuntuoso y la mirada siempre alta, pero no soberbia, y por un momento, el corazón anheló a su esposa.

Pero sólo fue un momento, después volvió a su postura estudiada de siempre.

Él se acercó a tomarle la mano y saludarla, pero ella no lo dejó.

-No hacen falta las formalidades, esta no es una visita de cortesía. No te haré perder el tiempo y no me harás perder el mío- lo paró, sentándose en el sillón.

Él se quedó helado y luego reaccionó sentándose enfrente a ella.

-Así están las cosas entonces, Emma, tú dirás.

-Para ti soy la Señora Henderson, nunca te di permiso para llamarme por mi nombre de pila. Tu hijo está preso por un crimen que no cometió- lanzó directo.

-Mi hijo no está preso, está en el club de caballeros, almorzando- le retrucó haciéndose el que no sabía de qué le hablaba.

Emma se inclinó hacia adelante y le mandó una mirada penetrante que lo hizo removerse en el asiento.

-Nada de estupideces conmigo, Señor Coleman. Sabes muy bien de cuál de tus hijos estoy hablando. El inútil de tu otro hijo, que para lo único que sirve es para beber, meterse en problemas que no puede solucionar y dilapidar tu fortuna, tiene que hacerse cargo de una vez por todas de sus acciones.

Él se paró para servirse el segundo vaso de whisky.

-Hasta el día de hoy me resigné cuando murió mi hija- continuó mientras el vaso en la mano de Coleman tembló imperceptiblemente. - cuando no pude conseguir que mi nieto se quedara conmigo, y cuando lo hicieron asumir la culpa por algo que no hizo. Simplemente, porque pude mantenerlo a salvo. Se convirtió en un hombre formidable, hizo sólo su propia fortuna, hasta tiene una finca próspera en el Mississippi y su propio barco.

Albert la escuchaba en silencio, se había vuelto a sentar. Al menos uno de sus hijos había heredado su cabeza para los negocios, sólo le sorprendía que hubiera sido el hijo de Lucinda.

Ella lo había malcriado con su amor durante muchos años y él pensaba que lo había echado a perder, pero parecía que no. Su otro hijo, era tal como ella lo describía, una decepción, un borracho insoportable.

-Le digo lo siguiente- terminaba Emma levantándose- tiene tres días para aparecerse en su juicio y solucionar el problema. Lo trasladarán aquí – soltó la dirección en un papel sobre la mesa- lo van a enjuiciar y tenga por seguro que haré que mi nieto diga la verdad. Si Ud. no hace nada... voy a destruirlo, aunque muera en el intento, gastaré mi dinero en revisar cada cuenta, cada contacto, cada negocio, y estoy segura que algo encontraré. Entonces lo haré caer tan bajo, que nadie se le acercará jamás. Mi nieto no está sólo, tiene amigos con mucho más dinero que él.

Coleman se envaró levantándose ante la amenaza.

-Me parece...

-No gaste saliva- lo interrumpió- nada que salga de su boca me interesa escuchar, a menos que sea la declaración de la inocencia de mi nieto. Soy una persona que no hace promesas en vano, y siempre, siempre las cumplo.

Se retiró del salón dejando la puerta abierta.

Albert se quedó pensativo, a pesar de la cólera que sentía porque esa anciana lo hubiera amenazado, sus palabras le daban vueltas en el cerebro. Su otro hijo era prospero, trabajador, exitoso. Tal vez podía ganar algo.

Sonrió viendo por primera vez una salida, algo con lo que negociar. Tomó el papel que ella arrojó sobre la mesa y pensó que era hora de hacer una visita a su otro hijo, después de todo.

Tres días después Emma y Tom estaban de regreso. A ella no le sorprendió encontrar a Kate y a su hijo, que la estaban esperando.

-Madre- dijo Ben con alivio y la abrazó fuerte como si hubiera temido que algo le fuera a pasar en su viaje.

-Estoy bien, querido- lo tranquilizó palmeando la mejilla.

Se sentó exhausta en el sillón, sabiendo que tendría que contarles todo.

-Lena, ¿podrías pedir un poco de té y galletas? Creo que necesito algo dulce para el relato.

Ella se apresuró a pedir el servicio y volver a sentarse mirándola expectante.

Fue Ben el que rompió el silencio.

- ¿Adónde fuiste?

-A verlo a él- contestó mirando directamente a sus ojos.

-Estuviste sola con ese hombre!!- gritó Ben que se había levantado del asiento.

-Tú, como estás, claramente no lo podrías haber manejado. Tienes un hijo en camino, una familia, no quería que te arriesgaras, quien sabe de qué es capaz.

-Ya tenía una familia, madre, sólo la agrandé, Alex y tú son mi familia también y es mi deber cuidar de Uds.

-Lo siento, tienes razón, pero esta era una batalla que yo debía librar y sabía que dijera lo que le dijera no iba a hacerme daño. Era más seguro así.

- ¿Qué le dijiste?

-Lo amenacé con destruirlo.

Ben se quedó estupefacto, nunca hubiera pensado que su madre se animara a hacer algo así.

Kate y Lena sólo escuchaban tratando de comprender algo de lo que hablaban, pero sin atreverse a interrumpir la charla de madre e hijo. Ya habría tiempo más tarde para preguntas.

-No me mires así, no había tiempo para protocolo, le dije que me encargaría de que Alex dijera la verdad y que, si él no se presentaba a corroborarla, lo destruiría. Que además de tener mi fortuna y la tuya, Alex tenía la propia y amigos como Lena con el dinero suficiente para ayudar a hacerlo, si era necesario.

-Cuente conmigo- afirmó Lena sin saber muy bien para qué.

- ¿Y crees que funcione? - preguntó volviéndose a sentar con los antebrazos apoyados en sus muslos

-No lo sé, pero primero debemos convencer a Alex que diga la verdad.

Ben asintió cansado. Había logrado que su sobrino construyera un futuro, lo alejó de esa casa infernal y ahora todo parecía derrumbarse. No pudo salvar a su hermana, pero sí iba a lograrlo con Alex.

-La persona perfecta para convencerlo es Lena, creo que ella va a darle algo más por qué luchar...- dijo Ben poniendo su atención en ella.

Lena se sobresaltó con sus palabras, su corazón bombeaba por lo que sentía, algo que ella había tratado de acallar.

-Pero para eso debemos contarle toda la historia- replicó Emma

-Es la historia de Alex, madre, no sé si él quiera...

-Me importa muy poco en este momento lo que ese muchacho quiera, sólo así, ella podrá saber con qué lidia. ¿Lo haces tú o lo hago yo?

-Yo lo hago...

Ben empezó su relato desde el casamiento de su hermana Lucinda, siguiendo por su muerte, las cosas que tuvo que soportar Alex, todo el incidente donde le exigieron que se declarara culpable y huyera para salvar a su hermano.

Lena se dio cuenta que apretaba las manos, y las uñas que se le clavaban en la palma, le hacían doler.

Nunca imaginó una historia así. Vio a Alex de niño, tratando de complacer a su padre, de tapar a su hermano, de intentar ser amado. Y recordó su dolor cuando su madre murió y su padre ni siquiera se daba cuenta que ella existía. No imaginaba la frustración de Alex de nunca poder estar a la altura de lo que se esperaba de él.

Miró a Kate que estaba atenta a Ben y se dio cuenta que ella era quién la salvó de caer en ese pozo profundo de tristeza, ella siempre fue su lugar seguro al que podía recurrir, el que no fallaba. Así como Emma y Ben salvaron a Alex. Sabía que no lloraría, aunque quería hacerlo, no era el momento todavía.

Cuando Ben terminó toda la historia, Kate se levantó a abrazarlo y él agradeció el gesto, que necesitaba, pero no se animaba a pedir.

-Yo me aseguraré que Alex diga la verdad- aseguró Lena- vamos a dar pelea. Le pediré al Señor Wright que me recomiende al mejor abogado que haya en Nueva Orleans.

-Sé que lo lograrás, pequeña- la animó Ben con una sonrisa.

-Me alegro que estés tan seguro de mis capacidades- dijo tratando de imprimirle ánimo a su voz.

-No es de tu capacidad de lo que estoy seguro... es del amor que sientes por él.

Lena sintió en su pecho el impacto, fuerte y duro, de la verdad dicha en voz alta.

Sí, lo amaba, lo amaba mucho y no dejaría que le arrebataran ahora esa felicidad.

Ella y Ben partieron por la tarde al pueblo.

Lena repasaba en su cabeza las palabras que le diría a Alex. Se daba cuenta que todo su discurso estaba basado en la lógica y la razón, no incluía sentimientos, no se sentía aún preparada para hacerlo.

Ben convenció finalmente al comisario que dejara a solas a Alex y a Lena, por un rato.

Cuando entró, lo vio en esa celda horrible, sentado en un catre maltrecho.

Sus ojos miel parecieron iluminarse cuando la vieron, pero luego pasaron al enojo.

- ¿Qué haces aquí Lena?, este no es un sitio para ti.

-Bueno-replicó ella acercándose – tampoco lo es para ti, pero hay cosas que no elegimos, porque nos vemos empujados por la necesidad, y yo necesitaba verte.

Se colocó sobre los barrotes, esperando que se acercara y luego de emitir un gruñido que casi la hace reír, se acercó.

Lo tomó de la camisa para acercarlo aún más y lo besó, como pudo, en la boca, por entre los barrotes. Él le devolvió el beso suspirando como si ella le insuflara paz.

Luego sus ojos verdes lo escrutaron.

- ¿Cómo estás?

-Cansado.

-Entonces debes recuperar fuerzas- dijo pasando comida y bebida de una cesta que llevaba encima- porque vamos a dar pelea.

Él se la quedó mirando.

-No te quiero metida en esto. - dijo enfadado.

-Ya es tarde, lo sé todo y voy a meterme. - le contestó decidida.

-Maldición!! Ellos no tenían derecho, es mi historia, mi problema. -protestó.

-Ellos, como tú dices, te aman, son tu familia, ¿acaso pensaste que Emma o Ben no lucharían a tu lado? Debes decir la verdad Alex, ya basta de huir, basta de encubrir a personas que no lo merecen. Ya les regalaste muchos años de impunidad, ahora es tu turno de ser libre. -intentó convencerlo.

-Nadie van a creerme, todo está en mi contra. Hui ese día.

-Tienes una oportunidad, será tu palabra contra la de ellos y la de Ben también. Has forjado una buena vida, será mostrarte a ti frente a tu hermano, que, si es la mitad de lo que tu abuela me contó, estará más complicado.

-No quiero poner a mi familia en peligro, no quiero sentirme culpable si algo les pasa por mí. Tú no conoces a mi padre. - dijo con duda.

-Deja que ellos decidan qué quieren hacer, ¿crees que pueden quedarse tranquilos viendo cómo te hundes?, ¿qué harías tú en su lugar?

-La decisión es mía, Lena, no de ellos- dijo hastiado de la discusión.

Lo estaba perdiendo, no podía convencerlo, lo encerrarían.

-Hazlo por mí, por favor- suplicó desesperada.

-Lena, no me hagas esto- pidió agotado.

Lo acercó a ella lo más que pudo y lo miró directamente a los ojos.

-Te amo, Alex- le abrió su corazón, mientras veía como el abría sus ojos sorprendido y admirado- Sé que te dije que no te pediría nada, pero si soy importante para ti, quiero que sepas lo que siento. Estoy dispuesta a luchar a tu lado. Que hagamos esto juntos. Que tengas la vida que te mereces. Y si allí me quieres, yo estaré en ella.

El nudo en la garganta de Alex no lo dejaba respirar, la habitación no tenía suficiente aire. No se había dado cuenta, hasta ese momento, cuánto deseaba que ella lo amara. Quería decirle que sentía lo mismo, que la amaba, que siempre querría más de ella, lo quería todo, pero no pudo. Las palabras no salieron. Pero la pegó contra las rejas con sus brazos y la besó. No le importaban los obstáculos, la instó a abrir su boca, quería tocar su lengua, saborearla y decirle sin palabras lo que sentía y ella lo entendió, respondiendo con fuerza a su pasión.

Terminaron el beso agitados, los labios hinchados de Lena lo instaban a seguir, pero sintió el llamado del comisario que decía que la visita se había terminado.

- ¿Alex? - inquirió ella sin hacer toda la pregunta.

-Lucharemos- le dijo seguro, lo que le valió la sonrisa de la mujer que amaba y un último beso.

Lena salió con una sonrisa en la cara y Ben la abrazó entendiendo lo que significaba.

Alex no le había dicho que la amaba, pero sabía que era así, era cuestión de tiempo, lo haría cuando estuviera preparado.

-Vamos a dar pelea- sentenció Ben, alegre.

-Ellos no se imaginan cuánta, será mejor que estén preparados- afirmó Lena y se rio junto con Ben.

Capítulo 27

Dos días después trasladaban a Alex a Jacksonville, para ser enjuiciado allí.

Todos lo siguieron en caravana para acompañarlo en todo momento, incluso Kate se negó a quedarse en Arlington.

Lena le encargó a Tom la finca y estableció con el barco de Alex un sistema de comunicación por si pasaba algo.

Temía que Stein hiciera alguna fechoría en su ausencia y la de los Henderson.

Pero sus empleados y los esclavos de Ben y Alex estaban bien entrenados y confiaban que lo podrían resolver.

Se alojaron todos en el mismo hotel.

El Señor Wright les había recomendado un abogado muy prestigioso, que nada más hablar con él, les había infundido confianza. No era sumamente optimista, pero les dio la pauta de que tenían una posición desde la cual luchar. Iba a ser la palabra de uno contra la de otro. Tenían que encontrar la forma de desprestigiar al hermano de Alex, sacar la suciedad a la luz, incluso tocar a su propio padre si era necesario, y demostrar que se había visto coaccionado a hacerse cargo del homicidio.

Ben se encargó de contactar a conocidos que tenía en los bajos fondos de la ciudad. Su vida como comerciante lo había llevado a conocer personas de distintas clases que le debían favores, si alguien podía averiguar algo, eran ellos.

No los dejaban ver a Alex desde que llegaron allí, sólo su abogado podía ir y venir libremente.

El primer día del juicio, se leyeron las acusaciones, se relataron las circunstancias que lo daban como culpable y se establecieron quiénes serían los testigos llamados por cada parte.

Alex estaba perfectamente arreglado. Aunque su atuendo era siempre informal, esta vez el abogado le dijo que debía impresionar al juez y a la gente.

Había un juicio que se iba a desarrollar en los periódicos y él debía salir ganador allí, para que la balanza se inclinara un poco a su favor.

Llegado el momento, le pidieron levantarse de su silla.

-Bien, Señor Coleman, ¿cómo se declara? - preguntó el juez, que dijo que tomaría en cuenta su anterior apellido, y no el de Henderson, que había adoptado.

-Inocente – dijo Alex para sorpresa del fiscal y del mismo juez.

Ambos siempre escucharon la historia de cómo el hijo de Coleman había huido luego de matar a Drummond. Nunca pensaron que se declararía inocente, pero, bueno, parece que esto iba a durar más de lo previsto.

-Permítame recordarle- siguió el juez- que sería mejor que se declarara culpable, Señor Coleman, ya es sabida la historia aquí.

Antes que el abogado pudiera replicar, Alex se le adelantó.

-No, Uds. conocen una versión de la historia que no es verdadera. Yo sé lo que pasó, porque estuve ahí y mi hermano también, así que los dos contaremos nuestra versión, y Ud. decidirá a quién le cree.

Un murmullo se levantó en la sala, sin decirlo directamente, él estaba implicando a su hermano en el crimen y los periódicos seguramente lo levantarían.

La duda estaba sembrada.

El día ulterior se presentaron las posturas de ambas partes por la mañana. Los relatos de los hechos acaecidos claramente se contradecían entre las partes.

Por la tarde estaban citados los testigos principales, el hermano de Alex, su padre, Ben y el mismo Alex. Dos contra dos. Todo dependía de quien resultara más creíble.

Los periódicos se inclinaban levemente hacia Alex, el hijo pródigo, pero también estaban los leales a su padre que hablaban de envidia y celos del menor de los hermanos por no ser el heredero. Hasta insinuaron su relación con el contrabando en sus tiempos como comerciante.

Hicieron un receso para la tarde, pero al salir del recinto, a Alex no lo llevaron a su celda, sino que lo trasladaron a una oficina y lo dejaron encerrado en ella.

Estaba de espaldas a la puerta cuando esta se abrió, pero sintió cómo se le erizaban todos los pelos del cuerpo.

Muy lentamente se dio vuelta para encontrarse con su padre, cara a cara.

Los años habían hecho estragos en él, le faltaba pelo. El que tenía estaba veteado de blanco y una panza incipiente se asomaba en ese cuerpo que una vez fue atlético.

Sin embargo, nunca perdía ese aire de superioridad y aristocracia que lo caracterizaba.

-Alexander- saludó enviando frío a cada hueso del cuerpo de Alex.

Recordaba esa voz ordenándole, retándolo, humillándolo. Jamás de su boca vino una palabra de cariño o de halago. Se obligó a mirarlo a los ojos, ya no era ese niño queriendo agradarlo, ahora él elegía si le hacía daño o no.

-Señor- respondió, esperando que él le dijera qué diablos hacía allí.

-Has crecido bien, muchacho – señaló, tomando asiento en una silla e invitándolo a hacer lo mismo.

-Así estoy bien- le contestó a su gesto- ¿a qué has venido? – preguntó, ya impaciente queriendo que terminara cuanto antes lo que tenía que decir y lo dejara en paz.

- ¿Sabes que tu abuela vino a verme? - le soltó, viendo la cara de sorpresa que, por un instante, Alex no pudo ocultar.

-Sí, hasta me amenazó- le dijo, y Alex no pudo evitar una sonrisa al pensar en su abuela, como una amazona, luchando sola contra ese engreído.

-Pues entonces deberías estar asustado, porque nunca lo hace en vano y te hará ajustar cuentas como sea. Ahora dime lo que quieres y déjame tranquilo de una vez. - le ordenó fastidiado.

Una carcajada ronca salió de su padre. Era la primera vez que lo escuchaba reír así.

-Te ha educado como todo un hombre ese tío tuyo. Tú nunca me hubieras contestado así-señaló con cierta admiración en la voz- Has cambiado.

-No soy el muchacho que inculpaste, ahora tengo mi propia fortuna, mi propia vida y no tengo que ir pagando las culpas ajenas como tú y mi hermano me obligaban a hacer. En otro momento, pensaba que eso valía la pena, que eran mi familia- la rabia se le reflejaba en la voz- Pero no lo eran. Descubrí lo que era pertenecer a una familia cuando me fui de tu casa. Uds. no me querían allí, sólo me manipulaban para lo que les salía mal. Pero ya me cansé, así que ve y dile al idiota de mi hermano que por una vez en la vida se haga cargo de sus estupideces.

Alex pensó que era un sueño cuando vio el orgullo y la fascinación reflejadas en la cara de su padre, que se había quedado mudo, escuchándolo.

Y aplaudió, su padre lo aplaudió, pero no con sorna sino con un aplauso cerrado que

celebraba su discurso.

-Ése es el hijo que he querido tener siempre, alguien con sangre en las venas y emprendedor. Alguien parecido a mí.

-Yo no soy nada parecido a ti- lo encaró.

-Claro que lo eres, de dónde crees que sacas el don para los negocios, el brío para plantarte, esa lucha. ¿De tu madre? No, de mí, mis genes se han despertado en ti y no podría ser en mejor momento. No estaba seguro de ofrecerte este trato, aún después que los informes sobre tus negocios eran excelentes, pero esta charla contigo, me ha decidido.

- ¿Qué trató? - preguntó desorientado.

-Declararé en tu favor- le tiró, dejando que las palabras flotaran por un momento en el aire para que las asimilara.

-Pero con una condición... quiero que tu vuelvas a Jacksonville, que te empieces a meter en el negocio de la familia. Tu capacidad seguramente lo hará crecer más, como siempre quise que hiciera tu hermano. Serás mi heredero, dejaré a Andrew sólo con una renta vitalicia. Ha resultado ser un borracho dilapidador que no sabe ni siquiera dirigir a una persona. Tú, por otro lado, te has convertido en mi digno heredero, alguien que le dará gloria al apellido...

Alex miraba a su padre incrédulo y horrorizado. Por más que lo odiara, él iba a entregar a su hermano como lo había entregado a él hacía años, sólo porque ahora ya no le era útil.

-No espero que fraternicemos- prosiguió- con una cena de vez en cuando y encuentros en lugares públicos, para acallar habladurías, estará bien.

Ahora fue el turno de Alex de lanzar una carcajada. La ira que sentía al escucharlo se transformó en risa y vio como la cólera se asomaba en su padre.

- ¿De qué te ríes? - preguntó furioso, su cara en un rojo encendido.

-De ti, claramente – le contestó fulminándolo con la mirada y enfadándolo aún más. ¿Crees que me importa tu fortuna? No la necesito, tengo la mía propia, una que mi tío me ayudó a construir, de él aprendí lo que sé y nunca me pidió nada a cambio. ¿Crees que me importa tu apellido? Si hubieras investigado bien, sabrías que ya no llevo el apellido Coleman, mi nombre es Alexander Henderson, llevaré el apellido de mi madre hasta que muera. No quiero nada de ti, nada. Elegiste entre tus dos hijos desde el día que nací, tu elección fue definitiva, no puedes cambiar la apuesta porque no te ha gustado el resultado. No hay trato.

Albert parecía a punto de estallar, se acercó a él tomándolo de la solapa del saco, pero Alex se lo sacudió de un empujón.

-No me toques- le advirtió entre dientes.

-Muchacho estúpido, ¿no ves que te ofrezco la salvación, devolvarte tu vida? Eres igual que tu madre, le di todo, la llené de lujos, pero no era suficiente. Ella sólo hablaba de amor, de cariño, de compañerismo, todas cursilerías. ¡Quería dejarme, dejarme a mí!!- bramaba como un loco – quería alejarte de mí, llevarte a vivir con su madre y su hermano, darte una verdadera familia, me dijo. ¡Pero no iba a dejar que lo hiciera, nadie abandona a Albert Coleman!!

Alex se dio cuenta que estaba absolutamente paralizado.

- ¿Qué le hiciste a mi madre? - preguntó en un gruñido bajo como el de un animal a punto de atacar.

-Ella se lo hizo, había armado las maletas, estaba yendo a despertarte para llevarte con ella, cuando la encontré. Me dijo que no iba a seguir así, que no dejaría que te tratara como te trataba,

que se iría. Que no quería que yo quebrara su espíritu o el tuyo. Que me quedara con su dote pero que su hijo se iría con ella- contó y lanzó una risa amarga. - ¡Como si una mujer pudiera decidir por sí sola! Discutimos en el borde de la escalera, yo quería que fuera a la habitación y ella me arañaba, y cuando la abofeteé, perdió el equilibrio y cayó por las escaleras. Fue un accidente, pero, aunque murió, no me abandonó- terminó con un dejo de locura en sus ojos perdidos.

Alex sintió la explosión en su cabeza antes que una nube roja pasara frente a sus ojos y se lanzara contra su padre.

El primer impacto lo recibió de lleno en la cara y lo tiró hacia atrás derrumbando la silla.

- ¡La mataste! - gritó mientras lo golpeaba en el suelo- mataste a mi madre, maldito infeliz!!

Alcanzó a dar dos golpes más, la cara de su padre ya sangraba por los cortes, no atinaba a defenderse. Y entonces dos policías entraron a separarlos. Necesitaron llamar a un tercero porque no podían contener a Alex que pugnaba por zafarse.

- ¡Te odio!! ¡Te odio!!- seguía gritando fuera de sí, pensando en su madre- ¡Eres una basura, un asesino!!

Su padre se limpió el rostro con el pañuelo y lo miró con desprecio. Los policías le preguntaban si estaba bien, si necesitaba algo, incluso si quería presentar cargos.

-No- respondió- no es necesario, él ha cavado su propia fosa.

- ¡No quiero volver a verte en mi vida, me avergüenza ser tu hijo! - le dijo tirando de los brazos que lo sujetaban.

Su padre se paró de camino a la salida y se dio la vuelta, con una sonrisa sardónica.

-Puedes decir lo que quieras, pero mi sangre corre por tus venas. Lo que yo soy está en ti también, reconozco mi ambición allí, mis ganas de más, quién te dice que no salga a relucir mi esencia algún día con tu familia, y entonces vendrás a buscarme y será demasiado tarde.

Cerró la puerta tras él mientras Alex trataba de asimilar lo que él acababa de decirle.

Su madre, su hermosa madre, había tratado de salvarlo de ese monstruo, y pagó con su vida.

Él decía que fue un accidente, pero la había abofeteado, imaginaba el miedo que ella debía tener de enfrentarse a él, y sin embargo lo hizo. Pensó en que nunca podría contarle esa historia a su abuela, la destruiría. Y a Ben, ¿sería justo?

Su padre tenía razón, su sangre enferma corría por sus venas, tal vez sólo fuera la ambición lo que se hubiera manifestado hasta ahora, pero, ¿si estaba ahí, latente la brutalidad y el desamor esperando el momento para salir?

No pudo evitar que la imagen de su madre al pie de la escalera viniera a su mente. No recordaba haber escuchado nada esa noche hasta los gritos de su padre. Había salido corriendo por el pasillo y la había visto allí, sin vida.

De pronto, el cuerpo no era el de su madre, la mujer era morena, era Lena quien estaba allí, y un escalofrío lo recorrió.

¿Y si lo que decía su padre pasara? ¿Si él se convirtiera en ese mismo hombre y un día lastimara a Lena o a sus hijos?

El derrotero de sus pensamientos se vio interrumpido cuando su tío entró en el cuarto flanqueado por su abogado y el comisario.

- ¿Estás bien? – preguntó acercándose a él que seguía sujetado.

-No- dijo roncamente, por haber gritado tanto.

El abogado discutía con el alguacil.

-Esto es una violación total a todo protocolo, Uds. no pueden desviar a mi defendido para que se encuentre con uno de los testigos en un cuarto, sin aviso o autorización, aunque sea su padre.

-Lo siento- se disculpó el comisario- no sé cómo pudo haber pasado, pero llegaré al fondo del asunto.

-No me importa- replicó el abogado- informaré al juez de este desvío.

-No- volvió a decir Alex, pero esta vez dirigido a su abogado- no vale la pena.

-Pero Señor Coleman...

-Confíe en mí, es mejor así. Prepárese simplemente para dar pelea.

Ben miraba el sufrimiento en la cara de su sobrino. Creyó que no volvería a ver esa expresión en su rostro, después que lo separara de ese hombre. Y allí estaba otra vez. Se prometió protegerlo y falló.

-Alex -atinó a articular antes de que se lo llevaran.

Él se frenó y se dio vuelta con una mirada desesperada.

-Él es peor de lo que pensábamos, mucho peor- dijo, y se lo llevaron.

Ben se dijo que debía mantenerse frío, que no podía hacer que las emociones lo embargaran. Le ganarían a ese maldito sea como sea.

Si Coleman le jugaba sucio, él también podía hacerlo. Su madre había tenido razón en amenazarlo, cumpliría la promesa que ella había hecho, lo destruiría.

Iría a ver a sus peores contactos, algo debía haber que pudiera inclinar el juego a su favor. Y así salió, sin decir nada, dejando al abogado sólo en la oficina.

Por la tarde se escucharon los testimonios de los todos los testigos, incluido Alex.

Cuando vio aparecer a su hermano, supo que lo habían preparado, aunque el baño y las finas ropas, no podían ocultar los estragos que el alcohol y la vida licenciosa hicieran en su cara y su cuerpo. Sus ojos estaban rojos y su cuerpo muy flaco. Sus miradas se cruzaron, lo vio melancólico y sintió pena por él. A pesar de todo, él se había quedado viviendo con ese monstruo y, sin Alex allí para asumir las culpas, toda la furia, seguramente, recayó en él.

El juez parecía un hombre justo, por suerte no le había tocado alguien favorable a su padre, incluso ubicó al fiscal varias veces cuando trató de introducir como certezas cosas que no eran tales.

El testimonio más flojo fue el de su hermano, pero, aun así, siguió el guion especificado.

Los periódicos estaban a sus anchas, sin arriesgarse a los resultados, publicaban caricaturas de él y de su padre. Jugaban con la posibilidad que el gran Albert Coleman hubiera mentido a la justicia sacrificando un hijo por otro. Alex sabía que la reputación de su padre quedaría destruida si él ganaba. No su vida, su reputación, porque era lo único que a él le importaba.

Cuando todo terminó, el juez indicó que daría su veredicto al día siguiente.

Lo sacaron de la sala y su mirada se cruzó con la de Lena, tenía signos de no estar durmiendo bien, se la veía preocupada, pero le sonrió y en silencio articuló un "te amo".

Él no le contestó.

Era irónico, si lo dejaban en la cárcel todo sería más fácil con ella, no tendría que elegir entre quedarse e irse. Pero si recuperaba su libertad, debía pensar cómo seguiría su vida; las revelaciones de su padre hicieron que se despertaran en él miedos que antes no existían. No

podría vivir si le hiciera daño a ella.

Era loco pensar que cualquiera fuera el resultado, su padre ganaría, lo dejaría sin lo más importante de su vida.

Eran las tres de la madrugada, además de que iba a tener una reprimenda fenomenal de su esposa, ansiaba mucho más estar en la cama caliente con ella, haciéndole el amor, que allí. Era bello ver como el cuerpo de Kate estaba cambiando por el embarazo, sus pechos estaban más grandes y sensibles, y sus caderas se habían redondeado. Él iba despacio cuando se amaban y le fascinaba descubrir esos cambios. Ella reía frente a su sorpresa. A veces apoyaba su cabeza en la incipiente barriga y se quedaba allí dormido, sobre el lugar seguro donde dormía su hijo o hija.

Un ruido lo trajo de vuelta al lugar en donde estaba. La puerta de una taberna de mala muerte en el peor barrio de Jacksonville.

No iba vestido con buenas ropas, había comprado por la tarde ropas más humildes para no desentonar. Le parecía volver el tiempo quince años atrás, cuando sus andanzas eran peligrosas y arriesgadas. Quien hubiera dicho que ahora sería esposo y padre.

-Ben oyó que lo llamaba Anton desde la puerta de la taberna, un viejo lobo de mar que le debía muchos favores, lo que no le había impedido pedirle dinero igual.

- ¡Maldito seas, viejo! ¿Intentas que me maten o que me muera del frío? - preguntó acercándose a la puerta.

-Nunca arriesgo a mi fuente de ingresos- le contestó el viejo riendo- estás más seguro afuera que adentro, con esa cara bonita, cualquiera puede descubrir que no eres uno de nosotros. Bájate el sombrero y sígueme.

Entraron en el local que olía a mugre y alcohol, las mesas sucias rebozaban de personas que bebían.

Bajó la cabeza mirando el suelo y siguiendo las botas de su amigo para no llamar la atención. Él rodeó una esquina y entraron en un pequeño salón, apenas iluminado.

Había una mesa y pudo distinguir entre las sombras un hombre sentado en ella, pero no veía su cara.

-Siéntate, Ben, tengo algo para ti.

-Anton, no tenemos mucho tiempo, mañana es la sentencia y necesito algo concreto.

-Sí, sí, tranquilo- dijo palmeándole la espalda- ¿cuándo te he fallado?

Ben suspiró. Anton tenía razón, nunca le fallaba, por eso recurría a él.

-Verás, aquí tenemos a mi amigo George que quiere hablar.

- ¿Por qué ahora?

-Porque quien me pagaba ha decidido que ya no quiere hacerlo- dijo una voz gruesa y profunda desde las sombras- teníamos un trato y él lo rompió. Ahora yo rompo el mío.

-Si lo que tiene que decirme, me interesa, sólo le pagaré esta vez y nada más- aclaró Ben- ¿está de acuerdo?

-Sí, yo respeto los tratos, no me gusta cuando me traicionan. Y quiero la garantía que no iré a la cárcel por hablar.

-Eso último lo veremos, cuando vea qué puede tener Ud. que a mí me interese.

-Un testigo, alguien que estuvo presente y fue parte de la pelea esa noche- dijo saliendo a la

luz, y revelando un parche negro y una cicatriz en un lado de la cara.

Ben exhaló audiblemente y lanzó una carcajada, porque reconoció al hombre.

-Bueno, parece que Dios está de nuestro lado. Les invito una ronda- dijo, sintiendo que por una vez se haría justicia.

- ¿Dónde está Ben? - preguntó Lena a Kate, nerviosa, no había podido dormir la noche anterior y sentía revuelto el estómago.

-Reunido con el abogado- dijo con tono de enfado.

- ¿Qué pasa? - inquirió asombrada por el tono.

-Anoche llegó a las cuatro de la mañana, oliendo a alcohol y deseando hacerme el amor, sin querer contarme dónde había estado. Y esta mañana salió antes que me despertara y me dejó una nota. ¿Puedes creerlo?

Lena frunció el ceño asombrada. Ben siempre compartía las cosas con Kate, debía ser algo importante.

Lo vio entrar en el recinto con el abogado, que se dirigió hacia el juez, que no se había sentado aún en el estrado. Vio como este llamaba al fiscal.

Ben se sentó al lado de ellas, besando en la boca como saludo a su esposa, que lo miraba con cara de enojo.

-Hola, mi amor ¿Cómo han dormido los dos? - preguntó colocando su mano en la barriga de Kate, como si nada pasara y con un tono risueño que enervaba.

-Benjamin Henderson - dijo Kate enfadada- ni pienses que te vas a quedar sin decirme que demonios pasa aquí.

Él la miró sonriente y la volvió a besar sin importarle que lo vieran, hasta que ella jadeó.

-Sólo falta un momento para que se enteren. Recen para que todo salga bien- les dijo y se reclinó en la silla dejando a las dos mujeres con miles de preguntas.

Emma no preguntaba nada, porque, aunque no sabía qué era lo que había conseguido Ben, conocía lo suficiente a su hijo como para saber, por su expresión, que era muy bueno.

Veían que el juez y los dos abogados discutían y que luego el fiscal pareció resignado y asintió con la cabeza.

El abogado de Alex se dio la vuelta y le hizo una seña a Ben que lo hizo esbozar una amplia sonrisa.

Recién en ese momento hicieron entrar a Alex.

El fiscal hablaba con su hermano y su padre; éste último parecía enfadado y su hermano estaba...asustado, había pánico en su cara.

-Orden- dijo el juez haciendo que todos se callaran- En vistas de la aparición de un nuevo testigo, que ha conseguido la defensa a último momento, he decidido esperar a dar mi sentencia para escucharlo. Háganlo pasar.

Lena y Kate miraban a Ben que permanecía impasible.

Vieron como un hombre grande, mal vestido, con un parche en el ojo y una cicatriz, entraba en la sala.

Alex miraba al hombre tratando de recordar si lo había visto alguna vez. De repente una cara volvió a su memoria ... y no lo podía creer.

El terror se reflejaba en la cara de su hermano, pero su padre parecía no saber nada del tema

porque estaba expectante. Un secreto más en la familia.

El hombre se sentó, dijo su nombre y comenzaron las preguntas.

-Señor ¿qué sabe Ud. de la noche en que ocurrió el incidente? – preguntó el abogado de Alex.

-Todo.

- ¿Podría especificar?

-Estaba ahí esa noche.

El murmullo se alzó en la sala, mientras los periodistas anotaban en sus libretas.

- ¿Cómo exactamente?

- Yo era parte de los hombres del Señor Drummond. El Señor Coleman había ganado plata en un juego haciendo trampa y quería darle un escarmiento, una golpiza nada más, para que supiera con quien se metía.

-Por favor, señale a cuál de los Señores Coleman se refiere Ud.

El hombre señaló al hermano de Alex.

-Prosiga- pidió el juez.

-En el club estaban él y su hermano. Drummond nos pidió que lo esperáramos en el callejón de la vuelta para darle una paliza. Cuando ambos salieron y nos vieron, el pequeño se preparó para la pelea, pero él- dijo señalando a Andrew- sacó un arma y comenzó a disparar sin control. No estábamos armados, los mató a todos y a mí me dio por muerto, pero la bala me dio en el ojo. Fue él quien disparó, no su hermano. - declaró con suma tranquilidad.

No se escuchaba un solo ruido en la sala.

-No más preguntas para mí- dijo el abogado de Alex.

El fiscal estaba desconcertado, este testigo cambiaba todo. Miró al Señor Coleman que estaba inmutable.

Se levantó a preguntar.

-Si Ud. sabía lo que había pasado ¿por qué se presenta después de tanto tiempo?

-Porque ya no recibo mi dinero.

- ¿Disculpe?

-El dinero para que mantenga la boca cerrada. Verá, después que me recuperé de la herida, supe que culparon al muchacho por las muertes y que el que disparó seguía por ahí disfrutando en los clubes. Así que decidí hacerle una visita a su padre, pero fue el hijo el que me recibió. Con él hice el trato, pero hace dos meses, decidió que ya no quería pagar, así que yo no mantengo mi promesa tampoco.

Alex miró a su hermano, parecía que iba a vomitar y su rostro se había vuelto macilento. Su padre lo miraba con furia y le apretaba el brazo de una forma que parecía ser dolorosa.

- ¿Cómo podemos saber si lo que dice es verdad, tenemos sólo su palabra y las heridas?

-Puedo traer testigos que han escuchado las charlas que tenía con el muchacho cuando traía la plata, siempre fueron mi seguro. - dijo sonriendo, y mostrando su dentadura amarillenta.

El silencio se rompió y el bullicio estalló en la sala con reporteros que gritaban y personas que murmuraban.

La Señora Henderson lloraba y era abrazada por Lena, mientras Kate lo hacía en los brazos de Ben que sonreía a su sobrino, quien sacudía el cabeza incrédulo ante lo que escuchaba.

El juez llamó nuevamente al orden y, al confirmar el fiscal que no tenía más preguntas, informó que se retiraría a deliberar.

Cuando levantaron a Alex para llevarlo nuevamente a la celda, el clavó la mirada en los ojos de su padre y por primera vez en su vida, Albert Coleman bajó sus ojos primero.

Dos horas después el juez regresó con el veredicto.

-Señor Alexander Coleman, póngase de pie, por favor. - pidió el juez mientras Alex obedecía- Este juicio ha sido de lo más interesante, pensé al principio que sería un simple trámite y me terminé encontrando con una historia digna de un libro. No puedo ni pensar lo que ha sido para Ud. ser un fugitivo todo este tiempo, mirando siempre a sus espaldas y que su propia familia lo obligara a pagar por algo que no cometió. No puedo compensarlo por ello, pero sí decirle que lo declaró inocente y que dispongo el arresto del Señor Andrew Coleman por el cargo de homicidio.

La gente aplaudió en el recinto, que casi se vacía al salir los periodistas a redactar la nota de la semana.

La Señora Henderson pasó hacia el otro lado del estrado para abrazar a su nieto.

-Sabía que tu madre te cuidaría desde el cielo- dijo tomando su rostro entre sus manos- ella ha guiado a tu tío.

Alex abrazó a su abuela, pensando en el destino que había tenido su madre. Alzó la cabeza y vio que su padre venía con descaro hacia ellos.

Ben se envaró preparándose para detenerlo, pero Alex negó con la cabeza.

Deslizó a su abuela hacia un costado, sin dejar de rodearla con un brazo.

- ¡Felicitaciones, estarán contentos que al fin me han arruinado con esto! - dijo sarcástico mirando a la Señora Henderson

-No eres tan importante en nuestra vida para urdir un plan contra ti, esto fue sólo para arreglar el entuerto que hiciste hace años para salvar a tu hijo- respondió Alex sin dejar que su abuela contestara.

-Tú también eres mi hijo y heredarás todo algún día, tu hermano estará en la cárcel.

-Claro, tu conseguirás que no te encierren, pero no quiero ni un solo centavo de tu fortuna, si la recibo, pienso regalarla. Todo lo tuyo está manchado y huele a podrido. - le dijo, con el desprecio que se traslucía en su voz.

- ¡No puedes hablarme así, soy tu padre! - le recriminó con los dientes apretados.

-Yo no tengo padre, sólo soy hijo de mi madre- contestó con la voz entrecortada.

Nadie se animaba a interrumpir la conversación entre ellos, se limitaban a ser testigos silenciosos.

El Señor Coleman. siguió mirando a Alex y luego, ofuscado, se colocó el sombrero que llevaba en la mano y salió del recinto.

El abogado que se mantuvo a distancia durante el intercambio, puso fin a la escena anunciando a Alex que debían firmar unos papeles para poder dejarlo libre, y eso llevaría unas horas.

Lena comenzó a angustiarse, no había podido abrazar a Alex, besarlo, mostrarle lo feliz que estaba.

Ben las conminó a que fueran a esperarlo al hotel y, cuando bajaron a cenar, anunció que Alex estaba cansado, que se daría un baño y comería en su habitación.

- ¿Puedo ir a verlo? - preguntó Lena cuando estaban terminando la cena- No pude hablar con él.

-Creo que será mejor que esperes a mañana, debe estar cansado, Lena- dijo Ben tratando de

convencerla.

No le gustaba nada como había visto a su sobrino en la tarde. En vez de estar feliz por su libertad, estaba sombrío, pensativo y monosilábico.

Le pidió expresamente no ver a Lena, dijo que no podría lidiar con ella en ese momento.

Lo preocupaba y le dolía ver el desconcierto de la muchacha por su comportamiento.

-Creo que me iré a dormir si no les importa- informó Lena, triste, levantándose y dando un beso a la Señora Henderson y a Kate.

Cuando la muchacha se había alejado lo suficiente para que no los escuchara, Kate habló.

-Dime qué pasa Ben, no puedo ver a Lena así.

-Si lo supiera te lo diría o lo arreglaría, no lo sé. Sólo puedo decirles que el padre de Alex forzó una charla en privado con él antes de la sentencia, no sé lo que le dijo, pero debe haber sido algo horrible, porque lo único que me dijo Alex fue “es peor de lo que pensábamos”

La Señora Henderson se tapó la boca con la servilleta para ahogar un gimoteo.

-No puede ser- dijo con voz ahogada- ese hombre no tiene límites, ¿qué más daño puede hacer?

-No lo sé- contestó, pero sospechaba que había sembrado una semilla de duda maliciosa en Alex y, si no la arrancaba de raíz, él y Lena, saldrían lastimados.

Lena se aseguró que no hubiera nadie en el pasillo y salió de su habitación cubierta por una capa.

Sólo necesitaba bajar la escalera para llegar al cuarto de Alex.

Ben le pidió que esperara, pero ella no podía. Necesitaba verlo, saber que estaba bien. Besarle.

Llegó a la puerta de su habitación y dio dos golpes, pero nadie respondió. Colocó la oreja sobre la madera y no sintió ningún ruido.

La puerta se abrió y ella casi cae de bruces, pero unos brazos fuertes la sostuvieron, mientras la entraban y cerraban la puerta.

-Lena- dijo Alex bajando su capucha- ¿qué diablos haces aquí a esta hora?

-Tenía que verte- respondió ella con aflicción.

Él miró esos ojos verdes suplicantes. Sabía que él era la causa de esa angustia y se sintió culpable. Estuvo un minuto más mirándola y toda su determinación se fue por los suelos.

La pegó a su cuerpo y la besó. La besó porque no soportaba un minuto más sin hacerlo, como si ella fuera el aire necesario para respirar.

Su boca se movía en un ritmo frenético de deseo, que ella igualaba colgándose de él. Su cuerpo se contorsionaba contra él buscando mayor contacto y acariciaba su espalda con las manos.

Sus lenguas se buscaban con urgencia, tratando de tomar más del otro.

Alex deslizó la boca por su cuello y le quitó la capa. Cuando miró hacia abajo, se quedó boquiabierto.

- ¿Qué es esto? - preguntó viendo un camisón de raso celeste claro que se adhería a las curvas de Lena como una segunda piel.

- ¿No te gusta? - preguntó vergonzosa-Lo compré para ti, pensé...

Pero no pudo terminar porque él tomó por asalto su boca una vez más, con más fuerza, y

comenzó a pasar las manos por su cuerpo, con movimientos desesperados.

-Me encanta- le susurró en el oído, mientras chupaba el lóbulo de su oreja y Lena gemía.

Ella había aprovechado el momento para sacarle la camisa y tener acceso a su piel.

Alex tomó la cara de ella entre sus manos, acarició sus pómulos, sus labios, besó sus ojos, su nariz y la volvió a mirar.

Quería recordarla así, bella, con los rubores de la pasión, de su amor por él en la cara. Una imagen que lo acompañara en sus noches solitarias.

Hoy le haría el amor por última vez, no podía arriesgarse a lastimarla, y con esa promesa para sí, la levantó para llevarla a la cama.

Capítulo 28

Ya de vuelta en Arlington, la felicidad, a Lena, le duró poco.

En la semana que siguió a su regreso, casi no veía a Alex, él se disculpaba diciendo que tenía mucho trabajo, que su ausencia había ocasionado ciertos problemas que debía resolver, pero ella percibía que había algo que no le decía.

Emma, viéndola inquieta, había tratado de tranquilizarla.

-Querida- llamó viendo que ella miraba por la ventana esperando seguramente a su nieto- debes darle tiempo, no es fácil por lo que ha pasado.

-Cómo sabe...- comenzó Lena tratando de entender cómo ella parecía saber lo que pensaba.

-Son años de observar a las personas - dijo tomándola del brazo para llevarla al saloncito- sé que lo añoras y estoy segura que él también. Pero su pasado volvió a él, todo este tiempo huyendo, pagando culpas ajenas y quién sabe qué le ha dicho su padre. Necesita un tiempo solo, para reflexionar y volver a empezar.

-Pero quiero ayudarlo, estar con él- protestó

-Ayudarlo es darle el espacio que necesita y ser paciente. Deberías distraerte con algo divertido mientras esperas- sugirió

- ¿Algo divertido? - preguntó levantando una ceja.

-El aniversario del pueblo.

- ¿Y qué tengo que ver yo con eso?

-Nada- le dijo Emma, como si nada - pero puedes ofrecerte a celebrar la fiesta aquí y estaremos al menos unos días ocupadas organizando la fiesta y distrayéndonos. Y al mismo tiempo celebraremos que mi nieto es libre por fin. Dos festejos en uno.

Lena se la quedó mirando no muy convencida. Había visto la cara de Stein cuando regresaron con Alex libre, no era precisamente feliz. Estaba segura que él había tenido algo que ver con su detención. Tantos años sin que nadie lo encontrara y de repente lo apresan.

-Vamos, Lena- insistió Emma- Hagamos algo distinto. Podemos pedirle a Kate que nos ayude.

-Está bien- cedió Lena- avisemos al Consejo que lo haremos aquí.

El Consejo no puso objeciones a su ofrecimiento, sobre todo cuando Lena dijo que se haría cargo de todos los gastos sin que saliera un dólar del dinero del pueblo.

Decidieron irse un día a Nueva Orleans a comprar víveres, cosas para decorar y, ante la insistencia de Emma, vestidos nuevos para ellas.

Lucille y Naomi las acompañaron, y estaban fascinadas con la ciudad, ya que nunca habían salido de Arlington. Pudieron comprar dulces, una camisa para Tom, ropa para la bebé y listones para Jenna.

Alex, por su lado, seguía esquivando a Lena, sabía que el sólo verla haría que cambiara el rumbo que quería tomar.

A veces cuando pensaba en irse, le costaba respirar, pensando que no la vería más. Ingenuamente tenía la ilusión que, si no estaba con ella mucho tiempo, le dolería menos, pero ya había aprendido que nunca iba a dejar de dolerle.

Que ella hubiera estado ocupada con la fiesta del pueblo, lo libró de buscar excusas para no verla, pero no podía huir de su tío que se encontraba frente a él, ahora, en los establos.

-Veo que estás preparando todo- observó Ben parándose en una de las cuadras y observando

como Alex empacaba parte de sus cosas.

-No sé de qué hablas- se hizo el tonto Alex, sólo la tripulación del barco conocía sus planes.

-A mi dime lo que quieras, pero sé que te irás a navegar de nuevo y creo que le debes una despedida a ella.

-Va a ser mejor si me voy de una vez.

-Sí, claro, va a ser mejor que la dejes sin una explicación. Justo a una muchacha a la que su padre abandonó cuando murió su madre, que la mandó lejos de él, que cruzó el océano para enterarse que su madre no era su madre y que la verdadera estaba viva. Y resulta que ella abre su corazón nuevamente y su amor se va sin decirle nada, será imposible que no vuelva a creer que hay algo malo con ella.

Las palabras de Ben lo golpearon en el medio del pecho. ¡Maldición! Él siempre sabía que decir.

-Haz con tu vida lo que quieras, Alex, pero mi sobrino no es un cobarde, ella merece que te despidas bien y saber que eres tú el que cree estar jodido y no ella.

Nunca, mientras su tío hablaba, Alex se volvió para mirarlo, pero sintió el sonido de sus botas en el suelo cuando salió.

Cansado, se sentó en el piso del establo, alzando las rodillas y colocando su cabeza en las manos.

¿Cómo podía saber si hacía lo correcto? Su tío no sabía la conversación que tuvo con su padre, no sabía que era el hijo de un monstruo. Prefería que ella lo odiara, a que en un momento llorara por él.

Ben tenía razón en algo, tenía que verla por última vez.

Esa noche Lumière iba a hacer honor a su nombre. Se habían colocado antorchas y velas para iluminar el gran parque de la finca. Todo estaba decorado con los colores de la bandera americana, con cintas que colgaban de los árboles y mantenes de colores.

Además de la mesa fría, con canapés y tartaletas. un cordero se asaba a un costado para tener parte de la comida caliente. La mesa dulce era un festín con manjares en blanco, rojo y azul, acompañados de pasteles.

Lena estaba en su cuarto terminando de arreglarse. Se había comprado un vestido granate para esa noche.

Se sentía contenta.

Emma la había convencido de hacerlo y dejar su pelo suelto y sólo atado con un lazo verde, del mismo color de la flor de lis que colgaba de su cuello. Pequeños aros verdes adornaban sus orejas. Estaba colocando un rojo carmesí para resaltar sus voluptuosos labios, cuando vio a Alex en el espejo, parado detrás de ella, mirándola.

Su corazón se saltó un latido cuando vislumbró la admiración y el deseo en su cara. Al final debía darle las gracias a Emma por su consejo.

-Hola- lo saludó dándose vuelta y yendo hacia él para besarlo.

Pero el la detuvo tomando sus brazos antes que se acercara.

Algo andaba mal, pensó ella y reparó que no iba vestido para la fiesta. Su camisa, sus botas y pantalón eran de trabajo, e iba despeinado. Buscando sus ojos, vio pena en ellos y eso la asustó.

-Alex, ¿qué pasa? - preguntó tratando de tocarlo, pero volviendo a ser rechazada.

-Necesitamos hablar- contestó empujándola para que se sentara en uno de los sillones- Escúchame y quédate ahí hasta que termine.

Lena asintió, sintiendo intranquilidad.

Tenía un mal presentimiento.

Él no se sentó, hizo un silencio largo que ella no se atrevía a quebrar.

-Me voy Lena- dijo tan bajo que ella creyó que había oído mal.

- ¿A dónde? ¿Cuándo vuelves? – preguntó, pero presintiendo la respuesta. Había visto su agonía en esos días, pero se hizo la ciega para no pensar en lo que podía venir.

-No volveré- contestó mirándola de frente.

-Alex...- dijo ella tratando de levantarse.

-No, no te levantes- pidió- no hagas estos más difícil- su voz casi quebrada.

-No entiendo- clamó bajo

-No tiene que ver contigo, soy yo.

-Sí claro.

-Es verdad Lena, no sé quién soy en realidad, mi madre era una santa y mi padre un monstruo. No sé si ese monstruo está latente en mí – dijo pasándose sus manos por el pelo y moviéndose de un lado para otro- puede ser que un día surja y te haga daño y no podría soportar causarte dolor.

-Pero eso es ridículo! ¿te escuchas? ¿Cómo puedes creer que eres parecido a tu padre? Hay más en ti de Ben que de él. Todos lo pueden ver. Yo te amo, lo sé. Lo siento aquí- dijo desesperada colocándose la mano en el corazón.

-Lena- siseó- mi madre también amó a mi padre, vio, tal vez, lo que tú ves en mí, pero luego él cambió. Admitió que el día de su muerte, fue su bofetada lo que hizo que mi madre cayera por las escaleras y muriera. Él la mató, ¿lo entiendes?

Lena no podía creer que su padre le hubiera contado eso ahora. Era obvio que lo quería lastimar y lo había conseguido, le estaba haciendo creer que podía ser un potencial asesino.

- ¡Por Dios, Alex! No lo dejes ganar, tú nunca me harías daño. No te vayas, yo te amo.

Alex la miró desolado, pero no le dijo que la amaba, sabía que, si lo hacía, no lo dejaría marchar.

-Pero yo no...- y dejó las palabras en el aire con los ojos fijos en ella.

-No es cierto- susurró

-Sí, lo es, me gustas muchísimo, eso sí, pero amar, no. Eso no ha sucedido y por eso me voy antes de que suceda. Porque sí, podría enamorarme de ti.

La mirada verde de desolación que le dedicó, tuvo el mismo efecto que si alguien le hubiera disparado en el pecho. Sintió que lo quemaba. No quería hacerle daño y ella parecía herida de muerte.

Pero no derramó ni una sola lágrima.

-Mientes- logró musitar Lena - para que te deje ir.

-No, y no tienes ese poder sobre mí- terminó él, infringiendo la herida final.

Alex tenía que terminar esa charla, si se quedaba un minuto más en esa habitación, la abrazaría, le diría que la amaba con todo lo que él era y que su corazón se estaba rompiendo como el de ella.

-Adiós, Lena- se despidió, acercándose sin poder resistirlo.

-No te me acerques- ordenó levantando la cabeza- vete de una vez, no te preocupes, estoy

acostumbrada a que la gente me abandone. Sobreviviré como lo hice hasta ahora.

Alex se detuvo, indeciso por un momento, se salía con la suya, pero lo hirió más que ella le dijera que sobreviviría sin él, porque él no estaba seguro de poder hacerlo sin ella.

Salió rápidamente de la habitación bajando las escaleras y esperando llegar cuanto antes a su barco, pero no le iba a ser tan fácil.

- ¿No pensabas despedirte de mí? - pregunto la voz de su abuela saliendo de las sombras.

-Ben te lo dijo- acusó.

-Parece que la respuesta a mi pregunta es sí. ¿Pensabas irte como un ladrón en el medio de la noche? Al menos has venido a darle la cara a Lena. ¿Qué demonio te ha poseído, Alex? ¿Tú amas a esa muchacha! - lo increpó, con enfado en la voz.

Alex se dio la vuelta para encarar a su abuela, su tono auguraba problemas y no podía perder tiempo, tenía que irse.

-No quiero dar explicaciones, abuela, necesito irme- dijo fastidiado.

-A mí no me hables de apuro, jovencito, soy tu abuela y quiero una explicación- exigió más decidida todavía.

-No puedo, abuela, por favor- suplicó, pensando que no le podía decir a ella lo que su padre había hecho.

-Pues no te irás hasta decirme qué puede ser tan importante para tomar la decisión de abandonar a la mujer a la que amas- sentenció.

Alex cerró los ojos apretándolos y tomando una bocanada de aire. Ella no le dejaba opción.

- ¿Sabes que mi padre vino a verme la tarde del juicio? - preguntó resignado.

-Lo que él te haya dicho no puede...

-Abuela, por favor- pidió – si me interrumpes no voy a poder seguir-sus ojos implorantes hicieron que ella guardara silencio-será mejor que te sientes.

Cuando ella se sentó, él se arrodilló delante de ella y tomó sus manos.

Emma supo que no le iba a gustar lo que estaba por escuchar.

-Esa tarde, él me contó lo que pasó la noche que mi madre murió- sintió las manos de su abuela apretar más fuerte las suyas- ella iba a abandonarlo, estaba juntando sus cosas y yendo a buscarme. Lo increpó por la forma en que me trataba y quería llevarme lejos de esa casa.

Emma tenía los ojos vidriosos y sus labios temblaban.

-Estaban discutiendo y él la abofeteó tan fuerte que ella perdió el equilibrio y cayó por la escalera. ¿Entiendes? Él la mató. - dijo acongojado.

Las lágrimas caían por las mejillas de su abuela, la angustia hacía vibrar su pecho, pero entre toda esa tristeza mezclada con odio, supo lo que él pensaba.

-No eres él, Alex, tú no eres él.

-No lo sabes, abuela, su sangre corre por mis venas, yo podría...

-No, no podrías- lo interrumpió con la voz rota, tomando su cara en las manos- tú eres igual que tu abuelo, lo vi en ti desde siempre, su sonrisa, su bondad, su sentido de la justicia. No debes preocuparte, toda la mala sangre Coleman que tengas, la Henderson la ha sanado. No te hagas esto, no le hagas esto.

-No voy a correr el riesgo- dijo secándose con la manga de la camisa, las lágrimas que no se dio cuenta que derramaba - No puedo.

Emma no sabía que decirle, odiaba a Coleman, más por lo que le estaba haciendo a su nieto

que por lo que le había hecho a su hija. Su pequeña había perdido la vida luchando, pero Alex, se estaba rindiendo.

-Te arrepentirás- arriesgó, tratando de convencerlo.

-Prefiero arrepentirme de esto, que dañarla de alguna forma- dijo levantándose.

Ella no se levantó.

- ¿No puedo convencerte? - hizo una última tentativa.

-No- le confirmó dándole un beso en cada mano- Te amo, abuela.

-Te amo, Alex- le dijo bajando su cara para darle un beso en la mejilla.

Y él se fue.

Salió por la puerta sin mirar atrás, mientras en la noche comenzaban a oírse los acordes de la música e iban llegando los invitados para una celebración, que las anfitrionas no podrían de ninguna forma disfrutar.

Emma logró levantarse y salió a la escalinata. Miró al cielo estrellado y localizó sus estrellas, y entonces habló con ellos como otras veces lo había hecho.

-Lucinda, Timothy, por favor- suplicó, nuevamente entre lágrimas- tráiganlo de vuelta...que vuelva a casa.

Y como si fuera una especie de señal, en ese momento, una estrella fugaz surcó el cielo.

Alex se internó en el bosque rumbo al embarcadero.

Sentía que, con cada paso que daba, la tierra se iba hundiendo a sus espaldas y nunca podría desandar el camino.

En su retina quedaron grabadas las caras de las dos mujeres que más amaba en la vida. Desconcierto, tristeza, estupor, dolor. Hubiera preferido que Lena lo odiara, sabía por experiencia, que el odio era un buen aliado para seguir adelante, el dolor hundía, el odio, aunque costara creerlo, podía mantenerte a flote.

Divisó la luz del barco. Su gente fiel lo esperaba.

Caminó por el muelle.

- ¿Así que finalmente te vas? - dijo su tío detrás de él.

-Si- le contestó sin darse vuelta.

-No me he entrometido nunca en tu vida, pero es mi deber decirte, por el cariño que te tengo, que creo que estás cometiendo un error- dijo su tío sin moverse.

-Es mi error, tío, mi decisión.

-Lo sé, pero tú no eres él, nunca lo serás. He conocido muchas personas en mi vida, Alex, buenas, malas, perversas, asesinos, ladrones. Sé reconocer el espíritu de la persona cuando paso tiempo con ella y puedo asegurarte que no hay maldad en ti.

-No voy a arriesgarme, sólo por lo que tú crees.

-No lo creo, lo sé. Veo a mi hermana y a mi padre en ti, todos los días, en tus gestos, en tu forma de pensar, moverte...amar. No hay una pizca de él en ti.

-Ya está hecho y decidido-sentenció, y avanzó hacia adelante.

-Está bien, déjalo ganar, deja todo lo que amas, la vida que construiste, por él. Una vez más. No te creía un miedoso.

Alex se dio vuelta para encararlo. Sabía lo que su tío trataba de hacer y lo quería por eso. Él

quería su felicidad.

-Te quiero, tío, pero no puedo quedarme. Prometo que escribiré para que sepan dónde estoy. Cuida a la abuela y a Lena por mí – y sin más, se subió al barco.

Ben quiso ir tras él, pero una mano delicada en su brazo lo detuvo.

-Debes dejarlo ir, Ben- dijo Kate entrelazando su mano con la de él- No puedes forzar su decisión, va a ser peor.

- ¡Pero va a arruinar su vida! - dijo vehemente, abrazándola, necesitando su contacto. Se vio él mismo, dejando a Kate, y pudo imaginar el dolor que su sobrino debía sentir. Como si su corazón no fuera a estar completo nunca más.

-Es su vida- dijo Kate abrazándolo por la cintura- él debe entender que su lugar es junto a Lena, de lo contrario, aunque se quede, será infeliz y la hará infeliz a ella, porque ese fantasma siempre lo perseguirá.

Ben besó la coronilla de su esposa.

- ¿Cuándo fue que te volviste tan sabia? -bromeó.

-No es sabiduría, yo misma lo he vivido. Cuando dejé que mi miedo a perder de nuevo no me dominara, fui libre para amar a otro hombre como nunca lo había hecho en mi vida; y él me dio el regalo de ser madre por segunda vez y formar una familia.

Ben la besó en la boca alzando su cuerpo a su altura para que encajaran.

-No empieces que tenemos que volver- recriminó Kate, bajando al suelo.

-Bueno, en realidad...- empezó Ben comenzando a bajar una de las mangas del vestido.

-No- y le dio un leve golpe con la mano como si espantara moscas- Necesito volver y ver cómo está Lena. Esto debió ser un gran golpe y no creo que lo viera venir. Hay que acompañarla, hasta que Alex vuelva, porque si no vuelve, pienso ir a buscarlo.

- ¿Pensé que quedamos en que era su decisión? - dijo confuso.

Kate levanto una ceja y lo miró.

-Sólo por un tiempo, después, si no toma la decisión correcta, tendremos que ir a buscarlo- dijo Kate y comenzó el regreso a la casa, mientras Ben la seguía divertido. Sabía que ella era capaz hacerlo.

Lena se había quedado donde la dejó Alex, en el sillón de su habitación.

Las lágrimas seguían sin aparecer, era la primera vez que las añoraba, que quería tenerlas para que la ayudaran a limpiar de alguna forma.

Quería tirar cosas, romper, pero parecía que las fuerzas la habían abandonado, igual que la mayoría de las personas en su vida.

Pensaba que él sentía lo mismo que ella por él. Sus miradas, sus caricias, sus conversaciones. Nada la había preparado para este desenlace.

Había vuelto a creer que había una vida de felicidad para ella. Que podría tener una familia sin secretos, sin rencores, sin abandonos. Pero no era su destino.

Y ahí estaba de vuelta, abandonada y sola.

Se obligó a levantarse y salir de la habitación.

Necesitaba el agua, el río, su sonido, y estar sola, no quería saber nada de la fiesta.

Al salir de la casa, Emma estaba en la escalinata.

Ella la miró esperando que fuera la primera que hablara.

-Voy al río, necesito soledad.

-Ve, yo me encargo de los invitados- indicó asintiendo.

La vio alejarse hacia el río, no sabía si se había dado cuenta, pero la desolación reflejada en su cara era dura de mirar.

Lena siguió caminando, sus pasos guiados sólo por el sendero conocido, pero sin el reconocimiento del paisaje o los lugares, porque no llevaba luz. Se sabía el camino de memoria.

Cuando llegó a la orilla, el sonido del agua la reanimó, se sentó en la hamaca y comenzó a mecerse suavemente.

Por primera vez, desde que llegara, no tenía un plan, ya no le importaba sacar adelante la finca. Tom podía encargarse de eso. Tal vez debería irse a otro lado, a Nueva Orleans. Decían que Nueva York era interesante.

Sonrió tristemente y meneó la cabeza frente al desvarío.

Eran escapes de su mente, no importaba donde fuera, no podría olvidarlo... nunca.

De repente, sintió un leve pinchazo en un lado de su cuello, pensó que era un mosquito, pero tenía algo allí, como una pequeña aguja enganchada en la cadena de su camafeo. Se lo quitó con fuerza, tirando al suelo cuando lo hizo su flor de lis.

Se mareaba, sentía el bamboleo como si estuviera en un barco. Dejó de hamacarse, pero el mareo no cesaba.

Se le nubló la vista y se sintió caer hacia atrás. Estaba esperando el impacto, cuando unos brazos fuertes la sostuvieron, y una voz que le pareció conocida dijo "Al fin te tengo".

Alex navegaba por el río, estaba tranquilo esa noche, se había colocado en la proa para mirar hacia adelante.

Todos sus sentidos estaban a flor de piel, por primera vez se permitió cuestionarse su propia decisión.

Rememoraba las palabras de las personas que amaba, "Tú no eres él", "la sangre Henderson borró a los Coleman", "te amo".

¿Podía ser que él se equivocara y que ellos tuvieran razón? Que estuviera dejando su felicidad por un y si...

Su cabeza era una tormenta de ideas, pero su corazón estaba surcado por vientos huracanados.

No sabía cómo seguir y entonces... escuchó la melodía.

Al principio, creyó que sus oídos lo engañaban, pero se dio cuenta que iba in crescendo.

Miró a su tripulación y vio que nadie lo notaba, aunque ahora era fuerte y claro.

Era para él, su balada, otra vez.

*Las estrellas te han guiado
por caminos impensados,
para que tus heridas sanaran
y dejaras el pasado*

Han permitido que veas

*tu alma en el sendero.
Que entendieras quien eres
más que de quien vienes.*

*Cada hombre es diferente
y labra su destino.
Tú decides qué hombre eres
y cuál será tu camino.*

*No rechaces el regalo
que el cielo te ha otorgado.
Eres digno del obsequio
por eso te fue entregado.*

Alex tragó saliva, ¿o se estaba volviendo loco o entre esas voces estaba la de su madre?
Trató de calmarse, porque el corazón se le había acelerado, no entendía por qué... o sí lo entendía.

La balada era cierta, había pasado mucha agua bajo su puente, se había demostrado a sí mismo y a los otros, que él no era su padre. Había sanado heridas, tenía cicatrices sí, pero cerradas.

Lena era su regalo, su ancla, la que lo mantenía a salvo, la que le permitía ser él, sencillamente él.

Y la rechazó. En algo se parecía a su padre: ¡Era un reverendo imbécil!!!

-Jim!!!- gritó.

-Sí, capitán- contestó su segundo, enseguida.

-Dale la vuelta al barco- le ordenó sonriendo- vuelvo a casa.

Capítulo 29

-Se fue al río, querida, dijo que necesitaba estar sola- le informó Emma tomando las manos de Kate que las refregaba nerviosa.

- ¿Pero dices que hace como media hora? - preguntó inquieta -debería haber regresado ya.

-Kate, estás muy nerviosa- indicó comenzando a preocuparse por su expresión- ¿qué es?

-Ayyy, Emma! – gimió mirándola con angustia- tú eres madre, tengo una opresión en el pecho, como un presentimiento y no precisamente bueno. Prefiero que se enoje conmigo por ir a buscarla que no saber si está bien.

Emma asintió, conocía las premoniciones de madre, sabía que no fallaban, no quiso decirle nada a Kate. Ella misma la había sentido, la noche que Lucinda falleció.

-Encarguemos la tarea a Ben, a ver si deja de comer- bromeó tratando de sacarle una sonrisa a Kate, pero no lo logró- Que se enoje con él.

Ambas se dirigieron a la mesa donde estaba Ben con el comisario Milton. Había llegado esa noche con dos de los geólogos que lo ayudaban en la investigación, y lo habían invitado a la fiesta.

Al ver la cara de preocupadas de ambas mujeres, Ben les prestó toda la atención, mientras pasaba la mano por los hombros de su esposa para calmarla.

-No te preocupes, mi amor, ya voy a buscarla, seguro se ha demorado más tiempo porque no tiene ganas de enfrentarse con todo el pueblo- dijo, y tomando un último sándwich empezó a caminar hacia el río.

-Lo acompañó- se ofreció el comisario, caminando a su lado.

Llegaron rápido al lado del agua. Ninguno de los dos estaba nervioso. Ben le había contado, sin demasiado detalle, la razón por la que Lena quería estar sola.

El lugar estaba vacío, no se veía a Lena por ningún lado. Habían llevado una vela para ver el camino ya que, si bien estaba la luna, la luz no era suficiente.

-Tal vez ya haya vuelto- dijo Ben mientras devoraba lo que le quedaba del sándwich y daba una vuelta.

El comisario estaba más callado observando la escena, vio brillar algo al lado de la hamaca y se acercó a recogerlo.

- ¿Esto es de ella? – preguntó, levantando el camafeo y mostrándoselo a Ben

-Sí, es de Lena- contestó tomándolo en la mano- ¿se le habrá caído?

-Señor Henderson, ¿quiere prestarme la vela, por favor? - pidió extendiendo la mano.

Ben se la dio y se puso de cuclillas al lado del comisario, que se había agachado detrás de la hamaca.

Ansioso, luego de dos minutos en los que Milton observaba la tierra, Ben preguntó.

-Comisario, perdone la ansiedad, ¿pero ve algo raro?

-Veo perfectamente cómo las huellas pequeñas muestran que ella llegó a la hamaca, pero no hay huellas de que haya bajado. Por otro lado, aquí atrás hay dos pares de huellas más grandes, que sí se alejan.

- ¿Y entonces? - preguntó Ben, aun no entendiendo bien el razonamiento del comisario.

-Entonces, alguien se ha llevado a la Señorita Fairchild cargada y creo que, o no estaba consciente o conocía a la persona, porque no hay señales de lucha.

Ben se lo quedó mirando pasmado.

- Ella no permitiría que alguien que no fuera Alex o Tom o yo la alzarán. Y ninguno de nosotros vino por aquí. Entonces... ¿está diciendo que alguien se la llevó? - preguntó, perturbado.

-Sí- contestó Milton y se levantó rápidamente- será mejor que volvamos ahora y organicemos la búsqueda. Tengo la corazonada que pueden ser los hombres que busco, hay rastros de ágata roja en las huellas de los zapatos. - lanzó, asustando a Ben y echando a correr de regreso a la casa.

Kate vio salir corriendo del bosque al comisario seguido de Ben y sintió que le daba un vuelco el corazón. Ambos se veían preocupados.

El comisario siguió de largo al pasar a su lado, yendo hacia los dos aguaciles que lo acompañaban.

Ben se paró delante de ella.

- ¿Dónde está mi hija? - preguntó aterrorizada.

-Cariño, debes respirar y calmarte, por ti y por el bebé- le pidió viendo que ya estaba agitada y alterada.

Kate hizo varias inspiraciones profundas y puso sus manos en su vientre. Estaba perturbada, pero sabía que debía calmarse.

Viéndola más tranquila, Ben le largó todo junto.

-Creemos que alguien se la llevó, pero fue hace poco, y vamos a salir a buscarla.

Ella levantó su verde mirada a él y vio el pánico en ella.

- ¿Pero ¿quién?

-No sabemos, pero confía en mí, la encontraremos. Mamá- agregó llamando a su madre que estaba a su lado escuchando todo- lleva a Kate adentro y...

-No, quiero ir contigo- protestó.

-Kate, sé razonable, necesito concentrarme en encontrarla, no podré hacerlo si estoy pendiente de ti todo el tiempo. - le señaló

Ben estaba besando su frente cuando vio que su sobrino aparecía corriendo a un lado de la casa y comenzaba a subir la escalinata.

-Alex, no está allí! - gritó alto para que lo escuchara, mientras las mujeres se daban vuelta sorprendidas para descubrirlo también.

Alex corrió hacia ellos, su cabello se había soltado de la coleta e iba despeinado, dándole más aspecto de pirata que nunca.

- ¿Dónde está? - preguntó apurado por verla y decirle lo que sentía.

-No sabemos, hijo- empezó su abuela- fue a pasear al río luego de que te fuiste, quería estar sola y cuando la fuimos a buscar, parece que alguien se la llevó.

Un sudor frío le recorrió la espalda, no podía ser, ahora que volvió para estar con ella, alguien se la quitaba. Era su culpa, ella no hubiera ido al río si él no la hubiera abandonado.

Conociendo los pensamientos que estarían pasando por la cabeza de su sobrino, Ben se apresuró.

-Necesitamos encontrarla ya, Alex. - dijo apartándolo un poco de las mujeres y bajando casi en un susurro la voz para que no lo escucharan - Milton cree que pueden ser los autores de los asesinatos, no puedes perder tiempo culpándote.

Fue como si le hubiera tirado un balde de agua fría para despertarlo, y funcionó.

- ¿Qué hago? - preguntó reaccionando.

-Reúna a los esclavos que sepa que son los que mejor conocen este territorio y nos puedan ayudar a rastrear. Cuéntenles cómo son las personas con las que estamos tratando, que no dejen pasar nada. Y usted venga conmigo- fue el comisario Milton quién habló, y se llevó a Ben con él, mientras esperaba que Alex cumpliera su orden.

Ninguno de los dos se atrevió siquiera a preguntar algo. El hombre se puso la búsqueda al hombro y era el mejor con el que podían contar.

Decidieron, como era de esperar, que Tom, John y Simon los acompañaran. Mientras les contaba lo que debían hacer y buscar, Alex notó que Simon estaba inquieto y no dejaba de pasar el peso de un pie a otro.

-Simon, ¿qué diablos te pasa?, me pones más nervioso con ese bamboleo. - se quejó con enfado Alex.

-Lo siento, Señor Alex, pero creo que hay alguien que puede, tal vez, darnos una pista.

- ¿Quién? Simon, habla- dijo agarrándolo por la camisa.

-Mi esposa- musitó y miró a Tom.

-Habla- ordenó.

Tom asintió, entendiendo lo que sospechaba Simon y le contó, rápidamente, lo que le había pasado a Jenna.

Cuando terminaron, Alex se pasó las manos por el pelo, más atemorizado, si cabía, de lo que estaba. Si su mujer estaba en manos de esos hombres, tenía que llegar a tiempo.

Su mujer, era la primera vez que pensaba en ella así. La amaba, eso ya lo sabía, pero ahora el sentimiento era mayor, ella era de él como él de ella.

-Tenemos que buscar a Jenna, necesito que ella le cuente al comisario Milton lo que sabe. Si alguien puede encontrar a Lena, es él.

Simon tenía sus dudas sobre cómo reaccionaría ella. Su esposa estaba totalmente cambiada, era feliz, alegre, su intimidad era maravillosa. Ella se fue soltando cada vez más y volvió a ser la muchacha de la que se enamorara.

Temía que esto la alterara, pero si no quería hablar del tema, sería su decisión. Él debía intentarlo.

Estaba en su cuarto con Mamma Joy y lo escuchó atenta hasta que terminó. Y ella lo sorprendió, y por eso la amó más.

-Claro que hablaré con él, no voy a dejar que a la Señorita Lena le pase lo mismo. Ya no tengo miedo, Simon, tu amor y el de Hope me hizo más valiente. Ahora puedo con esto, porque no estoy sola.

Simon la abrazó, orgulloso de ella y estaban saliendo, cuando Mamma Joy dijo que ella iba también.

Hicieron la reunión con el comisario Milton en la cocina acompañados por Tom, Simon, Alex y Ben. Kate y Mamma Joy permanecían paradas en la puerta.

Simon se sentó al lado de Jenna tomando su mano durante todo el relato.

El comisario la escuchaba atento y respetuoso, sólo interrumpiendo para hacer preguntas aclaratorias y tomaba nota en una pequeña libreta negra.

Cuando Jenna llegó a la parte de la cueva, él le preguntó en detalle qué recordaba, pero les habían vendado los ojos, no sabía el camino. Sólo tenía memoria de la cueva.

Él le pidió que le contara lo que pudiera del interior y del tipo de piedra.

Fue el único momento en que se tensó. Era donde más había sufrido. Cerró los ojos por un momento, inspiró profundo, pero siguió tratando de recordar los detalles. Recordaba los destellos rojos de las paredes, pero no sabía si eran reales o reflejos.

Milton anotaba, asentía, y cuando ella concluyó diciendo que era todo, habló.

-Creo, por lo que me dices, que se trata de las mismas personas. El problema es que estamos ciegos, hemos buscado y no encontramos ninguna cueva de este tipo. Los geólogos han delimitado un campo de búsqueda, pero es tan grande que tardaríamos días y podríamos llegar tarde- dijo un poco frustrado.

-La cueva del lince- dijo Mamma Joy, captando la atención de todos.

- ¿Cómo dice? - preguntó Milton levantándose.

-Cuando era pequeña jugábamos en esa cueva, tenía las paredes con una piedra vetada de distintos tonos de rojo, tal como las describió mi bisnieta, y estaba medio derrumbada.

- ¿Puede ubicarla en el mapa? - se aventuró el comisario sacando uno de su bolsillo trasero y diciéndole los nombres que se leían en él.

-Se leer, comisario, la Señorita Kate me enseñó- le dijo orgullosa - es aquí, pero no la verán a simple vista, la deben tapar árboles y arbustos, ya era difícil entrar antes, ahora debe haber mucha maleza.

-Eso reduce muchísimo la zona, ha sido una gran ayuda- se entusiasmó Milton.

-Es claro que nunca antes se nos ocurrió preguntarte Mamma Joy, siendo que eres, seguramente, la que más conoce estas tierras.

-A veces lo más obvio es lo que menos vemos- dijo el comisario- Gracias a ambas- pasó su mirada de Mamma Joy a Jenna- Muchacha, quiero decirte que tenías a alguien cuidándote, si son los mismos que estoy buscando, mataron a quince muchachas ya, que hayas sobrevivido es un milagro digno de que lo celebres.

Una lágrima cayó por la mejilla de Jenna, sabía que había sido afortunada desde el momento que Simon le contara lo que pasaba. Miró a su marido que estaba preocupado y se forzó a sonreír.

-Estoy bien, me siento bien- dijo besándolo- Ve y encuentra a la señorita.

Salieron de la casa. Parte de los hombres del pueblo se habían reunido para ayudar.

Al ver a Stein padre, Alex se abalanzó sobre él, pero su tío logró detenerlo a tiempo.

- ¿Dónde cree Ud. que va? Primero la manda a atacar y ahora quiere ayudar a encontrarla. Si le ha hecho daño, le juro que ahora si me meterán en la cárcel, porque voy a matarlo.

- ¿Crees que yo ordené ese ataque???- se defendió iracundo- Yo no soy cobarde, muchacho, nunca atacaría a una mujer de esa manera. Hay métodos más eficaces de persuasión.

-Basta!!!- tronó Ben- Enfoquémonos! - mirando a Alex tocó su hombro- tenemos que encontrar a Lena y cuantos más ojos mejor.

Alex asintió, no muy persuadido.

El comisario Milton se acercó y dividió a los hombres en grupos, para rodear el lugar que Mamma Joy había señalado.

-Cada detalle cuenta- dijo- alerten, aunque les parezca algo nimio, sólo tendremos una oportunidad con estas personas, antes que desaparezcan.

Lena sentía que la cabeza le iba a estallar, o, mejor dicho, como si miles de agujas se le hubieran clavado en el cuero cabelludo.

Aún con los ojos cerrados trató de mover sus manos, pero no podía.

No recordaba haber bebido en la fiesta, de hecho, no recordaba la fiesta, recordaba haber ido al río, la hamaca y...

Lentamente intentó abrir los ojos, los sentía pesados; casi no lo logra, pero se obligó a hacerlo. Todo estaba oscuro, sólo una vela en la pared. ¿En la pared? En su cuarto no había velas en la pared. ¿Sería un sueño?

Miró hacia abajo y vio que sólo vestía su combinación. Sus manos y pies estaban atados como si estuviera estaqueada.

Su cuerpo no respondía a las órdenes que le daba su cerebro. Su cabeza era lo único que tenía movilidad.

Oía voces que hablaban bajo. Delante suyo, dos hombres. No distinguía sus facciones, pero sus voces le parecían familiares.

-Nos estás arriesgando a todos por tu maldita obsesión con esa muchacha! - decía el más corpulento.

-Teníamos que hacer el ritual de todas formas- se defendió el otro.

-Pero era mañana, no hoy, justo en el medio de la fiesta del pueblo. ¿Crees que no notarán su ausencia?

-Tranquilo, vi como Henderson se iba en el barco, era él quien estaba pendiente de ella. Todos pensarán que está llorando sus penas porque la dejó.

-Ella no es como las otras muchachas, tiene recursos, amigos importantes, la investigación de su muerte va a ser mayor. Ya nos arriesgamos bastante con la hija del tendero, al menos esta, al ser virgen, será el sacrificio mayor.

-La hija de Carvan nos descubrió cuando me siguió aquí una noche, no podía dejarla viva, esta noche sacaremos su cuerpo al fin de aquí, con el de ella. Ya tenemos a Milton tras nuestros talones, nada cambia con esta. Y no es virgen, ya el maldito la desfloró.

- ¿Que????- gritó bajo- ¿ni siquiera es virgen? Pensé que los únicos descerebrados eran Adam y Cook, esos dos nos han puesto en riesgo varias veces, incluso cuando trajeron a las esclavas. Y luego él y los dos idiotas que tenía de amigos, desaparecen.

-Si Adam nos da problemas, podemos deshacernos de él.

-No es Adam el que me preocupa, eres tú.

-No te inquietes, mi obsesión termina esta noche con la vida de ella. Prepara a todos. Y avisa que esta vez voy primero, quiero que esté consciente y sepa que soy yo. Lo haremos rápido, volveremos a la fiesta y nadie sospechará de nosotros.

La luz iluminó por un momento el rostro del menos corpulento y lo vio.

¡Dios mío! Era Jeff. ¡El muchacho amable, el novio de la hija de Carvan, era uno de los que cometía los asesinatos! Y ella estaba allí para ser sacrificada. El pánico la invadió.

Nadie la encontraría, nadie sabía dónde estaba, todos pensarían que seguía en el río.

Lo vio acercarse a ella al darse cuenta que estaba despierta, mientras el otro se iba por una abertura.

-Así que estás despierta...-dijo mirándola fijamente- eso es bueno, quiero que estés consciente cuando esté encima de ti.

-Por favor, suéltame- intentó.

-Me encanta que supliques, pero quiero que gimas como gemías con tu amante en la orilla del río- le dijo, pasando su dedo índice desde su cuello hasta su sexo lentamente.

Lena agradecía no poder sentir nada. Él los había estado espiando.

- ¿Por qué haces esto? ¿Cómo puedes? -quiso saber.

-Por placer, los que estamos aquí encontramos placer en el sexo, la sangre y la muerte lenta- le dijo esto último en el oído, lo que hizo que ella moviera violentamente la cabeza- veneramos una deidad que nos da lo que queremos y nosotros se lo agradecemos con un sacrificio...humano. Esperaba que tú fueras la virgen, pero te entregaste al pirata, así que tendremos que buscar otra.

Lena se dio cuenta que su mente perturbada no sentiría compasión, tendría que luchar, pero ¿cómo?

-Dime, ¿Quiénes son los otros? - preguntó, tratando de descubrir si hubiera otro al que podría convencer.

-No, no, no, no, no- le dijo pasando los dedos por sus labios- no vamos a develar secretos, ya pronto lo sabrás, pero no vas a reconocerlos por sus caras, tendrás que hacerlo por el sonido de la voz, en sus jadeos, cuando te tomen.

Y su risa desquiciada resonó en la habitación mientras salía.

Tenía que pensar, ponerse fría y pensar, como lo había hecho cuando la atacaron, pero no estaba funcionando. Sintió que podía mover su pie, la sensibilidad estaba volviendo de a poco pero no sabía si sería suficiente.

Hacía media hora que inspeccionaban la zona marcada.

La desesperación de Alex iba en aumento, imágenes del cuerpo de Lena pasaban por su mente y lo atormentaban. No podría vivir con ello, tenía que encontrarla.

Hizo algo que no hacía desde pequeño. Oro, pidió encontrarla sana y salva, pidió que ella regresara a él.

Pasaron otros veinte minutos y luego oyó que alguien que daba la alerta. Habían acordado que sería un silbido agudo para que se confundiera con un pájaro.

Se dirigieron allí, y era Simon quien llamaba.

- ¿Qué has encontrado? - preguntó el comisario bajando del caballo.

-Creo que es todo un montículo de piedra cubierto de enredaderas, musgo y árboles- le contestó- mire por aquí.

Simon les mostró como se abría paso entre un metro de maleza bien cerrada y se encontraba con una pared de piedra. El comisario llamó a uno de los geólogos para que la examinara, no tenía sentido seguir explorando allí, si no encontraban rastros de la piedra.

-Sí, - confirmó el geólogo- tiene rastros de ágata roja por todos lados, es ésta.

Alex sintió que volvía a latirle el corazón, quiso abrirse paso, pero las palabras del comisario lo frenaron.

-Hay que hacer mucho silencio- pidió – y necesito que nadie haga algo estúpido-y miró fijo a Alex- Rodeen toda la estructura, busquen una puerta, entrada, lo que sea. Vayan en grupos de a dos y si descubren algo, uno se queda y otro avisa a los demás. Nadie y repito nadie, entra antes que yo. Cualquier imprudencia podría poner en peligro la vida de la muchacha. Hay que hacer esto

rápido.

Todos se pusieron a la tarea, rodearon la estructura, ubicándose por el tipo de enredadera que la cubría. Nunca la hubieran visto si no les hubieran dicho dónde buscar, parecía a simple vista un grupo de arbustos y árboles como otros que se encontraban en el bosque.

Alex estaba tan impaciente que, al abrirse paso entre los arbustos, se raspaba y lastimaba con las ramas, pero no le importaba.

Su camisa tenía pequeños desgarros cuando Ben lo detuvo.

-No sirve de nada que te lastimes a ti mismo, Alex- susurró.

Alex levantó una ceja sin entender y su tío le señaló sus brazos. Su camisa estaba con sangre de los pequeños cortes que se había hecho, no había sentido el dolor, pero su tío tenía razón.

Un murmullo se oyó y el comisario apareció a su lado.

-Parece que Stein ha encontrado una entrada.

¡Maldición! Pensó para sus adentros Alex, ese tipo tenía que ser el que encontrara el lugar exacto. Resulta que ahora tendría que agradecerse.

Siguieron a Milton, y se encontraron frente a una abertura estrecha que tenía escalones de piedra rústicos, que descendían a la oscuridad total.

-Debemos bajar con una luz tenue para que no nos vean venir- dijo, apagando una de las antorchas, reduciendo su tamaño y volviéndola a encender.

- ¿Cómo puede ser que no haya nadie vigilando, si es aquí? - dudó Alex, nervioso porque pudieran estar perdiendo el tiempo.

-No hay vigilantes afuera porque alguien podría verlos y sospechar. El lugar no está marcado, confían en eso. Debemos estar preparados, seguramente dentro habrá alguien vigilando, para avisar en caso de que falle todo lo demás.

-Yo iré con Ud.- sentenció Alex.

Milton miró al muchacho y supo que no tenía sentido discutir con él. Estaba claro que era su mujer la que se llevaron y haría cualquier cosa por salvarla, sólo necesitaba que él entendiera quién mandaba.

-Muy bien- aceptó poniendo la mano en su hombro y apretándolo con fuerza- pero necesito que entienda algo, yo mando aquí, no puede moverse, actuar o siquiera respirar sin que se lo diga. Sé cómo lidiar con estas personas, necesito que confíe que quiero sacar viva a la muchacha tanto como Ud. Si no, no hay trato.

-De acuerdo- dijo Alex sincero, confiaba en ese hombre, desprendía un halo de profesionalismo que lo asombraba.

Formaron dos grupos, uno se quedaría vigilando y los otros bajarían. Y así comenzaron el descenso hacia la oscuridad.

Jeff la había dejado sola, ya podía mover las manos además de los pies, pero el resto del cuerpo estaba inerte.

Movió su cabeza para ver mejor, sabía que esos hombres eran los que el comisario Milton buscaba. La piedra de la que les hablara resplandecía en las paredes de la cueva.

Flexionaba los pies y las manos una y otra vez para hacer circular la sangre y se dio cuenta que eso hacía que el hormigueo subiera por sus extremidades más rápido.

Oyó ruidos de pasos y vio a la figura corpulenta entrar, al salir a la luz se quedó helada al ver

al párroco, el Señor Sims, mirándola lascivamente. Ese mismo hombre que le diera una clase de moral en la asamblea del pueblo, era uno de ellos. ¿Quién más estaría allí?

Se acercó a la especie de mesa de piedra donde estaba tendida.

-Espero que seas tan briosa como demostraste en la asamblea del pueblo, y que esto te guste - le dijo, comenzando a pasar la mano por su pantorrilla y subiéndola por su pierna.

Lena no quiso moverla por temor a delatar que ya tenía sensibilidad y tuvo que resistir la repugnancia.

Cuando estaba llegando casi al final de su muslo ella se arriesgó.

-No puedo sentirlo, así que no podría decirle, pero adivino que no- contestó fulminándolo con la mirada.

El detuvo la mano y sonrió.

-Sí, ahí está ese fuego verde. - dijo, retirando la mano y dándose vuelta para salir por donde había entrado.

Lena empezó a tirar de las cuerdas de manos y pies, el terror le daba fuerzas, pero no las suficientes, terminaría lastimándose y se darían cuenta.

Escuchó un murmullo de voces y vio que hombres con túnicas, capuchas y máscaras iban entrando y rodeando el lugar donde se encontraba. Sólo uno de los hombres se puso la máscara, después de dedicarle una horrible sonrisa: Adam, el hijo de Stein.

El que ella pensó que era Jeff, se puso a sus pies y empezó a recitar algo en otra lengua que no entendía, mientras subía y bajaba un cuchillo curvo.

Luego ayudándose con las manos, se subió a la mesa donde ella se encontraba y se sentó a horcajadas de ella. Lena se dio cuenta que ya podía sentir y eso la aterró más, cuando vio que él rasgaba su ropa con el cuchillo.

-Comencemos- dijo el hombre y empezó a sacarse la túnica por la cabeza.

Milton descendía por las escaleras, que terminaron siendo del tipo caracol, lo que les impedía ver hacia adelante.

Las paredes despedían destellos de un color rojo por el ágata y le daba un aire más misterioso aún.

Vieron luz al llegar a un rellano y el corazón de Alex se aceleró, no estaban equivocados, había alguien allí.

El comisario hizo la señal de silencio, un hombre estaba parado de espaldas a la abertura, tratando de ver dentro de otra, que estaba enfrente.

Milton sacó un cuchillo de su cinto y caminó despacio hasta situarse detrás de él. El hombre caminaba como flotando porque no se sentían sus pasos en la piedra. Cuando llegó a su objetivo, le tapó la boca con la mano y le colocó el cuchillo en el cuello. El hombre se retorció, pero cuando sintió el primer corte de la hoja filosa, se quedó quieto.

-Si quieres conservar tu cuello entero, será mejor que te quedes quieto y callado- le aconsejó, pero sin sacar la mano de su boca.

Lo arrastró hacia atrás y se lo entregó a uno de los aguaciles. Alex lo reconoció como uno de los amigos del hijo de Stein.

Stein, que estaba con ellos, palideció para sorpresa de Alex y de Ben, o era muy buen actor o no sabía nada de esto.

- ¿Cuántos son? - preguntó el comisario señalando las manos del muchacho que temblaba como una hoja.

Él le contestó con sus manos: nueve.

- ¿Hay una muchacha allí?

El muchacho asintió.

Alex contuvo el impulso de bajar corriendo y como prometió, centró su mirada en el comisario esperando sus órdenes.

Señaló que Ben, Alex y uno de sus alguaciles bajarían con él, otro avisaría a los de arriba que bajaran y los demás aguardarían en ese rellano.

Sacaron sus armas a la orden de Milton y comenzaron a bajar, estaban cerca porque oían un cántico bajo y monótono.

Cuando llegaron al final, Milton vio a un hombre subido a horcajadas sobre una muchacha, sacándose una túnica por la cabeza y diciendo comencemos.

Sabía que no tenía mucho tiempo, debía pararlo. Así que haciendo señas a sus espaldas para que lo siguieran, entró en el recinto.

-Creo que no van a comenzar nada – anunció apuntándolo.

Enseguida se armó revuelo en la habitación. Los hombres de las túnicas, tomaron armas que estaban en huecos en las paredes de piedra, apuntándolos y ellos hacían lo mismo.

Milton tenía sus ojos puestos en el hombre con la chica. Éste tenía alzado el cuchillo.

Lena temblaba bajo él, reconoció la voz de Milton en el pánico y cuando vio a Alex, pensó que era un conjuro de su mente, que, en el último momento, lo había traído a ella para despedirse.

Sus ojos se entrelazaron, verde con miel, en un cruce de emociones y palabras no dichas que los sacudieron a ambos. Y ella supo que no era un sueño, él había vuelto.

Jeff vio el intercambio entre ambos y su ira aumentó. Ella ni siquiera lo había mirado una vez, siempre había sido Henderson a quien ella miraba.

-Si no es mía- gritó- no será de nadie! - y bajó el cuchillo al pecho de Lena.

Dos disparos sonaron en la cueva y todo quedó en silencio.

El pecho del hijo de Carson chorreaba sangre y él se cayó a un costado de la piedra.

Alex había disparado a tiempo.

El caos estalló en un instante. Los disparos se sucedieron y Alex se lanzó sobre el cuerpo de Lena para cubrirla. Sacando un cuchillo, cortó los amarres de sus manos y pies, y se lanzó a un costado con su cuerpo sobre el de él para absorber el impacto. Después la dio vuelta y la cubrió con su cuerpo.

Los disparos frenaron y se oían quejidos. Alex se levantó para mirar por encima de la mesa de piedra, separándose de Lena. Vio, entre la humareda al hijo de Stein, que se sacaba la máscara y con la pistola en la mano lo apuntaba.

-Todo esto es por tu culpa y la de tu tío, todo fue de mal en peor desde que Uds. llegaron- gatió y se oyó el disparo, pero Alex no sintió el impacto en su cuerpo, porque quien cayó al suelo fue Adam; su padre, Stein, le había disparado.

Él se arrodilló al lado de su hijo, y se sentó allí con la cabeza de él en su regazo. Acariciaba su cabello con la mirada ida.

Había heridos y muertos, pero por suerte ninguno de los buenos. Los alguaciles estaban esposando a los heridos.

Alex pensó en cubrir a Lena, pero seguramente no querría que le pusiera una de las túnicas que colgaban de la pared. Se sacó la camisa y se la colocó encima de la ropa rasgada. Ella hacía lo que él le decía, pero no dejaba de mirarlo.

-Lena, mi amor, háblame, ¿te hicieron daño? – preguntó angustiado.

Ella levantó la mano hacia su cara y acarició su mejilla.

- ¿De veras estás aquí? ¿Volviste? - le preguntó, como si todavía dudara que él fuera real.

Alex besó la palma de su mano y le sonrió.

-Sí, volví porque tenías razón... te amo, Lena, y prefiero enfrentar lo que venga juntos, a pasar mi vida sin ti- le confirmó emocionado.

Y entonces ella hizo algo que no había hecho por ocho años... lloró.

Las lágrimas salían de sus ojos con la misma fluidez con que los sollozos lo hacían de sus labios, y retumbaban en el recinto cerrado.

Alex asustado, la abrazó, y ella se aferró a él llorando, aún más fuerte, contra su torso desnudo.

Lloraba por su madre muerta, por el abandono de su padre y sus tíos, por no poder acudir al entierro de su padre, por su verdadera madre, por su verdadero padre, porque Alex había vuelto, pero sobre todo lloraba por ella.

Para exorcizar todo el dolor, el miedo, la tristeza atragantada por años.

No supo cuánto tiempo Alex la sostuvo así, pero cuando levantó sus ojos, sólo el comisario Milton quedaba en la cueva.

Le ardían con la misma intensidad los ojos y la garganta, tanto, que su voz le salió ronca.

-Gracias- le dijo- por no darse por vencido con nosotras.

- ¿Con quiénes? - preguntó desorientado el comisario.

-Con las chicas que ellos mataron y conmigo. Ud. nunca nos abandonó.

Milton se la quedó mirando y a ella le pareció ver una fugaz emoción en su cara.

-Es mi trabajo Señorita Fairchild. Será mejor que salgamos de aquí, los espero fuera.

Alex secó con sus manos las lágrimas de Lena, ella parecía más tranquila, el llanto le había hecho bien.

-Quiero decirte que pienso casarme contigo en cuanto salgamos de esta cueva. - le anunció Alex.

Ella lo miró con enfado en sus ojos verdes.

- ¡Alexander Henderson, no se te ocurra hacerme una propuesta de casamiento en este lugar horrible! - se indignó.

Él soltó una carcajada y la besó de una forma que la hizo olvidarse del enojo.

La tomó en brazos y la apretó contra su cuerpo.

-Como quieras, lo haremos como tú quieras – y la sacó de allí.

Y así lo hizo, dos días después.

Organizó una sorpresa en la sala de la casa de Lena, con las personas más importantes de su vida. Llenó la casa con veinte docenas de flores de distintos colores y cada ramo tenía una tarjeta que decía: “Te amo, ¿me harías el honor de ser mi esposa?”

Lena que, desde el momento que lloró nuevamente, estaba más sensible que nunca, no paraba de llorar y reír al mismo tiempo, con cada ramo que llegaba.

Cuando él mismo entregó el último, todos estaban allí.

Alex estaba vestido con un traje, su pelo recogido prolijamente en una coleta. Sólo su aro en la oreja, delataba su personalidad.

Se arrodilló delante de ella y tomó su mano, mientras ella lo miraba embobada.

-Espero que esta sí sea la forma adecuada de hacerlo- arriesgó, sonriéndole pícaramente- Lena Fairchild, te amo, eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida y formar una familia. ¿Me darías la gran felicidad de aceptar ser mi esposa?

Kate se sonaba la nariz, atrás, llorando frente a la escena, por fin su pequeña recibía la dicha que tanto se merecía.

-Te amo- dijo Lena emocionada- claro que acepto.

Y Alex la besó, delante de su familia, abrazándola como si no quisiera soltarla nunca más.

Las semanas siguientes fueron movidas.

Por un lado, estaba todo lo que la investigación había develado. Además de Adam Stein, Jeff, y el párroco, estaban involucrados los amigos de Adam, el padre de Carson, unos muchachos del aserradero y el capataz de un hacendado.

Sólo murieron, Jeff y Adam, los demás serían enviados a juicio. El cuerpo de la hija del Señor Carvan fue encontrado en uno de los cuartos de la cueva.

Stein decidió marcharse de Arlington, arregló sus negocios y dejó todo en manos de su administrador. Iría a Londres, quería poner distancia.

Antes de irse, aunque no se despidió de nadie, pudieron enterarse que él sólo tuvo que ver con los robos, pero no con el ataque de Lena o el incendio, eso había sido obra de su hijo, del que todos sospechaban estaba loco.

Por otro lado, estaban los preparativos de la boda, que se haría en Lumière. Todos los empleados de Lena estaban invitados y también la gente del pueblo.

Kate había convencido a Lena para que se quedara con la herencia de Jane, como ella le dijera, ella había sido también su madre.

Ben entregaría a Lena en el altar y el vestido había sido mandado a hacer a Nueva Orleans.

Lena había permitido que Kate la ayudara con los detalles y todo estaba dispuesto con las cosas que a ella le gustaban.

El día de su boda, las mujeres se habían instalado en Lumière para ayudar a Lena con los últimos retoques.

Terminaron de arreglarla y Kate estaba conmovida al ver a su hija vestida de novia.

El vestido tenía un escote bajo, se ajustaba en la parte superior a las curvas de Lena, pero sin ser indecente, y terminaba en una falda de raso y tul amplia, que tenía una leve cola. El mismo tul cubría sus hombros y brazos.

Su pelo negro estaba recogido en un moño flojo, hecho con trenzas y tenía entrelazadas pequeñas horquillas con terminaciones de flor en color verde.

La flor de lis colgaba de su pecho.

Lena estaba terminando de colocársela cuando miró a Kate a través del espejo, estaba emocionada y feliz...por ella.

Esa mujer siempre había vivido por ella, era la única en su vida que nunca la había abandonado desde el día que nació, la amó cada segundo, a pesar de su rechazo, de sus reclamos.

Ben tenía razón, cada persona en esta vida tiene un ancla que lo mantiene seguro. Se dio cuenta que su ancla había sido Kate, ella nunca dejó que se rindiera.

Se dio vuelta en el pequeño banco.

-Necesito que venga, Ben- pidió a las dos mujeres.

Kate se apresuró a llamar a su esposo mientras Emma miraba con suspicacia a Lena, que le guiñó un ojo y le sonrió.

Ben entró siguiendo a Kate.

- ¿Qué pasa? ¿Ya estás lista? - preguntó con entusiasmo.

-No es eso, quería decirte personalmente que no será necesario que me acompañes al altar.

-Ahhhh- dijo sin entender y miró a las otras dos mujeres como buscando una explicación ¿La muchacha estaba arrepentida? Si era así, él no sería el encargado de decírselo a Alex, que parecía un león enjaulado.

-Mamá- llamó Lena.

Kate tardó treinta segundos en darse cuenta que la estaba llamando a ella.

Lena se había levantado y tenía las manos estiradas hacia ella, mientras Emma lloraba y Ben permanecía quieto, sin saber qué hacer.

Kate tomó sus manos.

-Mamá, ¿Querías entregarme tú el día de mi boda? - dijo tan tocada por la emoción como lo estaba su madre.

Kate pensaba que su corazón no podía albergar más amor, pero en ese momento lo hacía, oír la llamarla así era algo que nunca se atrevió a soñar desde que la entregara y, allí estaba, una palabra de cuatro sílabas que sonaba a gloria.

Sus lágrimas le nublaban la vista, pero buscó su voz.

-Nada me haría más feliz- contestó, y se encontró entre los brazos de su hija. Ambas llorando y riendo.

-Te amo, mamá, nunca he dejado de hacerlo- logró decirle conmovida.

- Y yo te amo a ti. Estoy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Se abrazaron un buen tiempo hasta que Ben carraspeó.

-Me encanta esta escena- dijo con poco tacto- pero tengo un futuro esposo que está bastante ansioso y temo por mi vida si no bajamos pronto.

Las tres mujeres rieron y se secaron las lágrimas.

Y así Kate llevó del brazo a su hija al altar, para entregarla al hombre que amaba.

Cuando terminó la ceremonia y la fiesta, Lena le preguntó a Alex por primera vez qué lo había hecho volver y él le dijo “una balada sonó en el río que me hizo dar cuenta dónde estaba mi corazón”

Y Lena lo besó pensando que tal vez ella no estaba destinada a escuchar su canción.

Epílogo

Cuatro años después

El pequeño Edward estaba sentado sobre la manta escocesa, muy concentrado en su juego de

encastre de madera, que Tom le había hecho.

Lena, se encontraba a su lado, miraba divertida a su hijo, que lograba fácilmente resolver el juego. Idéntico a su padre, eran un dúo de temer cuando se juntaban.

Su madre, ubicada enfrente, tenía a su nieta en brazos, idéntica a Lena, que estaba desesperada por tocar las cosas que su hermano tenía.

Habían trasladado una silla para Emma, que cuidaba a los mellizos de Kate, una niña y un niño que tenían el pelo de Ben y los ojos de Kate.

Era una de esas tardes en las que llevaban té y pasteles y lo pasaban, junto al río, en el lugar favorito de Lena.

A los niños y a ellas les encantaba el aire libre, se respiraba paz en aquel lugar.

- ¿Mami? - llamó su hijo, levantando su mirada hacia ella- ¿No vas a leer la carta? - preguntó.

- ¿Qué carta, cariño? - inquirió Lena tratando de entender lo que quería decir.

-La carta que tienes que leer para que puedas escuchar la música del río. —le dijo como si fuera obvio la carta de la que hablaba.

Al instante, Kate puso su atención en el pequeño.

Miró a Lena encogiendo los hombros, dándole a entender que no sabía de qué hablaba.

- ¿Quién te contó de eso, Eddie? ¿Mamma Joy? - trató de investigar Lena, para ver de dónde había sacado esto su hijo.

-No, el abuelo Edward- contestó, como si fuera lo más normal del mundo que le hablara su abuelo fallecido.

Lena se lo quedó mirando fijo, pero él había vuelto a su juego. Le habían hablado de su abuelo, pero no tanto como para que pudiera fantasear con él. Kate estaba pasmada.

- ¿Y cuándo hablaste con el abuelo? - preguntó tratando de seguirle el juego.

-Viene a visitarme cuando duermo, me cuenta del ejército, de los soldados y siempre dice que extraña los pasteles de manzana de la abuela. - le contestó con una sonrisa.

Kate y Lena contuvieron una exclamación ahogada, ambas estaban seguras que nunca le contaron eso a Eddie.

-Me dice que debo cuidarlas aquí, que él las cuida desde arriba y que está contento de ver que sus chicas son felices- siguió el niño- yo le dije que tú también eres la chica de papá y la abuela de Ben.

Las lágrimas de Kate fueron las primeras que surgieron y Lena la siguió.

Eddie volvió a mirar a su mamá a los ojos.

- No llores, mami. El abuelo dice que debes leer la otra parte de la carta de ese señor, que sólo así podrás...- y pensó la palabra con su manito en la pera- ¡si!, ser libre – terminó, contento de haberse acordado las palabras.

Lena miró a su madre con los ojos llorosos. Sabía a qué se refería. Nunca leyó la segunda parte de la carta del que creía su padre, la guardó cerrada. Y ahora entre todas las cosas extrañas que le pasaran en ese lugar, su padre le mandaba un mensaje a través de su hijo.

Su madre estiró su mano para tomar la de ella y se la apretó.

- ¿Quieres que lo hagamos juntas? - le ofreció.

-No, gracias, mamá, es algo que debo hacer sola.

Kate asintió.

-Abuela, ¿puedes hacerme los pasteles de manzana a mí? - preguntó Eddie cortando el

ambiente triste y haciendo reír a las mujeres.

Ese mismo atardecer, Lena se llevó la carta a la orilla del río y se sentó en la hamaca para leerla.

Abrió el sobre y desdobló el papel viejo. Las palabras del que fuera una vez su padre, empezaron a sonar como si las escuchara de su boca.

Querida Lena:

No puedo imaginar cuál será tu reacción al leer esta carta, después de lo que Kate te haya contado, o si querrás leerla. Espero que sí, más por mí, que por ti.

Las justificaciones que podría enunciar para mi accionar nunca serían suficientes, nunca le di opción a Kate y lo sabía.

Cuando me dijeron que la niña de Jane había muerto, supe que en pocos días ella moriría también, porque no podría soportarlo, no después de tanto dolor.

Y yo no podía perderla, no podía. Mi amor por ella era más grande que cualquier moral, decencia o integridad que pudiera haber en mí.

Ella nunca lo supo, debes saberlo, jamás me hubiera permitido hacer una cosa así. Ella era un ángel.

Tu llegada a nuestra vida hizo que por diez años fuéramos una familia.

Te preguntarás si te amé alguna vez. Sí, te amé, te sentí mi hija, me convencí de ello, sin importarme nunca el sufrimiento de Kate. Fui egoísta y pagué el costo cuando Jane se fue.

Tu verdadera madre tiene razón, mi peor momento será cuando me enfrente a Jane en el otro lado. Cuando me reproche, no sólo, lo que le hice a Kate sino el haberte apartado de mi lado, no cuidarte como ella hubiera querido, no hacerme responsable de ti.

Pero sentí que toda la oscuridad que había en mí, si te acercabas, te atraparía y por eso te alejé, sabiendo que Kate te cuidaría siempre. Y seguro no me equivoqué, al menos en eso.

Una sola cosa te pido, si puedes concedérmela: tu perdón, no tu comprensión ni tu cariño, sólo tu perdón.

Que tengas la felicidad que tanto mereces y que Kate pueda vivirla contigo.

Richard

Lena lloraba mojando el papel de la carta.

Por primera vez ella podía entender lo que él había sentido. No sabía cómo podría soportar el dolor si perdiera a Alex, pero estaba segura que la oscuridad nunca le hubiera ganado.

No sentía rencor, porque todos y cada uno de los acontecimientos de su vida, la habían llevado al momento de felicidad que estaba viviendo ahora.

Si todo eso no hubiera pasado ¿Estaría allí con su familia siendo feliz como lo era? No lo sabía.

Se levantó de la hamaca y se encaminó al pequeño cementerio que quedaba a unos cien metros de allí, donde estaban enterradas las personas que había considerado sus padres.

Se arrodilló frente a su tumba, removió la tierra y doblando la carta la enterró con él.

-Te perdono- le dijo, sintiéndolo por primera vez en su corazón, él era un hombre torturado, ella una mujer plena.

Se levantó y caminó de nuevo hacia su lugar favorito frente al río. Entonces la escuchó, una

melodía, unas voces, unas palabras. Y sonrió. Estaban cantando su balada.

Unas manos conocidas la rodearon desde atrás y una boca que amaba, la besó en el cuello.

-Tu madre me recomendó vehementemente que viniera a acompañarte- le avisó, haciendo sonreír a Lena que imaginaba a Kate amenazándolo con arrastrarlo si no iba a verla.

-Estoy bien, ¿sabes que escucho mi balada? - le dijo contenta.

- Ahhh sí? ¿Y qué dice? - preguntó él, abrazándola más.

Ella se dio vuelta, lo abrazó y lo besó.

-Que por fin estoy donde siempre quise estar, en casa.

FIN

Nota de la autora

Todos los personajes que están en este libro son ficticios y creados por mi imaginación. Algunos datos históricos o geográficos son reales y otros los he inventado para la creación de la historia. Espero que sepan entender la licencia que me he tomado. Pronto podrán disfrutar también de las historias de Elle y Cassie.

Argumento

Lena es una muchacha inglesa, que, a pesar de tener una vida de lujos, ha sufrido el abandono desde pequeña.

Decidida a cambiar el rumbo de su vida, se embarca en la aventura de cruzar el océano para conocer el lugar donde su madre nació: Mississippi.

Allí, una realidad muy distinta, pondrá a prueba sus propias creencias.

Alex es un americano nacido en la alta sociedad de Jacksonville, alejado de parte de su familia por asumir un crimen que no cometió. Su destino errante lo lleva a Mississippi cuando su tío lo conmina a acompañarlo.

Es en ese lugar donde ambos se encontrarán, ninguno de los dos quiere el compromiso que implica amar a otro. Ambos han visto el dolor que el amor puede causar en las personas. Pero el destino tendrá otros planes y ellos deberán escuchar su propia balada para ser felices.